



MINISTERIO DE DEFENSA

CUADERNOS
de
ESTRATEGIA

111

IDEAS SOBRE PREVENCIÓN
DE CONFLICTOS

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS



MINISTERIO DE DEFENSA

**CUADERNOS
de
ESTRATEGIA**

111

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

**IDEAS SOBRE PREVENCIÓN
DE CONFLICTOS**



FICHA CATALOGRÁFICA DEL CENTRO DE PUBLICACIONES

IDEAS sobre la prevención de conflictos / Instituto Español de Estudios Estratégicos. — [Madrid] : Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 2001. — 258 p. ; 24 cm — (Cuadernos de Estrategia ; 111).

NIPO: 076-00-151-2 — D.L. M 5748-2001

ISBN: 84-7823-792-5

I. Instituto Español de Estudios Estratégicos. II. España. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica, ed. III. Serie.

Polemología / Teoría de la guerra / Conflictos

CENTRO DE DOCUMENTACION DEL MINISTERIO DE DEFENSA	
REGISTRO	9054
SIGNATURA
TEM N°

Edita:



NIPO: 076-00-151-2

ISBN: 84-7823-792-5

Depósito Legal: M-5748-2001

Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

Tirada: 1.100 ejemplares

Fecha de edición: febrero, 2001

**DIRECCIÓN GENERAL DE
POLÍTICA DE DEFENSA**

**Instituto Español de Estudios
Estratégicos**

Grupo de Trabajo número 6/00

IDEAS SOBRE PREVENCIÓN DE CONFLICTOS



Las ideas contenidas en este trabajo son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IIEE, que patrocina su publicación.

SUMARIO

EL LUGAR DEL CONFLICTO, DEL PODER Y DE LA ACCIÓN EN LAS SOCIEDADES OCCIDENTALES

Por Miguel Alonso Baquer

Capítulo I

ERNST JÜNGER. EL HOMBRE Y LA GUERRA

Por José Luis Calvo Albero

Capítulo II

GASTON BOUTHOU. LA GUERRA COMO FUNCIÓN SOCIAL

Por Francisco Javier Franco Suanzes

Capítulo III

NORBERTO BOBBIO. LA MARCHA HACIA LA IDEA DE PAZ

Por Miguel Alonso Baquer

Capítulo IV

JOHAN GALTUNG. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS CONFLICTOS POR MEDIOS PACÍFICOS

Por Vicente Hueso García

Capítulo V

NOAM CHOMSKY. DESCUBRIENDO EL LADO OCULTO DE LOS CONFLICTOS

Por Juan Andrés Toledano Mancheño

Capítulo VI

HENRY A. KISSINGER. EL ORDEN ESTABLE, GARANTÍA DE PAZ

Por José Romero Serrano

Capítulo VII

EL CONFLICTO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

Por José Enrique Fojón Lagoa

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

ÍNDICE

**EL LUGAR DEL CONFLICTO, DEL PODER
Y DE LA ACCIÓN EN LAS SOCIEDADES
OCCIDENTALES**

EL LUGAR DEL CONFLICTO, DEL PODER Y DE LA ACCIÓN EN LAS SOCIEDADES OCCIDENTALES

Por MIGUEL ALONSO BAQUER

Las obras de autor reconocido hoy disponibles para el conocimiento del lugar que ocupan en las ciencias sociales, primero, el conflicto armado (bélico) y, secundariamente, el poder político o la acción profesional de las instituciones para la defensa no son fáciles de encontrar. Los padres fundadores, los grandes maestros y los notables teóricos, aplicados al saber que ahora denominamos sociología apenas se han orientado hacia esta concreta cuestión. Se refieren, eso sí, a la Guerra, a las instituciones para la defensa y a los miembros permanentes de las Fuerzas Armadas pero, en líneas generales, lo hacen de manera incidental y con evidente desgana. El conjunto de su herencia intelectual constituye un valioso repertorio, pero no tanto de tesis fundamentadas como de saberes sobreentendidos.

A mi manera de ver, el modo más adecuado para entender las cosas referentes al conflicto bélico, al poder político y a la acción del sector profesional de las Fuerzas Armadas podría —y quizás debería, atenerse al siguiente itinerario de quehaceres:

- Precisar el alcance de las nociones de “clase”, de “elite” y de “función”, ya que los sociólogos tienden a utilizarlas cada vez que se refieren al sector militar de la sociedad.*
- Concretar las ideas y las creencias que deben considerarse propias de la “escuela dialéctica” de sociología, ya que esta escuela —una estirpe afincada en los supuestos del materialismo dialéctico— ha sido y está siendo la más empeñada en descalificar al sector militar de todas y cada una de las sociedades occidentales.*

- Contemplar los pensamientos sobre la misma materia de la “escuela elitista” en cuyo seno se produjo una cierta ambigüedad a favor (o en contra) de la persistencia social de los valores que se suponía fundamentaban el género militar de vida.
- Inquirir la postura más bien displicente, pero acogedora, de la “escuela funcionalista”, quizás la actitud hoy más generalizada entre los estudiosos del sector social que aquí nos interesa conocer con rigor científico.
- Aplicar las enseñanzas ya logradas en el análisis de las tres escuelas sociológicas citadas a un tipo de sociología en particular, a la “sociología del conflicto”, por entender que es por esta vía por donde han penetrado en el ámbito militar los sociólogos de la escuela dialéctica con más asiduidad.
- Referir esas mismas enseñanzas a la clásica “sociología del poder”, dado que parece obvio que fue hacia los años veinte la escuela elitista la que se orientó casi con exclusividad hacia la postura que situaba al militar de carrera en esta zona de la competencia social.
- Proyectar aquellas enseñanzas hacia la nueva “sociología de la acción” en la perspectiva de que es ahora la escuela funcionalista la que mejor busca el mantenimiento del equilibrio social, todo ello dentro de una interpretación que vincula a los ciudadanos de uniforme con las operaciones hacia el retorno a la normalidad allí donde la estabilidad se pierde.

En definitiva, nos parece oportuno adelantar estas siete impresiones:

- Procede, pues, siempre que se disponga de tiempo para ello, seleccionar por este orden estas personalidades: Primero, “Augusto Comte”, que deja a las Fuerzas Armadas situadas sobre el pretérito; Segundo, “Alexis de Tocqueville”, que las prefiere atentas al protectorado de las culturas rezagadas; Tercero, “Herbert Spencer”, que las separa drásticamente de las esperanzas de progreso; Cuarto, “Emile Durkheim”, que las disecciona en regresivas o en progresivas en función de su propia ideología y Quinto, “Max Weber”, que les respeta a los militares un espacio estrecho pero apto para el avance de los ejércitos en la racionalidad.
- Procede, también, cuidar mucho la determinación del centro hacia el que convergen las descalificaciones de lo militar que fueron características de la escuela dialéctica. Por ejemplo: “Carl Marx” se centró en la censura del cesarismo burocrático (la burocracia militar del régimen de Napoleón III); “Friedrich Engels”, en el militarismo del

Kaiser Guillermo; “Lenin”, en el imperialismo de las potencias occidentales y “Trotsky”, en el nacionalismo hostil a su revolución pendiente y permanente que él entiende sólo como una internacionalidad o un internacionalismo.

- *Procede, seguidamente, distinguir las claves de la actitud elitista de cada intelectual de esta escuela sociológica. Por ejemplo: “Vilfredo Pareto” localizaba al militar en el contexto del temor a la decadencia; “Caetano Mosca”, en el miedo a los efectos de una anarquía generalizada; “George Sorel”, en la perspectiva inexorable de quienes desde la sociedad apelan a la acción directa y “Robert Michels”, en la sospecha de que las multitudes eran incapaces de hacer nada bueno.*
- *Conviene, a continuación, percibir los matices del tema militar cuando aparece en las manos de los sociólogos de la escuela funcionalista. Por ejemplo: “Talcott Parsons” se fija en la conducta desviada como refuerzo del afán de normalización de la vida colectiva; “Robert Merton” modera las capacidades teóricas para practicar lo que llama teorías de alcance medio; los demás funcionalistas, simplemente, imaginan para los militares tareas moderadoras de las crisis y de las quiebras sociales.*
- *Más adelante, habrá que tomar nota de los cometidos asignados a las instituciones armadas en el contexto de lo que podemos denominar teoría sociológica del conflicto. Por ejemplo: “Wright Mills” no se separa apenas de un prejuicio tal como el de la perversión de las élites en el poder, entre ellas el de fundar un complejo industrial-militar; “Lewis Coser” no dejará de acusar la voracidad de las instituciones como método para subyugar a sus miembros; “Nicos Poulantzas” se obsesionará por las culpas de una burguesía dictatorial a su juicio en decadencia y “Ralf Dahrendorf” nos dejará acotado el espacio para condenar exclusivamente al totalitarismo y a sus hábitos de conducta.*
- *Las lecturas de textos alusivos en el entorno de la teoría sociológica del poder deberán ser aceptadas con deportividad por los militares de carrera que se asomen a ella con el ánimo dispuesto al aprendizaje. De “Ortega y Gasset” deberá tomar su aprecio a la acertada selección de las minorías dirigentes; de “Carl Schmitt”, su certera visión del concepto de enemistad política; de “Theodor W. Adorno”, sus cautelas hacia la personalidad autoritaria; de “Stanley Milgram”, su preocupación por los excesos en la obtención de obediencia; de “Eric Fromm”, su desvelamiento del mal radical por él definido como destructividad; de “Konrad Lorenz”, la incorporación del fenó-*

meno que él califica de agresividad benigna y de "Norman Dixon", las ironías que él encuadra como una peculiar psicología de la incompetencia militar.

- Por último, las lecturas que mejor pueden ayudarnos a percibir el lugar más adecuado para las Fuerzas Armadas en los inicios del tercer milenio habrían de desembocar en una teoría sociológica de la acción cuyos mejores intérpretes serían, a los ojos del militar de carrera: "Gaston Bouthoul", revelador de las impulsiones belicosas o polemológicas; "Raymond Aron", inteligente diseñador de los rasgos de la sociedad industrial; "Henry Kissinger", propiciador de la diplomacia paso a paso; "Morris Janowitz", atento observador de la realidad social que contiene la figura del soldado profesional y, finalmente, "Samuel P. Huntington", moderador, en definitiva, del orden político en las sociedades en cambio.

Aquí y ahora, antes de detener la mente y de polarizar la atención del lector del Cuaderno en sólo seis notables pensadores, —Jünger, Bobbio, Bouthoul, Galtung, Kissinger y Chomsky— nos conviene recordar cuales están siendo los textos que mejor han servido para establecer de una vez por todas el lugar del conflicto bélico, del poder político y de la acción militar de las Fuerzas Armadas en lo que llamamos sociedades occidentales.

Las obras aquí seleccionadas de Ernst Jünger, de Gaston Bouthoul, de Norberto Bobbio, de Johan Galtung, de Noam Chomsky y de Henry Kissinger nos están sirviendo para percibir que los seis pensadores, de alguna manera, pueden ser considerados, primero, "polemólogos" (hombres que se ocupan de la teoría del conflicto y por lo tanto, "dialécticos"); segundo, "politológicos" (hombres que se ocupan de la teoría del poder y por lo tanto, atentos a la circulación de las élites aún en la forma contraria a ellas propia del anarquismo) y tercero, "sociólogos" (hombres que se ocupan de la teoría de la acción y por lo tanto, atentos a los postulados del funcionalismo).

El lector de este pequeño volumen notará que verdaderamente dialécticos son Jünger y Kissinger, que elitistas a la contra son, por este orden, Bobbio y Chomsky y que funcionalistas a su manera, dada su obsesión por el análisis de las estructuras, son Bouthoul y Galtung. Los seis, no obstante, tienen en común la razón profunda por la que han sido elegidos para figurar destacados en esta glosa al pensamiento actualmente vivo en las sociedades occidentales pendientes de la seguridad, de la defensa y, en

definitiva, de la resolución pacífica de los conflictos sociales e internacionales.

Los seis pensadores son críticos, son reformadores y son censores de la realidad social verdaderamente dada en el año 2000 y aún de la vivida desde 1945. Son, en definitiva, escritores representativos del modo de pensar sobre el rol de las Fuerzas Armadas que ya está generalizado en los libros de escritores citados.

Los dos tomos del excelente libro de Raymond Aron, "Las etapas del pensamiento sociológico" (1970) constituyen una excelente aproximación al tema general acerca del lugar de las Fuerzas Armadas en las Ciencias Sociales y al problema de su aplicación a los casos concretos de A. Comte, A. Tocqueville, H. Spencer, E. Durkheim y M. Weber. Cualquier manual de sociología contiene valiosas síntesis de las obras de otros y de estos científicos sociales. Nosotros hemos utilizado únicamente algunas precisiones contenidas en el manual de Carlos Moya sobre "Teoría sociológica" y en el tratado de Gaston Bouthoul sobre "Sociología de las guerras".

Respecto a las raíces filosóficas del positivismo hemos optado por seguir todo lo afirmado por Xavier Zubiri en "Cinco lecciones de filosofía" (1970) y hemos recurrido también a la interpretación del polaco Ceskek Kolakowski, ofrecida en "La filosofía positivista" (1979). Respecto al significado sociopolítico de la nueva actitud hacia lo militar de los estudiosos propia de finales del siglo XX, nosotros aceptamos los esquemas de François Burdeau y de Philippe Braud, incluidos en su "Historia de las ideas políticas después de la Revolución" (1983), tanto como las anteriores ideas de Crane Brinton, incluidas éstas en "Anatomía de la Revolución" (1957).

Nuestra aproximación a la obra de A. Comte le debe mucho a Dalmacio Negro Pavón: "Positivismo y Revolución" (1985). Las citas sobre Alexis de Tocqueville están apoyadas en los trabajos de Luis Díez del Corral, muy bien sintetizadas por él mismo en "El pensamiento político de Tocqueville" (1989). El análisis sobre Herbert Spencer utiliza, ante todo, el libro "Spencer" de Judah Rummey (1934). La crítica a Emile Durkheim se sirve de las observaciones debidas a Juan Carlos Portantiero, "La sociología clásica: Durkheim y Weber" (1977) y también a las de la monografía de Steven Lukes "Emile Durkheim: Su vida y su obra" (1973). Las consideraciones sobre Max Weber le debe mucho a Julien Freund en "Sociología de Max Weber" (1966), a Monique Hirschon en "Weber y la sociología francesa" (1988) y al español Enrique Gómez Arboleya en "Estudios de teoría de la Sociedad y del Estado" (edición de 1982).

Naturalmente que el hallazgo de referencias concretas, tanto dirigidas al fenómeno "guerra" como aplicadas al sector social de "los militares", se ha logrado aquí penetrando en las obras más originales de los cinco sociólogos que consideramos de mayor interés militar (Comte, Tocqueville, Marx, Spencer y Durkheim). Son útiles las alusiones a los comentarios del general Cano Hevia, "La enseñanza militar como problema orgánico" (Razón y Fe, julio-agosto 1988), y a los de Mariano Fernández Anguita, "Ensayos de Pedagogía de H. Spencer" (1983). También los de Lorenzo Díez Sánchez, o de Jesús Jareño López y los del propio Manuel Azaña (cuando pretendió justificar éste sus reformas militares) tienen un valor meramente indicativo sobre la importancia social de los asuntos militares en periodos de crisis.

CLASE, ELITE Y FUNCIÓN MILITAR

Las matizaciones sobre la transcendencia en sociología de las nociones de "clase", de "élite" y de "función" aparecen, ante todo, en los pensadores que han reflexionado en torno a las ideas del materialista Carl Marx, del elitista Vilfredo Pareto y del funcionalista Talcott Parsons. Además del apoyo en el inevitable Raymond Aron de "Las etapas del pensamiento sociológico" (1970), que resulta particularmente lúcido en el capítulo final del Tomo I "Los sociólogos y la revolución del 48", será bueno incluir en las conclusiones algunas referencias al trabajo de George Gurvith, "La Sociología de Marx" (1958) que es esclarecedor.

Las observaciones (tomadas del libro de Friedrich Bluche sobre "El Bonapartismo") (1981) y el uso de las conversaciones sobre "La democracia en Europa" (1991) habidas entre el politólogo francés François Furet, el sociólogo alemán Ralf Dahrendorf y el historiador polaco Bronislaw Geremek (junto a las indicaciones del libro del catedrático español Manuel Pastor "Ensayo sobre la Dictadura (Bonapartismo y Fascismo)" (1977)) se agregan en nuestro análisis a la consulta de las obras de Wilbert E. Moore "Crítica de la democracia capitalista" (1966) y "Cambio social" (1966). También a la de la síntesis de Herbert Marcuse, contenida en "Para una teoría crítica de la democracia capitalista" (1971) y, sobre todo, a la consulta de las rectificaciones interpretativas asumidas por el discípulo marxista de Althusser más conocido, Nicos Poulantzas, "Fascismo y Dictadura" (1970) y "Poder político y clases sociales en el Estado capitalista" (1969). Esas obras dan testimonio de los antecedentes (dialécticos o elitistas) del propio funcionalismo, muy bien estudiados en Estados Unidos

por Jeffrey C. Alexander, *“Teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial”* (1987) y en España tanto por Enrique Martín López como por Pablo García Ruiz, particularmente en *“Poder y Sociedad. La sociología política de Talcott Parsons”* (1993).

La más fecunda lectura en el futuro del texto titulado (o que pudiera titularse) *“El lugar de las Fuerzas Armadas en las Ciencias Sociales”*, todavía inédito, puede apoyarse también en obras tan clásicas de ciencia política como fueron en su día las de Hannah Arendt, *“Los orígenes del totalitarismo”* (1958), de Raymond Aron, *“Democracia y totalitarismo”* (1968), de Ernest Nolte, *“Teorías sobre el fascismo”* (1967) y de Leonard Schapiro, *“El totalitarismo”* (1969).

ESCUELA DIALÉCTICA

Las *“lecciones de Filosofía de la Historia Universal”* y la *“Filosofía del Derecho”* de G. W. F. Hegel son imprescindibles para poder contar con el primer análisis válido acerca del concepto mismo de dialéctica. Una buena introducción para españoles nos viene dada por el catedrático Víctor Pérez Díaz en *“Estado, Burocracia y Sociedad Civil”* (1978) que se deberá complementar, para ratificarla como excelente, con múltiples interpretaciones procedentes de otros numerosos expertos. Los capítulos del libro de W. B. Gallie *“Filósofos de la paz y de la guerra”* (1978), alusivos a Marx y a Engels y el texto íntegro del libro de Alain Besançon, titulado *“Los orígenes intelectuales del leninismo”* (1977) deberán servirnos de contraste para el conocimiento de lo que verdaderamente afirmaron sobre la *“guerra”* y sobre los *“militares”* cada uno de los sucesivos eslabones de la escuela marxista-leninista de sociología —la del materialismo dialéctico.

Respecto al inabarcable Marx, además de recomendar, aquí y ahora, la lectura de la famosa *“Crítica de la filosofía del Estado de Hegel”* (1843) y de recordar la consiguiente atención prestada al siglo XIX español por Marx y Engels en *“La revolución en España”* (1854), habría que destacar los duros criterios de ambos pensadores materialistas (referentes al bajo Imperio de Napoleón III) aparecidos en revistas periódicas con sus firmas exactamente cuando aquel duro cesarismo burocratizado entraba en crisis, (1870).

Es imprescindible la consulta de las antologías de textos que ya están siendo publicadas como propias de Engels en *“Temas militares”* (1969); las de Jean Jaurés en *“Armée Nouvelle”* (1910); las de Karl Liebknecht en

“Militarismo, guerra y revolución” (1919); las de Karl Kautsky, tanto en “La Revolución social” y en “Nuestro punto de vista sobre el patriotismo y la guerra” (1912) como en “Los presupuestos del socialismo” (1913); las de Lenin, en “Contra la Guerra imperialista” (1910-1923) y las de Trotsky, tanto en “La Guerra y la Revolución” (1922-1923) como en “Imágenes de Lenin” (1924) (además del anterior alegato “La Guerra y la Internacional” (1914) del propio Trotsky).

El trabajo de John Hobson sobre “El imperialismo” y otras múltiples obras menores de los numerosos autores, que hoy dan testimonio de las polémicas internas que tanto han afectado al comunismo, pueden ser incorporados a la lectura de la magnífica síntesis del catedrático de la Universidad de Murcia Rodrigo Fernández Carvajal que se recogió en su libro “El lugar de la ciencia política” (1981). Fernández Carvajal dejó trazado el camino por donde fueron brotando las múltiples dificultades del proyecto abortado que hoy llamamos socialismo real.

ESCUELA ELITISTA

El fenómeno elitista, en términos de ciencia política, cuenta con intérpretes tan significados como Thomas B. Bottomore en “Minorías selectas y Sociedad” (1965), como Marie Kolabinska en “Estudio histórico desde finales del Siglo XI hasta la Revolución” (1912), como el gran economista J. A. Schumpeter en “Capitalismo, Socialismo y Democracia” (1951) y como el notable medievalista francés Marc Bloch en “La Sociedad Feudal” (1961). En general, se trata de actitudes críticas.

Existen textos muy polémicos en esta materia como, en general, lo es toda la obra y los dos libros más clásicos de José Ortega y Gasset, “España invertebrada” (1920) y “La Rebelión de las masas” (1930). Conviene añadir algún conocimiento de la postura de James Burnham sobre “Los Maquiavélicos”, una obra de 1947, que habrá de ser leída a la luz de las precisiones del liberal Isaías Berlin contenidas en “El fuste torcido de la humanidad” (1959), más bien centradas éstas en la figura del legitimista Joseph de Maistre que en las de Bonald o Burke, unos conservadores clásicos.

La clave histórica de partida para la crítica del fenómeno europeo de las élites en el poder, unos teóricos la ponen, como Theodoro Zeldin, en “El sistema político de Napoleón III” (1971) y otros, en una razón más bien didáctica de mayor fondo (como hacen Ezra N. Suleiman y el propio Ray-

mond Aron) concretamente, fijándose en el fenómeno de la formación de los grandes cuerpos de la administración estatal y de las grandes escuelas de dirigentes sociales. Véase, primero, "Las élites en Francia" (1978) del primero de los dos autores citados, Y luego "Unos Estudios sobre Sociología y Psicología Social" de Gino Germani (1966) que completan una perspectiva que, para los numerosos adversarios de la escuela elitista, resulta hoy inabarcable.

El conocimiento certero de la figura de Pareto nos aparece, sucesivamente, en C. H. Bousquet, "Vilfredo Pareto. Su vida y su obra" (1928), en Franz Borkenau, "Pareto" (1937) en Giorgio Braga, "Forma y equilibrios sociales" (1959) y en el español Gonzalo Fernández de la Mora, "La Partitocracia" (1977).

La aproximación a Caetano Mosca se ha subrayado certeramente en los estudios preliminares a las reediciones de sus obras más clásicas. Es el caso del penetrante trabajo de Luis Legaz Lacambra. Por último, la comprensión de Sorel se percibe correctamente en la obra de Marino Díaz Guerra, "El pensamiento social de George Sorel" (1977). La explicación sobre Robert Michels se nos desvela en la obra del sociólogo norteamericano Neil J. Smelser "Teoría sociológica. Análisis histórico y formal" (1976), concretamente.

ESCUELA FUNCIONALISTA

La introducción de los estudiosos del fenómeno militar en el pensamiento más genéricamente funcionalista se facilita a través de la lectura de la apretada síntesis de Edward Shils "Génesis de la Sociología Contemporánea" (1970). Hay que saber encuadrarla en el amplio horizonte señalado por las semblanzas de los más grandes sociólogos de nuestra época que debemos a Timothy Raison en "Los padres fundadores de la ciencia social" (1969). Y también en el surco abierto por los maestros de la otra ciencia social hermana, la antropología cultural, por obra de Bronislaw Malinowski, "Teoría científica de la cultura" (1944), de Pitirim Sorokin, "Sociedad, Cultura y Personalidad" (1947) y del ya citado recopilador Neil J. Smelser, "Teoría sociológica. Análisis histórico y formal" (1976).

No conviene desprenderse de la impresión ambiental que fue lograda en su día por la aparición de obras tan famosas como "La Decadencia de Occidente" (1926-1928) de Oswald Spengler y "Pautas de Cultura" (1934) de Ruth Benedict, antes de acceder al contenido del documentado libro de

Jeffrey C. Alexander *"Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional"* (1987) más precisamente sociológico que ambas. No se trata de interpretaciones de la historia universal, como la de Arnold Toynbee, sino de unas ciencias sociológicas de aplicación militar.

La adecuada presentación de la figura del funcionalista Parsons puede hacerse, sin prescindir de alguno de sus grandes textos, *"La Estructura de la acción social"* (1987), *"Sociedades: perspectivas evolucionistas y comparativas"* (1974) y *"El sistema social"* (1951) gracias al apoyo de los catedráticos españoles Juan Díez Nicolás, *"Sociología: entre el funcionalismo y la dialéctica"* (1976), Enrique Martín López, *"Las ciencias de la acción en Talcott Parsons"* (1983-1984) y Pablo García Ruiz, *"Poder y Sociedad. La sociología política de Talcott Parsons"* (1993).

El acceso a las ideas y a la metodología de la escuela funcionalista de lo que resulta de mayor interés para las Fuerzas Armadas, puede hacerse, ante todo, con la ayuda de Robert K. Merton, *"Teoría y estructura sociales"* (1968), de Seymour M. Lipset, *"El fascismo"* (1959) y de Harold Lasswell, *"La psicología del hitlerismo"* (1933). También nos sirve para este objeto el resultado de la colaboración de Lasswell con Abraham Kaplan, recogida en *"Poder y Sociedad"* (1950), de la lectura del libro de Daniel Bell *"El fin de las ideologías"* (1962), de las obras de Robert A. Dahl, *"Análisis de la política moderna"* (1967) y *"La poliarquía"* (1989), y de las de Samuel E. Finer, *"El hombre sobre el caballo"* (1962) y *"El Imperio Anónimo"* (1966).

Una orientación más específicamente centrada en los temas militares nos obligaría a la lectura de los abundantes textos del sociólogo especializado Morris Janowitz, *"El soldado profesional"* (1960) y *"Los militares y la política de desarrollo de las naciones nuevas"* (1964), y del sociólogo aplicado al mismo tema, Samuel P. Huntington, *"El soldado y el Estado"* (1957), *"El orden político en las sociedades en cambio"* (1968) y *"La tercera ola"* (1991). La antología conjunta de textos notables, un conjunto de Gwyn Harries-Jenkin y Charles Moskos, *"Las Fuerzas Armadas y la Sociedad"* (1981) contiene excelente información sobre las mejores obras de una multitud de especialistas en el estudio de la relación cívico-militar, más bien propia de los inicios del tercer milenio.

Las alusiones a trabajos muy conocidos de Raymond Aron, *"Diez y ocho lecciones sobre la sociedad industrial"* (1955-1956) y *"La República Imperial"* (1970), de Wright C. Mills, *"La Élite del poder"* (1962), de Arnold

M. Rose, "La estructura del poder: el proceso político en la sociedad norteamericana" (1967) y de Ralf Dahrendorf, "El conflicto social moderno. Ensayo sobre la política de la libertad", completan el marco teórico de referencias donde se desarrolla lo mejor de la sociología estructuro-funcionalista, tanto cuando ésta mira de frente como cuando soslaya las cuestiones militares.

SOCIOLOGÍA DEL CONFLICTO

El apoyo bibliográfico a la secuencia estudiosa de los creadores de la sociología contemporánea (y de sus tres escuelas de seguidores) puede y debe ser común al del Estudio Preliminar de nuestras reflexiones sobre "El lugar de las Fuerzas Armadas en las Ciencias Sociales" —una obra inédita— donde tratábamos de hacer en cursos orales una rememoración de los pensamientos más nítidos que a los grandes sociólogos se deben y donde tratábamos, también, de facilitar la interpretación de los autores más recientes a la luz de sus propios maestros. La clave para clasificar correctamente las numerosas aportaciones citadas, quizás radique en que todos los textos hoy de actualidad oscilan en su definitivo encuadramiento al ser presentadas bien como obras de teóricos del "conflicto", bien de teóricos del "poder" o bien de teóricos de la "acción", sin dejarse atrapar por uno sólo de los tres temas en particular.

En torno a la sociología del conflicto operan, todavía hoy, autores cuyos fundamentos teóricos pueden ser para el observador tan generalmente dialécticos, como ocasionalmente elitistas o funcionalistas. Una primera panorámica nos viene dada por el politólogo Daniel Bell en "Las Ciencias Sociales desde la Segunda Guerra Mundial" (1979-1980). Una derivación hacia la sociología de aplicación militar nos llega en "El Soldado Americano" (1944) del sociólogo Samuel Stouffer y otra más bien orientada hacia la operatividad de las ideas se incluye en "La estrategia del conflicto" (1960) del profesor de estrategia Thomas Schelling. Una última orientación, ahora hacia la prospectiva, se destaca en las compilaciones, "Hacia el año 2000" del citado Daniel Bell y "El Año 2000" de Herman Khan y Anthony Wiener, publicadas ambas entre 1965 y 1968.

La penetración en los análisis del radical Wright C. Mills puede ser clarificada para nosotros por su seguidor Irving Louis Horowitz en "De hombres sociales y movimientos políticos" (1968). Los antecedentes más válidos de lo que luego sería "La élite del poder" (1956) los encontramos en

"Imperial Germany" (1915) de Thorstein Veblen, así como en "La naturaleza de la paz" del mismo autor (1917). Un libro importante, "La imaginación sociológica" (1951), del propio Mills, completaría para nosotros algunos elementos imprescindibles para la comprensión del izquierdismo más radical del espacio norteamericano. Las réplicas más agudas de tono conservador contra Mills aparecen, respectivamente, primero, en las obras de Parsons, en "La estructura del poder" (1967) de Arnold M. Rose como luego en la obra más reciente del liberal Robert A. Dahl "¿Después de la revolución?. La autoridad en las sociedades avanzadas" (1994).

El desbrozamiento de las agudas intuiciones de Lewis A. Coser, —el autor de "Las instituciones voraces" (1974), de "Las funciones del conflicto social" (1961) y de "Nuevos aportes a la teoría del conflicto social" (1970) —, viene favorecido por su encuadre en la tradición pragmática del filósofo John Dewey "Naturaleza humana y conducta" (1930). Y también por la investigación, paralela a ella, del sociólogo francés Roger Caillois en "Teoría de la fiesta" (1959) y en "El espíritu de las sectas" (1968). Directamente válido para una aproximación a la sociología militar es también el libro del mismo Caillois, "La cuesta de la guerra" (1966). El libro de síntesis del profesor de la Universidad de California David E. Apter, "La política de la modernización" (1965) puede ofrecernos un excelente contrapunto, funcionalista en definitiva, a la intoxicación en términos de conflictividad que vienen padeciendo las Ciencias Sociales en torno a la guerra fría y a partir de los acontecimientos subversivos de 1968 en Francia.

La inquietante resurrección de la dialéctica marxista en la pluma de Nicos Poulantzas aparece en los textos básicos de sus dos maestros más citados Antoni Gramsci y Louis Althusser y se prolonga en los textos de sus dos continuadores, Ralf Miliband, "El Estado en la sociedad capitalista" (1968) y Sergio Vilar, "Dictadura militar y Fascismo en España" (1977) y "Fascismo y Militarismo" (1978). Una visión más equilibrada puede encontrarse en la crítica de Philippe Braud y François Burdeau, contenida en "Historia de las ideas políticas después de la revolución" (1983) a los dos libros más doctrinales de Poulantzas, "Poder político y clases sociales" (1968) y "Fascismo y dictaduras. La III Internacional cara al fascismo" (1970). La réplica más violenta a los avances del neomarxismo se podría encontrar en la defensa desde luego idealista de las instituciones militares francesas propia del académico Raoul Girardet, "La crisis militar francesa" (1972). El definitivo encuadramiento de las teorías del conflicto neomarxistas se explica muy bien con los textos Herbert Marcuse, del tipo "Para una teoría crítica de la sociedad" (1971). Una aplicación, más bien apasionada,

al caso histórico español de la transición hacia la democracia se debe a Raúl Morodo "El 18 Brumario español. La dictadura de Primo de Rivera" (1973). Más crítico aún resulta ser el "Ensayo sobre la Dictadura (Bonapartismo y Fascismo)" del catedrático Manuel Pastor (1977), en línea con la interpretación del alemán Ernest Nolte, "La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas" (1971), un autor que se resiste a reconocer la existencia de cualquier pluralismo de posiciones que queden situadas a medio camino entre las tesis elitistas y las funcionalistas.

Por último, será preciso seguir para centrarse del todo en la sociología del conflicto, paso a paso, los trabajos clarificadores de Ralf Dahrendorf, "Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial" (1957); "Sociedad y Libertad. Hacia un análisis sociológico de la actualidad" (1961) y "El conflicto social moderno. Ensayo sobre la política de la libertad" (1988).

SOCIOLOGÍA DEL PODER

Dejando al margen la excelente literatura jurídica, ya acreditada en los estudios sobre los problemas del poder (y aceptando exclusivamente las referencias bibliográficas que mejor explican las etapas históricas sufridas antaño por España en las crisis con alta participación militar en la toma de decisiones de transcendencia política) nos conviene partir de las observaciones que, en torno a la figura de Ortega y Gasset, había elaborado el catedrático Pedro Laín Entralgo en "España como problema" (1959). Naturalmente que resultan imprescindibles tanto los libros "La Rebelión de las masas" (1930) y la "España invertebrada" (1920) así como los ensayos del tipo de "Una interpretación de la historia universal. En torno a Toynbee" (1950) del ilustre pensador madrileño.

Para hacer posible nuestra comprensión, en medida suficiente, de la postura del pensador alemán Carl Schmitt pueden cooperar los textos del jurista Álvaro D'Ors, "De la guerra y de la paz" (1954), debidamente atemperados por la pluma del catedrático asturiano Torcuato Fernández Miranda en "Estado y Constitución" (1974). Del propio Schmitt conviene leer, ante todo, "La Dictadura. Desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria" (1921); "Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político" (1932) y "El nomos de la tierra" (1974).

Los problemas actuales de la autoridad aparecen muy bien dibujados en el breve ensayo de Thomas Molnar, "La autoridad y sus enemigos" (1977), un libro que le debe mucho al trabajo de Carl S. Friedrich "Tradición

y Autoridad" (1977) y en la lectura, más fundamentada que aquel libro, en el valor de los símbolos, del propio Weber y de los modernos etólogos Ardrey, Lorenz, Tibengen, Erbl-Eibesfeld o de los conductistas y deterministas ambientales Margaret Mead, B. F. Skinner, Ashley Montagu, etc.

La actitud de resistencia a la autoridad, en nombre de la autonomía del hombre o de la naturaleza de las cosas, teorizada por Theodor Adorno en "La personalidad autoritaria" (1960) y en determinadas partes de "La familia y el autoritarismo" (1936), alcanzó su praxis académica en el polémico "Informe "Obediencia a la autoridad" de Stanley Milgram (1974). La censura a cualquier fundamento cuasi teológico del poder, —o de inversión de la teología revelada hacia el naturalismo humanitario— nos la encontramos en los escritos de Eric Fromm, "El miedo a la libertad" (1941) y "La Anatomía de la destructividad" (1965) y también en el reciente opúsculo "Sobre la desobediencia y otros ensayos" (1994), que, de hecho, es una verdadera apología de la insubordinación social.

Una derivación crítica, directamente conectada con el ejercicio práctico de la estrategia militar, se debe al libro de Norman F. Dixon "Psicología de la incompetencia militar" (1977) donde se funden y se mezclan los sofismas de la personalidad autoritaria de la Escuela de Frankfurt y las generalizaciones psicológicas que se apoyan con escaso rigor en la estrategia de la aproximación indirecta de Liddell Hart.

SOCIOLOGÍA DE LA ACCIÓN

Aunque el enfoque general de la teoría sociológica de la acción más valioso se debe a la filosofía parsoniana, en términos menos abstractos, esta misma noción también aparece en Richard J. Bernstein, "Praxis y Acción. Enfoques contemporáneos de la actividad humana" (1977). Con referencias directas a la ciencia o a la sociología políticas en curso, tenemos el libro de Jean Brondel, "El Gobierno. Estudios comparados" (1981) y la obra común de G. A. Almond y G. B. Powell "Los aspectos funcionales de los sistemas políticos" (1966). Influida por la ideología socialista se dispone para su análisis crítico de la extensa obra del francés socialista Maurice Duverger, en particular, "Los partidos políticos" (1955). De orientación liberal conviene retener como básico el libro "Gobierno constitucional y democracia" (1950) de C. J. Friedrich.

La valiosa aportación a la sociología militar por parte de Morris Janowitz deberá completarse con textos de otros expertos en Sociología y

Fuerzas Armadas, casi siempre endeudados con el método pragmático propio del catedrático de la Universidad de Chicago, su discípulo predilecto, Charles Moskos. La obra más clásica es "El Soldado Profesional" (1960), equivalente en calidad a la obra también clásica de Samuel P. Huntington "El soldado y el Estado" (1957), pero mucho más doctrinaria que ésta. La bibliografía citada en "Las Fuerzas Armadas y la Sociedad" (1981) de Gwyn Harries-Jenkins y Charles C. Moskos nos llevaría a los nombres y a los textos de Bengt Abrahamson, "Profesionalización militar y poder político" (1972); de Katherine Chorley, "Los Ejércitos y el arte de las revoluciones" (1943); de S. E. Finer, "El rol de los militares" (1980); de Harold D. Lasswell, "El Estado-guarnición" (1941) y de Van Doorn, "La profesión militar y los regímenes militares" (1969).

Las sucesivas aproximaciones, ya cumplidas, al tema sociológico militar propias de Huntington, han culminado en "La tercera ola de democratización a finales del siglo XX" (1991). Las conclusiones del politólogo aquí se cruzan con las viejas interpretaciones que proceden más bien de la especialización en relaciones internacionales lograda primero por el polemólogo Gaston Bouthoul, "Tratado de Polemología" y "El desafío de la guerra" (1981), últimamente en colaboración con el general Emile Carrere; y luego por el publicista Raymond Aron, "Paz y Guerra entre las naciones" (1959), "Clausewitz. Pensar la guerra" (1990), etc., etc... y finalmente por el político en ejercicio hasta hace unas décadas Henry Kissinger, en particular, en sus frecuentes estudios y memorias tales como "Un mundo restaurado" (1964) y "Armas nucleares y política internacional" (1957), unas obras ya lejanas en el tiempo.

CAPÍTULO PRIMERO

ERNST JÜNGER. EL HOMBRE Y LA GUERRA

ERNST JÜNGER. EL HOMBRE Y LA GUERRA

Por JOSÉ LUIS CALVO ALBERO

INTRODUCCIÓN

Siempre resulta difícil hacer una presentación de Ernst Jünger, quizás porque tanto el personaje como su obra resultan tan grandiosos como inclasificables. Podría decirse que Jünger fue un filósofo aunque su lenguaje, y gran parte de su obra, son fundamentalmente literarios. Podría apuntarse que su figura fue objeto de admiración en la Alemania nacionalsocialista, aunque también cabría citar los homenajes de los que fue objeto por parte de las principales figuras de la política europea de fin de siglo, como Helmuth Kohl, François Mitterrand o Felipe González. También podría aventurarse que su pensamiento es, fundamentalmente, una evolución de las beligerantes teorías procedentes del darwinismo social y el vitalismo nietzscheano, tan en boga a principios del siglo XX; pero sería inevitable añadir la postura humanista siempre mantenida por el autor, e incluso una poco disimulada tendencia al anarquismo presente en una apreciable parte de su larga vida.

La dificultad de clasificar a Jünger procede fundamentalmente de sus propios esfuerzos por escapar a cualquier clasificación y de su postura furiosamente individualista —quizás hasta elitista— a lo largo de toda su vida. También puede señalarse como factor fundamental para esta dificultad su extraordinaria longevidad, tanto biológica —casi 103 años cuando muere en 1998— como literaria —publica *“Tempestades de acero”* a los 25 años y *“La tijera”* a los 95— circunstancias que permitieron una profunda evolución de su pensamiento inicial. En cualquier caso, la figura de Junger

se yergue sobre el siglo XX como la de un testigo excepcionalmente bien situado y de extraordinaria lucidez. En su vida y en su obra, la guerra, la terrible experiencia bélica, juega un papel decisivo. Protagonista en los dos conflictos mundiales, su vivencia personal se integrará perfectamente en su pensamiento, proporcionándonos una visión indispensable para aquel que quiera adentrarse en las entrañas del fenómeno bélico.

Ernst Jünger nace en Heidelberg (Alemania) en 1895. Ya desde muy joven muestra un temperamento individualista y aventurero, enrolándose en 1913 en la Legión Extranjera Francesa, experiencia truncada por la oportuna intervención de su sufrido padre. Pero, tras el estallido de la I Guerra Mundial, nada puede hacer su progenitor para evitar que Junger se alistase en el Ejército Alemán. En el invierno de 1914 su unidad, el 73° de Fusileros de Hannover, parte hacia el frente de Champagne en el que se han comenzado a construir los laberintos de trincheras y fortines que constituirán el paisaje cotidiano del joven Ernst durante los siguientes cuatro años. Su intervención en el conflicto será notable. Participará en los encarnizados e inútiles combates de 1915, se asomará al infierno del Somme y se debatirá en el barro de Flandes, antes de tomar parte en la gran batalla, la ofensiva "Michael" en Marzo de 1918, furioso y desesperado estertor del Ejército Alemán en el Frente Occidental. Siete heridas de guerra y una "Ordre Pour le Merite", máxima condecoración otorgada por el Ejército, constituirán la mejor carta de presentación del alférez Jünger, que, en 1920, publica sus memorias de guerra "*Tempestades de Acero*" convertidas rápidamente en un éxito editorial.

En la abatida y humillada Alemania de posguerra, las agresivas memorias de Jünger tenían un tono reivindicativo que pronto fue recogido por numerosas organizaciones de tipo derechista y nacionalista, entre ellas el recién creado Partido Nacionalsocialista de Adolf Hitler. Jünger se movió en esos ambientes durante los años 20, aunque nunca se comprometió con ningún grupo en especial. De hecho rechazó en 1927 el ofrecimiento nazi para ocupar un escaño en el Reichstag. Durante esta época cursó también estudios de zoología en la Universidad de Leipzig —la entomología será una pasión que conservará hasta su muerte— y contrajo matrimonio en 1925 con Gretha von Jeinsenn.

En 1932 publica una de sus obras principales "*El Trabajador*", un ensayo objeto de múltiples controversias y que se interpretará frecuentemente como un anuncio del advenimiento del nacionalsocialismo. Pese a que Jünger fue inicialmente muy respetado por los nazis, su humanismo

e individualismo le llevarán a distanciarse cada vez más de ellos. En 1939 se publica "*Sobre los acantilados de mármol*" una velada crítica al nacionalsocialismo que le convertirá en personaje sospechoso. No obstante, mantendrá una relación estrecha con algunos intelectuales vinculados al régimen, sobre todo Carl Schmitt y Martin Heidegger.

En 1939 es llamado de nuevo a filas. Participa en la II Guerra Mundial con el grado de capitán y presta servicio durante la invasión de Francia (1940), en el París ocupado e incluso, durante un breve periodo, en el Frente Ruso (1942-43) pero no llega a participar en combates directos. El Jünger agresivo y entusiasta de la Gran Guerra deja paso a un hombre maduro y desencantado, que se pasea por los campos de batalla más atento a la observación del paisaje y las reacciones humanas ante el conflicto que a la lucha propiamente dicha. Durante su servicio en París toma contacto con la intelectualidad gala y con el naciente existencialismo francés.

Jünger es desmovilizado en Septiembre de 1944 pero la guerra le depara aún una penosa tragedia. Su hijo Ernst es arrestado por actividades de oposición al régimen y enviado al frente, encuadrado en una unidad disciplinaria. El 29 de Noviembre de 1944 muere combatiendo contra los aliados en Carrara (Norte de Italia). La muerte de su hijo, la ruina de Alemania y la prohibición de publicar que le imponen las autoridades de ocupación, sumergen a Jünger en el abatimiento. Durante la época de la guerra escribe una pequeña obra titulada "*La Paz*" en la que se advierte claramente la evolución de su pensamiento acerca de la naturaleza de la guerra. También escribe una novela "*Heliópolis*" (1949) y sus diarios de guerra, publicados en 1949 con el título "*Radiaciones I*", que muestran un notable contraste con "*Tempestades de Acero*".

Durante los años 50 se recupera de su estado de postración posterior a la guerra con una vitalidad sorprendente. Tras dedicarse a la experimentación sobre los efectos de diversas drogas, especialmente del LSD, le sobreviene una auténtica fiebre creadora que se materializa en numerosas obras, entre ellas "*Tratado del rebelde*" (1952), "*El nudo gordiano*" (1953), "*El libro del reloj de arena*" (1954), "*Rivarol*" (1956), "*Abejas de cristal*" (1957), "*Mantrana*" (1958), y "*El Estado Mundial*" (1960).

En 1960 muere su mujer Greta y en 1962 contrae nuevo matrimonio con Liselotte Bäuerle. La muerte de su primera esposa, cuando Jünger tiene ya 65 años, marca una pausa en su carrera literaria. Durante los años 60 y 70 se dedica a viajar por todo el mundo publicando esporádicamente ("*Tipo Nombre, Forma*" 1963, "*Aproximaciones Droga y Embriaguez*"

1970, “*La honda*” 1973) y dedicándose especialmente a recopilar sus memorias (“*Pasados los 70*”). Durante estos años recupera el reconocimiento internacional, recibe varios premios y distinciones y pronuncia, en 1979, el emotivo discurso en Verdún ante los antiguos combatientes de ambos bandos.

Los años 80 son para él una sucesión de homenajes y viajes alrededor del mundo. Pero todavía es capaz de sorprender con novelas como “*El problema de Aladino*” (1983) ó “*Un encuentro peligroso*” (1985). En los años 90 Jünger alcanzará la “edad de los patriarcas (cumple 100 años en 1995) y todavía sufrirá una amargura final al suicidarse su segundo hijo tras haber quedado invalido en un accidente. Su obra literaria, tras “*La Tijera*” (1990), se va reduciendo a la publicación de sus últimos diarios y diversas entrevistas, pero conservará una extraordinaria lucidez hasta el momento de su muerte en 1998, cuando le faltaba un mes para cumplir los 103 años.

La figura de Jünger, tan controvertida como admirada, se ha convertido en una suerte de símbolo del siglo XX. A lo largo de su vida tuvo oportunidad de conocer de primera mano la I Guerra Mundial y la caída de los grandes imperios europeos, las convulsiones del comunismo y el nacionalsocialismo, la hecatombe de la II Guerra Mundial, el renacimiento de una Europa con aspiraciones de unidad, el hundimiento de la URSS y la revolución tecnológica que promete sustanciales cambios sociales para el próximo siglo. Esta amplia experiencia vital le convierte en un autor indispensable para comprender el convulso siglo que dejamos atrás y en una conexión clave entre las ideas del siglo XIX y las incertidumbres del siglo XXI.

Pero el aspecto que vamos a estudiar de la obra de Jünger es su visión de la guerra; uno de los temas centrales de su obra puesto que su experiencia en la I Guerra Mundial marcará la mayor parte de su producción literaria posterior con un lenguaje repleto de referencias bélicas. La importancia de la guerra en su vida y en su obra y su aproximación, libre de complejos, al fenómeno bélico nos servirán para conocer una visión atípica y provocadora del mismo, pero llena a la vez de la autoridad que proporcionan la experiencia y la reflexión sincera.

EL MARCO DE SU PENSAMIENTO

Como todos los intelectuales, Jünger fue un producto de una época y un lugar. Así, podríamos clasificarlo, especialmente en sus primeras obras,

como un heredero de la filosofía alemana del siglo XIX y, especialmente, del irracionalismo y vitalismo representado fundamentalmente por Friedrich Nietzsche. Pero tal clasificación pecaría de simplista. Primero porque el pensamiento de Jünger pronto adquiere matices propios y bien diferenciados, y segundo por la enorme complejidad y riqueza del pensamiento alemán de la época; sin duda una de los períodos más fecundos de la historia de la filosofía y del pensamiento político. Intentar dar una idea completa, en estas breves páginas, del marco de pensamiento en el que se educó Jünger constituiría una empresa irremediablemente condenada al fracaso. Pero parece inevitable intentar enunciar al menos las ideas principales que circulaban en la Alemania de principios del siglo XX, aquella en la que nuestro autor realizó su formación intelectual básica y en la que se forjaron las bases de su ideología.

La Historia alemana anterior al siglo XIX viene marcada por la idea de la identidad del pueblo alemán. Los alemanes emergen de la Edad Media divididos en diversas entidades políticas, generalmente sometidas al poder del Imperio Habsburgo, pero con la conciencia de una lengua y de lo que más adelante se conocerá como una cultura comunes. La Reforma Protestante, nacida en los estados alemanes, tendrá tanto de renovación espiritual como de rebeldía política contra el poder Habsburgo, pero, a pesar de la sangría de la Guerra de los Treinta Años, no se logrará la esperada creación de un ente político alemán.

Las esperanzas se depositarán entonces en el pequeño reino de Prusia, un estado situado en los límites del mundo civilizado cuya pobreza contrastaba con la opulencia de otros estados alemanes. No obstante, en Prusia se conseguirá una excepcional integración del pueblo con el estado, representado por monarcas férreos pero abiertos a las tendencias ilustradas como Federico II. El ejército prusiano se convertirá en modelo para el resto de los ejércitos europeos y la unificación del pueblo alemán comenzará a asumirse como una tarea pendiente para la monarquía prusiana.

En Prusia se darán unas condiciones que marcarán el posterior pensamiento alemán. La identificación del pueblo con el estado, encarnado en su rey y en el ejército, supondrán el inicio de un "culto al estado" mantenido hasta el siglo XX. La disciplina y orden de la sociedad prusiana traerán el inevitable recuerdo de las antiguas "polis" griegas, referencia continua de los autores alemanes del siglo XIX. Por último, en una Prusia más bien pobre y agrícola, la aristocracia continuará manteniendo un papel de

motor de la sociedad que en otras partes de Alemania había sido ya asumido por la burguesía. La aristocracia prusiana aportará una visión más espiritual y menos mercantilista de lo que debía ser la futura Alemania.

Pero la gran eclosión del pensamiento alemán tendrá lugar en las décadas situadas a caballo de los terribles acontecimientos de la Revolución Francesa. El idealismo alemán, representado sobre todo por las figuras de Kant y Hegel, marcará una ruptura con las ideas racionales y universalistas propias de la Ilustración. El punto de partida para su pensamiento es la reconsideración de la clásica relación entre sujeto y objeto. Los idealistas conciben el mundo exterior al sujeto como una construcción intelectual del mismo. Los seres humanos recibimos del mundo exterior un caótico conjunto de sensaciones y signos que nuestro intelecto articula hasta crear un sistema ordenado. Así pues el mundo es, después de todo, una construcción humana. Esta idea, en apariencia poco aplicable a las cuestiones prácticas, tendrá unas consecuencias insospechadas. La visión del hombre como constructor de su propio mundo crea la necesidad de la acción, el hombre posee la capacidad de cambiar aquello que ha construido. Para lograr el cambio, la reconstrucción de la realidad, el hombre precisa no tanto de razón como de voluntad. Se rompe así la tradición racionalista del siglo XVIII y se entra en el voluntarismo del siglo XIX. Consecuencias inmediatas serán la aparición de fenómenos como el romanticismo y el nacionalismo.

En Alemania esta corriente de pensamiento tendrá su exponente más influyente en Johann Fichte que sentará las bases del moderno nacionalismo, apelando a la nación alemana como un sujeto común en el que estarían integradas todas las individualidades de cultura germánica. Así como cada ser humano es constructor de su propio mundo, el “espíritu popular” (Volkgeist), esa realidad supraindividual fruto de un anhelo colectivo, conduciría a la construcción de un estado alemán.

En Fichte se encuentran muchas de las claves del pensamiento de Jünger. La idealización de la nación alemana como anhelo colectivo y foco civilizador se une con un feroz individualismo —después de todo cada hombre es un constructor de su propia realidad— que tiende rápidamente al anarquismo. La combinación de estas dos ideas, aparentemente contradictorias, conduce inevitablemente, tanto en Fichte como en Jünger, a una concepción elitista de la sociedad, muy próxima a la original idea de estado de la aristocracia prusiana. Todo cuerpo social consta de una masa de individuos relativamente pasivos y faltos de voluntad; el espíritu

colectivo —*el volkgeist*— los guía hacia un fin, hacia un objetivo común a través del liderazgo de una elite, integrada por hombres dotados de visión y voluntad, auténticos “constructores del mundo” que hacen la vida social posible a través de las instituciones del estado. La autoridad de estos líderes, garantía del orden social, es incontestable.

Tenemos aquí el caldo cultural en el que se educó Jünger, pero aún falta un ingrediente vital que va a ser proporcionado por el pensamiento de Friedrich Nietzsche. Inicialmente, Nietzsche será un experto helenista con una enorme admiración por el mundo griego. Posteriormente esa admiración derivará en una sorprendente producción filosófica. Nietzsche ahondará en la idea del hombre como constructor de su propio mundo, sin ninguna intervención divina (“Dios ha muerto”). Pero no todos los hombres pueden asumir esta carga creadora. La mayoría de ellos caerán en las redes de ideologías de la sumisión como el cristianismo, que asignan al hombre un papel pasivo y que potencian una “moral de esclavo”. Sólo una elite podrá superar esa sumisión y convertirse en auténticos “creadores”. El paradigma de estos líderes será la figura del “superhombre”, aquel que no reconoce limitaciones a su potencialidad, que crea su propia moral y que transforma el mundo exterior según su antojo y necesidad.

Nietzsche utilizará en sus obras un lenguaje mitológico y aforístico muy inspirado por su conocimiento de la mitología griega. Este lenguaje va encaminado a sacudir la sensibilidad del lector para que éste llegue a la comprensión no por el razonamiento sino por el sentimiento y la intuición. Es un método que utilizará Jünger a lo largo de casi toda su producción literaria y filosófica lo que, por un lado la hace inicialmente más atractiva, pero por otro la abre a múltiples interpretaciones (exactamente como en el caso de Nietzsche) al apelar más a la intuición que al raciocinio. Curiosamente este método de comunicación intuitiva es muy propio de las filosofías orientales, especialmente del budismo, y resulta ilustrativa la influencia oriental que puede encontrarse en la filosofía y la literatura alemana de los siglos XIX y XX desde Schopenhauer hasta Hermann Hesse. El propio Jünger mantendrá a lo largo de su obra una relación de atracción–repulsión por el pensamiento oriental.

El pensamiento de Nietzsche surge ya a finales del siglo XIX, un siglo que vivió probablemente la mayor transformación social desde el Neolítico. La publicación, a mediados de siglo, de la obra “*El origen de las especies*” de Charles Darwin marca una nueva revolución en el pensamiento, al abrir la puerta a la idea de un mundo que se rige por leyes inter-

nas sin ninguna intervención divina. La idea de que el hombre es el único rector de sus destinos se refuerza, mientras que el comportamiento de las sociedades se asimila al de las especies animales definido por Darwin. Si la naturaleza se rige por la supervivencia del más apto y de aquel con mayor capacidad de adaptación ¿Por qué van a ser diferentes las sociedades humanas? Se abre paso la idea de que existen sociedades con vitalidad “ (aquellas animadas por un proyecto común) y sociedades “enfermas” incapaces de actuar y condenadas a la extinción o la sumisión. Igualmente se acepta que dentro de cada sociedad existen clases o individuos capaces de imponerse a los otros y de convertirse en líderes o en tiranos.

El conjunto de todas estas teorías, que se extendieron por Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, y que coincidieron con la fase de máxima expansión colonial europea, fueron conocidas como “darwinismo social”. Evidentemente se trataba de ideas peligrosas que podían derivar fácilmente hacia la creencia en la superioridad racial o de clase. Pero lo más importante para el tema que nos ocupa es que fomentaban una visión muy agresiva de las relaciones humanas. La guerra era no solo inevitable sino incluso natural y deseable para afirmar la superioridad de una nación, una clase social, una cultura o una raza. Tales teorías convivían por otro lado con el marxismo, una evolución del materialismo histórico de Hegel, que contemplaba la historia humana como una lucha (dialéctica) continua entre las diferentes clases sociales que debía desembocar en una sociedad igualitaria. Todo este clima intelectual, unido a la lucha por la hegemonía en Europa y en el mundo, generaba una tremenda agresividad en las sociedades de la época. Agresividad hoy quizás olvidada, pero que resulta imprescindible recordar para comprender fenómenos como las dos Guerras Mundiales o la Revolución Rusa, y quizás también para entender el movimiento de péndulo intelectual que nos ha llevado hoy en día al predominio de las ideologías pacifistas.

Jünger creció en medio de este ambiente. Es preciso recordarlo para comprender su obra, especialmente la de sus años de juventud. El entusiasmo por la guerra que demuestra en “*Tempestades de Acero*” no es diferente de aquel que se adivina en los rostros de los jóvenes soldados, a los que podemos ver en añejas fotografías, partiendo sonrientes hacia el frente en el verano de 1914. El entusiasmo por la guerra se enseñaba en las escuelas y se predicaba en las plazas públicas. A él se unió toda una generación, la de Ernst Jünger, antes de ser barrida por la tempestad.

EL PRIMER JÜNGER. LA ÉPICA SURGIENDO DEL HORROR

Como ya se ha mencionado anteriormente, las ideas sobre la guerra presentes en la obra inicial de Jünger son producto, fundamentalmente, de su experiencia en la I Guerra Mundial. La mayoría de estas ideas están recogidas en "*Tempestades de Acero*" una recopilación de diarios y reflexiones escritos durante las hostilidades y publicados en 1920. Posteriormente Jünger decidió modificar su obra, separando la parte narrativa, basada en sus diarios, de la parte más teórica y reflexiva, que publicó separadamente en 1922 con el título "*La Guerra como experiencia interior*". Estas dos obras iniciales se ven completadas por un conjunto de obras breves sobre el mismo tema escritas entre 1925 y 1930. Cabe destacar entre ellas "*El bosquecillo 125*" (1925), "*Fuego y Movimiento*" (1930) y "*La movilización total*" (1930). A partir de 1932, con la publicación de "*El Trabajador*" la atención de Jünger deriva hacia temas de carácter más social, aunque se mantienen constantemente las referencias bélicas, especialmente en su obra "*Sobre el dolor*" (1934) escrita como complemento a "*El Trabajador*".

Cuando Jünger parte hacia el frente, en 1914, tiene solo 19 años. Su idea de la guerra es una mezcla de inmadurez, romanticismo y vitalidad:

Y entonces la guerra nos había arrebatado como una borrachera. Habíamos partido hacia el frente bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que había de aportarnos aquello, las cosas grandes, fuertes, espléndidas. La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en las que la sangre era el rocío (1).

Evidentemente su entusiasmo fue pronto puesta a prueba por la terrible naturaleza del nuevo conflicto pero, a pesar del horror y las penalidades, Jünger siempre mantuvo su idea de la guerra como un acto inevitable, trascendental y repleto de épica. Una explosión de vitalidad que recordaba de forma inequívoca al pensamiento de Nietzsche.

El carácter inevitable de la guerra es un punto interesante en el pensamiento de la época. La idea era que las sociedades "vitales" tendían irremediablemente a la expansión. Cuando topaban con otra sociedad que podía oponerse de alguna forma a esa expansión el conflicto bélico

(1) JÜNGER, ERNST: "*Tempestades de Acero*". Tusquets Editores, 1987.

estaba servido. Pero todo el proceso se veía como algo natural. No había odio, ni intereses bastardos en esa belicosa expansión. Sencillamente las sociedades “enfermas”, aplastadas por otras más “vitales”, eran como la hormiga que se cruza en el camino de un elefante.

Esta idea de la inevitabilidad de la guerra y del sometimiento de unas sociedades por otras está presente en la obra de escritores casi contemporáneos de Jünger como Rudyard Kipling o Jack London. El primero hablaba, dentro de un ambiente de expansión colonial, de la “carga del hombre blanco”. Las sociedades europeas, avanzadas y vitales, estaban condenadas a expandirse y someter a otros pueblos más atrasados, llevándoles al tiempo la idea de la civilización. Jack London, a su vez, hablaba de la “inevitabilidad del hombre blanco”. Algo dentro de él le obligaba a conquistar el resto del mundo. No importaba que sus avanzadillas fuesen aniquiladas por pueblos hostiles, enfermedades o climas infernales, siempre habría más hombres blancos dispuestos a arriesgarse para conseguir el dominio de nuevos territorios.

En el fondo de estas visiones subyace la ida nietzscheana del poder como motor de la Historia. La búsqueda del poder por parte de individuos y sociedades aparece como la causa última de las guerras. Es lógico que estas ideas vitalistas tuvieran un amplio eco en la recién constituida Alemania, una nación que se consideraba a sí misma como reprimida durante un largo periodo histórico y que despertaba con un enorme ansia de poder y dominio.

Pero Jünger no se encontraba en una guerra colonial luchando contra pueblos atrasados o decadentes. Sus oponentes franceses y británicos representaban a los imperios más expansivos de su época. En esas circunstancias, cuando sociedades igualmente vitales llegan al choque lo que aparece es la épica, la lucha entre héroes, la Iliada. Este espíritu épico se halla muy presente en las memorias de Jünger, aunque convenientemente atemperado por la sinceridad de su narración. Quizás lo más acertado que pueda decirse es que, en determinados momentos, entre la miseria, el terror y la terrible devastación de la guerra se pueden identificar escenas épicas, instantes en los que la gloria personal y el enfrentamiento de voluntades se elevan por encima de la cruel realidad del combate.

Un recién llegado penetra en ese momento en el angosto espacio: llega de fuera y pasa por encima de la muralla formada por los cuerpos humanos. Está herido y aún no lo han vendado.... A pesar de su

terrible aspecto posee una cierta majestuosidad. En su apostura y en sus ojos brillantes se le nota que no es uno de esos que se dejan intimidar por la sangre cuando corre, sino de esos otros a los que ésta, como un primer sacrificio derramado en honor del dios de la guerra, vuelve aún más coléricos y salvajes (2).

Junto a su aspecto épico, la guerra tiene para Jünger un aspecto todavía más primario. Es la gran catarsis, la purificación suprema. El hombre se muestra en ella tal como es en realidad, con sus grandezas y debilidades, su ferocidad y su cobardía. Las convenciones que rodean nuestra vida social desaparecen ante la proximidad de la muerte y sólo queda el hombre que habita bajo ellas. Probablemente éste es el aspecto que Jünger encuentra más atractivo de la guerra.

Cuando me paro a pensar en el ambiente en que me encontraría ahora de no haber estallado la guerra, cuando me imagino que estaría encadenado a una profesión, rodeado de trepadores, o pertenecería a un cuerpo de oficiales en tiempo de paz, o a una asociación estudiantil, o me hallaría rodeado de literatos en un café lleno de humo; creo que al cabo de seis meses habría echado todo a rodar para marcharme al Congo, o al Brasil, o a cualquier otro lugar en que esa gente no hubiese estropeado aún la Naturaleza. La Guerra, que tantas cosas nos quita, es generosa en este aspecto... (3).

Pero la guerra que le tocó vivir a nuestro autor tenía además un carácter muy especial para él. En ella se estaba asistiendo al derrumbamiento de un mundo y al nacimiento de otro nuevo e incierto. Ahora sabemos que la Gran Guerra supuso el fin de la supremacía europea, de sus imperios centenarios y del sistema de equilibrio de poder. También en el ámbito militar, el tremendo impacto de la tecnología en los campos de batalla parecía estar acabando con una tradición bélica que se remontaba a milenios atrás. En el momento en que Jünger escribía sus memorias de guerra esto era algo que podía sólo intuirse, pero para él siempre estuvo claro el carácter de cambio radical que implicaba el conflicto. En obras posteriores profundizará sobre la naturaleza de este cambio, que Jünger atribuye fundamentalmente al progreso o, más concretamente a la tecnología, utilizando para ello un lenguaje mitológico y aforístico, similar al de Nietzsche, y tan difícil de interpretar en sus detalles como el de éste.

(2) JÜNGER, ERNST: "El Bosquecillo 125". Tusquets Editores 1987.

(3) JÜNGER, ERNST: "Tempestades de Acero". Ediciones Tusquets, 1987.

Para Jünger estamos asistiendo al surgir de los nuevos titanes. Los titanes, en la mitología griega, eran las entidades primigenias que gobernaban el mundo antes del advenimiento de los dioses. Por contraposición a los dioses griegos, representación de las virtudes y defectos humanos, los titanes representan lo que hubo antes del hombre, las fuerzas de la naturaleza de las que el hombre en definitiva nació. Según los mitos clásicos, los titanes se rebelaron una vez —y fue necesaria la intervención de Hércules, un semidios con naturaleza humana, para derrotarlos— y pueden volver a rebelarse. Jünger pensaba que esta rebelión se estaba ya produciendo a través de la revolución tecnológica y social. La técnica —hija en definitiva del hombre— estaba desplazando a éste del timón que regía sus destinos. La era del Humanismo, representada por la Antigüedad Clásica, el Renacimiento o la Ilustración, en la que el hombre era la figura principal, estaba siendo sustituida por una nueva era en la que la tecnología, y su heredero social, las masas, se convertirían en los principales protagonistas, los nuevos titanes.

Ningún conflicto más apropiado que la Gran Guerra para ilustrar esta lucha a muerte entre el hombre y la tecnología. En él, el alférez Jünger tiene ocasión de ver al espíritu humano enfrentarse al devastador poder de la técnica y sucumbir, aunque sin rendirse

El horizonte de los embudos y de las trincheras es un horizonte estrecho.... Contra ese fondo horrible se yergue el combatiente, el hombre sencillo, anónimo, sobre el cual gravitan el peso y el destino del mundo. En los bordes de fuego situados más allá de todo límite procrea ese hombre, en la noche solitaria procrean el Hombre y la Tierra. Yo he visto su rostro bajo el brillante borde del casco cuando la Muerte se alzaba amenazadora ante él. Lo he visto caer muerto; su imagen y su legado permanecen en mi corazón (4).

En definitiva hemos repasado los principales puntos de la visión bélica del joven Jünger. La guerra como un acontecimiento inevitable fruto de la búsqueda del poder. Una guerra con tonos épicos, en la que se ponen de manifiesto los valores tradicionales del ciudadano, el sirviente del estado, con una extraordinaria claridad, provocando en el combatiente una suerte de experiencia mística que le permite llegar a conocerse a sí mismo, a sus compañeros y a la humanidad en general.

(4) JÜNGER, ERNST: "El Bosquecillo 125". Ediciones Tusquets, 1987.

La monstruosa acumulación de fuerzas durante las horas cruciales, en las que se luchaba por un futuro lejano, y el delirio que siguió, de manera tan sorprendente, tan desconcertante a aquella acumulación, me habían conducido por vez primera a las profundidades de determinados ámbitos sobrepersonales. Aquello era distinto de todo lo que hasta aquel momento había vivido; era una iniciación, una iniciación que no solo abría las ardientes cámaras del Horror, sino que también conducía a través de ellas (5).

Por último la Gran Guerra había sido escenario de un cambio que Jünger califica de “cósmico”. El inicio de una nueva era dominada por las masas y la tecnología en la que el hombre clásico se encontraba en peligro de extinción. En los años posteriores a la guerra esta visión tendría ocasión de revelarse en toda su peligrosa plenitud.

MADUREZ. LA PAZ COMO FRUTO DE LA GUERRA

Tras la publicación de “*Tempestades de Acero*” y el resto de sus obras sobre la Gran Guerra, Jünger se convierte en una figura prestigiosa en el pensamiento y la literatura alemana de la época. Su obra será contemporánea de un periodo muy fecundo de la cultura alemana, marcado por la humillación sufrida en el conflicto, la crisis económica posterior al mismo y la inestabilidad política de la República de Weimar. Cabe destacar, por su importancia en el pensamiento de Jünger, la aparición en 1922 de la monumental obra “*La decadencia de Occidente*” de Oswald Spengler. En ella, el filósofo alemán identificaba la ruina y derrota de Alemania como el inicio de una fase de decadencia de toda la cultura occidental. Esta idea, junto con la desconfianza hacia la tecnología mostrada por Spengler, debieron llamar la atención del joven Jünger cuyas ideas personales se mostraban muy próximas a las del filósofo.

Asimismo, en 1928 aparece otra obra fundamental para el pensamiento de la época. Se trata de “*El concepto de lo político*” de Carl Schmitt, un intelectual con el que Jünger se relacionó estrechamente en los años posteriores, y cuya obra ha permanecido durante mucho tiempo relegada por las relaciones de su autor con el régimen nacionalsocialista. La obra de Schmitt es un completo y agudo análisis de la naturaleza del estado, con una clara crítica hacia la República de Weimar punto en el

(5) JÜNGER, ERNST: “*Tempestades de Acero*”. Ediciones Tusquets, 1987.

que parecían coincidir todos los intelectuales de la época. Pero de más interés para el tema que nos ocupa es su idea de la relación amigo-enemigo como origen de la política. Efectivamente, Schmitt advierte que la clarificación de quién es amigo —aquel que comparte intereses, que forma parte de una misma comunidad— y quién es enemigo, real o potencial, —aquel ajeno a esa comunidad de intereses— es un punto clave para la actividad política y para la correcta interpretación de la guerra.

En el fondo de esta reflexión subyace una crítica contra los vencedores de la I Guerra Mundial y hacia la forma en la que habían enfocado el conflicto y, sobre todo hacia la forma en la que lo habían resuelto. Para Schmitt la guerra es una forma de dirimir una disputa entre estados sobre determinados intereses. El enemigo es, sencillamente, aquel que puede amenazar o disputar nuestros intereses, pero no es una entidad maligna ni un criminal. Sencillamente es alguien perteneciente a otra comunidad con el que se puede combatir, negociar o coexistir. La visión de los vencedores de la guerra de una Alemania maligna, que debía ser aplastada para prevenir futuras agresiones, estaba sacada de contexto según Schmitt.

Tanto Spengler como Schmitt ejercieron una fuerte influencia sobre Jünger. El hecho de que los tres fueran después acusados de precursores o colaboradores del nazismo, junto con el filósofo Martin Heidegger, es hasta cierto punto injusto. Y cabe decir hasta cierto punto puesto que el nacionalsocialismo creció en el caldo de cultivo de una Alemania desolada y arruinada, con una enorme desorientación política y conflictividad social, elementos en los que se movía también el pensamiento de la época, con una crítica generalizada a las instituciones políticas existentes y el convencimiento en la necesidad de un cambio de rumbo, probablemente enérgico. Cuando el partido nacionalsocialista fue alcanzando cotas de poder, para muchos intelectuales aquello apareció como esa posible solución enérgica que recuperaría la autoestima alemana. Fue un proceso curiosamente parecido al que se produce hoy en día en Rusia con las esperanzas depositadas en Vladimir Putin como el hombre que puede sacar al país del caos.

Sin embargo es bastante dudoso que los intelectuales de la época comulgasen seriamente con el programa y las teorías nacionalsocialistas, que constituían fundamentalmente una banalización de sus propias ideas, mezcladas con un populismo muy hábil pero bastante chabacano. Jünger desde luego no lo hizo y siempre mantuvo una altiva independencia frente a los nazis pese a que, quizás, durante los años 20, no se encontró tan alejado de ellos. De hecho una de las características fundamentales de

Jünger es que siempre fue un hombre enfrentado al poder —un intempestivo como él mismo se definía— y, por esta razón quizás albergó alguna simpatía hacia el partido de Adolf Hitler cuando éste era un simple grupo de agitadores. De hecho, en aquella época Jünger se relacionaba con otros grupos igualmente radicales, e incluso quizás más extraños como los nacional bolcheviques de Ernst Niekistch.

En cualquier caso Jünger era un hombre admirado por muchos dirigentes nazis, entre ellos Goebbels, e incluso el propio Hitler, a quien "*Tempestades de Acero*" le traía probablemente recuerdos de su experiencia en el Frente Occidental. Esta admiración, y su popularidad como autor literario, quizás le salvaron la vida cuando más adelante comenzó a mostrarse muy crítico con el Partido.

Durante los años 30 Jünger abandona su producción centrada fundamentalmente en su experiencia bélica para centrarse en la temática social; en el cambio que la tecnología y los movimientos de masas estaban produciendo en las sociedades de su época. No obstante, en 1930 escribe "*La movilización total*" un ensayo que ha sido posteriormente muy criticado puesto que, en él, Jünger se acerca a la guerra como acontecimiento trascendental en una sociedad para el que es preciso movilizar todos los recursos espirituales y materiales de la misma. Es una visión muy próxima a la del máximo representante del belicismo alemán, Erich Ludendorff, que contemplaba la guerra como el objetivo y fin principal de una sociedad, constituyendo la paz sólo un periodo transitorio y secundario. En algunas partes de la obra pueden encontrarse párrafos que se lamentan de la incapacidad alemana para llegar a esa "movilización total" durante la Gran Guerra y aluden a la necesidad de corregir ese fallo en el futuro mediante un adecuado liderazgo:

Y sin embargo, ese sordo fervor que en ellos ardía por una Alemania inexplicable e invisible fue suficiente para efectuar un esfuerzo tal que hizo temblar a los pueblos hasta en su tuétano. ¿Qué no habría conseguido si hubiera poseído ya una dirección, una consciencia, una figura? (6).

Pero la obra más recordada de este periodo de Jünger es, sin duda, "*El trabajador*", publicada en 1932. Se trata de un libro un tanto oscuro, que dio lugar a múltiples interpretaciones. En él se plantea la nueva "figura" humana que está surgiendo al albor de los nuevos tiempos domi-

(6) JÜNGER, ERNST: "*La movilización total*". Ediciones Tusquets, 1995.

nados por la tecnología. Esa figura no es otra que la del “trabajador”, el hombre que convive con la técnica y que, incluso llega a la simbiosis con ella. Esa figura ha perdido muchos de sus rasgos humanos, se ha simplificado, al tiempo que ha adquirido algunos de los rasgos de dureza e indiferencia propios de la máquina.

En lo referente a la guerra, Jünger advierte que las guerras futuras serán guerras de trabajadores. Han desaparecido ya las guerras de los aristócratas e incluso de los burgueses. El principal factor en las nuevas guerras es el trabajo y la movilización total, necesarios para alimentar los gigantescos campos de batalla repletos de máquinas y de sus sirvientes. En estas nuevas guerras los hombres pierden su condición y se transforman en objetos, en números en una lista de bajas. La pérdida de esa condición humana explica las nuevas manifestaciones bélicas: se arrasan ciudades, se toma a la población civil como objetivo, se ejecuta a los prisioneros... El antiguo humanismo de los combatientes se ahoga en el mar de la tecnología y la guerra de masas.

“*El trabajador*” fue interpretado por algunos como un sinónimo del “proletario” de corte marxista y comunista. Otros vieron en él referencias al advenimiento del nacionalsocialismo (efectivamente hay frecuentes alusiones a un “orden nuevo”). Pero Jünger renegó de todas estas interpretaciones y hasta su muerte argumentó que sólo había pretendido dar fe del nacimiento de una nueva figura social, de un nuevo “titán” que inauguraría un mundo nuevo y probablemente peor.

En 1934, con los nazis ya en el poder, Jünger publicará “*Sobre el dolor*”, obra en la que profundiza sobre la relación del hombre con el dolor y señala la indiferencia hacia el mismo que los nuevos tiempos dominados por la tecnología están imponiendo. Es una idea reiterada en Jünger que la capacidad de sentir dolor es una cualidad humana, y el propio dolor es una fuente de perfeccionamiento y conocimiento interior. Una semilla que puede dar sus frutos.

En esta obra podemos encontrar también fragmentos que acusan una cierta alarma del autor ante los acontecimientos de su tiempo, acontecimientos que parecen conducir hacia una nueva catástrofe.

Hoy estamos viendo que campamentos, marchas, maniobras llenan valles y llanos. Estamos viendo que los estados son más amenazadores y se hallan más pertrechados de armas que nunca; que en cada uno de sus detalles esos Estados se orientan al despliegue del

poder, y que disponen de tropas y arsenales sobre cuyo destino no es posible albergar duda ninguna. Estamos viendo cada vez más claramente también que la persona singular va a parar a una situación en la que puede ser sacrificada sin reparos. A la vista de todas estas cosas surge esta pregunta: ¿Estamos asistiendo aquí a la inauguración de aquel espectáculo en el que la vida sale a escena como voluntad de poder y nada más? (7).

Lo cierto es que la actitud de Jünger parece cada vez más desencantada hacia el nuevo régimen y hacia los nuevos tiempos que se avecinan. Su inicial entusiasmo hacia un cambio radical en la política y la vida alemana, capaz de provocar la superación del trauma de la Gran Guerra y del Tratado de Versalles, se va apagando paulatinamente. Probablemente, Jünger se sentía desencantado ante las ideas simplistas del nacionalsocialismo y ante la nueva sociedad alemana que éste estaba forjando, tan parecida a sus más pesimistas predicciones sobre las sociedades masificadas y sometidas a la tecnología.

Su relación con los nazis alcanza su punto más peligroso en 1939 cuando publica *“Sobre los acantilados de mármol”* una novela alegórica en la que la sugerencia del magnicidio como solución a una tiranía sin sentido, hace saltar las alarmas del Ministerio de Propaganda de Goebbels. Pero, a pesar de que a partir de ese momento se convertirá en sospechoso para el régimen, su prestigio y una inhabitual actitud protectora por parte de Hitler le salvarán de la depuración.

El 29 de Agosto de 1939, dos días antes del inicio de la II Guerra Mundial, Jünger es movilizado de nuevo. Con el grado de capitán, será destinado a una unidad de infantería compuesta por reservistas con la misión de guarnecer un tramo de la “línea Sigfrido”, un rosario de fortificaciones construido en la frontera franco-alemana. Allí, Jünger recordará su experiencia en la guerra anterior aunque, en esta ocasión, no serán el horror ni la épica sus compañeros sino más bien el tedio.

La actitud hacia el nuevo conflicto es una mezcla de resignación y amargura. Este conflicto es la viva expresión de la catástrofe anunciada en sus obras, el fruto de las nuevas sociedades. No hay lugar para el ingenuo entusiasmo de la Gran Guerra, ni siquiera para la épica desesperada del hombre combatiendo contra el poder de la tecnología. Cuando se produce la ofensiva alemana sobre Francia, la figura de un Jünger cabal-

(7) JÜNGER, ERNEST: *“Sobre el dolor”*. Ediciones Tusquets, 1995.

gandó al frente de su compañía de reservistas, siguiendo la estela de destrucción dejada por las columnas acorazadas y la Luftwaffe, expresa toda la melancolía que le producía el conflicto. Estas experiencias las recogerá con detalle en sus diarios (publicados después con el título de “Radiaciones”) El contraste con “*Tempestades de Acero*” es enorme. Ya no hay escenas épicas ni apasionados combates; por el contrario sus páginas están llenas de caminos polvorientos cubiertos de cadáveres de hombres y animales, prisioneros desconcertados y pueblos en los que los signos de la vida han quedado suspendidos en el momento de ser tocados por la guerra. El capitán Jünger no llegará a entrar en combate. Sus sudorosos infantes no tienen ya más que un papel secundario frente a la omnipotencia de las máquinas: los carros de combate y la fuerzas aéreas son los verdaderos protagonistas de la nueva guerra.

Durante su participación en el conflicto Jünger escribirá una pequeña obra que se distribuirá clandestinamente y que marcará claramente un cambio de actitud respecto al fenómeno de la guerra. Su título será “*La Paz*” . En ella Jünger expresa una idea que desarrollará en obras posteriores: de alguna forma la II Guerra Mundial ha supuesto el punto culminante de todas las guerras. En ella se han alcanzado los más altos niveles del espanto, fruto de la deshumanización de las sociedades que han combatido. Pero en esta vorágine de horror Jünger encuentra también el punto de inflexión. Todo el sacrificio que se ha hecho por parte de muchos espíritus nobles durante el conflicto no puede caer en terreno baldío. Tras el final de la guerra, este sacrificio germinará en forma de paz. Jünger adopta la idea de la paz como fruto de la guerra, del sufrimiento, del sacrificio. Cuando el grado de sufrimiento es máximo, su fruto, la paz, será también máxima y quizás definitiva.

Y más tarde cuando haya enmudecido la lucha, se comprenderá que el intelecto pudo conocer los órdenes nuevos y aspirar a ellos, pero que para crearlos fue necesaria la conjunción de las pasiones, el dolor y el fuego. Tanto a los agentes como a los pacientes la multiplicidad de los frentes les ha ocultado la unidad de la gran obra bajo cuyo hechizo estaban operando —pero esa unidad se manifiesta por su capacidad generativa, por su transformación en sacrificio—. Al caer, unos y otros se han convertido así en el grano bueno que dará frutos muy variados (8).

(8) JÜNGER. ERNST. “*La Paz*”. Ediciones Tusquets, 1996.

El hecho de que el conflicto hubiera alcanzado un carácter global lo convertía en una suerte de guerra civil mundial, un fenómeno nuevo que, sin duda, presagiaba un orden nuevo.

La propia figura de la guerra ofrece presagios de la unificación. Es la Segunda Guerra Mundial y en ella se evidencia con más intensidad aún que en la primera que ya no se trata de una discordia a la que quepa poner límites, sino que todas las naciones de la Tierra han tomado parte en ella como agentes y como pacientes. Eso no es un azar, es la señal de que el mundo, tierra natal de todos los humanos, quiere adquirir una forma nueva y un sentido nuevo (9).

Es curioso como en esta idea de Jünger de la paz como fruto de la guerra a través del sufrimiento, se entremezclan su experiencia vital y su concepción del mundo. El Jünger guerrero y belicoso de la Primera Guerra Mundial se va transformando, a través del análisis de su experiencia, en un hombre que ve la paz y la unidad mundial como única realidad apetecible. Pero esta conclusión procede precisamente de la experiencia bélica, y es imposible sin ella. De alguna forma recuerda a la clásica literatura japonesa sobre la evolución personal del guerrero samurai, que va acrecentando su maestría en la lucha hasta que llega a un estadio en el que ésta deja de ser necesaria, por contemplarse la realidad desde un plano superior. Sin embargo, solo se puede llegar a ese plano a través de la experiencia de la lucha. Este ciclo de transformación personal lo aplica Jünger al conjunto de las sociedades que, inevitablemente, deben llegar a la paz después de la catarsis de una guerra absoluta.

A pesar de su carácter clandestino “*La paz*” fue una obra muy leída en algunos círculos militares, que después formarían el núcleo que intentó eliminar a Hitler y poner fin a la guerra. En la obra, Jünger hablaba de la necesidad de una paz en la que no hubiera perdedores y eso sonaba a no repetir la humillación de Versalles, lo que indudablemente complacía a aquellos que querían poner un fin honorable (si ello era todavía posible) a la guerra. Pero, nuevamente, se interpretaba a Jünger de forma sesgada. Para él, la catarsis debía ser total, la purificación absoluta. La guerra debía proseguir hasta la eliminación de todos los elementos susceptibles de volver a reproducirla. La expresión de que en esa guerra no debía haber perdedores se refería más bien al futuro, al momento en el que las hostilidades hubiesen terminado con una victoria absoluta, momento en el que

(9) JÜNGER, ERNST: “*La Paz*”. Ediciones Tusquets, 1996.

vencedores y vencidos debían dejar de ser “enemigos” y convertirse en “amigos” según la clásica definición de Carl Schmitt, es decir en una misma comunidad.

Es de desear, por el contrario, que sea bien clara la decisión que adopten las armas y que no queda ningún rincón que no haya sido purificado por el fuego... Cuanto más pura y matemáticamente se exteriorice la lógica de la violencia, cuanto más impresionantemente convenza esa lógica a los individuos frente a los cuales no valen otras razones, tanto más fiablemente quedarán asegurados también los cimientos de la paz (10).

Resulta sorprendente como una obra escrita en los campos de batalla de la II Guerra Mundial muestra una sorprendente clarividencia sobre los sucesos posteriores. Tras el fin de la Guerra se producen un cúmulo de acontecimientos que corroboran en gran medida las teorías de Jünger. La creación de Naciones Unidas, el proceso de unificación de Europa, la división del mundo en grandes bloques que presagian una globalización ya en marcha, la ayuda de los vencedores a la reconstrucción de los vencidos, todo ello parece anticiparse en las páginas de “*La Paz*”.

No obstante, Jünger no podrá disfrutar de lo acertado de sus predicciones. El fin de la guerra le trae la tragedia de la muerte de su hijo Ernst y la prohibición de publicar por parte de las autoridades británicas de ocupación. De ser un sospechoso para el régimen nazi pasa a ser un sospechoso para los vencedores de la guerra. Este periodo de abatimiento y reflexión será el preludio de otra época creativa de singular intensidad.

RENACIMIENTO. EL ESTADO MUNDIAL

Los años 50 serán una etapa de prolífica creación para Jünger. Superados los diversos traumas de la guerra se lanzará a escribir sobre un mundo nuevo que, aparentemente, parece confirmar sus predicciones en lo bueno y en lo malo. Durante este periodo Jünger dará un cierto giro libertario a su pensamiento. La libertad del individuo, tanto frente a la tiranía formal como frente a la agobiante uniformidad que parece surgir de las ruinas de la guerra, se convertirá en uno de los ejes centrales de su obra. Ya en “*El nudo gordiano*” expresa su idea de la libertad individual

(10) JÜNGER, ERNST: “*La Paz*”. Ediciones Tusquets, 1996.

como punto fundamental para la diferencia entre las culturas occidentales y orientales. Esta diferencia se extiende a la guerra. En Occidente los ejércitos mantienen su carácter de agrupaciones de hombres libres incluso bajo los príncipes más despóticos; en Oriente la masa y el sometimiento al soberano constituyen siempre los fundamentos de la organización militar.

La Historia y la educación del Hombre Occidental hacen que a él no le baste con formar parte de un séquito fundado en la mera obediencia. Para él son cosas de segundo rango un poder y un amor en el que no haya libertad. Le resulta difícil imaginarse que existan imperios en los que ni siquiera se echa de menos esa libertad (11).

En esta obra y posteriores aparece cada vez más nítida la visión histórica de Jünger, apuntada ya en obras anteriores. La Historia aparece como un fenómeno dominado por la conciencia humana de libertad, de libre albedrío. Puede adivinarse su inicio en las Guerras Médicas, cuando las falanges griegas, integradas por hombres que se consideraban a sí mismos libres, se enfrentan con el ejército de siervos del “Gran Rey” persa, según nos narra Herodoto. Este acontecimiento marca un punto de inflexión que pone a la libertad humana en el centro de los acontecimientos. A partir de este momento la Historia la hacen los grandes hombres, hombres que deciden y que guían pero que nunca dejan de sentirse “primus inter pares”, directores de otros hombres en esencia tan libres como ellos mismos.

Pero, frente a esta visión occidental, nos encontramos con la visión “asiática”, que tiene como referente un estadio más antiguo de la Humanidad: la sumisión a un soberano de origen divino. En la guerra uno y otro juegan sus mejores cartas: Occidente, la iniciativa, la imaginación, la audacia, el poder moral de saberse libres; Oriente la utilización de los poderes más arcaicos, el espacio, el tiempo, la obediencia ciega, la indiferencia ante el sufrimiento. Oriente y Occidente, Europa y Asia representan pues dos estadios diferentes de la humanidad, pero el final de ambos parece, por otra parte, cercano ante el cambio que se está produciendo en nuestros días, un cambio que puede dejar pequeño el presenciado por Herodoto.

Jünger deja patente su idea de la magnitud de este nuevo cambio en su obra “*El Estado Mundial*”, escrita en 1960. Su título recuerda inmedia-

(11) JÜNGER, ERNST: “*El nudo gordiano*”. Ed. Tusquets. Barcelona, 1996.

tamente las ideas vertidas en el célebre ensayo de Immanuel Kant “*La paz perpetua*”, pero la visión de Jünger es muy distinta de la kantiana aunque compartan algunos puntos de vista. Para Kant el “estado mundial” o más propiamente la “federación mundial de estados” sería un logro a conseguir, una forma de llegar a la paz mundial al eliminarse las diferencias estatales, causa primera de todas las guerras. Para Jünger, sin embargo, el estado mundial no es algo que haya que intentar conseguir, puesto que ya se está abriendo paso por sí solo. Tras la Segunda Guerra Mundial (una guerra civil mundial como apuntaba en “*La paz*”) los signos de globalización se multiplican. Los estados clásicos ya no son realmente dueños de sus destinos, salvo en el caso de las superpotencias, e incluso estas adquieren una creciente uniformidad entre sí.

Si miramos las cosas sin prejuicios nos causará asombro la uniformidad grande y creciente que va extendiéndose sobre los países —y no sólo en forma de monopolio de una u otra de las potencias competidoras, sino como estilo global—. Las consignas que convencen son las mismas: la paz, la libertad, la democracia; y una y la misma es la técnica, que va siendo empujada hacia su perfección (12).

El mismo concepto de estado nacional ha quedado para Jünger desacreditado y muestra, como prueba, la extrema desconfianza que suscitan en la opinión pública los conflictos iniciados por razones de interés estatal. Las guerras se hacen ya por motivos “universales”. La consecuencia lógica de todo este proceso va a ser la creación de un “Estado Mundial”, lo que significará, a la vez, la apoteosis y el final del propio concepto de estado.

Para Jünger, este concepto de estado se ha ido desarrollando a lo largo de la Historia, brindando los beneficios de la seguridad y de la organización a cambio de la limitación de la libertad de sus integrantes. Con la pluralidad de estados llegó también la guerra (en este punto Jünger coincide con Kant) y, según los estados fueron aumentando en tamaño y poder, también fueron limitando progresivamente la libertad de sus ciudadanos y haciendo más terribles sus guerras. El punto de inflexión fue la Segunda Guerra Mundial y el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima. A partir de ese momento, todo el sistema internacional de estados había quedado obsoleto, convertido en una vía que llevaba

(12) JÜNGER, ERNST: “*El Estado Mundial*”. Ed. Tusquets. Barcelona, 1996.

directamente a la destrucción. Tras ella estamos asistiendo a un mundo nuevo, cada vez más uniforme, dominado por la técnica en lo material, por el trabajador (el hombre que a la vez sirve y domina la técnica) en lo humano y por un modelo democrático en lo ideológico. Este mundo adviene por sí sólo y en él, el Hombre corre el peligro de dejar su lugar central en la Historia. La época histórica, dominada por el humanismo y la idea de libertad individual, e iniciada por los hoplitas de Milciades hace 2500 años, toca a su fin.

Resulta curioso este giro próximo al anarquismo en quien fue un hombre formado en el culto al estado alemán. Pero la personalidad de Jünger siempre fue, ante todo, humanista, la libertad individual fue siempre el principal faro de su pensamiento. Además conviene no caer en el error de identificar la idea de libertad de Jünger con la que habitualmente se maneja en la política de nuestros días. En toda su obra se adivina la sombra de Nietzsche y la concepción elitista de la sociedad. Para Jünger la libertad es de aquellos que pueden alcanzarla. De una minoría de hombres que llevan consigo los valores considerados superiores y que son capaces de imponerlos a los que les rodean. Con esta concepción sólo hay dos posturas posibles ante la sociedad. En situaciones propicias la mayoría debe ser gobernada por esas elites pero, cuando la fuerza de la masa sea excesiva, estas deben abandonar la vida pública, mantenerse al margen del sistema, "retirarse al bosque" según aconseja Jünger en varias de sus obras.

Esta concepción explica las razones por las que resulta tan fácil pasar del fascismo al anarquismo. Si se piensa en términos de elites, estas sólo pueden gobernar o apartarse del sistema, puesto que nunca soportarían la idea de verse sometidas por la uniformidad de la masa.

Pero la visión de Jünger tampoco es totalmente pesimista. El nuevo mundo, que alumbrará al estado mundial, significará también, probablemente, el fin de las guerras.

La forma del Estado Humano viene determinada por el hecho de la existencia de otros estados, viene determinada por el pluralismo. No siempre ha sido así y, esperémoslo, no siempre será así. Cuando el Estado era una excepción en la Tierra, cuando era insular o, en el sentido de su origen, único en su género, los ejércitos de guerra resultaban innecesarios, más aún, estaban fuera de lo imaginable. Eso mismo habrá de ocurrir cuando el Estado en su sentido final se vuelva único en su género. Entonces el organismo humano podrá

destacar con más pureza como lo auténticamente humano, liberado de la coacción de la organización (13).

De este último párrafo puede deducirse que el advenimiento del Estado Mundial no será algo completamente negativo para Jünger. No solo por el fin de las guerras, sino también por el fin del propio concepto de Estado. Efectivamente, si la forma del Estado viene determinada por la existencia de otros Estados, un Estado único perdería todo sentido clásico.

Con su entrada en su grandeza final, el Estado no sólo alcanza su máximo espacial, sino que también adquiere una cualidad nueva. En ella cesa de ser Estado en el sentido histórico de la palabra. Se acerca así a las utopías anarquistas o, por lo menos, la posibilidad de esas utopías ya no contradice a la lógica de los hechos (14).

Este giro anarquista en su pensamiento no es enteramente nuevo, ya que siempre se mantuvo latente. No obstante, las circunstancias del régimen nacionalista y de la Segunda Guerra Mundial probablemente desilusionaron a Jünger del clásico nacionalismo y estatalismo alemán. Esa era una ideología que había evolucionado hacia el desastre y, como las ideologías sustitutorias no parecían satisfacerle en absoluto, optó por la marginalidad, por el retiro al bosque, en espera de que, en ese nuevo estado mundial, sea posible la recuperación del humanismo.

En cuanto a la guerra, el pensamiento final de Jünger se orienta a que su tiempo ya ha pasado; su papel de unificadora y forjadora de hombres ha sido ya completado y ahora comienza a carecer de sentido en un mundo cada vez más uniforme, en el que solo parece tener utilidad para doblegar a aquellos que pretenden salirse de esa uniformidad. Una vez logrado esto se convertirá en un recuerdo del pasado.

RECAPITULACIÓN

Hemos contemplado pues la profunda evolución del pensamiento de Jünger desde 1920 hasta 1960. De su ferviente entusiasmo por la guerra a la esperanza de que esta desaparezca para siempre de la Historia en el marco de una sociedad liberada del Estado. Muchas de las críticas a Jün-

(13) JÜNGER, ERNST: "El Estado Mundial". Ed. tusquets. Barcelona, 1996.

(14) JÜNGER, ERNST: "El Estado Mundial". Ed. tusquets. Barcelona, 1996.

ger proceden precisamente de esta evolución intelectual. Resulta fácil acusarle de acomodaticio o de incoherente, pero hay que tener en cuenta que entre la publicación de "*Tempestades de Acero*" y "*El Estado Mundial*" pasaron 40 años. Quien piensa lo mismo a los 25 años que a los 65, es muy probable que no haya pensado demasiado en toda su vida. Y por la vida de Jünger pasó la guerra, la desconfianza de un régimen tan letal como el nazi, y la amargura conjunta del derrumbamiento de Alemania y de la muerte de su hijo mayor.

Pero además el pensamiento de Jünger evoluciona pero nunca pierde la coherencia. El joven alférez que escribió "*Tempestades de Acero*" puede reconocerse todavía, difuminado entre las páginas de "*El Estado Mundial*". Los grandes temas son los mismos aunque el mundo y el hombre que los contempla han evolucionado. Podemos hacer una rápida recapitulación sobre la visión de la guerra de Jünger para comprobarlo.

Probablemente la idea central de todo el pensamiento de Jünger sea el advenimiento de una nueva era. Un cambio que acabará con el protagonismo histórico del hombre, entendido como el individuo libre que domina al mundo y a sus propios congéneres, en una especie de explosión vital, de ansia de saber y de poder. En su lugar los nuevos tiempos nos traen el protagonismo de la técnica, creación del hombre que termina apoderándose de él y transformándolo en trabajador. La libertad y el líder son sustituidos por la uniformidad y la máquina.

La guerra ha sido tradicionalmente el instrumento para el ansia humana de poder. Pero junto al azote de la devastación la guerra trae también la perfección progresiva del individuo y de la sociedad. En la guerra el hombre se muestra tal como es y recibe una experiencia que le enriquece. Además las guerras tienden paradójicamente a unir. Los enemigos de antaño quedan de alguna forma hermanados por la terrible experiencia, y la sucesión de guerras fomenta la aparición de sociedades cada vez mayores. Esto se traduce en guerras cada vez mayores y más devastadoras pero que, a la vez, van engendrando cada vez mayor necesidad de unión ante sus terribles efectos.

La irrupción de la moderna tecnología y la magnitud de los contendientes convierten a las dos Guerras Mundiales en la señal del cambio de época. Se ha terminado la épica y la gloria, y las guerras son gigantescos enfrentamientos de máquinas y trabajadores sin sitio siquiera para las normas éticas. El ataque nuclear sobre Hiroshima es el colofón de este proceso.

Aquel fanal titánico supuso la conclusión de una edad antigua y el comienzo de una edad nueva. La Historia pareció perder su sentido, en la aniquilación de aquella ciudad se reflejó también, entre otras cosas, el final de las guerras clásicas con su gloria, desde Aquiles hasta Alejandro Magno, Desde Julio César hasta Federico el Grande y Napoleón (15).

Pero estas grandes catástrofes también han dado su fruto. Su carácter de guerras civiles mundiales han provocado un proceso de unidad que alcanza caracteres globales. En esta unidad rigen los nuevos valores de la técnica y la masa pero, la desaparición de los estados tradicionales probablemente traiga consigo también la desaparición de las guerras. En este nuevo mundo quizás el hombre pierda definitivamente el timón de su destino, pero también existe la esperanza de que lo recupere, libre ya del peso de los estados y miembro de una sociedad mundial en paz, y quizás incluso pueda derrotar nuevamente a los Titanes. Pero la fuerza de estos es terrible y Jünger no se muestra demasiado optimista.

Entonces, cuando nos apretujábamos en los conos abiertos en el suelo por los proyectiles, aun creíamos que el ser humano es más fuerte que el material. Eso se ha revelado como un error (16).

La experiencia bélica de Jünger comienza con el entusiasmo nacionalista de la Primera Guerra Mundial y termina con la amargura de las masacres de la Segunda. Su pensamiento cambia al ritmo de la civilización occidental, también profundamente agresiva a principios de siglo y profundamente pacifista en el final del mismo. Pero quizás lo que queda con mayor fuerza de su obra es la importancia del Hombre. El Hombre que sobrevive a las tempestades de acero de Verdún y el Somme, que es capaz de lo mejor y lo peor en la vorágine de la Segunda Guerra Mundial y que asiste, como un nuevo titán caído, al advenimiento de una nueva edad en la que otros titanes, más fuertes y poderosos, pretenden apartarlo del timón de su propia historia.

(15) JÜNGER, ERNST: "Alocución en Verdún". Ed. Tusquets. Barcelona, 1996.

(16) JÜNGER, ERNST: "Alocución en Verdún". Ed. Tusquets. Barcelona, 1996.

CAPÍTULO SEGUNDO

GASTON BOUTHOU. LA GUERRA COMO FUNCIÓN SOCIAL

GASTON BOUTHOU. LA GUERRA COMO FUNCIÓN SOCIAL

Por FRANCISCO JAVIER FRANCO SUANZES

Gaston Bouthoul nació en Monastir (Túnez) en 1896 (1), se doctoró en Derecho y Filosofía, fue profesor de la Escuela de Altos Estudios Sociales, Vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología, y fundador, en 1954, del Instituto Francés de Polemología. Murió en París en 1980.

Comienza a escribir antes de que se inicie la Segunda Guerra Mundial. Así, en 1932 había publicado "*L'invention y La philosophie d'Ibn Khaldun*", tres años más tarde, en 1935, escribió "*La población del mundo*", obra en la que el escritor advierte sobre el peligro del crecimiento demográfico incontrolado. Sin duda, la Segunda Guerra Mundial va a marcar de forma extraordinaria al escritor francés que desde entonces va a poner todos sus esfuerzos y conocimientos, hasta entonces orientados hacia la sociología en general, para alejar la guerra de la faz de la tierra. Entre 1946 y 1948 escribe "*Cent millions de morts*" y "*Huit mille traités de paix*".

En 1951 escribe una de sus obras más emblemáticas "*Les guerres, elements de polemologie*", editada por Payot y publicada en español por la "Biblioteca del Oficial" del Círculo Militar Argentino con el título de "*Las guerras*". Bouthoul actualiza esta obra en 1970 y la titula "*Traité de polemologie. Sociologie des guerres*", siendo editada nuevamente por la Editorial Payot y traducida al español con el título "*Tratado de polemología (Sociología de las guerras)*", fue publicada por Ediciones Ejército. En realidad esa actualización se limita a añadir un último capítulo a lo publicado

(1) Ciertas publicaciones (Plaza & Janés) fijan la fecha de nacimiento de Bouthoul en 1902 e incluso otras en 1906.

en 1951. Otras obras de interés escritas entre 1950 y 1970 fueron: “*Les Mentalités*” en 1952, “*La Guerre*” en 1953, “*L’Art de la politique*” en 1962, y “*Avoir la paix-Sauver la guerre*” en 1967. Este último título fue publicado en español, en 1970, por la Editorial Plaza & Janés con el título de “*Ganar la paz-Evitar la guerra*”

Más recientemente, en 1976, escribe “*Essais de polémologie*” y “*Le Défi de la guerre (1740-1974): deux siècles de guerres et révolutions*”, esta última obra fue traducida al español y publicada por Colección EDAF Universitaria bajo el título de “*El desafío de la guerra*”. En este libro, escrito conjuntamente con el General René Carrere y la participación del Coronel Jean Louis Annequin, se aprecia, posiblemente por influencia de René Carrere, un cierto giro en relación con la orientación literaria del polemólogo francés hasta ese momento. De hecho desaparecen alguno de los “deslices” antimilitaristas de nuestro autor y la obra se hace menos abstracta, más técnica, y con menor presencia de los condicionantes demográficos. Todavía con posterioridad publica “*Guerres et Civilizations*” en 1980.

Como se puede observar por el título de sus libros, su obsesión y preocupación por el fenómeno de la guerra queda de manifiesto en toda su obra. Esa preocupación le llevará a fundar, en 1945, el Instituto Francés de Polemología. El citado Instituto se crea con la intención de buscar, por medios científicos, las causas de los conflictos bélicos, tratando de eliminar de ese análisis el aspecto mitológico y “sagrado” de la guerra. El proceso sigue un riguroso y profundo estudio que presta una especial consideración a las funciones que, como fenómeno sociológico, cumple el enfrentamiento bélico. Esos estudios se publicarán en la Revista Francesa de Polemología.

Pero antes de entrar en los aspectos más relevantes de la obra de Gaston Bouthoul, que nos ayudará a alumbrar nuevas ideas sobre la prevención y resolución de conflictos, lo primero que al profano le llama la atención es el empleo reiterado de un término inédito: “Polemología”. Si acudimos al diccionario de la lengua comprobaremos que se trata de una palabra inexistente y que, en realidad, es un término de nueva creación del escritor francés.

LA POLEMOLOGÍA

El desarrollo de los últimos conflictos, con sus enormes secuelas de destrucción y sufrimiento, ha propiciado un aumento de las aspiraciones

de paz en todos los estamentos de la sociedad. Sin embargo, y paradójicamente, en esas aspiraciones de paz, el pacifismo tradicional representa un importante obstáculo a la polemología. Sucede que frente a esa corriente social que considera el problema resuelto, Gaston Bouthoul enfrenta la necesidad de elaborar y aplicar métodos científicos al estudio de las guerras, como medio o receta, para luchar por su desaparición.

De nada sirve la política de algunos de esos movimientos pacifistas que intentan, mediante la maldición de la guerra y la proposición de buenos sentimientos, detener o impedir unos conflictos bélicos que no entienden ni de razones, ni de benévolas proposiciones. Sería un intento similar al de querer detener las epidemias mediante discursos y manifestaciones en los que se increpa las maldades de la enfermedad.

En este sentido, para Gaston Bouthoul, la formulación de las principales doctrinas sobre la paz y la guerra resulta sencillamente decepcionante, con independencia del interés que puedan despertar muchos de los juicios que en ellas se enuncian. Sucede que después de tratar de analizar el fenómeno de la guerra, sólo se consigue de los diferentes pensadores opiniones que conducen a maldecirlas o alabarlas. Parece pues ineludible la necesidad de realizar un trabajo mucho más paciente y analítico, sobre los distintos aspectos y mecanismos del fenómeno bélico, lo que debería conducir al entendimiento de las distintas funciones de la guerra y, como consecuencia de ello, a la posibilidad de controlarla y remediarla.

El autor considera que tradicionalmente ha habido resistencia hacia el estudio de las causas que provocan la guerra. Así, al inicio de su larga singladura hacia la paz, Bouthoul se preguntaba ¿cómo era posible que frente a la proliferación de organizaciones de carácter pacifista, no hubiera ni un solo Instituto que, a semejanza de los que hay para tratamientos de enfermedades como el cáncer, se dedicara a la investigación de las causas de los conflictos? Pues acaso ¿no es cierto que la guerra provoca más muertes que las peores epidemias?

Esa resistencia se explica, en parte, por las reticencias de la humanidad a pensar en algo que tenga relación con la guerra tras las calamidades sufridas en un conflicto bélico. Además, según nuestro autor, entrar en el estudio de esas causas era privar a la guerra de su carácter mítico y sagrado. Sin embargo, el fenómeno bélico debe ser tratado como un fenómeno analizable, desmitificable y, aunque para algunos resulte ciertamente utópico, superable.

Las resistencias de las que estamos hablando llegan al terreno semántico. Así, el autor, al designar como “Ciencias de la guerra” la actividad encaminada a abordar las causas de los enfrentamientos humanos, se encontró que esa expresión recordaba exclusivamente a la estrategia, la táctica, y a consideraciones jurídicas o moralizantes. Esta circunstancia provocó la necesidad de inventar un nuevo vocablo que Bouthoul bautizó como: “Polemología”. De esta manera, se designa, sin posibilidad de error, ni confusión, con un sentido preciso e idéntico para todos los hombres, la nueva disciplina. Además, la justificación exacta para emplear esta palabra es clarificada por el polemólogo francés en su obra “El desafío de la guerra”:

Para recalcar que si su finalidad es la paz, considerada como uno de los bienes más frágiles de la ciudad (polis), el punto de aplicación de su estudio es la guerra, o más ampliamente, el conflicto armado violento (polemos); por último, para distinguirla por la semántica de dos tendencias humanas contrarias el carácter científico (logos) que pretende conservar.

Por ello, independientemente de las bondades y aciertos de las teorías particulares desarrolladas por el polemólogo francés, y aún reconociendo que todavía puede ser prematuro el logro de resultados, hay algo que desde este momento debe serle reconocido: haber sido pionero en una iniciativa que, ya sea de manera directa o indirecta, puede evitar la guerra entre los hombres. Un solo éxito, un único conflicto evitado, habrá merecido la pena.

Es el propio Gaston Bouthoul quien nos dará su definición de la Polemología, a la que considera integrada como un nuevo capítulo de la sociología:

El estudio objetivo y científico de las guerras como fenómeno social susceptible de observación.

El método polemológico a seguir está por desarrollar y la trayectoria a mantener presenta distintas dificultades por los siguientes motivos:

- En primer lugar, tenemos una idea preconcebida de la guerra, creemos conocerla, de forma intuitiva, aún sin haber participado en ella. Está tan arraigada en nuestras mentes que el lector no necesita explicación alguna para tratar de comprender el hecho bélico. Además, pocos fenómenos están tan extendidos, por lo que nos hemos acostumbrado a su existencia y, por ello, es un hecho social que difícilmente causa asombro. De esta manera, puede resultar infructuoso cualquier intento de reflexión y de investigación.

- En segundo lugar, tenemos la percepción de que la guerra es un fenómeno sobre el que podemos decidir, lo que crea falsas expectativas. Se piensa que es una acción voluntaria entre dos Estados soberanos y por ello, tanto su inicio como su final, es producto de una acción meditada, consciente y por eso controlable. No nos damos cuenta, como dice Bouthoul contradiciendo la opinión de Clausewitz, que la guerra *no es un instrumento, sino que somos nosotros los instrumentos de la guerra.*
- En tercer lugar, está lo que el escritor francés denomina el “Ilusionismo jurídico”, que nos haría concebir la esperanza de controlar el conflicto mediante la adecuada normativa internacional. En este sentido, no se trata de negar el papel de freno o límite que impone el Derecho Internacional en el desarrollo de la guerra, sino que resulta ilusorio pensar que, mediante normas jurídicas, la sociedad pueda hacer frente y eliminar un fenómeno que nuestro autor califica de “patológico”.

Pero, a pesar de esos obstáculos, el estudio científico y objetivo de la guerra no admite demoras. El poder de destrucción, la capacidad de movilización y, en definitiva, la posibilidad del hombre de hacer la guerra total, exige el adoptar medidas para contar con una nueva oportunidad.

Nunca fue más urgente la constitución de una ciencia de las guerras. Hoy es ciertamente “el problema número uno”. Sin grandilocuencia, podemos afirmar que de su solución depende la suerte de la humanidad, por la simple razón técnica de que hoy los medios destructores de hombres y de cosas han sobrepasado bruscamente nuestras posibilidades creadoras y destructoras. Las guerras de Napoleón no destruyeron ni una sola ciudad ni dieron lugar a que hubiera poblaciones hambrientas. La de 1914 devastó algunas provincias. Pero la de 1940 asoló y arruinó un continente, Europa, por completo..... Sin la rápida creación de una Polemología, todas las demás ciencias corren el peligro de llegar a ser superfluas.

El camino seguido por nuestro autor se basa en el estudio de los conflictos del pasado y de ellos analiza: su naturaleza y morfología, la época en que se produjeron, el lugar, la periodicidad, la intensidad etc. Ese análisis de la guerra no sólo repara en las causas eventuales o superficiales que inician el conflicto, sino que también estudia los motivos coyunturales y las razones estructurales —demo-económicas, geográficas, psicológicas, etc.— que son las que engendran la agresividad colectiva.

LA GUERRA

Si analizamos las diferentes definiciones del fenómeno guerra o estudiamos las distintas tesis de los pensadores que han reflexionado sobre ella, comprobaremos la disparidad de criterios que provoca esta manifestación de violencia secular. Así, desde los “apologistas”, que encuentran en la guerra una gran variedad de argumentos a su favor, hasta “los negadores”, que las rechazan sin atisbo de comprensión o justificación, encontraremos toda una gama de opiniones que demuestran, precisamente, lo engañoso que resulta la pretensión de juzgarla.

Ante esa diversidad, y la confusión que se puede crear frente a conceptos similares como guerra, lucha, conflicto etc., que se emplean indistintamente tanto en la obra de Bouthoul como en el presente trabajo, es necesario tratar de fijar el marco de referencia del concepto de guerra que establece nuestro autor. Según su criterio, se trataría de un fenómeno que abarca las siguientes características: tiene un carácter colectivo y de lucha a mano armada; requiere de un enemigo activo e implica un enfrentamiento recíproco; en la acción bélica y dentro del grupo, se necesita de *ayuda mutua y cooperación*; por último, la guerra es una manifestación de violencia organizada entre grupos que se batan para zanjar una discusión o conflicto.

Para nuestro autor cualquier fenómeno de violencia tiene diferentes niveles donde germinan las causas del conflicto: el nivel de las estructuras —causas estructurales—, el nivel de la coyuntura —causas coyunturales—, y el nivel de los accidentes —causas ocasionales y motivaciones.

Las *causas estructurales* son las más importantes. Inciden sobre las estructuras sociales en las que se fundamenta la estabilidad de la sociedad. Son también las motivaciones más profundas, con mayor permanencia, y las más lejanas, que se arraigan en la historia de los pueblos y se transmiten de generación en generación. Entre esas causas podríamos citar las demográficas, económicas, geográficas, históricas, psicológicas, etc. Como indica el polemólogo francés, es en el nivel de las estructuras donde nace y crece la agresividad colectiva. Cuando las diferentes estructuras no están equilibradas, se crea el germen de los fenómenos de violencia. Así pues, *las modificaciones de sus respectivos equilibrios son las más profundas causas de las impulsiones beligeras*. De la misma manera, la guerra transformará las estructuras política, económica, social, etc, modificando los equilibrios o desequilibrios previos a los inicios bélicos.

Para garantizar la paz es, pues, necesario adoptar las correspondientes medidas preventivas y seguir con detenimiento la evolución de las diferentes estructuras. Para ello es preciso tener en cuenta que, en ese nivel, cuanto más profunda y duradera sea la motivación analizada, menor será su manifestación y, por tanto, los desequilibrios correspondientes serán más difíciles de detectar. Sucede lo contrario cuando nos acercamos al nivel de las *coyunturas* y los *accidentes*, que tienen una mayor visibilidad aunque menor incidencia en las impulsiones belígenas.

En el nivel intermedio, las causas coyunturales son consecuencia de la colisión de intereses y los diferentes encuentros, en sus diferentes formas y expresiones, que se producen entre los grupos humanos, considerando que cada una de esas sociedades busca su propio desarrollo. En esa dinámica resulta imposible la coincidencia de intereses, por lo que de la propia actividad social se inferirán *disparidades, tensiones, intensificación o atenuación de las voluntades de poder y apetencias*.

Las *causas ocasionales y motivaciones*, en el nivel más bajo, son el detonante, el motivo, o la disculpa para dar inicio a los enfrentamientos. Se trataría de situaciones tales como una disputa fronteriza, un asesinato, el ataque o la agresión a fuerzas militares, etc. Es normalmente este nivel de la querrela el que tiene la máxima visibilidad, en él ponen su atención los historiadores, por lo que se enmascaran y ocultan las verdaderas, profundas y larvadas motivaciones de los conflictos. En la causa ocasional se centran las discusiones de carácter político, la búsqueda de justificaciones jurídicas, o la coartada que se presenta a la opinión pública. Difícilmente una querrela, en el "nivel de los accidentes", puede tener algún tipo de repercusión, si los niveles superiores están suficientemente apaciguados.

Del análisis de los 366 conflictos mayores, acaecidos entre 1740 y 1974, realizado por el polemólogo francés para estudiar la conflictividad en el mundo, se desprende la primacía de los motivos estructurales. Por ello, recomienda tratar de profundizar y buscar las razones de la guerra más allá de las causas ocasionales que, como se ha indicado, son muchas veces el motivo visible, en ocasiones provocado, para prender la llama del conflicto. Pero esa búsqueda debe ir también más allá de las causas coyunturales, *que no son más que el terreno y el entorno de la masa explosiva crítica*. Es pues necesario llegar hasta el nivel de las estructuras, ya que será entre las causas estructurales donde encontraremos las verdaderas tensiones, que conducen a engendrar la violencia colectiva. Por eso, para nuestro autor, la polemología:

Va más allá de las causas eventuales, superficiales y accidentales, y de las causas coyunturales, y pretende analizar e interpretar las causas estructurales —demo-económicas, geográficas, mentales.....— que engendran la agresividad colectiva. Completa esta búsqueda de causa con la observación de las funciones de los conflictos violentos.

Para Bouthoul en esa búsqueda profunda de las causas —demográficas, económicas, sociales, geográficas, históricas, etc.— que originan un fenómeno tan complejo como es la guerra, no podemos pensar en motivaciones simples. Esas razones, múltiples en cualquier caso, se hallan en los tres niveles definidos. Algunas pudieran encajarse como racionales, otras, por el fácil influjo contagioso de la muchedumbre, pudieran considerarse como irracionales. De esta manera, y aunque siempre haya algún factor que puede adquirir un mayor protagonismo, toda guerra puede ser al mismo tiempo, y según los casos, política, demográfica, social y económica. Así lo resalta nuestro autor:

La complejidad de un fenómeno histórico, que no puede aislarse de los demás, como un fenómeno físico o incluso biológico, es tal que hay siempre varias causas y varios efectos. Una sola causa no puede producir un fenómeno y un fenómeno produce varios efectos.

Precisamente esta afirmación contradice las teorías unilaterales, que consisten en elegir uno, entre los numerosos motivos de guerra, y promoverlo a la categoría de causa universal. Estas teorías, en boga en determinadas épocas históricas, daban lugar, en cada momento, a los distintos planes de paz que se iban ajustando a los factores dominantes. Sus resultados son suficientemente conocidos.

LOS FACTORES DE IMPULSIÓN BELÍGENA

Ciertamente, en el largo camino de la obra de Bouthoul, desde los análisis polemológicos que realizó en 1951 con su libro “*Las guerras*” y las teorías que desarrolla en épocas más recientes en su obra “*El desafío de las guerras*”, hay una significativa evolución, que en algunos aspectos puede parecer contradictoria. Sólo en última instancia en la actualización que hace en 1970 con el “*Tratado de Polemología*” de su libro de 1951, incluye los diferentes niveles de los que hemos hablado en párrafos precedentes. Así, en el “*Tratado de Polemología*”, al analizar los distintos factores generadores de agresividad, que no sitúa en nivel alguno, sólo trata

en exclusividad los aspectos económicos, demográficos, a los que como veremos les otorga una preponderancia máxima, y los psicológicos.

Según nuestro punto de vista estos aspectos pueden incidir en cualquiera de los niveles analizados, aunque tienen una mayor influencia sobre el nivel de las estructuras, donde verdaderamente se engendra la agresividad colectiva.

El factor económico

Para Gaston Bouthoul, y desde una perspectiva económica, la actividad bélica es, sin duda, una actividad de lujo donde el ser humano se dedica a consumir una serie de productos, de los que previamente se ha aprovisionado y ha acumulado. De esta manera, no parece previsible, ni conveniente, iniciar una guerra sin haberse dotado con anticipación de las correspondientes reservas en hombres, material bélico y aprovisionamientos.

Cuando comienzan las hostilidades se pasa de la fase de acumulación a otra de consumo desenfrenado, lo que nuestro autor califica como *fase virulenta del consumo acelerado de riquezas*.

Por último, para terminar el ciclo, al finalizar la contienda se produce una auténtica modificación de las estructuras económicas, situación que resulta ciertamente comprensible, porque era el propio desequilibrio en ese nivel de las estructuras el que, de alguna manera, había propiciado la generación de la violencia. El resultado, como ya se ha indicado, repercutirá en el nivel de las estructuras (política, económica, demográfica, social...) modificando los equilibrios, o desequilibrios, previos a la guerra. Desde el punto de vista económico se redistribuye el capital; se desplazan las riquezas y se modifican: los mercados, el comercio exterior, las industrias, el gasto público, etc.

En el análisis de las causas económicas de las guerras existen múltiples teorías que otorgan al factor económico una condición de primacía como motivo generador de conflictividad. Esas teorías asignarían a los citados factores económicos la causalidad profunda y verdadera de la guerra. Los otros móviles —sociales, políticos, geográficos...— que parece se sitúan en igualdad de condiciones con los factores económicos, no serían sino factores o razonamientos *engañosos, aparentes, o puramente sugestivos*. De esta manera, y según esa filosofía, para la guerra

existiría una motivación prioritaria y excluyente —la económica—, lo que ciertamente contraviene la opinión del polemólogo francés.

Un argumento a favor de la causalidad económica de las guerras lo tenemos en el mundo animal. El conflicto, tal y como lo hemos definido en párrafos precedentes, no se da entre los animales salvajes que luchan por alimentarse y por la supervivencia, aunque desconocen la guerra. La bestia, en esa actividad, no realiza función económica alguna pues, ni acumula reservas, ni bienes, simplemente trata de vivir al día. *No posee riquezas porque ignora el trabajo productor de economías.*

No ocurre lo mismo con ciertos insectos tales como las abejas, las hormigas o las termitas, entre los que se puede comprobar que mantienen enfrentamientos muy similares al conflicto bélico de los humanos. En alguno de esos insectos su agresividad se desarrolla por motivos *sociales* o, *quizás históricos*. La diferencia con las especies biológicamente superiores estriba en que los insectos, a los que nos hemos referido, sí realizan una verdadera función económica que es el resultado del trabajo en grupo. Se podría decir que son propietarios y almacenan recursos y bienes que pueden ser objeto de rapiña o de disputa. De esta observación se llega a la importante conclusión de que esa actividad económica conduce a la guerra.

Del estudio amplio y detallado del reino animal —no sólo en relación con los factores económicos—, el polemólogo francés extrae una significativa conclusión por la similitud que se puede establecer con los seres humanos:

Estos hechos y estas observaciones tienen quizá el valor de una experiencia crucial, pues demuestran que al menos entre los animales no hay guerras si no se reúnen tres fenómenos: la jerarquía, el trabajo organizado y la propiedad.

Esta incursión sobre el reino animal nos sirve para situar la importancia de los factores económicos en la motivación bélica. Pero, volviendo al terreno de los humanos, es importante resaltar la advertencia del autor sobre la diferencia que debe establecerse entre causa y efecto, porque aunque, más pronto que tarde, se observan los efectos económicos de las guerras, ello no supone que todos los conflictos se originen por cuestiones económicas.

Curiosamente, y a pesar de lo que se ha indicado hasta este momento, para Gaston Bouthoul, muy pocas guerras van a responder a un móvil

exclusivamente económico. Con sociedades poco avanzadas, que peleaban por los alimentos y la supervivencia, era fácil encontrar como único móvil las cuestiones económicas. A medida que las civilizaciones se hacen más complejas, las motivaciones se hacen también complejas, es lo que el autor denomina *guerras "politélicas"*, o guerras que tienen su origen en fuentes diversas. Además, se ha comprobado que, en ocasiones, muchos conflictos bélicos considerados originalmente como económicos, tras estudios más profundos, fue necesario catalogarlos de nuevo y considerarlos como conflictos psicológicos. No obstante lo indicado, para Gaston Bouthoul, lo que resulta indiscutible es que todas las guerras tienen algún aspecto económico.

Con estos antecedentes, nos encontramos con la duda de poder determinar cuándo se podrá decir que una guerra se ha producido por causas económicas. En este sentido conviene recordar que no se puede confundir los aspectos económicos que se derivan del propio conflicto, con la *fatalidad económica*. El pensador francés nos da la respuesta:

Para afirmar de un modo general que cualesquiera que sean los conflictos son el producto de causas económicas, habría que demostrar que el impulso bélico es en toda circunstancia el resultado de desequilibrios económicos insoportables y de imposible solución distinta de la violencia.

Por ello, para dar satisfacción a la duda planteada, será necesario determinar si los desequilibrios económicos entre los bandos antagonistas, son de tal magnitud que incitan a las partes enfrentadas a adoptar métodos violentos. Según estas consideraciones, en la estructura económica existen dos situaciones que pueden ser generadoras de pasiones e impulsos belígenos, se trata de dos casos opuestos: la *penuria* y la *superabundancia*. Cada una de esas situaciones podría dar lugar a una guerra de penuria, o bien de superabundancia.

Se podría decir que la penuria es una situación anómala y excepcional propia de las sociedades primitivas cuando éstas agotan sus reservas alimenticias. A medida que esas sociedades evolucionan, y se complican, resulta cada vez más infrecuente la necesidad de recurrir a la guerra para buscar la subsistencia. Además, en esa sociedad cada vez más compleja, que se adapta con cierta facilidad para superar los momentos difíciles, es muy improbable la penuria generalizada. Por eso, y desde el exclusivo punto de vista económico, siempre habrá un amplio margen de opciones, antes que la escasez no deje otra salida que el enfrentamiento bélico.

Sin embargo, y paradójicamente, la experiencia histórica demuestra que la situación que genera problemas es la de superabundancia. Es la condición de opulencia la que va a provocar los impulsos belicosos. Parece como si el excedente de energía vital de los Estados, con sus necesidades cubiertas, necesitara de una válvula de escape, propiciando el germen de la agresividad colectiva. Esa opulencia se va a manifestar en dos formas: la superioridad técnica que pone a disposición de la violencia todo tipo de medios y recursos; y la superioridad psicológica pues *la mayor riqueza estimula el orgullo, la vanidad, las tendencias caprichosas y la prepotencia*. Así, es fácil comprobar que una sociedad bien alimentada se inclina con cierta facilidad hacia la violencia.

Dentro del caso particular de la superabundancia hay que mencionar la "guerra de excedentes", que ambiciona dar salida a los excesos de producción. Estos excesos surgen como consecuencia de la necesidad, que tienen ciertas sociedades, de asegurar su desarrollo industrial. De esta manera, el aumento de las exportaciones necesario para mantener la capacidad e infraestructura industrial, se convierte en una exigencia para garantizar los puestos de trabajo y el medio de vida de parte de la población. En condiciones de superpoblación, al aumentar las necesidades, se agravan estas circunstancias, poniendo en relación los factores económicos con los demográficos, por lo que hablaremos de los factores demoeconómicos.

Las destrucciones de las guerras, en esa función *virulenta del consumo acelerado de riquezas*, se presentan según dos modalidades: conflictos de signo moderado, que cumplen el cometido de liberar esos excedentes económicos de la sociedad opulenta; y conflictos de signo mayor que sobrepasan la necesidad desahogo económico y *se extienden a la destrucción de los medios de producción*.

La guerra cumple por tanto una función destructora en una sociedad que produce más de lo que necesita. ¿Pero, acaso, es ésta la única forma de corregir esos excesos de la producción? Para Gaston Bouthoul existen otras formas de canalizar la superproducción: la primera, con plena vigencia en las sociedades occidentales; consiste en aumentar el nivel de vida; la segunda, aunque nos introduce en un círculo vicioso, reside en incrementar los medios de producción; y por último, la tercera, la fiesta que también representa un consumo y un derroche de los excedentes de la producción. Como complemento a lo indicado en este tercer aspecto, resulta chocante que actitudes como el *lujo, la disipación, la pereza, y la*

ligereza en las costumbres puedan llegar a ser consideradas como un factor de paz, dado que representan formas de consumo, que de lo contrario, podrían orientarse por derroteros bélicos. Así mismo, otras actitudes más positivas relacionadas con la mejora del nivel de vida, como la disminución de la jornada laboral, son además de un logro social, otra manera de fomentar la paz.

Para concluir este apartado dedicado a los aspectos económicos, es necesario recordar que la relación de las causas económicas provocadoras de los enfrentamientos bélicos, extraídas de las circunstancias históricas, evidencian, en cada caso, un antagonismo económico en el correspondiente nivel de las estructuras. Es cierto que un desacuerdo puede agravarse y dar lugar a un conflicto, aunque no siempre suceda así, sino más bien al contrario, pues de alguna manera la economía es transacción, trueque, o cambalache, lo que abre el juego de la negociación y permite a las partes en conflicto llegar a un intercambio aceptable. Si ello no es posible evidencia una fractura más honda y pone de manifiesto la existencia de una *impulsión belicosa profunda*.

Una situación económica irritante y susceptible de engendrar discordias sólo se convierte en un argumento para el conflicto cuando se recibe, se expresa y se interpreta con sentido belicoso. Para que la situación económica provoque la guerra, es necesario que la situación se convierta en argumento.

Podemos pues resumir el pensamiento del autor diciendo que los factores económicos no deben representar, en sí mismos, un elemento capital como origen del conflicto, sino más bien que estos *están al servicio de los impulsos belicosos*. En estas condiciones la economía resulta ser uno más de los *instrumentos bélicos* y sólo cuando intervienen en la misma dirección otros factores, la situación puede evolucionar hacia la guerra.

El factor demográfico

Los diferentes tipos de guerras evidencian los distintos aspectos que concurren en ellas. Normalmente, según sean éstas, habrá algún factor que resalte sobre los demás. No obstante, entre los numerosos factores, hay un fenómeno que tiene efectos demográficos y que resulta común a todos los conflictos, se trata del *homicidio organizado y aceptado como lícito*. Así, si hay una constante en todas las guerras es la existencia de muertos. El número de fallecimientos, y como consecuencia el efecto

demográfico, no está en relación, ni con la cantidad total de efectivos de los ejércitos combatientes, ni con la proporción de habitantes de los Estados beligerantes.

Determinar las causas reales de la guerra no resulta normalmente una tarea sencilla, en especial, cuando en muchos casos las verdaderas circunstancias vienen enmascaradas por los pretextos de los responsables políticos o, bien, porque la visibilidad de los verdaderos motivos queda eclipsada por la querrela que origina el inicio del conflicto.

La guerra no es sólo un fenómeno de destrucción de los excedentes económicos, sino que también representa la aniquilación de un determinado capital humano. La decisión de emprender un conflicto supone necesariamente la intención de las partes de *sacrificar* un cierto número de vidas humanas. De esta manera, las guerras cumplen el cometido de inmolar a aquellos hombres que no tienen una función específica en las *tareas económicas esenciales*. El polemólogo francés incluye al fenómeno guerra entre lo que él llama "*instituciones destructoras voluntarias*", que tienen la misión de regulación demográfica mediante la disminución del número de individuos o impidiendo el nacimiento de nuevos seres humanos.

Toda esta evolución social es un proceso similar al que sigue la actividad biológica. Existen unos ciclos, equiparables a los períodos de paz, que se caracterizan por la acumulación de energías y *potenciales* de todo tipo: seres humanos, bienes, y *dinamismos psicológicos* que a partir de un momento determinado se transformarán en *excedentes*. A estos ciclos les siguen otros que se encargan de la destrucción de esos excedentes y que se corresponden con los períodos bélicos. Para el escritor francés, la violencia destructiva del período bélico estará en relación directa con el nivel de excedentes acumulados.

Según Gaston Bouthoul el constante aumento de seres humanos disponibles para la guerra está en relación con la disminución de la mortalidad infantil, consecuencia de las mejores condiciones sanitarias y alimenticias y, también, como resultado del proceso de incorporación de la mujer a los procesos bélicos. Debido a la mayor esperanza de vida se produce un crecimiento demográfico relativo que se ve compensado, en caso de conflicto, con una mayor incorporación de jóvenes a los cometidos bélicos, lo que con la recluta obligatoria conduce a la guerra total y, en definitiva, a un incremento significativo del número de bajas.

La mayor o menor incidencia de las matanzas bélicas (principalmente entre hombres jóvenes) como efecto demográfico, más allá de la mera función relajante, dependerá que los enfrentamientos reduzcan de manera crítica la mano de obra necesaria para la producción, en cuyo caso, la merma demográfica puede provocar trastornos estructurales. Además, y como resultado de lo anterior, la ruptura de los equilibrios políticos y económicos, tendrá de forma recíproca efectos duraderos sobre la evolución demográfica.

Conocidos los efectos de las guerras procede analizar su función demográfica. Según Bouthoul se trataría de una función social estable, considerando el término función tal y como se entiende en biología: operación que se repite de forma periódica. Esa función cumpliría los siguientes cometidos:

- *La relajación demográfica* pues, como ya se ha indicado, la guerra produce un aumento en el número de muertes y, normalmente, al menos de forma temporal, una reducción de la natalidad como resultado de la disminución del número de nacimientos mientras dura el conflicto. Además, la función de la guerra compensa las mayores expectativas de vida consecuencia de la mejora de las condiciones sanitarias.
- *La liberación demográfica* determina que el proceso evolutivo de la población tenga un proceso acumulativo lento, seguido de una brusca contención y disminución.
- *El cambio de estructuras demográficas* que provoca el cambio de las *pirámides* de edades y la modificación del porcentaje relativo entre hombres y mujeres.

Pero, como indica nuestro autor, la guerra no sólo cumple funciones demográficas. Sin embargo, sí es esa función la única que está siempre presente, lo que le confiere una mayor relevancia sobre el resto. Esto no significa dejar de reconocer la importancia de otras funciones, como la económica, trascendencia que se deriva muy posiblemente por su intrínseca relación con la demografía. Sin embargo, esas otras funciones no son permanentes y están sometidas a todo tipo de fluctuaciones y vaivenes. En este sentido, y puesto que las pérdidas de los enfrentamientos pueden ser de naturaleza dispar, el polemólogo francés sitúa la relajación demográfica como la *función primordial —nunca la principal—* de los conflictos.

Ese reconocimiento de la función social que el autor confiere a la guerra, es fuertemente criticado desde distintos sectores pacifistas ya que, de

esta manera, si la guerra cumple un cometido se tiende a su justificación. Pero lo cierto es que constatar una realidad no significa *justificarla y todavía menos aceptarla o resignarse a ella*. Sin duda, es muy triste y deplorable que el fenómeno bélico cumpla con esa función social, pero más triste sería tratar de ignorarlo indefinidamente y dejar que continúe actuando con su secuela de muerte y destrucción.

Pero, desde nuestro punto de vista, para buscar el remedio a la impulsión belicosa, más que atender a los efectos hay que tratar de determinar sus causas. Todo ello aún siendo conscientes de la dificultad que representa su enunciado. Si invertimos el razonamiento que se ha venido empleando hasta el momento, se podría decir que el excedente de jóvenes en la sociedad, una vez que se han cubierto todas las necesidades que requieren los asuntos económicos, representa *una predisposición incitadora que se aplicará al impulso belicoso*. De esta manera, esos jóvenes que no se han podido incorporar al proceso productivo, ni a las tareas esenciales de la economía, no resultan sino mano de obra sobrante *que están disponibles y predispuestos al disturbio*.

En estas circunstancias las condiciones para el estallido bélico están servidas y cualquier chispa puede propiciar una guerra o una emigración en cualquiera de sus formas. Sin llegar a situaciones tan dramáticas, el exceso demográfico, especialmente de jóvenes sobrantes en las tareas esenciales de la economía, puede provocar, además, otra clase de dificultades tales como: el agravamiento del problema del paro o el incremento de la inquietud, la agresividad, la delincuencia y la criminalidad. La consciencia de este problema origina la compartimentación. Cuando la sociedad es consciente de estar superpoblada, como ocurre actualmente en Europa, trata de protegerse de la emigración exterior estableciendo todo tipo de barreras. Los Estados prósperos, que según Bouthoul no están superpoblados, ven en esas migraciones, invasiones pacíficas que inyectan un problema ajeno dentro de sus fronteras.

La estructura demo-económica resultante de esa situación de excedencia, es lo que nuestro autor denomina la *estructura explosiva* y representa una *tendencia a la expansión brusca* que se lleva a cabo de manera convulsiva y contagiosa, con un resultado que puede conducir a la guerra o a la emigración. En efecto, la relación entre la guerra y la *estructura explosiva*, y con ello el peligro que se genera, queda clara con la propia explicación del autor:

Por eso nos parece que la guerra —tanto exterior como civil— no es un hecho primitivo. La consideramos como un epifenómeno y como la manifestación febril de ciertos desequilibrios sociales. Estos desequilibrios influyen en nuestra psicología favoreciendo la aparición de unas ideas preferentes a otras. Impulsan al desorden y a la intransigencia, obnubilan el sentido crítico y el instinto de conservación. En resumen, producen una agresividad colectiva. Este estado es el que constituye una de las reacciones características de la psicología social, a la cual hemos llamado impulsión belicosa. Entre tales desequilibrios están, en primer plano, los demográficos.

Esta *estructura explosiva* es independiente de la situación demográfica de las sociedades vecinas. Por eso, al presentarse como una manifestación interna, independiente de un entorno que, por el contrario, podría hallarse en una condición demográfica favorable y ante la necesidad de canalizar la impulsión belicosa contra alguien diferente al enemigo exterior, cuando éste no existe, esa energía se proyectará en forma de emigración o hacia el interior, como una guerra civil.

La *estructura explosiva* no es el único motivo entre las diferentes tensiones y desequilibrios que se presentan en el nivel de las estructuras y que conforman el impulso belicoso. Sin embargo, sí resulta la más importante, pues se trata de una *predisposición latente* que cuando coincide con otras causas se acomoda entre ellas y, en un efecto sinérgico, las refuerza y las hace más virulentas. Así, las tendencias guerreras que provocan los fenómenos demográficos, sólo intervienen cuando se presentan en coincidencia con otros factores.

La expresión “relajación demográfica”, para referirse a la descarga de tensión social, es otro de los aspectos controvertidos en la obra de Bouthoul, por interpretarse, por algunos, como una frivolidad. No obstante, el consumo de la energía acumulada, de forma rápida y violenta, libera la presión y tirantez acopiada tras muchos años de carga. Una vez satisfecha la relajación demográfica, la alteración social queda apaciguada durante un cierto tiempo. Pero esta situación no representa, en modo alguno, ni un deseo, ni un aplauso hacia el proceso de relajación; se trata, simplemente, de la constatación de una realidad. Además, tampoco se afirma con ello que el resultado de esa descarga agresiva tenga resultados beneficiosos, pues la impulsión violenta puede ir más allá de la relajación necesaria y, en vez de resultar un remedio, podemos encontrarnos ante un mal incurable. Así lo confirma nuestro autor:

Si suponemos que en la mayor parte de los casos la impulsión bélica es consecuencia de una determinada estructura demográfica que conduce a disturbios y a conflictos, esto no significa que sus efectos sean beneficiosos.

Por otro lado, el alivio que, en teoría, podría producir la relajación demográfica está en relación con aspectos psicológicos, de hecho, estos efectos que Bouthoul también califica de cualitativos, son más significativos que los datos reales de las cifras de víctimas o efecto cuantitativos. Ciertamente, desde una visión psicológica del fenómeno, resulta más representativa la *presión sentida* que la *presión efectiva*, aunque ambas se combinen en nuestras mentes en sus debidas proporciones. En el caso de la presión sentida intervienen otras variables que se añaden a la propia consideración demográfica. Además, en un futuro y debido a la nueva situación social, la presión sentida adquirirá aún mayor relevancia.

Gracias a los progresos de la medicina se ha elevado la esperanza de vida en toda la pirámide de edades, lo que, sin duda, puede complicar el problema demográfico aumentando la predisposición incitadora al impulso belicoso. Al mismo tiempo que la guerra existe otras causas sociales que también pueden intervenir para amortiguar la tensión demográfica, es lo que nuestro autor denomina: las *instituciones destructoras*. Además de la propia mortalidad infantil, actúan con ese carácter: *el infanticidio*, propio de sociedades primitivas aunque, increíblemente, aún subsista en algunas sociedades contemporáneas; *el infanticidio indirecto*, causado por desnutrición, brutalidades, malos tratos, trabajos desproporcionados, etc; *el monaquismo*, que sin necesidad de daños físicos actúa moderando el crecimiento de la población; *la esclavitud*, que se caracteriza por la baja natalidad y la alta mortalidad de los esclavos; *el derecho represivo*, que actúa sobre los jóvenes más propensos a la violencia y a la criminalidad y por tanto candidatos a la represión penal.

Tanto la guerra como las instituciones destructoras tienen una función consumidora de hombres. Sin embargo, entre ambos fenómenos parece establecerse una relación de complementariedad. Es por ello que la super-población no tiene que conducir necesariamente a la impulsión belicosa si actúan el resto de las instituciones destructoras en la adecuada medida compensatoria.

En estas condiciones surgen con fuerza una serie de interrogantes. En una sociedad donde se reclama y se impone con pujanza los derechos humanos. ¿Son suficientes como medida compensatoria las instituciones

destructoras? ¿Qué soluciones podríamos adoptar para no tener que llegar a la relajación demográfica bélica? ¿Estamos, en tales circunstancias, condenados a sufrir de manera periódica guerras para descargar las tensiones de los excesos numéricos de la población? Para Gaston Bouthoul es necesario acudir a un desarme demográfico, opción que, a lo largo de la historia, apenas ha sido respaldada por pensadores y filósofos.

Las razones para no realizarlo hay que buscarlas en la seguridad que proporcionan los grandes números y es que, para el pensador francés, una población elevada es la única forma de prevenirse del impulso belicoso de los demás. Proceso éste que seguido irremediamente por el adversario conduce a un círculo vicioso. Esta circunstancia se confirma en los momentos anteriores al conflicto, cuando los Estados fomentan la natalidad de sus ciudadanos. No obstante, y desde mi punto de vista personal, resulta difícil admitir que, con la influencia de la tecnología y la potencia nuclear del mundo actual, el rearme demográfico pueda ser considerado como un elemento disuasorio esencial.

En cualquier caso, si se admite la influencia primordial de la función demográfica, innovar en su control siempre provocará menos sufrimiento que el originado por el exterminio de sectores de la población consecuencia de la relajación bélica. Gaston Bouthoul considera que nuestras sociedades siguen presas de sus propios prejuicios *que consideran moral y legítimo tomar medidas para aumentar la natalidad, pero inmoral y escandaloso restringirla o limitarla.*

El factor psicológico

Los factores psicológicos, con los económicos y demográficos, por su importancia, ocupan un puesto de relevancia en la obra del autor. Como consecuencia de la guerra se producen determinados comportamientos y alteraciones en la racionalidad humana, donde se alojan los impulsos belicosos, que sólo se pueden entender desde la visión de la psicología colectiva. Ciertos movimientos de la opinión pública que surgen tanto en los orígenes de los conflictos, como durante su desarrollo, tampoco resultan comprensibles salvo desde la óptica de la citada psicología colectiva. Lo cierto es que desde que se inicia la guerra asistimos a un cambio radical del comportamiento humano, se entra en una nueva esfera psicológica, lo que demanda nuevas formas y obligaciones sociales. Esas transformaciones van a afectar no sólo al hombre y la sociedad sino también al mundo del derecho.

El cambio en el sistema de valores resulta radical. El homicidio prohibido en paz, repentinamente se legaliza y recomienda; las fronteras entre lo *sagrado* y lo *profano* se desplazan; se produce una subversión de valores en múltiples aspectos: la vida, la libertad, o la propiedad; se recurre a los ritos y ceremonias; se refuerza el instinto de conservación; o se producen *estados de depresión y de excitación patológica* que conducen a un retroceso de formas ya superadas de razonamiento infantil, de naturaleza excluyente y extremadamente simples: el bien y el mal, el amigo y el enemigo, el cielo y el infierno, etc. La gran variedad de matices y gradaciones de las actitudes intermedias, y las tendencias divergentes, desaparecen.

En esa condición de excitación cualquier tendencia o inclinación social puede llegar a convertirse en dominante, arrastrando con ella a todas las demás. Cualquier actividad puede exasperarse y representar una justificación que puede ser causa de conflicto. Una vez iniciado, y a partir de ese momento, todas las rencillas y animadversiones, en los distintos aspectos, confluirán en una única dirección que ocasionará, según nuestro autor, una resultante de hostilidad general.

En su análisis psicológico Gaston Bouthoul establece un cierto paralelismo entre la fiesta y la guerra. Ese paralelismo lleva a nuestro autor a identificar ambos fenómenos. La fiesta, en sus distintas formas y rituales, provoca la exaltación de ánimo, el júbilo o el furor de los participantes, y aunque lógicamente con los avances de la civilización ha sufrido una profunda transformación, existe una serie de características que subyacen con el transcurso de los siglos: la reunión de los componentes del grupo; el gasto y derroche que lleva al consumo y destrucción de excedentes; la transgresión de las normas morales; la exaltación colectiva; los excesos físicos al límite de la resistencia personal; o incluso los sacrificios.

Si repasamos esas características todas ellas se encuentran presente en las guerras. Por eso el polemólogo francés afirma que:

Podemos pues decir que, en el sentido sociológico de la palabra, la guerra es la fiesta suprema. O, con más exactitud, que la guerra es la fiesta verdadera y auténtica, la que se celebra sin miramientos ni moderaciones, frente a la cual las otras formas de fiesta sólo son pálidas imitaciones.

Otros aspectos de la guerra cumplen con ciertas funciones psicológicas. Así, el enfrentamiento bélico actúa como distracción de unas sociedades que se ven condenadas a la aburrida y rutinaria vida cotidiana. La

guerra, como fuente inagotable de emociones, saca del letargo a una colectividad cansada de la *monotonía de una sociedad mecanizada*. Además, para ciertas comunidades, es la única forma de acceder a otro mundo psicológico y de ponerse en contacto con otros pueblos. El conflicto bélico es también un juego que permite gastar el excedente de vitalidad y abstraerse de los problemas sociales.

En determinadas circunstancias resulta, además, una solución fácil para solventar el debate y el enfrentamiento político. Ante ciertas disputas y controversias de difícil arreglo, que requieren de discusiones interminables en aras de alcanzar el consenso o, al menos, el compromiso que satisfaga mínimamente a las partes en conflicto, la guerra representa la *solución perezosa o la solución de los problemas insolubles*.

Pero en todo este mundo psicológico ¿qué papel juegan los dirigentes? ¿Intervienen con su autoridad de manera decisiva en el proceso bélico o son simples marionetas de la voluntad popular? El papel que han tenido los líderes políticos, y por tanto su responsabilidad en las diferentes guerras que han asolado la humanidad, ha sido, en opinión de nuestro autor, motivo de una fuerte controversia. Veremos en los siguientes párrafos como Bouthoul exime, según mi entender de manera sorprendente, a los poderes públicos de una auténtica capacidad de decisión sobre el fenómeno bélico. Parece con ello negar a los líderes políticos la posibilidad de actuar en los distintos niveles, particularmente en el de las coyunturas y en el de las motivaciones, para reconducir el impulso belicoso. De esta manera, y desde un punto de vista moral, sería ciertamente difícil tratar de exigir responsabilidades a alguien que no ha sido sino esclavo de su propia comunidad y de los condicionantes demográficos, económicos y psicológicos sobre los que apenas tendría posibilidad de intervenir, ni antes del conflicto, ni durante su desarrollo.

La primera pregunta que se plantea Bouthoul, en línea con la que nos hacíamos en párrafos precedentes, es saber si los dirigentes políticos imponen sus puntos de vista o, por el contrario, siguen las *impulsiones y los deseos de la población*. Él mismo responde a la cuestión planteada:

A primera vista parece poco creíble que, si una nación es pacífica, baste el capricho de un jefe, o de una pequeña minoría, para que la población se sienta impulsada a la guerra... Pero un más amplio carácter de los conflictos exige participación cordial, sino entusiasta, del conjunto de la nación. En este caso, el jefe no hace más que traducir el impulso belicoso del conjunto.

De alguna manera, el escritor francés, ve encarnada en el jefe la voluntad popular. En su opinión resulta poco creíble que el poder político, con su actividad y capacidad de convicción, pueda generar en el pueblo la agresividad necesaria para abocarles al conflicto. En el caso opuesto, cuando el impulso belicoso colectivo y el germen de la violencia se extienden a todos los niveles sociales, poco puede hacer el jefe para contrarrestar una corriente que le arrastrará de manera irremediable.

Estas opiniones del autor, que se reflejaban en su obra "*Las guerras*" (1951), serán matizadas años después (1976) al indicar que el futuro del universo es *múltiple* y los caminos que puede seguir la humanidad no se dirigen necesariamente hacia la fatalidad y la guerra. El resultado final va a quedar condicionado por dos motivos: el poder de los dirigentes en retrasar o acelerar esos sucesos; o bien, determinadas circunstancias que impiden que, aún cuando la situación sea propicia al enfrentamiento bélico, se produzcan las condiciones definitivas para el estallido final.

El estado de guerra facilita la labor de los gobernantes que, con el pretexto de que la *patria está en peligro*, disponen de plena libertad de acción. Los problemas que hasta antes de la declaración de las hostilidades eran acuciantes quedan demorados con carácter indefinido; las trabas legales, hasta ese momento insalvables, pueden ser superadas sin demasiados impedimentos; ni tan siquiera la arbitrariedad resulta contestada. En definitiva el país queda *sometido a la disciplina* bélica. Pero, además, la guerra resulta un momento propicio para mejorar la situación personal del dirigente. El poder político representa la salvación de la patria y su persona puede conducir al paroxismo. Su figura se acrecienta y se convierte en el objeto del fervor popular y la devoción de sus súbditos. Así, la situación que se crea entorno al gobernante se aproxima, según el polemólogo francés, a un fenómeno religioso.

Ese carácter divino que asume el jefe se acentúa, tanto más, cuanto mayor sea su función demográfica. El respeto y la consideración casi divina del dirigente se ponen en relación con el número de hombres disponibles que puede enviar al sacrificio bélico. En la conexión entre ese dirigente y sus tropas se establecen unos vínculos desiguales. De un lado, el *jefe desempeña el oficio de sacrificante* y, por otro lado, los mejores combatientes están dispuestos a entregar la vida en su defensa. De esta manera, una parte del grupo actúa como instrumento del impulso belicoso de la sociedad.

El grupo que está dispuesto a entregar su vida se ve animado de un espíritu de sacrificio que se fundamenta en una ideología y que arraiga precisamente entre los más jóvenes. Ese estrato de población es, precisamente, el más generoso, el más propenso a sufrir la relajación demográfica, el que busca inmolarse en la defensa de creencias y causas que considera justas. El joven está más dispuesto que los adultos al sacrificio del heroísmo y sólo se necesita una dirección, un líder, para encauzar esas energías que siempre podrán canalizarse con fines interesados. *El arte del dirigente consiste en dominar el espíritu de sacrificio y hacerlo servir para sus fines.*

La guerra puede terminar con el aplastamiento de uno de los beligerantes o, por el contrario, puede saldarse sin un vencedor claro y, por consiguiente, con el mantenimiento del statu-quo. Este segundo caso es la manifestación palpable de la función de relajación que tiene el conflicto bélico que se limitaría a *devorar las energías excedentes*. La dificultad de llegar a acuerdos, las disputas irreconciliables, o las diferencias insalvables, previas a la ruptura de las hostilidades, se convierten en una sintomía admisible tras los acuerdos de paz. Como dice Bouthoul:

En este caso, desde el punto de vista psicológico, el único hecho nuevo resultante de la guerra es que ha terminado la agresividad de los individuos, es decir, especialmente la de los dirigentes y la de los combatientes más violentos.

El fin de la guerra produce un efecto de euforia, tanto mayor cuanto más penosos hayan sido los sufrimientos padecidos en los combates, agotando en esas penalidades los impulsos belicosos. Pero, como ya se ha indicado, con el statu-quo se mantiene el equilibrio previo al conflicto y, por tanto, los resentimientos profundos origen de la impulsión belígena que continúan latentes. En el supuesto de que el conflicto finalice con un vencedor se generan nuevos sentimientos, en especial, el de inferioridad entre los vencidos. La búsqueda de culpables en los que hacer recaer los fracasos proporciona, con la relajación demográfica y económica, un sentimiento de alivio suficiente para comenzar a recobrar la normalidad.

Todas esas percepciones psicológicas se van fijando en la memoria social, se transmiten a las generaciones siguientes y se instalan en el nivel de las estructuras creando las condiciones de futuros conflictos:

Así, cada generación que llega está marcada por los acontecimientos que corresponden a la edad adulta o madura de sus padres. Y también así se disponen las reacciones afectivas.... Toda clase de

estructura social, más los acontecimientos, modifican el tono psicológico general y provocan complejos en los individuos. Y también los reflejos de los hechos históricos se incorporan a nuestro inconsciente afectivo. Tales complejos suscitan nuestras preocupaciones más profundas, y por ellos se preparan las bases inconscientes del sentimiento público y de las reacciones colectivas, a su vez generadoras de nuevos acontecimientos.

EL IMPULSO BELICOSO

Desde el inicio del capítulo anterior estamos hablando del impulso belicoso sin habernos detenido a reflexionar cómo es entendido por nuestro autor. Para Gaston Bouthoul la impulsión belicosa es entendida en los siguientes términos:

La impulsión belicosa, cuando existe, la entendemos como un estado difuso y algo así como la resultante muy general de un conjunto de equilibrios sociales.

Pero, ¿cómo se distribuye ese sentimiento? ¿Se trata acaso de una percepción uniforme? Parece obvio que el impulso belicoso no se reparta de manera homogénea entre los diferentes individuos, ni entre los distintos estratos de la sociedad. Por ello, cuando estalla el conflicto, tampoco los miembros del grupo participarán con la misma intensidad. En cualquier caso, lo verdaderamente importante es que el impulso belicoso conduce a la agresividad.

Tras el conflicto, con el derroche de los excedentes, el impulso remite y se apacigua. Ese bajo perfil agresivo se mantendrá en tanto se reconstruyen y reponen las pérdidas. La evolución histórica ha ido condicionando esos períodos que tienden a reducirse por la mayor capacidad de nuestra sociedad para restablecer, en menos tiempo, las grandes *mortandades* de los conflictos precedentes. Por eso, con nuevas energías, no será difícil volver a encender la mecha en sociedades que se sienten vejadas por unos tratados de paz que, normalmente, son fecundos en agravios y humillaciones.

Con una demografía en alza, en cuanto se olvidan los sufrimientos de la guerra, y la vida adquiere nuevamente su rutinaria monotonía, vuelve el germen del impulso belicoso. Los odios y rencillas milenarias, cuyas raíces se hunden en el tiempo, pasan de generación en generación, abo-

nando el terreno para nuevas disputas; así, las causas profundas están servidas y sólo resta la concordancia de las coyunturas y la querella precisa para que de nuevo estalle la violencia. El polemólogo francés no puede ser más pesimista pues, según su criterio, *las guerras nunca ponen punto final a los conflictos*, sólo aquellas cuyo resultado establece un nuevo equilibrio procuran una mayor garantía de paz. Pero ni aún en estos casos estamos libres de reincidir:

Los conflictos se interrumpen o se desplazan, pero no se suprimen....La realidad no es el conflicto, sino las fluctuaciones del impulso belicoso. De estas fluctuaciones depende la virulencia de los conflictos.

Cuando hablamos del impulso belicoso lo entendemos como un estímulo colectivo, que no es otra cosa que la resultante de los diferentes *estados de ánimo* de los individuos del grupo. Esa resultante será de carácter agresivo cuando una gran mayoría abogue por la guerra, o consienta que la sociedad se deslice hacia ella. Pero aún, para que esto sea posible, y poder encauzar esa agresividad, será preciso la existencia del líder que encarne los valores del conjunto y en el que el grupo se vea identificado.

La generación de esos impulsos nace en el ser humano como resultado, no sólo de unas percepciones físicas de carácter sensorial sino, más bien, como consecuencia de un proceso y desarrollo mental donde se ponderan distintos estímulos que entran en el campo de lo racional, como ocurre con la ansiedad o la frustración. De cualquier forma, cierta instigación que alimenta el impulso belicoso, surge de la misma sociedad a la que se pertenece y de las propias necesidades de la colectividad. Por ello, repitiendo una de las tesis de nuestro autor, cuando los dirigentes de una nación se deciden a lanzar a su pueblo al enfrentamiento bélico es porque esta acción tiene detrás un fuerte respaldo social que siente la guerra *como un beneficio o una necesidad*.

Dentro de esos estímulos y percepciones racionales de los que hablábamos en el párrafo precedente, la frustración es, sin duda, uno de los elementos con mayor peso a la hora de conformar la impulsión belígena. El escritor francés afirma que existe una relación directa entre agresión y frustración. Aunque este fenómeno psicológico puede terminar en distintas formas de depresión, desánimo, o abandono, normalmente conduce a la agresividad. La frustración va asociada a la imposibilidad de satisfacer determinadas necesidades. Esas necesidades pueden ser variopintas según las propias convicciones y exigencias del grupo —el petróleo, un

trazado fronterizo, conseguir la salida al mar,... Así, el impulso belicoso puede disponer de un amplio repertorio para intervenir reavivando antiguos agravios.

Sin embargo, contra lo que pudiera pensarse, no es correcto establecer una relación directa entre la agresividad y la pobreza. Cuando Boutoul se refiere a necesidades no las concreta, específicamente, en riquezas o ganancias materiales. En este sentido conviene recordar que la guerra es una *actividad de lujo* con una importante función de consumir excedentes tanto de bienes como de vitalidad.

Los complejos colectivos —fracaso, culpabilidad, e inferioridad—, arraigados en el fondo del espíritu social, pueden incrementar la agresividad y provocar un deseo de revancha que arrastre a esa sociedad a la guerra. Sobre estos complejos actúa la superpoblación para agravarlos, posiblemente porque las grandes muchedumbres son el caldo de cultivo de la virulencia y del contagio social.

La agresividad que se genera en el individuo se ve sometida al tamiz del propio grupo y a la oportunidad social que la encauza, reduciendo, normalmente, a manifestaciones esporádicas las reacciones violentas de carácter individual. Muy distinto resulta el análisis de la agresividad colectiva que, mucho más regular, sí se desencadena según un cierto *automatismo inconsciente*. Además, para el escritor francés, se establece una relación directa entre ese automatismo y el tamaño del grupo, cuanto mayor es éste menos racional es la respuesta.

A pesar de lo indicado, la conducta de la muchedumbre es intrínsecamente pasiva y sumisa, para pasar a la acción necesita del *adoctrinamiento* y de que un líder conductor tome la iniciativa en los primeros momentos. En esas circunstancias aparece el sentido de la *fiesta* y el *estado de alucinación colectiva*, lo que transporta a la multitud a la reacción violenta e irracional. Comprobamos que existe, ciertamente, una diferencia entre el comportamiento agresivo individual y el impulso belicoso colectivo:

La agresividad puede ser pasajera, momentánea, limitada a un individuo o a un pequeño grupo. En cambio el impulso belicoso es un estado generalizado y profundo. A menudo es más un estado difuso de aceptación y de aprobación de las violencias futuras.

Para nuestro autor el impulso belicoso colectivo es más una convicción que una actuación concreta. Se trata de una percepción que está en

el ambiente, demandando muerte y violencia. Dentro de la irracionalidad que hemos indicado caracteriza a este estímulo colectivo, Gaston Bouthoul subraya la parálisis que provoca al *obnubilar el espíritu crítico y el sentido de peligro*. Esta situación, previa a la declaración de guerra, impide el mínimo sentido crítico, la moderación, y provoca la atrofia de la imaginación.

Pero lo importante de la investigación es tratar de determinar los orígenes de las agresividades nacionales. Según el escritor francés, no es válido despachar el problema culpando a los dirigentes, o limitarse a aceptar esas agresividades con un fatalismo paralizante. No podemos olvidar que la guerra desde el punto de vista sociológico es como *una gran fiesta* y que, en muchas situaciones, no hace sino responder a los impulsos de la mayor parte de la sociedad. Por otro lado, la gran diversidad de argumentos capaces de alimentar la agresividad colectiva, no resultan, en muchos casos, más que simples excusas. Nuevamente es necesario recurrir a causas estructurales para tratar de resolver el enigma.

LAS CAUSAS DE LA GUERRA

Aquí Gaston Bouthoul, que prefiere tratar este asunto anteponiendo el término “presuntas”, establece que la mayor parte de las decisiones humanas se rigen por una predisposición interna inicial. Ante un determinado problema, que requiere un dictamen específico, el resultado no saldrá de un sesudo razonamiento fruto de un estudio profundo de la situación, sino que será el producto de una idea preconcebida, alimentada por nuestros *deseos y mentalidad*, y que satisface los propios *impulsos y necesidades*. Estos condicionantes determinan que, al final, prevalezca, en ese momento y como resultado de fondo, el *impulso psicológico dominante*.

El necesario raciocinio actuará, de manera tardía, siguiendo el proceso inverso, tratando de justificar una idea que ya ha sido tomada de antemano y que se impone en nuestro subconsciente de manera incuestionable. Incluso, aun en el supuesto de que en la resolución del problema intervenga el debate racional, el estado de ánimo general y el *espíritu exaltado* colectivo, se interpondrán en el proceso lógico privándole de la imprescindible objetividad.

Con estos antecedentes la indagación de las causas del conflicto hay que situarlas en determinar las razones por las que, en un momento con-

siderado; el *impulso psicológico dominante* se identifica con la misma impulsión beligena. Si no partimos de posturas fatalistas, se podría afirmar que a la situación planteada se llega tras recorrer ciertas condiciones sociales que preparen y abonen el terreno de la agresividad. Como dice nuestro autor, *estas condiciones son las que debemos considerar como verdaderas causas de las guerras.*

El repertorio de las causas que originan las guerras no se ofrece en bandeja al investigador, sino que es necesario un concienzudo análisis para llegar a determinar las auténticas razones que las provocaron. En muchos casos, el motivo económico resulta el argumento fácil para justificar conflictos que contaron con la satisfacción y la avenencia de las poblaciones implicadas. En tales circunstancias, podemos asegurar que, tanto en el nivel de las *estructuras* como en el de las *coyunturas*, la situación era propicia para desencadenar el estímulo belicoso.

Con la predisposición favorable en los niveles superiores, cualquier desafío en el nivel de las *motivaciones* encenderá la llama del enfrentamiento bélico. La menor provocación, por insignificante que resulte, aparecerá, a los ojos del enemigo, como intolerable. El grupo se encontrará legitimado para el empleo de la fuerza y rechazará como inadmisibles cualquier opción pacífica. Las motivaciones, que representan *las razones expresadas o sentidas*, son, en ocasiones, simples disculpas o elementos de propaganda interna.

Aunque, en el nivel de la querella, todo enfrentamiento puede tener diversas motivaciones por las que el grupo decide batirse con las armas, siempre habrá alguna con mayor valor psicológico o político que sea la que aúne las voluntades y genere las adhesiones necesarias. Ello no excluye la existencia de otros motivos que coexisten con el principal. Según el escritor francés, el estudio de las motivaciones de los trescientos sesenta y seis conflictos ocurridos entre 1740 y 1974, analizados por el autor en su obra "*El desafío de la guerra*", arroja los siguientes resultados: motivos económicos, en un 60% de los casos; ideológicos, en el 73%; de poder, en el 86%; pasionales o afectivos, en el 44%; y nacionales, en el 76%.

Si buscamos las causas profundas (nivel de las estructuras), la respuesta también la encontramos en la obra citada. Esas causas, como anteriormente acaecía en las motivaciones, pueden proceder de distintas fuentes, aunque, como en el caso anterior, normalmente habrá un motivo que infunda su peculiar impronta sobre todas las demás.

Hemos visto al tratar el factor económico (cuyas ideas se han extraído de los estudios que el autor realiza en su obra "*Tratado de polemología*"), como el escritor francés era reacio a conceder la primacía de las motivaciones económicas para justificar las causas profundas de los conflictos. Algunos años después esa opinión será mucho más matizada, indicando que esos factores serán importantes ya sea como causa o como efecto.

Del análisis de los 366 conflictos se concluye que en caso de los micro-conflictos, término con que el autor denomina a los enfrentamientos bélicos de carácter menor, las causas económicas adquieren una condición relevante, si bien los efectos económicos no son significativos. Por el contrario, en las grandes guerras y revoluciones, las causas económicas ni son exclusivas, ni tampoco especialmente significativas, justamente lo contrario de lo que sucede con sus efectos económicos que pueden ser aplastantes.

Ante la dificultad de concretar esas causas, el autor recurre, inicialmente, a determinar los efectos de las guerras y, de esos efectos, extrae las *funciones* que determinan la causalidad bélica. El rodeo metodológico consiste según sus palabras en lo siguiente:

El conocimiento de la causalidad de los fenómenos naturales —en los casos que se pueda confirmar ésta— no se nos ofrecerá espontáneamente. En tales materias no podemos acercarnos a la causa o la función si no es dando un largo rodeo. Consiste en analizar primero los efectos, es decir situarse al final del proceso estudiado.

Tras la aplicación de esa metodología a los conflictos analizados, las causas o funciones de las guerras serían: la función *lúdica*, o de juego, en un 39% de los casos, aunque esa función tiende a eclipsarse tras los horrores de la I Guerra Mundial; la función de *especulación*, o de obtención de algún beneficio importante frente a unas pérdidas admisibles, lo que se observó en todos los casos analizados; la función que trata o bien de consolidar o bien de invertir los poderes; la función de *cambio de estructuras existentes*, comprobada en un 89% de los estudios; y, por último, la *función de destrucción demo-económica* que se presenta en un 4% de los conflictos.

Ciertamente esta última causa o función no representa un porcentaje elevado, si tenemos en cuenta la importancia que el autor concede, en su desarrollo conceptual, a las consideraciones demo-económicas. Si bien, y como se encarga de justificar, su influjo está presente en otros muchos enfrentamientos. Por ello, y a pesar de los datos obtenidos, nuestro autor

sigue indicando que, desde el punto de vista polemológico, los desequilibrios que se establecen en el nivel de las estructuras demo-económicas son los que anuncian y presagian guerras y revoluciones. El escritor francés lo expresa en los siguientes términos:

En casi todos los casos, los desequilibrios de las estructuras demo-económicas son a la vez una de las causas profundas de las guerras y unos de los mejores indicadores, "barómetros" de las amenazas a la paz.

EN BUSCA DE LA PAZ

Gaston Bouthoul se muestra especialmente crítico e incrédulo con las diferentes iniciativas que se han emprendido, a lo largo de la historia, tratando de evitar la guerra. En su opinión, esas teorías suponen el problema resuelto, pues inciden sobre alguna causa concreta y, por tanto, al margen de la polemología. No obstante, su tratamiento puede resultar interesante porque hace un recorrido sobre distintas motivaciones bélicas. Los planes de paz "políticos" más importantes han incidido en los siguientes aspectos:

- La guerra existe porque hay múltiples Estados con sus propias soberanías y sus correspondientes ambiciones de poder, lo que provoca pugnas, rivalidades, o enfrentamientos que terminan por desarrollar rencores y frustraciones y en definitiva allanan el camino hacia la guerra. Según ciertos pensadores esta situación puede corregirse mediante el Estado único. Sin embargo, para el escritor francés, esta situación no es duradera y, como solución, resulta poco convincente pues el Estado único terminará, a su vez, por descomponerse como consecuencia de las querellas o rivalidades internas. Esta situación no hace desaparecer los impulsos belicosos, ni tan siquiera los amortigua, pues *este impulso es independiente de la amplitud de las soberanías*. Además, conviene recordar que son precisamente las guerras civiles las que generan mayor crueldad y violencia.
- La segunda de las teorías preconiza el reparto equilibrado del mundo entre grandes Estados, que cubrirían sus propias áreas de influencia, agrupando a otras naciones menores bajo su tutela. La paz, así establecida, estaría basada bien en el equilibrio de fuerzas o en el establecimiento de un sistema de acuerdos entre esos grandes Estados. La posibilidad de conflicto se elude gracias al temor y al respeto que se profesan las grandes potencias. Sin embargo,

según la opinión de nuestro autor, la historia ha demostrado que ese intento de equilibrio, ha sido una permanente fuente de enfrentamientos en el viejo continente.

- La tercera de las teorías defiende la necesidad de abolir las monarquías, al tratarse de regímenes políticos con inclinaciones guerreras. Esta opción se ha probado igualmente inconsistente, al demostrarse que históricamente no hay datos que permitan avalar que los cambios en las formas de gobierno reduzcan el número de conflictos. De hecho, es con los republicanos franceses cuando comienzan las grandes movilizaciones que terminaron en la guerra total.

Como síntesis de lo indicado Gaston Bouthoul subraya la necesidad de reorientar los planes de paz hacia otras direcciones:

Así, nuestro consejo es que se debe situar en otro plano el problema de la explicación del belicismo de los grupos humanos. La única conclusión que podemos obtener del examen histórico de la agresividad comparada de los Estados es su independencia de los regímenes políticos y de las formas internas de las jerarquías.

Además de rechazar la validez de los planes de paz políticos, nuestro autor estudia los planes de paz “jurídicos” y llega a similares conclusiones. Independientemente de que la solución propuesta sean los tribunales de arbitraje o las distintas organizaciones de carácter internacional, el camino de los planes de paz jurídicos no es el adecuado para terminar con el conflicto, pues tratar de *asimilar las guerras a las querellas entre individuos, no es más que una metáfora falaz*. Por otro lado, estos planes cometen el error de considerar la guerra como un fenómeno bajo control de los Estados, al que, por tanto, se le puede poner coto o limitación. Entre esas limitaciones legales destaca la declaración de *ilicitud* de la guerra. Para esclarecer lo absurdo del asunto nuestro autor lo compara como castigar por ley al que cae enfermo de peste.

Los planes de paz “ideológicos” que tienen su origen en conflictos provocados por: dogmatismos, filosofías, motivos religiosos u otras consideraciones, y que se apoyan en una hipotética unidad ideológica, sólo significarían la posibilidad de sustituir un motivo por otros que incluso pueden llevar más carga agresiva.

Los planes analizados hasta ahora se fundamentaban en la causalidad unilateral. Los planes “funcionales” se basan, por el contrario, en la afirmación de que la guerra cumple varias funciones de carácter social y, por

tanto, es necesario atacar el conflicto desde una óptica multilateral. De esta manera, aparecen los planes psicológicos, hedonistas y demográficos, con los que Bouthoul muestra mayor sintonía.

- Sobre la base de considerar la guerra como una *costumbre ancestral o la desviación de algunos impulsos humanos*, los planes psicológicos proponen como antídoto la educación y el necesario adoc-trinamiento. Además, para combatir esa costumbre ancestral, en la que la guerra asume las funciones de la fiesta, los defensores de este plan proponen diversas actividades como: *vacaciones, turismo, festejos, congresos, manifestaciones deportivas, excursio-nes e incluso facilidades sexuales* que puedan satisfacer, con cierta aproximación, la función bélica.
- Por considerar el tedio y la apatía como una de las causas de con-flictos, los planes hedonistas proponen buscar en el cine y otros espectáculos las alternativas a la función que desempeñaba el anti-guo circo. Se trataría, en definitiva, de buscar la civilización del ocio. En el fondo subyace la manera de consumir los excedentes socia-les, lo que logra mediante: la fiesta, la guerra y la elevación del nivel de vida.
- Los planes demográficos pretenden *actuar a la vez sobre el reparto de los excedentes y sobre el impulso belicoso, mediante restriccio-nes de la fecundidad natural*. Antes de promover estos planes con-viene recordar que los impulsos belicosos se encuentran mucho más condicionados por las estructuras demo-económicas que por los números absolutos de población y, por tanto, esa actuación debe dirigirse hacia los problemas de equilibrio entre población y recursos. Para nuestro autor estos planes son precisamente los que nunca han sido tomados en consideración, ni recibieron algún tipo de apoyo y, según su punto de vista, serían los que probablemente tendrían una mayor oportunidad de éxito.

Por último, los planes de “desarme” tratan de actuar bien sobre las armas, para disminuir la capacidad de ejercer la violencia, o bien sobre la misma existencia de los ejércitos, causantes, según los defensores de esta teoría, de la existencia de las guerras. Las soluciones tales como: los planes de desarme cuantitativos, la limitación de efectivos, o la creación de ejércitos supranacionales, pueden ser soluciones atractivas, pero no definitivas. El escritor francés también discrepa de estos planes al consi-derar que la violencia terminará manifestándose por otros cauces quizás más sangrientos.

Como vemos, los distintos planes de paz que se han ido proponiendo a lo largo de la historia, tienen una repercusión dispar en las consideraciones del polemólogo francés. Pero ¿qué es entonces lo que nos propone? ¿Es qué acaso no hay solución alguna? En primer lugar es interesante reseñar una idea general sobre esas propuestas:

No se puede pensar solamente en que la guerra se pueda suprimir, sino en reemplazarla de tal modo que la función continúe cumpliéndose, pero de una manera menos penosa o menos dolorosa.

Si volvemos a las ideas del escritor francés, debemos recordar que, según sus teorías, es en el nivel de las estructuras donde se engendra la agresividad colectiva, *el miedo, la angustia y la desesperación*. Ese sentimiento colectivo es el resultado de muchos siglos de historia y, por ello, las actuaciones para corregir, en sentido contrario, las tendencias estructurales y las mentalidades colectivas lo serán, consecuentemente, a largo plazo. No obstante, y si tenemos en cuenta la aceleración y la compresión de eventos históricos que se suceden en los últimos siglos, también podríamos esperar una reducción y compresión de esos plazos.

La actuación en el medio plazo se encontraría dirigida al nivel de las coyunturas, donde las políticas de los Estados actúan de forma independiente y sin armonizar su actividad con la de los vecinos, por lo que consideradas en su conjunto, y si no se adoptan medidas para evitarlo, siempre se pueden dar las circunstancias —*encuentro de series independientes*— que favorezcan la impulsión belígena.

La actuación a corto plazo, en tiempo de crisis, irá dirigida a determinar los posibles tipos de querrela o reclamación para, conocidas éstas, tratar de poner los medios y los impedimentos que *conjure, desvíen, o retarden la guerra*. Con todo lo indicado Gaston Bouthoul nos propone lo siguiente:

Hay que ver bien las estructuras sobre las que nace esa violencia y actuar sobre ellas, para que engendren la paz y no la guerra. También es necesario, y esto es de la mayor importancia, encontrar los sustitutos no violentos capaces de cumplir la misma función que la violencia.

Las cinco funciones que, en el ámbito de la causalidad profunda, cumplen las guerras: la lúdica, la de especulación de ganancias, el derrocamiento o consolidación de un poder interno o internacional, la sustitución de estructuras, y la destrucción demo-económica, deben ser reemplazadas o

saciadas, para que la sociedad pueda *seguir expresándose, transformándose* y en definitiva *asegurando todas las funciones* bélicas. Si esas funciones no son satisfechas, podríamos encontrarnos con una sociedad en una situación de bloqueo que es el equivalente a una sociedad sentenciada.

La sociedad dispone de otros mecanismos distintos a las guerras para evolucionar y, sin duda, puede transformarse siguiendo pautas menos dramáticas que la mutación bélica, satisfaciendo, de esta manera, a las funciones indicadas. Según nuestro autor, desde 1945, en el mundo se han producido cambios muy importantes: la *globalización*, la *mundialización*, o el *riesgo nuclear*, que coadyuvan a la consecución de ese objetivo. Concretamente el hecho nuclear hace inviable la función lúdica y la de especulación, y demencial, la función demo-económica. Sencillamente, los nuevos riesgos en un tercer conflicto mundial resultarían inaceptables.

¿Cuáles serían entonces esas nuevas funciones? El escritor francés analiza los fenómenos que con la guerra aplacaban cada una de las cinco funciones relacionadas. En nuestros días alguno de esos fenómenos continúan teniendo vigencia pero otros pueden ser sustituidos o mejorados. Veamos cuáles son sus propuestas:

- Función de *destrucción demo-económica*. Frente a los antiguos fenómenos de las guerras y revoluciones, el hambre, las epidemias, el monacato, determinados tipos de controles demográficos, etc y, reconociendo que algunos de ellos continúan aportando una importante función demo-económica, nuestro autor propone a cambio nuevas orientaciones: la educación; la regulación de los nacimientos; el desarrollo armónico de los recursos; la promoción de los intercambios mutuos e igualitarios; la creación de *nuevas motivaciones* orientadas hacia la paz; el desarrollo económico y social; y el mejor conocimiento de los otros.
- Función de *especulación de ganancia*. Sólo puede garantizarse mediante el fenómeno bélico en sus distintas formas: guerra nuclear, mundial, local y limitada. De las anteriores, nuestro autor considera que, en nuestros días, las dos primeras —la guerra nuclear y la mundial— han dejado de cumplir misión alguna. Como nuevas motivaciones que sacien esta función cita las siguientes: reducción del hastío; educación; transposición de la agresividad colectiva por intercambios y negociaciones; practica de la teoría de los juegos; prevención, tratamiento y domino de las crisis; desarrollo de intercambios; y mejor conocimiento de los otros.

- Función *lúdica*. Se garantizaba mediante las guerras y revoluciones, fundamentalmente en los conflictos feudales y en las campañas coloniales. Para el escritor francés no existe probabilidad de que las guerras de nuestros tiempos puedan cumplir esa función. Como posible sustituciones propone: el descubrimiento y la creación de espacios libres; desarrollo de todo tipo de competiciones pacíficas, ya sean deportivas o de otro tipo; la conquista pacífica del espacio; la cooperación internacional en grandes proyectos; o la búsqueda de nuevas motivaciones.
- Función de *sustitución de estructuras y función de derrocamiento o consolidación de poderes internos o de potencias internacionales*. Ambas funciones podían ser satisfechas mediante las guerras y las revoluciones, y mediante políticas de carácter interno e internacional. Aunque los dos fenómenos anteriores siguen siendo de aplicación, el pensador francés propone, entre otras, las siguientes ideas para asegurar el cumplimiento de la función: reforma de las estructuras; prevención y dominio de las crisis; o políticas adecuadas tanto internas como de carácter internacional.

CAPÍTULO TERCERO

**NORBERTO BOBBIO. LA MARCHA HACIA
LA IDEA DE PAZ**

NORBERTO BOBBIO. LA MARCHA HACIA LA IDEA DE PAZ

Por MIGUEL ALONSO BAQUER

Norberto Bobbio, nacido en Turín en 1909, es un especialista en filosofía del derecho que ha dedicado una parte notable de sus publicaciones al tema de la guerra desde una perspectiva pacifista que podríamos situar tanto en el centro-izquierda del panorama político como en la socialdemocracia. Para sus discípulos es un hombre de duda y de diálogo. Sus tesis, con frecuencia, desembocan en espectaculares indecisiones que parecen ser fruto de la abundancia de los criterios que acumula y ordena. Destaca por una impresionante capacidad para la descripción de panoramas. Hay que concluir que “no es posible catalogar a Bobbio como un escéptico ni incluso como un relativista en sentido estricto”. Es conveniente subrayar que suele dejar al lector sin saber a qué atenerse.

En una “*Autobiografía*”, aparecida en 1997, se explicaba de este modo:

Hoy en día son necesarias más que nunca prudencia y debe rechazarse la tentación del “todo o nada”. Ni esperanza, ni desesperación. Ni Ernst Bloch ni Ghünter Anders. Los admiro a ambos pero no los tomaría como guías.

No cabe duda que Bobbio está más cerca del neomarxismo de Bloch o del radicalismo de Anders que de la neoescolástica de Mac Intyre o del neoliberalismo de Aron. En el estudio preliminar a una reciente obra ética de Bobbio, “*Elogio de la templanza*” (1994), un español, Rafael de Asís Roig, nos añade una nota que considero válida para definir la personalidad de Bobbio: “Metodología emprendedora, filosofía templadora pero radical, ideología liberal-socialista y, por último, pesimismo progresista”.

Nos encontramos, pues, ante una mezcla de iluminismo pesimista y frente a las paradojas de un pensamiento en tensión que no acaba de definirse. A mi juicio, respecto al tema de la guerra y de la paz, Bobbio no brilla ni por la templanza ni por la desmesura. Le ocurre que, queriendo elegir el término medio, suele caer en exageraciones propias del lenguaje político inadecuadas para un filósofo. Para Bobbio, la guerra es sólo el resultado de una decisión unilateral y nunca el balance de un modo de estar relacionados entre sí los grupos sociales. Su manera peculiar de adjetivar a la guerra nos revela que sólo se fija en dos tipos de personas:

- las que legitiman casi siempre la existencia del objeto llamado “guerra”.
- las que declaran imposible cualquier tipo de legitimación de uno y otro combatiente bélico.

Bobbio no quiere caer en la cuenta de que la relación en la que la guerra consiste es dialéctica. Lo legitimado por la historia de las guerras no es nunca a la guerra misma como fenómeno social sino a la conducta de una u otra de las partes en conflicto o de una fracción de la parte que, de hecho, tiene de su lado las razones de más peso. La diabolización de los poderosos que emprenden una guerra, pudiendo renunciar a hacerlo, no permite diabolizar en el mismo grado a la fracción agredida, si ésta también hace uso de las armas.

La guerra, según Bobbio, se acaba identificando con la recíproca des-templanza de los dos extremos en lucha. Nunca puede ser ella misma virtuosa, desde luego, o justa en sí misma. Pero en la realidad histórica siempre cabría que algunos puñados de hombres se comportaran justamente y que actuaran virtuosamente durante una guerra. Esta posibilidad, según Bobbio, hoy ha quedado descartada. La guerra es una pieza indivisible, un todo, que se envicia del todo. De la malignidad de la guerra no se salvan ni el conquistador ni el resistente; ni el ambicioso ni sus víctimas. Bobbio no admite que algunos hombres de entre los atrapados por una situación de guerra se mantengan en la virtud, es decir, en el meritorio ejercicio de altas cualidades. El pretérito, que permitió en la Grecia de Homero desempeñar un brillante papel social a los “héroes”; que permitió en la Cristiandad de Tomás de Aquino a los “caballeros” progresar hacia el logro del bien común; que permitió en la Europa de Jeremías Bentham obtener utilidad del esfuerzo de los “soldados” y que, más tarde, confió en la Europa entre las dos guerras en el sentimiento del honor de los “militares”, queda en Bobbio reducido a pretérito. En la marcha hacia una idea de paz, a su parecer ajustada a nuestro tiempo, todo esto son palabras celestiales.

Bobbio aproxima la noción de moderación (*mitezza* en italiano) a la de templanza. Y espera de la templanza (o moderación) el acabamiento de los conflictos bélicos por motivos prácticos más que teóricos. Pensadores destemplados son Joseph de Maistre en *“Las veladas de San Petersburgo”*, Proudhon en *“La guerra y la paz”* y Herman Khan en *“La estrategia de la era atómica”*. Intelectuales moderados son F. S. Nitti en *“Europa sin paz”* (Florencia, 1921); Günther Anders en *“Ser y no ser. Diario de Hiroshima y Nagasaki”* (Turín, 1961); Karl Jaspers en *“La bomba atómica y el destino del hombre”* (Milán, 1960). También están entre los textos templados: un original de 1958; Jonatham Schell *“El destino de la tierra”* (Milán, 1982) y otro de Franco A. Casadio *“Conflictividad mundial y relaciones internacionales”* (Padua, 1983). El lema que preside su clasificación se encuentra en este párrafo de la *“Carta de las Naciones Unidas”*, que él acepta sin crítica:

Si quieres la paz, elimina las causas principales de la guerra, es decir, la “opresión”, que no deja al pueblo sometido otra alternativa que la resistencia o la esclavitud y la “miseria” que desencadena la lucha por la supervivencia.

Bobbio no percibe que realmente cualquier pueblo en cualquier circunstancia puede creerse o saberse sometido a la esclavitud y sentir amenazada su supervivencia. Puede, en definitiva, saberse o creerse legitimado para la resistencia y para la lucha. Y que el dato nominalista de que se acabe llamando a su resistencia activa o guerra o revolución no altera el factor común a ambas que es la pérdida de la paz. Hacer que tome conciencia un grupo social de una opresión padecida y de una miseria producida por otro grupo social es situarles a uno y a otro grupo en la antecámara de una guerra o de una revolución por pacífica y legal que sea la primera protesta.

Cuando Bobbio se atempera a sí mismo escribe de este modo:

La formación de una federación auténtica era una utopía en el momento en que se sentaron las bases de las Naciones Unidas y continúa siéndolo de forma aún más evidente... La única alternativa auténtica a la “Paz del equilibrio” es la llamada “paz de hegemonía” o incluso, por emplear un concepto de Raymond Aron, la “paz del imperio”.

O también cuando escribe con serenidad de este otro modo, meramente descriptivo:

Por guerra se entiende un tipo especial de conflicto, el que se da entre grupos organizados que tienden a destruirse con la violencia.

La recaída en la destemplanza del propio Bobbio, sin embargo, está esbozada en las frecuentes simplificaciones en que incurre. Porque los grupos sociales, en principio, no tienden a destruirse sino a otra finalidad más noble que entienden sólo puede ser satisfecha neutralizando, —es decir, desarmando, no aniquilando— al adversario. Lo que falta de hecho en una situación bélica es, en lengua francesa, *mansuétude et douceur* (mansedumbre y dulzura, respectivamente, en español), cualidades que Bobbio encuadra entre las virtudes débiles “porque caracterizan aquella parte de la sociedad donde están los humillados y los ofendidos”. La otra parte son “los héroes, aquellos seres para los que es lícito lo que no lo es para el hombre común, incluso el uso de la violencia. No hay sitio entre ellos para los moderados”. Los héroes, según Bobbio, tienen la obligación de ser violentos.

En la mente de Bobbio, un profesor italiano Giuliano Pontara ha encontrado esta falaz argumento: la templanza es una virtud que no tiene cabida en la política, ya que es idéntica a lo que llamamos no-violencia. Luego la no violencia no tiene cabida en la política.

Este silogismo es en sí mismo considerado una destemplanza que expulsa a la ética de la política. Bobbio juega con parejas de antinomias en nada semejantes unas a otras, incluso en lo de ser antinomias.

Junto a la pareja paz-guerra existen otras —escribe— como orden-desorden, concordia-discordia, unión-desunión, y en el origen cosmos-caos.

LA PAZ A TRAVÉS DEL DERECHO

Guerra y paz no forman una antinomia. Tampoco la forman cosmos-caos. Los dos elementos de cada diada se mueven en distintos niveles y tienen la capacidad de coincidir sin excluirse del todo en un momento dado sobre un espacio concreto. Es deseable y desde luego posible encontrar hombres y grupos en guerra todavía capaces de no perder su paz interior. El eslabón que separa a la guerra de la paz, Bobbio lo toma de un título del positivista Kelsen de 1943, por cierto, que agiganta al derecho y que empequeñece a la paz. En lugar de buscar a la paz como un bien por sí misma, se afirma que la lucha por el derecho acarrea automáticamente la paz.

La expresión “paz a través del derecho” es el título de una conocida obra de Kelsen sobre el derecho internacional.

Pero Kelsen se modera mucho más que Bobbio en el uso de las identidades. Nunca ha suscrito nada parecido a esta opinión de Bobbio:

La guerra se concibe, primariamente, como negación del derecho y el derecho, a su vez, como afirmación o reafirmación de la paz... Las armas acallan a las leyes, las leyes hacen inútiles a las armas... Mientras que el estado de naturaleza es un estado de guerra a causa de la ausencia de derecho, el estado civil es un estado de paz por ser la consecuencia de un acto jurídico.

Retengamos la exageración. La idea de la paz de Bobbio se reduce a la promoción de actos jurídicos. Todos los pacifismos, —el político, el social, el económico, el moral y el religioso— son pacifismos jurídicos. El abate de Saint Pierre es un pacifista sólo cuando busca la paz a través de la Alianza perpetua entre Estados; Kant cuando propone la confederación o Liga por la paz expresada en forma de tratado y Saint Simon cuando reclama un Estado federal, según el modelo de la unión de Francia y de Inglaterra.

En las lecciones de filosofía del derecho, dictadas por Bobbio en 1964-1965, todo gravita sobre el mismo principio legal hasta tal punto que titula al libro donde las lecciones se recogen “*El problema de la guerra y las vías de la paz*”. Bobbio condena a quienes a lo largo de la historia han entendido a la guerra bien como justa, bien como mal menor, bien como mal necesario o simplemente como bien. Incluso se distancia de Kant al descubrir que para el filósofo prusiano la guerra era un mal aparente en cuanto mal necesario. No hay más vía hacia la paz que el peso de la ley, es decir, que la condena de la guerra por la ley.

La idea de Bobbio sobre la guerra está partida por un hecho histórico que es la irrupción de la bomba atómica en 1945. La guerra en tanto guerra atómica es un camino bloqueado —escribe y añade: “es una institución agotada, una institución inconveniente, injusta e impía que, además se ha hecho imposible y es injustificable”. Si la guerra se define por ser una institución, la paz, a su juicio, habrá de ser definida como otra institución.

Para el pacifismo jurídico de Bobbio la irrupción de la bomba nuclear fue todo un hallazgo dialéctico. ¿Qué diría Bobbio de la guerra si ésta no hubiera llegado a disponer de la energía atómica? Sólo conocemos acerca

de ella todo lo que se deduce de la hipótesis falsa para mí de que desde ahora en adelante todas las guerras tendrán que ser guerras nuclearizadas. Bobbio se sitúa frente a los *realistas* para quienes sigue habiendo “guerras posibles” desde luego de muy diferente intensidad; frente a los *fanáticos* para quienes la guerra sigue siendo “justificable” por algún ideal; frente a los *nihilistas* para quienes procede que la guerra sea siempre “liberadora” de alguna opresión y frente a los *fatalistas* para quienes la guerra conserva su condición de “necesaria” sea para el progreso, sea para el holocausto.

Su problema en orden a las vías hacia la paz consiste en descubrir en nuestros días una variedad de pacifistas equivalente a la variedad de belicistas. Hay un pacifismo activo que reclama el desarme y un pacifismo finalista que insiste en lo inminente de la catástrofe. Se ocupa Bobbio, además, de la vigencia de los pacifismos ya institucionalizados de alguna manera. Pero hay, sobre todo en Bobbio, una variedad notable de pacifismos jurídicos: unos niegan que la guerra pueda ser la antítesis del derecho, otros que sea un medio para realizar el derecho, un objeto del derecho y hasta una fuente del derecho. En todos estos pacifismos, no obstante, la guerra está presente y queda patente.

El recorrido que realiza Bobbio sobre lo que llama justificación tradicional de la guerra abarca a la historia universal. Pero la nueva situación de 1945 le parece absolutamente otra historia. Ya no hay guerras de conquista frente a guerras defensivas. (Olvida Bobbio que en una misma guerra caben conquistadores y defensores). Ya no hay guerras como males necesarios porque, a su juicio, sólo la paz es un bien necesario. (Olvida Bobbio la necesidad de otros bienes terrenales tantas veces esgrimida con pasión por las gentes también en nuestros días). Ya no hay guerras divinas porque, a su juicio, no hay castigos divinos, ni hechos providenciales, ni fatalidades.

La idea de la paz de Bobbio es, simplemente, la antítesis de un “no debe ser” de la guerra, diga lo que diga la realidad. Su brillante retórica le lleva a este tipo de silogismos edificadas sobre arena: La guerra es violencia; la violencia es un mal absoluto, luego la guerra es un mal absoluto. La violencia genera todos los males; no hay bien que pueda intercambiarse con la pérdida de la paz, luego la paz es la condición misma del florecimiento de todos los valores. Toda guerra o cualquier guerra puede provocar la desaparición de la vida sobre el planeta; la guerra atómica no es un medio sino un fin, el fin absoluto, luego no puede ser aceptado el

hecho inevitable que supone el fin-final. El objetivo que persiguen las grandes potencias no es un equilibrio sino la hegemonía o la superioridad; de la tendencia a ser superiores procede la inevitabilidad del equilibrio del terror, luego este equilibrio sólo puede entenderse haciendo cada vez más alta la propia superioridad.

Ninguna de estas falacias se ha cumplido entre 1945 y el año 2000. Tampoco otras que Bobbio toma de la utopía marxista que le fue dictada a Engels en 1848: la fuerza del Estado es necesaria en la sociedad de clases, pero no lo será en la sociedad sin clases. Bobbio magnifica a la guerra y luego deplora la exageración por él mismo engendrada al definirla como un objeto que se toma o se deja, en lugar de definirla como lo que es, una relación entre grupos sociales, ciertamente indeseable pero superable y evitable en una sola pieza.

- la guerra es la manifestación más clamorosa de la política.
- la política interior está condicionada por la política exterior y la manifestación última de ella, peor evitada hasta ahora, es la guerra.
- política y guerra son dos hechos estrechamente vinculados.
- la guerra es la más escandalosa violación del mandamiento “no matarás”.

Bobbio se sirve de Erasmo — “el que alaba la guerra es que nunca la ha visto” — y de Bertrand Russell, — “antes rojos que muertos”. Concede, sin que se perciba en él una profunda convicción, que “hay que ir desde la reforma de las instituciones a la reforma, o mejor, renovación del hombre”. Y concluye que “actuamos como si hubiera una salida. Pero aún no sabemos donde está”. La esperanza en el futuro pacífico de la humanidad queda depositada en un sólo objetivo: que se implante un orden político donde nadie pronuncie el fatídico adagio:

“Mors tua vita mea”

Con todo, Bobbio no se detiene en la pregunta fundamental —la pregunta acerca de la paz— a la que contesta de esta manera evasiva:

¿Qué entiendo yo por paz? Un estado de ausencia de guerra en tanto que “enfrentamiento violento, continuado y duradero entre grupos organizados”.

La respuesta se queda en demasiado corta porque sólo excluye de la vivencia de la paz a la más temible de las situaciones. Convive, según Bobbio, la paz con todos los demás conflictos menores que la guerra para

los que el pensador apenas tiene palabras: “He dicho —pontifica con solemnidad— que la paz es necesaria. He dicho que la paz es imposible. Mientras exista la relación amigo-enemigo, la paz solo es una tregua”. ¿Se puede en estas condiciones abrir un camino hacia la obligada marcha de la vida intelectual hacia una idea precisa de paz?

LA PRESENCIA DE UN “TERCERO”

El retorno desde el estado de guerra, no hacia el orden de paz sino hacia la situación de tregua, un temor esencial en la obra de Kant —devuelve a Bobbio hacia la realidad.

Los dos pactos, el de no agresión y el que permite transformar el “estado polémico” (de conflictividad violenta) en “estado agónico” (de conflictividad no violenta) pueden ser violados.

Este soñado retorno a la realidad sin guerras altera el léxico de Bobbio y le conduce a una nueva utopía, sin duda más discreta y factible que la del mero relevo de las situaciones de guerra y de paz. El estado agónico, —resuena aquí el tono de San Agustín— requiere la presencia de un Tercero “el paso de una situación de tercero excluido a otra situación de tercero incluido”.

Bobbio profundiza con habilidad en la tipología del Tercero y en sus posibilidades de éxito. No hay que ocultar que el modelo de tipos elegidos viene de la antigua creencia en la divinidad o en las divinidades. El Tercero es, sucesivamente: 1.- Aliado; 2.- Neutral; 3.- Mediador; 4.- Árbitro; 5.- Juez; 6.- Profeta desarmado y 7.- Pacificador sin apelación.

La idea de paz que retiene Bobbio, antes de sublimar la inclusión del Tercero como el mejor remedio de las guerras, pasa por el miedo de Hobbes. Su idea de paz se fundamenta en el miedo a la guerra y no en el ansia de paz.

El Estado es el hombre artificial que los propios hombres han fabricado para salir de una situación de miedo incontrolado... La amenaza de la fuerza (origen del miedo) se dirige solo contra los que transgreden las leyes establecidas por el poder soberano... Un Estado territorialmente limitado no elimina la guerra universal de todos contra todos, sino sólo la guerra entre quienes habitan el mismo territorio.

Bobbio reconoce, al retroceder hacia Hobbes, que “Hobbes nunca separa, allí donde se plantea el problema de los fines del Estado, la segu-

ridad (que se refiere a las relaciones internas) de la *defensa* (que se refiere a las relaciones externas)". Pero no se atreve a contemplar una realidad internacional en la que los diferentes estados de defensa construyan, peldaño a peldaño, una seguridad, un nuevo orden de seguridad. Porque quiere, quizás, sin darse cuenta de ello, seguir anclado en lo inexorable del retorno del estado de guerra. La paz es imposible, repite.

La amenaza de la guerra nuclear impide sólo la guerra nuclear... Se trata de una carrera que sólo puede concluir con la invención del arma absoluta por parte de uno de los contendientes... El terror aleja la guerra, pero su estallido, a medida que se aplaza mediante la escalada del poder disuasivo, sería mucho más terrorífico.

Miedo y terror son las condiciones previas del pensamiento de Bobbio que utiliza para referirse a la guerra. Si el miedo resulta aminorado por una política sana de seguridad y de defensa y por una adecuada formación moral del hombre, Bobbio pierde pie y retorna a lo absoluto del mal que tiene que ser la guerra para reiterar su condena de cuantos hombres, a su juicio, apelen a la violencia armada para alcanzar sus fines.

Con la doctrina de la disuasión se ha producido el paso de la guerra real a la amenaza de guerra (técnica tradicional de prevenir el mal que se quiere evitar propagando el miedo a un mal mayor).

¡Claro que la paz es la condición *sine qua non* para proteger eficazmente los derechos humanos y que la protección de los derechos humanos favorece la paz! Pero el retorno a Hobbes, de nuevo sin templanza, vuelve a ser incoado: "Metáforas aparte, la humanidad no se verá libre de la amenaza de guerra atómica hasta el día en que dejen de existir las armas atómicas... La forma más coherente y también la más difundida, de pacifismo institucional es la que aspira a crear un Estado universal".

Bobbio se sumó en su día al manifiesto firmado en 1955 por 52 Premios Nobel donde, según Hernan Khan en "*La Estrategia de la era atómica*", se proclamaba que si los estados no renunciaban a la fuerza "dejarían de existir". Un documento que fue acusado, según Hernan Khan, por muchos de contener un "simplismo desconcertante" de puro ejercicio de retórica, cuyos autores no pasaban de ser "charlatanes".

El talento natural de Bobbio nunca se separa radicalmente de Hobbes y nunca le lleva a subscribir otras utopías. Por eso nos recuerda una y mil veces lo esencial de las doctrinas del pensador británico del siglo XVII partidario del absolutismo.

El Estado, monstruo bueno o "Leviathán", nace de la necesidad que experimentan los hombres de superar la situación de "temor recíproco", en la que se encuentran en estado de naturaleza, para no caer en los brazos de la guerra civil, monstruo malo o "Behemoth".

De aquí que sea preciso para Bobbio, cuando se participa en la marcha hacia la idea de paz, no perder de vista la envergadura del temor, del miedo, del pánico, del terror, aquí y ahora: "Ninguna de las justificaciones tradicionales de la guerra resiste la prueba de la guerra nuclear"... "el problema actual no puede consistir en buscar las razones adecuadas para elegir la guerra entre varios actos posibles... sino en otro mucho más difícil: hacer que la guerra sea imposible".

Las cinco tesis de Bobbio son obvias y están demostradas por más de medio siglo de evidencias. Lo que ocurre en la realidad, aquí y ahora, es que la guerra atómica ha ocupado muy poco espacio en la realidad histórica de las guerras posibles en relación con el que ocupan las demás guerras y los restantes conflictos, no sólo posibles sino realmente dados. Son las siguientes:

1. Una guerra atómica podría suponer el aniquilamiento físico de toda la humanidad.
2. La guerra atómica es un acontecimiento posible.
3. La guerra atómica no debe considerarse una alternativa, es decir, un objeto de elección.
4. La guerra atómica nos impone una actitud contraria a la continuidad de la política atómica.
5. La nueva situación crea unos deberes, una nueva moral.

Estas cinco obviedades, que explican el no-empleo efectivo del armamento nuclear desde 1945, sustituyen en Bobbio al análisis de la naturaleza de la paz cuando escribe, ahora poniendo a la democracia en el lugar donde puso antes el derecho esta frase solemne también obvia:

Las dos grandes dicotomías del pensamiento político, "paz-guerra" y "democracia-despotismo", confluyen una en otra... el despotismo puede considerarse la continuación de la guerra dentro del Estado, la democracia... un modo de expandir y asegurar la paz fuera de las fronteras de cada Estado.

Todo cambia cuando Bobbio se refugia de nuevo en Günther Anders — "la única forma de abolir definitivamente las guerras es suprimir los estados y formar un Estado único". Porque resulta que Bobbio no cree en

la paz como *valor absoluto* en la misma medida en que utiliza a la guerra como si fuera el *mal supremo* o, más veces aún, como *mal absoluto*.

La paz no es siempre el bien supremo, sino un bien entre otros bienes como la libertad, el honor de la nación, la religión, el bienestar, etc... Sólo el sistema de Hobbes, entre los sistemas éticos del pensamiento moderno, se basa en la primacía del valor de la paz sobre los restantes valores y, por eso mismo, en la consideración de la guerra como mal absoluto.

Los bienes de la guerra, en la pluma de Joseph de Maistre y de Pierre-Joseph Proudhon, alimentan el aplauso de Bobbio a los objetores de conciencia que sostienen que la guerra es incondicionalmente un *mal absoluto*. Y no se olvida Bobbio para escandalizarse ni de las observaciones del ilustrado Humboldt — “la guerra contribuye al progreso moral de la humanidad estimulando ciertas virtudes sublimes que solo en el combate, cuando la vida se halla en peligro, pueden aparecer y triunfar” — ni de las del romántico Hegel, — “la guerra mantiene la salud moral de los pueblos” — como tal romántico, un ser que desdeña la maldad de la guerra.

Bobbio, en múltiples oportunidades, para mí desaprovechadas, apenas habla de la paz en cuanto paz. Lo suyo consiste en repetir incansable su idea sobre la guerra como la antítesis (que es fuerte) de una idea de paz (que es débil).

El fin de la cadena no puede ser otro que la invención del “arma absoluta”, es decir, el arma al mismo tiempo indestructible y omnidestructiva... El futuro diseño del mundo será de aquel que posea no ya un arma absoluta, sino la defensa absoluta.

EL FUTURO DE LA HUMANIDAD

A principios de enero del año 2000, el jurista italiano ya con noventa años cumplidos, Norberto Bobbio, se sometió a una entrevista sobre el futuro de la humanidad en las páginas de una publicación alemana de gran difusión. Sólo unos días más tarde, lo esencial de la entrevista se veía reproducido por el diario español “El País”. Inmediatamente sería comentado por más de un intelectual hispano en este doble sentido: Norberto Bobbio se mostraba muy pesimista acerca del bienestar mundial prometido para el tercer milenio y consideraba dos motivaciones antagónicas: la violencia sería muy frecuente por la persistencia de la humanidad en el ejercicio de las convicciones religiosas más arraigadas entre los pueblos

y la violencia sería muy dañina por causa de la inmensa capacidad destructiva de los inventos ahora al alcance del hombre.

Curiosamente, las declaraciones de Bobbio, de modo paladino, contenían un esencial desprecio a las ideas, —en concreto a las ideas filosóficas— y una supervaloración de los intereses materiales en juego. En esta coyuntura lo que cabía esperar como muy probable era un incremento de los actos violentos en los primeros años del siglo XXI.

Nosotros, en estas reflexiones, apenas nos vamos a referir a las últimas consideraciones del pensador italiano sobre el futuro, sino que le vamos a dar preferencia a su trayectoria intelectual a través de la glosa de sólo cuatro libros, hoy al alcance del lector español. Quedará fuera del análisis la obra propiamente jurídica de Bobbio cuyo introductor y animador en España, ha sido, sin duda, Gregorio Peces Barba, un catedrático español con largo historial político.

Decía Bobbio el 1 de enero del año 2000:

El siglo XX se cerrará con un peligro que le acechó ya en su primera mitad: la violencia.

Permanezco fiel a la conciencia individualista, dado que la misma democracia liberal se fundamenta en la primacía del individuo.

El verdadero peligro de la humanidad es el del desarrollo de la ciencia y de la tecnología, que no tiene fin y del que no se puede dar marcha atrás. Hoy sabemos muchas cosas que los antiguos ignoraban y sin embargo, el mundo sigue siendo incomprensible e impenetrable.

Nuestra preferencia por los cuatro libros de Bobbio, menos científicos o rigurosos, —más doctrinales— no excluye la convicción de que lo esencial del pensamiento de Bobbio está en sus ideas sobre el Derecho. Pero los contenidos de los libros “*El problema de la guerra y las vías de la paz*”, “*El Tercero ausente*”, “*Elogio de la templanza*” y “*Derecha e Izquierda*” nos resultan mucho más próximos a nuestras inquietudes sobre el fenómeno de la paz.

Queda dicho por adelantado que Bobbio es un formidable dialéctico y un excelente organizador de las ideas. Y añádase que su modo de pensar se está generalizando entre los universitarios europeos. Es por ambas razones juntas por las que nuestra glosa será, en lo substancial, primero, una exposición de sus ideas y luego, en lo circunstancial, una crítica de sus propuestas.

El pensamiento de Bobbio sobre cuestiones jurídicas expresa un notable distanciamiento hacia lo que fue y es el Derecho Natural: “El fracaso del Derecho Natural es también el fracaso de la Justicia como ideal” — escribe en *“Teoría General del Derecho”* (Editorial Debate. Madrid, mayo 1991). Se sitúa en línea con esta otra afirmación del jurista norteamericano (actualmente en el primer plano de la atención mundial John Rawls por su obra *“Teoría de la Justicia”*, cuyo primer original apareció en 1971).

Hay tantas “Justicias” como autores, hay tantas teorías como opiniones, hay que rechazar a la “Justicia” como idea directriz y llegar a otros modelos de comportamiento que si no “justos” por lo menos sean fruto de una convivencia social.

Bobbio está, pues, colocado en sus ideas jurídicas en uno de los dos polos ya señalados por Kelsen en su folleto *¿Qué es justicia?* y más aún lo estaba en una conferencia de éxito pronunciada por él en Berkeley el 27 de mayo de 1952.

La justicia puede entenderse como un ideal, como un criterio o como una opinión... Las teorías idealistas son teorías dualistas sobre el Derecho, teorías que fomentan la existencia de dos Derechos, uno de los cuales será un Derecho ideal frente al otro, el Derecho real o Derecho Positivo.

La preferencia nítida de Bobbio por el Derecho positivo se refleja también en *“Igualdad y Libertad”*, un original italiano de Bobbio que tardaría en ser traducido desde 1977-1979 hasta 1993 por Paidós en Barcelona, donde el tono es más irónico si cabe.

Son comunes criterios de justicia las especificaciones de la más vacía generalidad... tales como “A cada uno lo suyo”, “a cada uno según su mérito”, según su capacidad, según su talento, según su esfuerzo, según su trabajo, según el resultado, según la necesidad, según la calidad o rango.

Bobbio niega, pues, que se pueda actuar sobre la realidad desde un ideal de justicia. Sólo un derecho válido, aunque no sea justo, puede ser aplicado con eficacia. De aquí que sobre una pretensión de igualitarismo subyacente separe hasta tres nociones de justicia nunca identificables con el ideal de la justicia, —la justicia social o retributiva, la justicia atributiva o del equilibrio y la justicia formal o procesal. Para Bobbio cualquier tipo de retorno al Derecho Natural le parece tan ingenuo como ineficaz.

El Derecho Natural es un derecho desarmado... Mientras no encuentre la fuerza para hacerse valer no es derecho en el sentido coherente de la palabra... La seguridad y la paz son la consecuencia de la eficacia atribuida al Derecho Político.

Lo que aquí interesa subrayar es lo que Bobbio niega, quizás para dar fácil entrada al concepto suyo de “fuerza” y acaso para hacer viables tanto a la seguridad como a la paz a través de la fuerza del Derecho. Bobbio no cree que el Derecho sea la encarnación de la Justicia, ni que valga para la determinación de lo que es verdaderamente justo. Niega que el Derecho Natural y el Derecho Positivo sean dos formas de realizar la Justicia, dos expresiones del mismo fin por las que nos cabe a los hombres determinar lo que debería ser un “orden”. Una concepción del Derecho que valga para fundar la cohesión social, para limitar las arbitrariedades del poder político y para reinar la Justicia queda muy lejos el pensamiento de Norberto Bobbio. El sentido transcendente de la persona que nos viene dado a los hombres por nuestra inserción en el Orden de la Naturaleza — nada digamos si se trata del Orden de la Creación— no figura en el modo de pensar de Bobbio de ninguna manera.

Bobbio se sitúa, pues, en la última de las tres etapas de la llamada Filosofía del Derecho: Derecho era la misma cosa justa en la Antigüedad Clásica, (Cicerón), derivó a ser el arte de discernir lo que es justo, (Kant o Hegel) y acabó siendo el lugar donde se otorga un derecho a alguien (Kelsen o Rawls). Nadie tiene de particular que en su entorno hayan sido sucesivamente desacreditados estos cuatro grandes proverbios de uso común.

- *Salus populi, suprema lex.*
- *Iusticia fundamentum regnorum.*
- *Fiat iustitia, pereat mundus.*
- *Summum ius, summa injuria.*

Ratifica Bobbio el cambio de perspectiva con esta simple frase:

En la realidad vale como derecho también el derecho justo y no existe ningún ordenamiento que sea perfectamente justo. El Derecho es lo que es y no lo que debería ser.

Para Bobbio lo práctico es echarse en los brazos de la igualdad como proyecto, mejor que en los brazos de la justicia como virtud:

La igualdad consiste solamente en una relación: lo que da a esta relación un valor, es decir, lo que hace de ella una línea humanamente deseable, es el ser justa.

No es ajena del todo sino consecuente con esta postura la concepción que Bobbio, brillantemente por cierto, sostiene en su personal "marcha hacia la idea de paz", la concepción que él tiene del Derecho. Pero, aquí y ahora, será suficiente dejarla esbozada no sin antes señalar que también el pensamiento jurídico de Bobbio, como más aún el político, ha sido con alguna presteza puesto a disposición de los españoles. Recuérdese la apresurada edición en España de estos cuatro tratados:

- En 1996 por Taurus, "*Algunos argumentos contra el Derecho Natural*", todavía una obra colectiva no por azar titulada "*Crítica del Derecho Natural*".
- En 1989 por Fondo Cultura Económica, "*Liberalismo y Democracia*".
- En 1991 por Editorial Debate, "*Teoría General del Derecho*".
- En 1993 por Paidós, "*Igualdad y Libertad*".

Y es que en estas cuatro obras ya traducidas para uso de nuestros universitarios se encuentran los fundamentos de lo que luego se convertirá en su proyecto vital más querido: "Espero hacer todos los esfuerzos para eliminar para siempre la guerra termonuclear".

Claro que esta esperanza estaba siendo sostenida (y en una medida importante realizada con fortuna) por multitud de gentes sensatas sin necesidad de presumir por ello de ser unos hombres beneméritos. Son legión los hombres que, de hecho, han trazado los cuatro límites que habitualmente ni se quieren traspasar ni son traspasados por los Estados de la modernidad democrática: el que distingue entre beligerantes y no beligerantes; el que separa los objetivos llamados militares de otros tipos de objetivos; el que prohíbe el empleo de las armas de destrucción masiva y el que acierta a delimitar en cada crisis internacional las zonas de guerra.

Puede aceptarse de Bobbio lo que ya está aceptado con notable generalidad: que la guerra constituye (o puede constituir) la antítesis más radical de la juridicidad allí donde no se acompañe del derecho (o de la moral mejor aún) y que la hegemonía de la fuerza, (cuando crece desmesuradamente) anula cualquier derecho. Estas graves cuestiones son las que se desarrollan con lucidez y con claridad en los cuatro libros mejor ajustados al tema de la resolución de los conflictos con medios pacíficos. Pero, a mi juicio, lo más esperanzador de la trayectoria final de Norberto Bobbio es que a pesar de todas sus dudas nos ha dejado abierta una vía intelectual muy certera hacia la verdadera paz.

Se trata de la vía por donde podría realizarse una marcha hacia la idea misma de la paz que dejara atrás la anterior obsesión de Bobbio por la guerra como mal absoluto que, de hecho, actúa como una obsesión que paraliza los pasos hacia la paz verdadera. La defensa de la paz no es una lucha contra el mal absoluto, sino contra unos males concretos.

EL PROBLEMA DE LA GUERRA TERMONUCLEAR

Los cuatro libros seleccionados por mí como más clasificadores no incluyen la *Autobiografía*, aunque su lectura, sin duda alguna, enriquecería la capacidad de comprensión de la figura influyente de Bobbio. Baste decir que, en tanto figura polémica, Bobbio se sitúa en las antípodas del iusnaturalismo en todas sus versiones: la española o escolástica, que precede al triunfo del pensamiento de la Reforma y la europea o moderna, que comparte con el pensamiento contemporáneo una solución de compromiso entre lo natural y lo positivo, hoy ni siquiera intentada por el neopositivismo.

Los cuatro libros son los siguientes:

- 1.º "*Il problema della guerra e le vie della pace*" aparecido en Italia en 1979 y cuya primera edición en lengua española corresponde a febrero de 1982 en Barcelona (GEDISA S.A.) bajo el título "*El problema de la guerra y las vías de la paz*".
- 2.º "*Il terzo assente*" publicado en Italia, exactamente en Milán por Edizioni Sonda en 1989 e impreso en España por Ediciones Cátedra en 1997, precisamente en Madrid, bajo el título "*El tercero ausente*".
- 3.º "*Elogio della mittezza e altri scritti morali*" editado en Milán por Linea d'Ombra Edizioni en 1994 y traducido por Temas de hoy, ensayo, en 1997 bajo el título "*Elogio de la templanza y otros escritos morales*".
- 4.º "*Destra e sinistra*", cuya segunda edición corregida (la primera está fechada en Turín en febrero de 1994) corresponde a Roma, Donzelli Editore (1995) exactamente el mismo año de la edición en lengua española de Santillana S.A. Taurus bajo el título "*Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*".

Resulta útil observar que los plazos de tiempo entre la primera edición italiana y la primera española se fueron acortando, síntoma inequívoco del interés por difundir su pensamiento y, quizás también, de la aceptación creciente de sus sugestivos planteamientos.

Mucho más interesante sería, sin duda alguna, reconocer en la obra de Bobbio otro fenómeno intelectual no siempre subrayado. La conexión entre la filosofía y la literatura italianas y sus homólogas españolas ha sido y es muy grande en cualquier tiempo o circunstancia. Conocer con algún rigor los pensamientos de una figura con éxito en Italia es una buena medida, si lo que se quiere es conocer también las tendencias que vibran en la vida universitaria española.

“El problema de la guerra y las vías de la paz” viene de una colección de antiguos ensayos, todos ellos planteados por Bobbio para atender al segundo problema de los dos que consideraba por entonces fundamentales: a) *el ordenamiento democrático de la Italia* ya liberada del fascismo y b) *el ordenamiento pacífico* de las relaciones internacionales con Italia. Quería Bobbio eliminar (o limitar al máximo) a la violencia como medio para resolver los conflictos entre individuos y entre grupos:

Con el descubrimiento de las armas atómicas, cada vez más homicidas, el tema mismo de la guerra había cambiado de naturaleza: la guerra amenazaba ser no ya un instrumento de poder, como siempre lo había sido, sino que corría el riesgo de convertirse en un instrumento de muerte universal y por lo tanto de impotencia absoluta.

La postura de Bobbio entre 1968 y 1989 estaba impresionada por el alegato del pacifista Ghünther Anders *“Ser o no ser. Diario de Hiroshima”* (1961). Descalificaba al mismo tiempo las cuatro tradicionales justificaciones de la guerra: la guerra justa, la guerra como mal menor, la guerra como mal necesario y la guerra como bien.

Para Bobbio la guerra es una violencia tan colectiva como organizada. Pero insiste en que “a medida que la violencia se hace más total, se hace más eficaz”.

El ejemplo más alto y más concretamente del método de la no violencia para la solución de los conflictos no hay que ir buscando demasiado lejos: Por suerte lo experimentamos, cada día incluso en nuestro país: es la democracia.

El salto entre los conceptos de guerra y de conflicto social se da en Bobbio con demasiado automatismo. Se trata de una actitud que reaparece en esta cita de septiembre de 1979, donde la guerra sigue siendo tratada como si fuera un conflicto social más, pero para ser calificado del único absoluto.

La violencia , tal vez haya dejado de ser la comadrona de la historia y se está convirtiendo cada vez más en su sepulturero... Una conflagración atómica no supone tan sólo una dramática inversión del curso de la historia sino más bien el fin de los tiempos.

Estos inmensos saltos, afortunadamente para el lector de este libro, se coronan con consideraciones menos apocalípticas. Bobbio remata de este modo su evolución en el Capítulo V. “*La idea de la paz y el pacifismo*”, del libro citado:

“Paz” se emplea habitualmente como el término opuesto a “guerra” y no, genéricamente, a conflicto y mucho menos a violencia, como sin embargo sigue sosteniendo uno de los más acreditados exponentes de la “peace research” Johann Galtung.

La suspensión más o menos duradera de las modalidades violentas en las rivalidades entre verdades políticas era lo que R. Aron había llamado paz. El último Bobbio se aproxima a dar tan certero paso hacia el sentido realista de las cosas cuando distingue a la *guerra* “conflicto entre grupos políticos cuya solución se confía a la violencia organizada” de la *violencia* “uso de la fuerza física internacionalmente dirigida a lograr el efecto deseado por el sujeto activo no consentida por el sujeto pasivo”. Y, consecuentemente, nos encontramos que admite todavía con más realismo una clasificación de los tipos de guerra: *guerra externa* entre estados soberanos, guerra en el interior de un estado o *guerra civil*, *guerra colonial* o imperialista y *guerra de liberación nacional*. Son los mismos tipos que el ecléctico Raymond Aron ya había calificado de *guerra interestatal*, *de guerra infraestatal*, *de guerra superestatal* y *de guerra infraimperial*.

El fecundo diálogo con el liberal Aron culminará cuando el socialista Bobbio admita el acierto del intelectual francés en clasificar los tipos de paz también en tres clases —de potencia o de paz de “equilibrio”, de impotencia o de paz de “hegemonía” y de satisfacción o de paz “imperial”.

Y es que cabe concluir que el despegue de Bobbio respecto al pacifismo de Ghünter Anders, si bien aproximándolo al pacifismo de John Galtung, tendría muchas horas de vuelo que ganar si se convirtiera en una seria lectura de las serenas recomendaciones de Raymond Aron.

EL TERCERO AUSENTE

“*El Tercero ausente*”, sin duda, refleja mayor madurez y mayor realismo. Es la obra de Bobbio que consideramos mejor referida a su proclamado ideal: *la marcha hacia una idea de paz*. El libro se divide en dos partes. Más doctrinal, la primera concilia dos subtítulos altamente expresivos “*Paz y Guerra: Paz y Derecho*”. Más electoralista, la segunda, recoge lo que denomina *Discursos* donde se subtitulan de otro modo las cuestiones: *No matarás, ¿Una sociedad no violenta? ¿Hay futuro para la paz? La lanza y el escudo. El juego de la guerra, etc...* Bobbio cree que en la primera parte sigue un punto de vista filosófico y en la segunda otro punto de vista periodístico —juridiccional. Se trata para mí, muy claramente, de una actualización del otro libro suyo sobre el tema “*El problema de la guerra y los caminos de la paz*”. De aquí que proceda contemplarles a ambos puestos en la misma dirección de *la marcha hacia una idea de paz*.

El núcleo de “*El tercero ausente*” sigue estando en la prioridad absoluta otorgada al arma nuclear como herramienta del pensamiento.

Si ninguna de las justificaciones tradicionales de la guerra resiste la prueba de la guerra nuclear... el problema actual no puede consistir, como en otras épocas, en buscar las razones adecuadas para elegir la guerra entre varios actos posibles y, en cualquier caso lícitos, sino en otro más difícil: hacer que la guerra sea imposible.

Bobbio concluirá que lo imposible es la paz, repitiendo a Kant. Pero no vale la pena volver a la exageración del adjetivo “perpetua” que en los años finales del XVIII se aplicó a la paz deseada para de este modo dar el salto de lo posible a lo imposible. Porque la guerra sigue siendo posible es por lo que procede estar presente en la marcha hacia una idea precisa de paz, —entiéndase de la paz como posibilidad.

Bobbio desacreditó primero a la teoría que, a su juicio, había justificado a las guerras del pretérito basándose en que la aparición del arma absoluta nuclear se la había llevado por delante: la teoría de la guerra justa, según la cual habían ocurrido guerras condenables y guerras aceptables.

La guerra atómica anula la distinción entre guerras justas e injustas, porque hace imposible uno de los dos términos: la guerra en legítima defensa. La guerra atómica no admite más que un tipo de guerra: la del primer atacante.

En segundo lugar, desacredita Bobbio a la teoría de la guerra como mal menor, según la cual se piensa que sirve para evitar la pérdida del bien considerado menor en aquella circunstancia, la paz en aras de otro bien más deseable que la paz.

Sólo Hobbes, entre los sistemas éticos del pensamiento moderno se basa en la primacía del valor de la paz sobre los restantes valores y por eso mismo, en la consideración de la guerra como mal absoluto.

Bobbio se acerca al sistema ético de Hobbes al considerar, desde luego a la guerra termonuclear y por analogía a todas las demás formas de guerra, como males absolutos. No es razonable hablar, viene a decir, de una alternativa entre paz y justicia o entre paz y honor. De hecho, todas las guerras padecidas en el siglo XX han tenido defensores armados, precisamente porque se hablaba a gritos de libertad, de justicia y de honor, aunque luego peligrara la paz.

En tercer lugar, Bobbio desacredita la teoría de la guerra como mal necesario, como un elemento indispensable del progreso humano.

Desde Kant —dice contra su propio maestro— el pensamiento demonónico ha reproducido entre millares de ejemplos, con algunas variantes, esta fórmula de la filosofía de la guerra... Quien quisiera recoger un flovilegio de apólogos de la guerra como espuela del progreso, no tendría otro problema que el de la elección.

Por último, Bobbio desacredita la teoría de la guerra como bien en sí misma, como valor en sí mismo, el valor por excelencia.

El campeón de la idolatría de la sangre y de la guerra fue, como es bien sabido, el teócrata De Maistre: “la guerra es divina en sí misma, porque es una ley del mundo”.

No penetra Bobbio en la diferencia que existe entre comprender a la guerra como un suceso padecido por unos (pero producido por otros) y comprenderla como acto producido por unos (pero padecido por otros) que es, a mi juicio, donde radica la posibilidad misma de la progresiva eliminación de la violencia colectiva y orgánica del Estado moderno. Bobbio sigue creyendo que hay guerras porque para unos es un acontecimiento providencial (castigo divino) y para otros un acontecimiento propio de la evolución natural (selección de la especie humana).

Lo común a estas dos teorías, la teológica y la biológica, es que ambas extraen las guerras del terreno de los acontecimientos direc-

tos o controlados por el hombre, la primera los interpreta como un "acto divino" y la segunda como un "hecho natural".

Bobbio no parece percibir el juego de las libertades y de los ideales como motivación de actitudes que, sin querer la guerra, pasan por el estado de guerra como prueba. No es ni un acto divino, ni un hecho natural, ni un mal absoluto. Es un acontecimiento coyunturalmente histórico que quizás —como decía entre otros Nietzsche— tiene una función positiva en la historia, está destinada a desaparecer y debería ser eliminada mediante una reforma radical de la sociedad.

Bobbio, experto en magníficas generalizaciones, llega a decir solemnemente que "la guerra es para la filosofía de la historia un tema tan importante como el origen y el fundamento de la *propiedad* y el surgimiento o la caída de los estados".

La historia humana parece tender hacia tres fines: la libertad, la igualdad y la paz... Pero la creación del Estado, con la consiguiente distinción entre gobernantes y gobernados ha sofocado definitivamente la libertad (Hobbes), el nacimiento de la propiedad ha introducido la desigualdad (Rousseau) y la guerra ha hecho imposible la convivencia pacífica de los estados conforme al derecho (Kant).

Abolir al Estado, destruir la Propiedad y clausurar la Guerra quedan insinuadas como tres operaciones pendientes. Bobbio lo hace empezando por la tercera de ellas y denegando las tres posibilidades de progreso que Guillermo von Humboldt y Hegel habían concedido a la prueba de la guerra —progreso moral, progreso técnico y progreso social. Y lo sorprendente —y no de modo correcto y esperanzador— es que Bobbio no se haya dado cuenta todavía de que debía hablar directamente de la paz, más aún que de los pacifismos.

Bobbio, refiriéndose al equilibrio del terror, se topa con la interpretación del miedo para reducir a esta pasión la fenomenología de la política y tropieza con la apologética de la disuasión:

Las armas nucleares se paralizan mutuamente. La amenaza de la guerra nuclear impide sólo la guerra nuclear.

"La disuasión —nos dice— es la técnica tradicional de prevenir el mal que se quiere evitar propagando el miedo a un mal mayor. La lógica de la voluntad de poder es la de las antítesis absolutas... es la lógica de la solución final".

Ninguna de estas lógicas llega más allá de la retórica habitual en los foros de reflexión. Porque en la realidad social e internacional todavía se confía algo en las capacidades de llegar a la paz a través del Derecho. El propio Bobbio está en esta línea. Pero no sólo habrá paz si hay Derecho. Se necesitan otros valores, además de un cierto grado de paz interior en los actores del conflicto previsto.

La paz es la condición "sine qua non" para proteger eficazmente los derechos humanos y la protección de los derechos humanos favorece la paz.

Bobbio privilegia naturalmente, entre todos los pacifismos, al pacifismo jurídico.

El pacifismo jurídico es aquel que considera la guerra el efecto de un estado sin derecho, es decir, de un estado en el que no existen normas eficaces para regular los conflictos.

Tres fueron, para Bobbio, los proyectos de paz a través del derecho — el de Saint Pierre (1713), el de Kant (1795) y el de Saint Simon (1814). Los *Discursos* de Bobbio en los que, por fin, aparecerá la propuesta a favor de la presencia de un "Tercero" en los litigios internacionales se presentan como secuela de estos tres proyectos de paz.

Naturalmente que antes de proponer la presencia del "Tercero Ausente" Bobbio vuelve a sembrar pesimismo a manos llenas, en línea con la frase de Sartre: el infierno son los otros.

Durante estos cuarenta años (1950-1990) han estallado más de cuatrocientos conflictos, entre guerras internas, externas y golpes de estado, para cuya resolución los contendientes han recurrido a la guerra.

El mundo entero, salvo Norteamérica y Australia, ha padecido conflictos, —añade exagerando de nuevo las nociones de guerra y de conflicto para llevarlas juntas al puerto de todas las violencias. Pero la solución ética reaparece junto a un nuevo elogio hacia la figura de Kant como algo que de nuevo vuelve a ser necesario.

Sólo la ética de la virtud practicada por quienes presiden el destino de los pueblos liberaría a la humanidad del estado de guerra permanente o potencial, cuyo fin será únicamente "el gran cementerio del género humano".

"He dicho ya que la paz es necesaria. He dicho que la paz es imposible. Mientras exista la relación amigo-enemigo, la paz es sólo una tregua".

¿A qué debemos atenernos? Bobbio esperará hasta las páginas finales de su libro para darnos la clave pragmática:

Un poder por encima de las partes requiere la presencia de un Tercero, presupone, pues, el paso de una situación de tercero excluido a otra de tercero incluido.

El libro termina con una confesión obvia: el arma nuclear no inauguró una nueva era.

ELOGIO DE LA TEMPLANZA

El tercer libro de divulgación de ideas que va a ocupar brevemente nuestra atención —*Elogio de la templanza y otros escritos morales*— tiene el mérito de haber efectuado un discreto, pero lúcido viraje hacia la Ética en un constante tejer y destejer. Es un admirable esfuerzo de análisis y de claridad que se contradice en ocasiones y es una patente autocrítica siempre elogiada entre nosotros por Gregorio Peces-Barba, por Elías Díaz y por Alfonso Ruiz Miguel, que nos reconcilia con Bobbio.

El “*Elogio de la Templanza*” significa para mí algo muy importante porque en estas reflexiones desaparece prácticamente del todo la obsesión de Bobbio por el arma absoluta, por la guerra como mal absoluto y por las afirmaciones absolutas a favor de lo necesario y de lo imposible. Claro que persiste la referencia incidental a la “sublimación o perversión” que Bobbio sigue llamando “guerra”.

Encontrarse con Bobbio en un tratado sobre las virtudes es descubrir junto a él la diferencia entre la ética del *príncipe cristiano* que elaboró en 1515 Erasmo de Rotterdam y la ética del príncipe sin más que por entonces tenía escrita Maquiavelo.

Maquiavelo dice que un señor “prudente” no está obligado a mantener la palabra dada... Baltasar Gracián escribe: “Las serpientes son las maestras de toda sagacidad: ellas nos muestran el camino de la prudencia... Justo después de la prudencia... está la astucia, representada ya no por la serpiente sino por la zorra”... En un tratado griego de caza y pesca los animales que hacen particular ostentación de metis (templanza) son la zorra y el pulpo.

Con su habitual maestría para forjar esquemas y para esclarecer panoramas Bobbio se enfrenta con el hecho de que lo que en Kant era morali-

dad en Hegel es eticidad y con el hecho de que lo que en Erasmo era ética de los principios en Maquiavelo es ética de los resultados.

El moralista se pregunta “¿Qué principios debo observar?” y el político “¿Qué consecuencias se derivan de mi acción?”.

La respuesta de Bobbio tiene un nombre: *democracia*. La democracia es la forma de gobierno cuyas reglas tienen la finalidad de permitir la solución de los conflictos sin necesidad de recurrir a la violencia recíproca; la democracia da la máxima extensión a la relación de confianza recíproca entre los ciudadanos y la democracia es un régimen en el que las decisiones son tomadas a través de acuerdos entre grupos. Pero aún siendo así, Bobbio recomienda el regreso hacia los valores éticos.

No hay que esperar que la divergencia entre la exigencia de la moral y la de la política desaparezca por completo. Hay que esperar, sin embargo, que la política pueda respetar el ideal moral de una buena sociedad.

El elogio de la virtud —en su caso de la templanza— trae estas excelentes ventajas para el pensador. Que el positivismo se abre hacia la moral. Y que la nueva eticidad tiene que tomar partido entre lo laico y lo religioso y entre varios modos de ser los hombres laicos o religiosos.

La historia de la ética moderna... es un intento, o mejor una serie de intentos, de fundar una ética objetiva, o racional o empírica, a un tiempo racional y empírica, en definitiva laica.

Bobbio se refiere al iusnaturalismo moderno de Grocio. Queda por demostrar, escribe, que todo lo que es natural es bueno por el solo hecho de ser natural. Se refiere en segundo lugar al también iusnaturalismo antiguo —y más tarde escolástico— de Aristóteles y de Santo Tomás. Ambas teorías constatan que lo básico de una cierta norma de conducta es común a todas las gentes. Se refiere en tercer lugar al formalismo de la universalidad de la acción propio de Kant, una ética, nos dice, cuya validez depende de la bondad del fin, mejor que de la bondad del principio. Se refiere en cuarto y último lugar al utilitarismo, a las sensaciones de placer y de dolor como índices de moralidad, según Bentham. Pero cualquier máxima a favor de la felicidad del mayor número a Bobbio le parece de una vaguedad desalentadora. Y es entonces cuando Bobbio apela a una pregunta audaz. “Pero ¿es una solución la ética religiosa?”.

Bobbio no aceptará tampoco ninguna respuesta al planteamiento teológico. Lo suyo es apelar de nuevo al intuicionismo ético, al relativismo

absoluto y al actualismo de lo meramente razonable. Y el hiato entre la ética laica y la ética religiosa lo cubrirá desde la templanza con la solución única de la tolerancia.

Leemos en las historias de la filosofía que los antiguos contraponían una ética de la virtud a una ética de la felicidad. Los modernos contraponen una ética del deber a una ética de la utilidad. Por no hablar de la conocidísima distinción weberiana entre la ética de la convicción pura y la ética de la responsabilidad. El único principio que se puede considerar propiamente laico es el de la tolerancia.

La tolerancia —por analogía con la templanza— es el único principio que de la consecuencia de la multiplicidad de los valores morales extrae la consecuencia de la necesidad de una pacífica convivencia entre ellos. *Elogio de la templanza* termina incluyendo algunas preguntas sobre el problema del mal.

Lo sorprendente es que Bobbio no caiga en la cuenta de que al distinguir los dos aspectos activos y pasivos del Mal está ofreciendo las dos perspectivas con las que el hombre se asoma al fenómeno de la guerra, —la guerra como acto producido y la guerra como suceso padecido.

El Mal tiene dos aspectos que... deber ser diferenciados. Estos son el Mal activo y el Mal pasivo. El primero es aquel que se hace, el segundo es aquel que se sufre. El Mal infringido y el Mal sufrido. En el concepto general del Mal comprendemos dos realidades humanas opuestas, la moral y el sufrimiento. Dos figuras paradigmáticas de estos dos rostros del Mal son Caín y Job.

El Elogio de la templanza no da ningún paso en esta dirección para comprender mejor al fenómeno de la guerra. Es más, corona el texto con esta frase terrible:

Desde siempre el hombre sencillo ha dado ya su respuesta. "En este mundo no hay justicia".

DERECHA E IZQUIERDA

Para Joaquín Estefanía, que es el autor del Prólogo a la edición española de *"Derecha e Izquierda"*, Bobbio es un testigo del siglo XX al que le conviene para mejor calificar su obra, el título de ser una "Utopía invertida".

Norberto Bobbio plantea en toda su obra teórico-política la misma complejidad: desconfianza hacia la política demasiado ideologizada;

defensa del gobierno de los hombres; elogio de la democracia; defensa a ultranza de una política laica, entendiendo el laicismo como ejercicio del espíritu crítico contra los opuestos dogmatismos de católicos y comunistas y, finalmente, incondicional admiración del sistema político inglés.

Se trata, pues, de un testigo que nos dará siempre su testimonio a favor de la “tercera vía”.

Guste o no guste —dice Bobbio— las democracias suelen favorecer a los moderados y castigan a los extremistas.

La tesis del libro es que “la esencia de la distinción entre la derecha y la izquierda... es la diferente actitud frente a la idea de igualdad”. La díada extremismo-moderación está referida no al conceptode justicia, sino al de libertad. Existen doctrinas y movimientos libertarios y autoritarios tanto a la derecha como a la izquierda.

La clasificación en cuatro categorías de las opciones políticas que ofrece Bobbio puede encontrarse en otros muchos autores.

- El *jacobinismo* de la extrema izquierda de los movimientos y doctrinas a la vez igualitarios y autoritarios.
- El *socialismo* liberal o la socialdemocracia de los movimientos y doctrinas liberales y a la vez igualitarios.
- El *conservadurismo* del centro-derecha de los movimientos y doctrinas liberales y a la vez desigualatorios, por no decir autoritarios.
- El *fascismo* o el nacionalsocialismo de la extrema derecha de los movimientos y doctrinas antiliberales y a la vez anti-igualatorios.

Ahora bien, ni lo que verdaderamente sean la izquierda y la derecha, ni el esquema posicional de las actitudes políticas que Bobbio hace suyo, nos interesan aquí en sí mismos considerados. Aquí nos importa saber la importancia que Bobbio le sigue dando a sus caminos hacia la paz y a su propuesta de la presencia de un “Tercero” como lo mejor que cabe hacer.

La visión triádica, que incluye entre derecha e izquierda un espacio intermedio, que no es ni de derecha ni de izquierda, sino que justamente está en el medio de la una y la otra se puede definir como Tercero incluido.

Bobbio ha esperado a este libro para corregirse a sí mismo en un importante matiz.

Distinto del Tercero incluido... es el Tercero incluyente. El Tercero incluyente tiende a ir más allá de los dos opuestos, englobándolos en una síntesis superior.

Bobbio juega a ganar la quiniela de los catorce aciertos. Él mismo parece ser la encarnación suprema del "Tercero" incluido.

El Tercero incluido se presenta, sobre todo, como praxis sin doctrina. El Tercero incluyente, sobre todo, como doctrina en busca de una praxis... el ideal del socialismo liberal o del liberal socialismo es una expresión típica de un pensamiento Tercero-incluyente.

Pues bien, que nadie piense que Bobbio se ha olvidado de la guerra ni de la paz en la hora de sentirse "Tercero" incluido:

En cada binomio de términos antitéticos no siempre los dos elementos tienen igual fuerza... Existen binomios donde el término fuerte es perfectamente sólo uno: en el binomio guerra-paz, el término hasta ahora preferentes "guerra", la prueba es que "paz" ha sido definido tradicionalmente como "no guerra", como algo que llega después de la guerra.

El jurista italiano no perdona. Tiene decidido que lo bueno es construir una triada y ha de demostrar que lo malo es la persistencia de las diadas.

En la guerra, ya sea exterior como interior, no hay sitio para el Tercero, el cual aparece sólo como mediador para detenerle, o bien, como árbitro, para establecer la paz. La guerra, como duelo, no conoce más que dos partners... Una guerra donde al final no haya ganadores y perdedores es una guerra que no logra su propósito... Las partes en juego, por numerosos que sean los aliados, son siempre solamente dos.

El problema se reduce a esto: el tema que reaparece en todas las variaciones es el de la contraposición entre visión horizontal o igualitaria de la sociedad y visión vertical o no igualitaria. La igualdad en su formulación más radical es el trazo común de las ciudades ideales de los utopistas Moro, Campanella, Thomas Münzer. Bobbio no es un utópico ni un optimista.

Nunca como en nuestra época se han puesto en tela de juicio las tres fuentes principales de desigualdad, la clase, la raza y el sexo.

De esta evidencia Bobbio no deduce nada sobre el fenómeno de la conflictividad pero, al parecer, el pesimismo que puso de relieve en sus declaraciones a la prensa de 1 de enero del año 2.000 quizás se desprenda del apoyo en estas bases analíticas tan reducidas.

CAPÍTULO CUARTO

JOHAN GALTUNG. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS CONFLICTOS POR MEDIOS PACÍFICOS

JOHAN GALTUNG. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS CONFLICTOS POR MEDIOS PACÍFICOS

Por VICENTE HUESO GARCÍA

Johan GALTUNG nació en Noruega en 1930. Aunque trabajó inicialmente como matemático, su esfuerzo y dedicación han transcurrido en el campo de las ciencias sociales. En 1959 fundó el Instituto Internacional de Investigación de la Paz en Oslo, primer instituto de esta clase que marcó un hito en el mundo académico, siendo su director durante diez años. En esta misma ciudad puso en marcha la revista de Investigación de la Paz en 1964. Galtung también participó en el establecimiento del Inter-University Centre en Dubrovnik, Yugoslavia, como lugar de encuentro entre el Este y el Oeste en el período 1969-77.

Dentro de su actividad académica ha sido profesor entre otras universidades, en las de Sichuan, China; Princeton y Duke, Estados Unidos; y Chuo, Japón. También se ha distinguido como profesor de estudios sobre la Paz en las Universidades de Hawai, Witten/Herdecke en Alemania y la de Tromsø en Noruega.

Sin lugar a dudas, Galtung es uno de los más importantes investigadores mundiales en el campo de la paz, actividad que completa como trabajador por la paz en numerosos conflictos y con la fundación y dirección de TRANSCEND, red internacional para la paz y el desarrollo. Su experiencia y conocimiento en este campo han sido aprovechados por distintas agencias de Naciones Unidas a las que ha asesorado.

Entre sus publicaciones destacan: "*Theory and Methods of Social Research*" (1967) (trad. esp. "*Teoría y métodos de la investigación social*"); "*Essays in Peace Research*" (6 vol, 1975-88); "*Essays in Methodology*" (3 vol,

1977-88); *"There are alternatives"* (1984) (trad. esp. "*¿Hay alternativas?: cuatro caminos hacia la paz y la seguridad*"); *"Sobre la Paz"* (1985); *"Human Rights in Another Key"* (1994) y *"Choose Peace"* (1995); *"Peace by Peaceful Means. Peace and Conflict, Development and Civilization"* (1996); *"After Violence, 3R: Reconstruction, Reconciliation, Resolution. Coping with Visible and Invisible Effects of War and Violence"* (1998) (trad. esp. "*Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*") y *"Fundamentalismo USA: fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense"* (1999).

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia, el ser humano ha intentado dar solución a los problemas que dificultaban o impedían el normal desarrollo de las actividades de los individuos o de las sociedades. Las ideologías buscan, desde un determinado punto de vista, aportar solución a un problema o a un conjunto de ellos surgidos en un determinado momento histórico y en una ubicación espacial específica. También sirven para justificar las conductas de los grupos que apoyan e interpretan las mismas ideologías.

Muchas de ellas han tenido un vuelo muy corto, pues se enfocaban a una problemática muy concreta bajo unas condiciones particulares. Una vez finalizadas las mismas dejaron de ser útiles y, por tanto, cayeron en el olvido. Otras veces, esas ideologías han seguido una trayectoria oscilante, recuperando su notoriedad o perdiendo fuerza en la medida que los hechos sociales, a los que intentaban aportar solución, aparecían o se extinguían. Aunque la mayoría de las ideologías tienen vocación de permanencia, sólo unas pocas, por la clarividencia en que fundamentan las diferentes proposiciones, permanecen vivas con el paso del tiempo.

No es menos cierto que las ideologías son formulaciones teóricas a situaciones reales y, si bien no es fácil ponerlas en práctica con todas sus consecuencias, sirven de modelos ideales para aquéllos que buscan llevar a cabo determinadas políticas, ya sean de índole social, económica o de cualquier otro tipo. En ocasiones, son tan sumamente difíciles hacerlas mínimamente practicables que, en el mejor de los casos, se utilizan como foros de discusión y de inspiración de otras.

Todas las ideologías, por otro lado, tienen en común el hecho de que siempre están sometidas a discrepancias, pues existen tantos puntos de

vista para afrontar una situación como diferentes son los colores del cristal con que se mira.

Las Ciencias Sociales son otro medio de intentar encontrar respuestas a los problemas sociales. Los diferentes investigadores, a través de la aplicación del método científico elaboran sus teorías. Lógicamente esas teorías están sometidas también a la crítica y, por tanto, a la aprobación o la refutación por parte del mundo científico de las tesis contenidas.

El autor objeto del presente estudio, destaca por ser uno de los fundadores de los estudios modernos sobre la paz. Por medio de sus investigaciones, ha hecho un esfuerzo sistemático para dar una base teórica a la investigación, la educación y la acción por la paz. Galtung, a lo largo de su obra, proporciona un amplio panorama de ideas, teorías y concepciones en las que se fundamentan los estudios de la paz. Por encima de cualquier otra consideración, destaca su afán por hacer de ellos una disciplina dentro del campo de las Ciencias Sociales sobre la base de que la paz sólo se puede alcanzar por medios pacíficos.

Realmente es muy difícil deslindar el campo entre ciencia e ideología en términos prácticos, especialmente, cuando el tema objeto de estudio es la paz. El propio Galtung, en ocasiones, mezcla ciencia y política pero el esfuerzo de sistematizar los estudios sobre la paz y el conflicto, desde el campo científico, aporta un nuevo y esperanzador valor a la hora de afrontar la prevención y resolución de las disputas.

Para poder conocer la aportación de Johan Galtung a la resolución y prevención de conflictos y la base en la que se sustentan sus ideas, es condición imprescindible analizar los tres conceptos básicos que están presentes en toda su obra: paz, conflicto y violencia, especialmente la relación existente entre los dos últimos. Según Galtung, el tratamiento del conflicto por medios no violentos y creativos es crucial para lograr la paz y eso requiere profundizar en la cultura y estructura social, donde se origina el conflicto, como mejor forma de prevenir y, en su caso, de resolver los brotes de violencia.

Finalmente, se expondrá las aportaciones de esta autor para prevenir la guerra y trazar el camino hacia la paz entre el Este y el Oeste durante el periodo de la guerra fría. El conjunto de investigaciones llevadas a cabo, las tesis planteadas y las teorías expuestas suponen un verdadero tratado sobre prevención y resolución de conflictos, así como una valiosa aportación a la teoría sobre la paz. Muchos de sus postulados siguen vigentes

en la actualidad y otros han servido de fuente de inspiración a las políticas sobre paz, seguridad y defensa.

TEORÍA Y PRÁCTICA DEL CONFLICTO

El punto de partida de Galtung es que el conflicto es obvio en la sociedad pero no la violencia —la guerra es una de sus manifestaciones— y por tanto, el conflicto no necesariamente tiene que finalizar en violencia física y verbal. El fracaso en la transformación del conflicto es lo que conduce a la violencia.

Rechaza la tesis de Hobbes, quien consideraba que en el estado de naturaleza el hombre era un lobo para el hombre. Para Galtung la violencia no está en la naturaleza humana. El potencial para la violencia está en la naturaleza humana pero las circunstancias condicionan la realización de ese potencial. En este sentido, manifiesta:

La violencia no es como el comer o las relaciones sexuales, que se encuentran por todo el mundo con ligeras variaciones.

El pensamiento nuclear de este científico es cómo abordar el conflicto con ideas, medios y acciones, para que siempre que surja se pueda canalizar hacia una solución que no origine violencia y eso sólo es posible por medios pacíficos. Para llegar a ello es preciso adentrarse en el origen y en la naturaleza del conflicto.

El conflicto tiene su propio ciclo de vida, como cualquier organismo vivo; aparece, crece hasta llegar a su punto de máxima tensión, declina y desaparece, y a menudo reaparece. Las disputas surgen cuando hay uno o varios objetivos incompatibles y mutuamente excluyentes entre dos o más actores, ya sean grupos o Estados. Cuanto más básicos son los intereses en conflicto, mayor es la frustración si estos no son conseguidos. La frustración puede conducir a la agresión, que puede ir desde una actitud de odio hasta el empleo de la violencia hacia los actores que obstaculizan la consecución de ese o esos intereses.

La violencia pretende dañar humana y materialmente y, a veces con asiduidad. Normalmente cuando ésta surge origina una espiral de violencia o si se quiere una dialéctica entre defensa y revancha. Esta espiral se convierte, en palabras del autor, en un metaconflicto, o por así decirlo, en una metástasis en términos médicos, extendiéndose más allá de los objetivos que hay que preservar y destruir originariamente. De esta forma, un

conflicto puede adquirir una vida eterna, creciendo y menguando, desapareciendo y reapareciendo.

Las controversias normalmente suelen ser complejas porque intervienen muchos actores y hay muchos intereses en juego y porque ambos, actores e intereses, evolucionan con el paso del tiempo. Es raro encontrar un conflicto elemental en el que dos partes implicadas persigan un único objetivo.

El esfuerzo por cortar con todo ello, mediante algún proceso de resolución de conflictos, se convierte en una tarea ardua porque se crea una maraña de intereses sumamente compleja. Por eso, un importante número de ellos quedan sin resolver, pasando a un segundo plano o son olvidados cuando otro conflicto reclama más atención. Otras disputas, sin embargo, son persistentes. Ni disipadas ni olvidadas, las actitudes de encono y el comportamiento destructivo empiezan a acumularse. Galtung propone, como paso previo para resolverlas, trazar un mapa lo más exacto a la realidad que incluya las partes implicadas, los objetivos, los enfrentamientos y los temas de fondo.

El autor divide los conflictos para su estudio en tres niveles, micro, meso y macro nivel. El primero se produce dentro y entre las personas; el segundo surge en la sociedad dentro de cada Estado o nación; y el tercero comprende los conflictos entre los Estados y naciones. Los dos últimos son los que merecen la mayor preocupación y análisis por parte del Galtung.

LAS RAÍCES DE LA VIOLENCIA

Cuando el conflicto no es capaz de solucionarse o al menos de transformarse, es más proclive a que genere violencia. Antes que la violencia brote, las emociones de las partes contendientes están constreñidas, pero una vez desatada aquella, comienza un proceso de destrucción tanto humana como material. Al igual que para llegar a la raíz del conflicto es necesario trazar un mapa de la formación del mismo, también es preciso elaborar un mapa de la formación de la violencia, para comprender mejor cómo se ha ido construyendo los elementos generadores de esta violencia. Este autor señala, de acuerdo con su propia experiencia, que un error habitual en la práctica de la resolución de conflictos, es incluir sólo a las partes en un área de violencia limitada, confundiendo los síntomas con las causas, cuando hay otros actores más alejados o entre bastidores que pueden resultar fundamentales a la hora de solventar el problema. Otro

error habitual es proveer a la historia del conflicto de un principio y un final, coincidiendo con un intervalo limitado de violencia, desde la primera erupción violenta hasta el alto el fuego que se confunde con la paz. Ello da lugar a confundir conflicto con violencia. Normalmente, la violencia, a diferencia del conflicto, es conducta y puede observarse más fácilmente; el conflicto es más abstracto.

En realidad, violencia = violencia directa + violencia cultural + violencia estructural.

La violencia, como señala este profesor noruego, daña y destruye, pero esos efectos se extienden más allá de los daños visibles como muertes, heridos, refugiados o destrucción material. Existen otros invisibles al ojo humano como son traumas, odio, deseo de revancha, que pueden ser incluso más importantes a largo plazo que los primeros. A los efectos visibles de la violencia/guerra es lo que Galtung denomina violencia directa, ya sea física y/o verbal.

Junto a este tipo visible de violencia existen otros dos niveles de violencia. Aunque no son perceptibles por medio del sentido de la vista, conducen o incitan al empleo de la violencia directa y, consecuentemente, tienen que ser tenidos en cuenta a la hora de abordar la resolución de conflictos, la violencia estructural y la cultural.

Violencia cultural son aquellos aspectos de la cultura, materializados por medio de la religión y la ideología, el lenguaje y el arte, y las ciencias en sus diferentes manifestaciones, que justifican o legitiman la violencia directa o la estructural. Este tipo de cultura hace que los otros dos tipos de violencia parezcan correctos o al menos no equivocados.

Por otro lado, Galtung define la violencia estructural como la violencia indirecta originada por la injusticia y la desigualdad como consecuencia de la propia estructura social, ya sea dentro de la propia sociedad o entre el conjunto de las sociedades (alianzas, relaciones entre Estados, etc.). Los tres tipos de violencia están muy relacionadas y cada uno de ellos depende de los otros dos, pues, como señala el citado autor:

La violencia directa es un acontecimiento; la violencia estructural un proceso con altos y bajos; la violencia cultural es invariable, permaneciendo esencialmente la misma durante largos períodos, dada la lenta transformación de la cultura básica.

Crear paz, obviamente, afirma el autor, se consigue evitando violencia antes que aparezca (prevención) y reduciéndola una vez manifestada

(cura), pero eso requiere trabajar en los tres tipos de violencia al mismo tiempo, no asumiendo que un cambio básico en una de las tres automáticamente conduzca a cambios en los otros dos.

La tesis fundamental de Galtung es que las culturas y las estructuras violentas no se pueden solucionar mediante la violencia, pues ello llevaría a nuevas estructuras violentas y además reforzaría una cultura bélica. La forma de romper ese círculo vicioso es anteponer una cultura y una estructura de paz donde existan los mecanismos necesarios para solventar los conflictos por medios no violentos.

PAZ Y VIOLENCIA

Los conflictos son difíciles de hacerlos desaparecer porque son fruto de la propia interacción social, ya que se originan cuando aparecen intereses incompatibles entre los diferentes actores, ya sean nacionales o internacionales. No obstante, los conflictos potencialmente pueden dar lugar a enfrentamientos, de ahí que deban crearse los mecanismos y las instituciones precisas para salvar esas incompatibilidades o al menos para encauzar las energías que impidan su aparición entre las partes involucradas. En este sentido, Galtung señala nitidamente que la existencia de conflictos no significa necesariamente la ausencia de paz. Realmente la paz se desvanece cuando el conflicto desemboca en violencia. Define la paz en una primera aproximación como:

La ausencia de violencia directa, estructural y cultural (Paz = paz directa + paz estructural + paz cultural)

Sin embargo esta definición, como el mismo autor reconoce, es muy estática y, además, está centrada exclusivamente en la violencia. Una definición más amplia y dinámica se encuentra en su segunda definición y sobre la que pivota sus más recientes teorías:

Paz es la capacidad de manejar los conflictos con empatía (1), no violencia y creatividad (2).

(1) La empatía se entiende como el acto de compartir cognitiva y emocionalmente, sentir y entender las pasiones del otro sin estar necesariamente de acuerdo con todo ello. Empatía no es solidaridad.

(2) Galtung define creatividad como la capacidad para ir más allá de las estructuras mentales de las partes en conflicto, abriendo nuevos caminos de concebir la relación social en la formación del conflicto.

El verdadero test de la paz, según Galtung, es la habilidad para tratar un conflicto, manejándolo creativamente, trascendiendo (3) las incompatibilidades y actuando en el mismo sin hacer uso del recurso de la violencia. Si la paz es un sistema dentro de un contexto, se necesitan ciertas condiciones para que ese sistema no se desequilibre. Un sistema donde predomine la paz, requiere una cultura y estructura de paz y así, y sólo así, se puede desterrar la violencia.

Cuando aparecen incompatibilidades entre las partes, es decir el conflicto, si ese sistema tiene enraizado una cultura de paz, se buscarán soluciones a través de medios pacíficos. Si, por el contrario, domina la cultura de la violencia, existirá una propensión a utilizar medios violentos para solucionar las discrepancias entre las partes y eso, a su vez, generará nuevos odios, deseos de revancha y, consecuentemente, se establecerá una espiral de violencia.

En el libro *"Peace by peaceful means"* (la paz por medios pacíficos), Galtung hace una analogía entre el ser humano como paciente y cualquier sociedad como sistema. El concepto paz/violencia es similar al de salud/enfermedad. En efecto, cuando una persona empieza a notar los primeros síntomas de que su estado de salud no es bueno y va a la consulta del médico, éste sigue una metodología para, si fuera necesario, volver a restablecer la salud del paciente. Es lo que Galtung denomina "el triángulo diagnóstico-pronóstico-terapia".

Si por alguna razón, la paz muestra síntomas de estar enferma, lo primero que hay que hacer es un diagnóstico, es decir, realizar un análisis de esa sociedad o sistema basado en los antecedentes (historial médico del paciente), en el contexto actual y las variables que intervienen en el sistema (actores) para averiguar si alguno de ellos presenta valores fuera de los márgenes normales. Con todos estos datos se podrá determinar si existe algún tipo enfermedad y, en su caso, cómo se puede catalogar. Normalmente si los niveles de violencia estructural y cultural son bajos es difícil que aparezca la violencia y, por lo tanto, no hay que preocuparse. Si, por el contrario, los parámetros que miden los mismos son altos, se corre el riesgo de que la violencia directa pueda aparecer en cualquier momento.

(3) Transcendencia significa redefinir la situación para lo que parecía incompatible y bloqueado, abriendo así un nuevo escenario.

En el segundo vértice de ese triángulo imaginario estaría el pronóstico, que consiste en la predicción basada en la teoría sobre la evolución más probable de esa enfermedad. También aquí se debe estudiar si el sistema es capaz de regenerarse por sí mismo o, por el contrario, es necesario que intervengan otros agentes exteriores para volver al estado de paz.

Finalmente, en el tercer vértice se encontraría la terapia, que significa los esfuerzos deliberados que el sistema tiene que hacer por sí mismo o con ayuda de otros para conseguir que se recupere. Como cualquier terapia ésta puede ser preventiva o curativa. Lógicamente la preventiva es preferible a la segunda porque implica tomar medidas antes que aparezca la enfermedad, es decir, la violencia. La curativa implica medidas de choque cuando la violencia ya ha hecho su aparición. En el primer caso se podría hablar de prevención y en el segundo de resolución.

La mejor prevención es edificar una estructura y cultura de paz suficientemente fuerte frente a sus homólogos de la violencia. Galtung incluye dentro de ese concepto de prevención a la rehabilitación. Cuando la violencia directa aparece y posteriormente es frenada, inmediatamente hay que empezar a reconstruir la paz cultural y estructural, si se quiere evitar que la violencia vuelva a surgir en una especie de círculo vicioso.

Este autor considera que la resolución de los conflictos no se inicia cuando aparecen los actos de violencia. Eso es un error muy frecuente.

El momento de empezar es siempre —el trabajo de paz no es trabajo a destajo— y el momento de acabar es nunca. Como en la teoría de la enfermedades, no hay límite a la prevención, ni a la rehabilitación.

Sin embargo, Galtung, para seguir un orden lógico y estructurar las diferentes medidas a aplicar, divide el ciclo de los conflictos en tres fases según que la violencia haya hecho o no su aparición en escena. A continuación se analiza cada una de esas fases.

EL CICLO DE VIDA DE UN CONFLICTO

Un conflicto puede ser dividido en tres fases sucesivas: antes, durante y después de la violencia, separados entre sí por la rotura de las hostilidades y el alto el fuego. Lógicamente no todo conflicto tiene que desembocar en el enfrentamiento físico. La prevención tiene como objetivo transformar la existencia de intereses incompatibles entre las partes en otros positivos para todos los implicados, buscando formas imagina-

tivas de combinar todos ellos sin el recurso a la fuerza. Galtung considera que:

El fallo en transformar un conflicto conduce a la violencia y cada acto de violencia puede ser visto como un monumento al fracaso por parte del ser humano.

Antes de la violencia

Desde el punto de vista del autor, una vez que el conflicto existe es “cínico” denominar esta fase como prevención, pues el propio conflicto es suficiente razón para prestarle atención, ya que en muchas ocasiones, incluso antes que aparezca el enfrentamiento, la gente ya está sufriendo. Por tanto, un conflicto por sí mismo es una invitación a las partes, la sociedad y el mundo en su conjunto para que tomen iniciativas que conduzcan a soluciones compatibles para las mismas, sin tener que utilizar medios violentos.

La tarea a conseguir en esta primera fase, antes de la violencia, es clara: impedir la tentación de utilizar la violencia directa como medio de zanjar las diferencias. El eje del esfuerzo, pues, tiene que centrarse en conseguir que las culturas, las estructuras y los actores sean más pacíficos para que los conflictos puedan ser manejados de forma no violenta.

Evidentemente la eliminación de las culturas y estructuras violentas, así como la inclinación de las gentes a hacer uso de la violencia, excede la fase primera y se extiende de forma continua y permanente dentro de la propia sociedad, tanto internacional como nacional.

Galtung analiza las dimensiones cultural, política y militar para conocer dónde se inspira la violencia y por tanto, dónde se puede encauzar las energías para suprimirla del sistema.

¿Dónde se encuentra los portadores claves de la violencia?, se pregunta Galtung. Aunque muchos consideran que la religión y la ideología son las que legitiman culturalmente el uso de la violencia, desde su punto de vista esto no es realmente cierto, porque ciertas religiones e ideologías defienden el uso de la no-violencia y la mayoría tienen contenidos en su pro y en su contra, lo que él denomina aspectos “duros y blancos” de las mismas. Las más importantes religiones e ideologías, como el Islam y el Cristianismo, el liberalismo y el marxismo, tienen una pequeña parte de ambos y consecuentemente, se puede hablar de aspectos “duros” y “blandos” en lugar de

religiones a favor o en contra de la violencia *per se*. Además, cada una de ellas se caracteriza por ser singularista, al reclamar el derecho a ser la única que contiene la Verdad. También son universalistas, al proclamar también su validez en todo el mundo y durante todo el tiempo.

Tales creencias se transforman en peligrosas cuando eligen a un pueblo como valuarte para extender y defender la fe o la ideología. Para este autor, la forma de desterrar los aspectos duros de estos sistemas de creencias es por medio del diálogo entre las partes que defienden un aspecto sobre el otro, sin excluir a nadie. Y lo que es todavía más importante, evitar los particularismos al proclamar el “yo” sobre el “nosotros”. Galtung ve como fuente de paz un mundo donde predomine la globalidad, incluso llega más lejos al hablar de civilización global. También el esfuerzo por conseguir mayores niveles de justicia, equidad y sobre todo una mejora de los estándares de vida, contribuirá a ese objetivo. Finalmente, Galtung destaca que:

El islamismo, el catolicismo, el liberalismo y el marxismo son portadores de una máxima de fe, con respuestas a cada cosa. Exigir la misma creencia de todo el mundo es como prescribir la misma talla de zapatos para todos. Y sin embargo, una civilización mundial necesita un mínimo de fe.

En términos políticos, el autor objeto de estudio destaca como principal obstáculo para crear un sistema de paz, el actual sistema de Estados y, consecuentemente, el sistema mundial. La incompatibilidad de este sistema con la paz está sedimentada en el patriarcado y la arrogancia del Estado y en la mentalidad de ser él mismo su propia causa no movida por nadie más, así como tener el monopolio de los medios de la violencia y de ser propenso a utilizarlos.

La democracia es un factor que contribuye a eliminar las estructuras que propician la violencia porque origina una mayor satisfacción en la población, al conseguir que muchos de los deseos sean satisfechos, dentro de ciertos límites, y porque las partes pueden competir entre ellas para alcanzar el poder de forma no violenta. Sin embargo, el funcionamiento democrático y pacífico de los Estados no asegura la reproducción de esos estándares en las relaciones entre ellos mismos. Para conseguir eliminar estructuras violentas en el sistema mundial, hay que conseguir que la democracia, como principal promotor de la paz, sea global. En la actualidad no se dan estas condiciones, porque el sistema mundial es conservador-feudal y no liberal-democrático.

¿Cuál es el mejor sistema de Estados para conseguir la armonía en la sociedad internacional y, por tanto, hacer dicha estructura menos violenta? Después de estudiar las diferentes posibilidades de asociación de los Estados (sistemas de Estados unitarios, federales y confederados), Galtung considera que el confederalismo es el que mejor sirve a los propósitos que busca. Primero, porque la decisión de los Estados de participar en él está basado en un deseo de hacer compatibles sus respectivos intereses al definir intereses comunes, difuminando los particulares. Segundo, porque a diferencia de otras formas de asociación, no existe entre las partes límites a la cooperación. En la confederación cualquier tema está abierto a la asistencia; además, los participantes esperan unos de los otros ser la primera opción como socios para cooperar. Tercero, porque el desarrollo de este sistema, para que sea posible, requiere ir más allá de valoraciones racionales y utilitaristas. Se necesita movilizar y compartir emociones, sentimientos y perspectivas. Cuarto, y en parte como corolario de lo anterior, no es suficiente la participación única de los Estados en la construcción de la confederación. Es, además, preciso que diferentes estamentos de la sociedad civil y de las organizaciones no gubernamentales creen una maraña de relaciones que excedan de las propias fronteras y de los propios Estados.

Con esto lo que realmente se consigue, según el autor, es difuminar la línea entre “nosotros” y “ellos”, por ello la confederación es un buen argumento para:

- Bosnia-Herzegovina
- Yugoslavia
- La Unión Europea
- Una confederación Paneuropea que vaya desde el Atlántico al Pacífico basada en la OSCE.
- El mundo como una confederación, reforzando el papel de la ONU pero manteniendo una superestructura débil, como gobierno global en lugar de un gobierno mundial.

Finalmente, expone cómo debe ser articulada la dimensión militar para que no sea origen ni promotor del empleo de la fuerza para resolver las diferencias. Su principal argumento es que lo militar no tiene que ser abolido, pero hay que dar a las fuerzas armadas nuevas tareas. Considera que la institución militar alterna malos hábitos que provienen principalmente del pasado, como el hecho de atacar a otras naciones y Estados, pero también tienen arraigadas grandes virtudes como una buena organización, coraje y capacidad de sacrificio. Por tanto, lo que hay es que sacar

el máximo beneficio a los aspectos que él considera positivos para construir la paz y eliminar los negativos.

Galtung tiene en su pensamiento, como objetivo practicable a largo plazo, la supresión de la guerra como institución, si bien reconoce que seguirá todavía viva en la sociedad. En este contexto, la institución militar estará dedicada fundamentalmente a contribuir a lo que denomina “defensa defensiva”, es decir, la autodefensa del propio Estado con medios convencionales de corto alcance y en colaboración con fuerzas paramilitares y no militares. Este tipo de defensa tiene la ventaja que no provoca a nadie ni tampoco causa miedo y al mismo tiempo permite a los Estados el derecho natural a defenderse.

Al preguntarse el autor por los factores que sostienen la guerra, menciona dos como los más importantes: el sistema de Estados con el monopolio del uso de la violencia y el sistema de superpotencias. Sin embargo, cuando los Estados y dentro de ellos las superpotencias disponen de medios militares suficientes, existe una mayor propensión a hacer uso de los mismos, por eso hay que luchar contra las tendencias de los Estados a buscar en el recurso de la fuerza el elixir que cure sus males.

Durante la violencia

Cuando la violencia se desata como consecuencia de un conflicto, la tarea principal es pararla, porque la violencia es perversa en sí misma y porque cuando ésta aparece hace que el conflicto sea más difícil de manejar y, consecuentemente, de encontrar vías de solución.

El autor se pregunta por qué el ser humano utiliza la violencia para dar solución al conflicto. La primera respuesta viene de la propia raíz originaria del conflicto. La violencia es empleada para incapacitar a la otra parte o partes para imponer sus propios objetivos y en ocasiones se considera que la solución militar la única posible. Segunda, aunque también procede de la raíz del conflicto, la violencia es menos racional. La agresión se produce con ocasión de la existencia de una frustración debida a que alguien le ha bloqueado el objetivo que pretendía. La tercera respuesta procede de la lógica del metaconflicto. El conflicto es una oportunidad para ganar honor y gloria al derrotar al adversario, al mostrar el coraje de los que participan en la guerra incluso por parte de los derrotados. Y por último, la violencia tiene como origen el deseo de revancha originado por el sufrimiento infringido por la otra parte, tanto en el pasado como en el presente.

Las razones anteriores son lo suficientemente importantes como para ser tenidas en cuenta. Sin embargo, en ningún caso se puede asumir que la violencia sea intrínseca al ser humano. La violencia es potencia, que puede convertirse en acto cuando el conflicto básico se descuida o se trata sin empatía y creatividad. También se puede transformar en acto cuando la cultura justifica la transición del conflicto al metaconflicto como una oportunidad para derrotar al adversario, para ganar honor o para compensar un sufrimiento procedente de una herida todavía no cicatrizada.

La conclusión para Galtung es que cualquier conflicto, como ocurre con la heridas, no debe ser menospreciado, si no se quiere correr el peligro que origine violencia.

Sin embargo, la violencia no dura y se extiende para siempre. Normalmente ésta se termina porque se agotan o desaparecen los medios de destrucción, los objetivos a destruir, el deseo de destruir o la esperanza de ganar por una o ambas partes. Ello conduce a Galtung a proponer cuatro formas de terminar con la violencia: el embargo de las armas y, en su caso también el de mercenarios; la evacuación de la gente y el traslado de los objetivos que son susceptibles de ser destruidos y, por último, la desmoralización de los soldados para que no luchen, mostrándoles los efectos visibles y no visibles de la guerra.

A estas cuatro posibilidades Galtung agrega una quinta, no por ella menos importante y cada vez más utilizada en el presente escenario internacional, la intercesión de un tercero entre las partes en conflicto de acuerdo con lo que establece el Capítulo 6 de la Carta de Naciones Unidas. Él sugiere que las operaciones de mantenimiento de la paz es un buen instrumento a disposición de la comunidad internacional para conseguir un alto el fuego y empezar a construir la paz entre las partes. Considera que las operaciones de mantenimiento de la paz pueden ser mejoradas si se emplean no sólo expertos militares sino también fuerzas policiales, negociadores y expertos en el campo de la no violencia. Galtung a largo plazo, en su libro *"Peace by peaceful means"* (La paz por medios pacíficos), llega más lejos al señalar que las fuerzas de mantenimiento de la paz deberían transformarse en una fuerza de naturaleza civil, lo que denomina "brigadas internacionales de paz".

El reforzamiento de expertos no militares que propone Galtung en misiones de mantenimiento de paz, ha tenido su reflejo recientemente en la propia Carta de Seguridad Europea de la Organización de Seguridad y

Cooperación en Europa (OSCE). En efecto, en la cumbre de Estambul celebrada en noviembre de 1999, los Jefes de Estado y de Gobierno de esta organización acordaron la creación de “equipos periciales de asistencia y cooperación rápidas (REACT)”, para que permitieran a la OSCE responder con presteza a las solicitudes de asistencia y de despliegue de grandes operaciones civiles sobre el terreno, en orden a la prevención de conflictos, la gestión de crisis y la rehabilitación post-conflicto.

Con anterioridad, la OSCE desplegó en Kosovo, entre octubre de 1998 y marzo de 1999, la Misión de Verificación de carácter civil para verificar el alto el fuego, supervisar los movimientos de las fuerzas y promocionar los derechos humanos y la democracia, llegando a tener un máximo de 1.400 personas.

Después del conflicto

Una vez que se ha conseguido un alto el fuego entre los contendientes, la tarea de restaurar la paz es más difícil que antes del inicio de la violencia pues, los efectos visibles y no visibles dejados por la misma permanecen durante un largo período de tiempo.

En esta fase el énfasis se debe de poner en lo que él denomina las 3R,s: reconstrucción, reconciliación y resolución. El primero tiene como objetivo curar las heridas abiertas con ocasión del enfrentamiento entre las partes y reparar los daños materiales. El segundo, la reconciliación, pretende deshacer el meta-conflicto y finalmente la resolución, que busca crear las condiciones necesarias para solventar el conflicto original. Estas tres tareas no son exclusivas de esta fase, sino que se deben aplicar también durante las dos anteriores. No obstante, resulta más crítico la puesta en marcha de las 3 R,s en el periodo que sigue a un alto el fuego.

Galtung señala que el mundo está mal preparado para llevar a cabo estas tareas. Sin embargo son fundamentales, ya que si no se hace nada por atajar el conflicto en las raíces del mismo, tarde o temprano la violencia volverá a surgir cuando los horrores del último estallido haya desaparecido de la memoria colectiva y, por tanto, se corre el peligro que “después de la violencia” se transforme en “antes de la violencia”.

Respecto a la reconstrucción tras la disputa, el autor considera que es un tremendo error limitar la reconstrucción a la rehabilitación y reconstrucción material, ya que esto significa quedarse hipnotizado por lo visible

a costa de los efectos invisibles. Los daños afectan tanto a la estructura como a la cultura y, por tanto, en esta dirección hay que actuar. Por eso, señala otros dos aspectos a considerar además de los mencionados: la reconfiguración de la estructura de paz y reculturización de la paz.

No se puede crear una sociedad estable después de una guerra o enfrentamiento si no se construyen unos sólidos cimientos. El primer remedio, pero no el único, es la democracia. Para ello se debe conseguir unas elecciones democráticas después del alto el fuego pues, las elecciones transforman un conflicto sobre el poder en una sociedad, muchas veces violento, en un conflicto no violento sobre el voto mayoritario. "Las elecciones son decisivas; supervisarlas es trabajo de paz".

En este sentido, las tesis de Galtung coinciden plenamente con las de la comunidad internacional actualmente. En los últimos conflictos, especialmente en los surgidos como consecuencia de rivalidades étnicas o violación de los derechos de las minorías, las organizaciones internacionales con competencia para ello han promovido la creación de las condiciones mínimas necesarias para que se celebraran elecciones democráticas, (caso de la OSCE en Bosnia); en la confianza que la democracia forma a la población en la transformación no violenta del conflicto y, antes o después, se extenderá a todos los ámbitos de esa sociedad. Esta labor, lógicamente, debe estar sustentada con la construcción de nuevas instituciones y la eliminación de las viejas que no apunten en esta dirección.

Sin embargo, la democracia no funciona cuando en una sociedad domina la exclusión social y la desigualdad. Promover unos mayores niveles de educación y salud de los más marginados, así como un reparto más equilibrado de los recursos productivos, son, sin lugar a dudas, unas buenas semillas para consolidar la paz en el futuro.

La reculturización de la paz después de la violencia, concepto recurrente a lo largo de la obra de este autor, debe dirigirse a sustituir una cultura de violencia por una cultura de paz y construirla donde no hay ninguna.

El punto de partida para edificar esa cultura de paz debe ser la educación, para ello propone introducir conocimientos y destrezas sobre la paz y la resolución pacífica de los conflictos en todos los niveles de enseñanza, desde la básica hasta la universitaria. Al tiempo debe propagarse una idiosincrasia mundial basada en los valores de la paz, desarrollo, medio ambiente, democracia y derechos humanos.

La reconciliación, la segunda "R", tiene dos elementos fundamentales, el cierre y la curación. Cierre en el sentido que no se reabran las hostilidades y curación en el sentido de rehabilitación. La reconciliación es un tema con hondas raíces psicológicas, sociológicas, teológicas, filosóficas y profundamente humanas. El carácter multidimensional y complejo de la reconciliación hace que nadie sepa realmente como llevar a cabo este proceso. El propio Galtung la analiza desde doce enfoques diferentes, pues, como el mismo reconoce, ninguno de ellos por sí solo es capaz de manejar satisfactoriamente el proceso de reconciliación después de la violencia. Más bien se requiere una combinación de todos ellos con una mayor dosis de unos u otros según la situación, que sólo expertos en el campo de paz pueden aconsejar. Una manera simple y común a todos los conflictos para iniciar la reconciliación es el diálogo. Invitar a todas las partes a debatir es un comienzo modesto pero efectivo pues:

A medida que debaten sobre reconciliación, se produce una cierta reconciliación.

La resolución de conflictos se orienta al solventar la raíz del mismo que, por no haber encontrado una solución a tiempo, fue escalando hasta la aparición de la violencia. Es evidente que el proceso de resolución debe ponerse en marcha antes que aparezca la violencia para encontrar una solución por medios pacíficos. La aparición de la violencia como medio de salvar la incompatibilidad de objetivos entre las partes significa un rotundo fracaso pues, el enfrentamiento físico en general es siempre un fallo estrepitoso del ser humano. El autor propone como mejor método de resolución la construcción de la capacidad de transformación de los conflictos por medio de la transcendencia, la creatividad y la empatía.

La reconstrucción, la reconciliación y la resolución, para que sean efectivas, deben trabajarse de forma paralela. Es mejor dar algún pequeño paso en todas que un gran salto en una sola. Desde la perspectiva de Johan Galtung, intentar solventar las controversias empezando por la resolución es un error. Una vez que el conflicto ha producido violencia es esencial desarraigar, o al menos suavizar, esas causas. A las personas de un bando o de ambos se les ha privado de sus vidas y sus medios de subsistencia, cuando su mayor esfuerzo era precisamente conservarlas y mejorar su nivel de vida. El objetivo de la otra parte, por el contrario, era destruirlos. Es más que probable que, en el período que sigue a una guerra, esta contradicción tome más cuerpo en las cabezas de las personas que la identificación de las raíces del conflicto inicial. La perspectiva cam-

bia a medida que se va desarrollando la violencia. Por tanto, el esfuerzo debe dividirse en construir las condiciones necesarias para lograr la vuelta a la paz y eso exige un avance homogéneo en cada una de las tareas. El centrarse en una sola tarea sin lugar a dudas podría conducir a un retroceso en el restablecimiento de la paz.

CAMINOS HACIA LA PAZ

El análisis de la obra de un pensador todavía en vida es siempre una labor ardua porque sus tesis están sometidas a una constante revisión, a la vista de los acontecimientos recientes y presentes, así como de las perspectivas de futuro. Es esto especialmente cierto si la persona objeto de análisis, como es el caso de Johan Galtung, ha intentado estructurar su pensamiento en un periodo caracterizado por grandes cambios de todo orden.

Algunas de las tesis vertidas por Galtung han quedado desfasadas porque la forma en que se produjo el final de la confrontación Este-Oeste no estaba contemplada en sus postulados. Sin embargo, otras, por el contrario, siguen vigentes y su espíritu y orientación presiden hoy las mesas de negociación o los mismos tratados o acuerdos de paz y seguridad. Pero ante todo destaca por la metodología utilizada para plantear el problema, analizar las causas y encontrar posibles vías de solución del conflicto.

Durante el período de la guerra fría, la principal preocupación de Johan Galtung se centraba en encontrar soluciones políticas al conflicto Este-Oeste intentando evitar una tercera guerra mundial. Las fórmulas que utilizaban las grandes potencias para frenar esa confrontación estaban basadas en la disuasión nuclear, en las alianzas y en la carrera de armamento. A juicio del autor, eso era un error y todas ellas estaban condenadas al fracaso y, por tanto, los gobiernos y la propia sociedad debían buscar políticas alternativas que condujeran a la paz o al menos impidieran la guerra.

La alternativa de Galtung a esa situación de inseguridad era la elaboración de una política de paz integrada por cuatro elementos: la resolución de los conflictos, el equilibrio de poder, el desarme y políticas alternativas de seguridad. Aunque todos ellos están relacionados los unos con los otros, no guardan una relación jerárquica. Para que esa política sea realmente útil al fin que persigue, los cuatro componentes de la misma se deben enfocar sincrónicamente, al mismo tiempo, y no diacrónicamente, uno tras otro.

En una buena política de paz deben participar a la vez organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, políticos y técnicos.

La resolución de conflictos ha sido tarea de los responsables de la política, protagonizada a nivel internacional por los Ministerios de Asuntos Exteriores. El equilibrio de fuerzas ha sido tarea de los Ministerios de Defensa, en cuyo interés ha estado convertirla en una materia sumamente técnica y secreta. El desarme se ha quedado a medias entre las organizaciones no gubernamentales y los técnicos gubernamentales. Y la política de seguridad alternativa no le corresponde a nadie.

A nivel internacional, esta división del trabajo es aún más pronunciada. La resolución de conflictos es labor de Naciones Unidas, especialmente de la Asamblea General y el Consejo de Seguridad. El logro del equilibrio de fuerzas no cae en la órbita de las Naciones Unidas, excepto en la medida en que las conferencias de desarme, hasta cierto punto bajo el patrocinio de las Naciones Unidas, sirven de foro en el que se evalúa el grado de equilibrio. Y la política de seguridad alternativa es, cuando mucho, preocupación de algunas organizaciones internacionales no gubernamentales. En ningún punto aparecen todos estos componentes unidos.

Galtung se lamenta de esta situación y la compara como si en el campo de la salud, tareas tan importantes como la higiene y la salubridad, la inmunización y la curación y el cuidado de los enfermos, fueran ejecutadas por instituciones totalmente desconectadas entre sí. La propuesta es coordinar esa política de paz en todos los niveles. En el ámbito nacional plantea la posibilidad de la creación de un Ministerio de Paz y en el seno de Naciones Unidas un Programa para la Paz que combinara las funciones divididas entre los secretarios de los órganos políticos (la Asamblea General y el Consejo de Seguridad), las operaciones de mantenimiento de la paz, las organizaciones de desarme y otros.

RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS

Respecto al primer componente de esa política, la resolución de conflictos, este pensador mantiene la formulación mencionada en este trabajo, una política de paz debe iniciarse con la resolución de conflictos. Los medios, mecanismos y actitudes se deben configurar para contribuir a tal fin. No existe ni una receta ni un manual que explique de forma universal el procedimiento para curarlos, pero ello no debe ser excusa para

desfallecer en tal tarea, si bien es cierto que reconocía que en el caso concreto del conflicto latente entre el Este y el Oeste era especialmente complejo debido a la maraña de cuestiones ideológicas y de intereses, a la competición por el mejor posicionamiento estratégico, a los sistemas relacionados con la formación y adscripción a las dos alianzas y a los complejos sistemas militares.

La solución al tema ideológico requiere, señala Galtung, la depolarización del sistema, incorporando más opciones entre ambas ideologías. Además, debe inculcarse a las partes la disposición a aceptar que el otro sistema sea diferente, aceptar su derecho a serlo, no importa cuánto uno desearía que fuera de otro modo y por más que uno crea que el otro sistema se avendrá con el tiempo al modelo del otro.

Los conflictos de intereses, para Galtung, no pueden ser resueltos tampoco a corto plazo, habida cuenta de la necesidad de los países capitalistas de expandir su poder bajo la forma de influencia económica por todo el mundo y la necesidad histórica de la URSS de contar con un cinturón de seguridad a lo largo de sus fronteras.

Los otros aspectos del conflicto —posicionamiento estratégico, alianzas militares y maquinaria militar— pueden ser resueltos con políticas de seguridad alternativas que conducirían a la retirada de las fuerzas ofensivas y a la creación de posturas defensivas, eliminando de esa manera los aspectos más provocativos y amenazadores del dispositivo que existían en la guerra fría, a la flexibilización de las dos alianzas y a la transformación de los complejos militares. Todas estas políticas son practicables, según el autor, pero requieren por encima de cualquier otro condicionante contar con voluntad política.

En definitiva, la transcendencia sigue siendo para Galtung un aspecto clave en la resolución de conflictos, tanto en el pasado como en el presente y quizás en el futuro.

EL EQUILIBRIO DE FUERZAS

El equilibrio de fuerzas entre Estados, grupos de Estados o alianzas no es nuevo en las relaciones internacionales, como medio de evitar la guerra entre las partes en conflicto e incluso como solución para impedir posteriores enfrentamientos militares, una vez que se ha alcanzado un alto el fuego. En el propio periodo de la guerra fría, la disuasión basada en un

balance ponderado de los sistemas de armas, tanto nucleares como convencionales, se consideró la piedra angular para no desencadenar una confrontación militar entre dos sistemas incompatibles.

Johan Galtung analiza este concepto para determinar si, en efecto, el equilibrio de fuerzas es un factor consonante en el camino para la paz o, por el contrario, supone un obstáculo en su búsqueda. Desde el punto de vista del autor, de las numerosas opiniones que es posible formular acerca de esta materia, hay dos que no se pueden sostener: *“que el equilibrio de fuerzas siempre disuade de la guerra, y que nunca funciona en ese sentido”*. Existen muchos casos en la historia, apunta Galtung, que el agresor no atacó al adversario porque el otro bando estaba bien preparado. Y otros muchos casos que los ataques tuvieron lugar por debilidad del adversario. Pero existen otros en que las acciones ofensivas se llevaron aún cuando el otro bando era más fuerte.

Esto demuestra que el equilibrio de fuerzas no es garantía por sí mismo para disuadir a las partes involucradas en el inicio de la guerra. En ocasiones, por el contrario, la búsqueda de un equilibrio de fuerzas puede desatar una carrera de armamento, por la percepción de inseguridad respecto al potencial adversario, desembocando finalmente en lo que precisamente se quería evitar, el enfrentamiento militar.

El equilibrio de fuerzas es un concepto abstracto y confuso, de difícil definición y extremadamente espinoso de cuantificar y por tanto, de hacerlo operativo. En general, se hacen formulaciones simplistas de lo que significa este concepto. Por “fuerza” se tiende a identificar exclusivamente la capacidad destructiva de las armas. Sin embargo, la realidad es otra. Factores como la invulnerabilidad física de los posibles objetivos susceptibles de ser atacados, la fortaleza interna de la población, la dependencia del exterior (especialmente en materias esenciales tales como la alimentación, la inversión, la tecnología y las armas), el tipo de organización administrativa del Estado, etc., deben ser tenidos en cuenta a la hora de hablar de equilibrio de fuerzas, pues, todo ello contribuye al poder de ese actor. En realidad, si se quiere ser riguroso, sería más exacto hablar de “equilibrio de poder” que de equilibrio de fuerzas.

Un Estado o sociedad, por ejemplo, no sólo puede ser vulnerable a la potencia destructiva de las armas del adversario, sino también a otros aspectos como las contradicciones internas derivadas de una falta de cohesión nacional, la posición internacional, la situación económica, etc. Si todos ellos son hábilmente utilizados por el adversario pueden causar

importantes perjuicios al otro bando. Todo esto es bastante obvio y de hecho, en cualquier planeamiento militar el estudio de los factores psicosociales del potencial adversario son básicos para conocer las posibilidades del adversario y, posteriormente, elaborar las posibles líneas de acción.

Sin embargo, cuando se habla o se negocia la posibilidad de establecer equilibrios de fuerzas, se hace inmensamente difícil considerar todos estos factores, en parte debido a la intangibilidad de algunos de ellos, llegando a plantearse una formulación simplista en la que se supone que ese equilibrio se alcanza cuando las partes interesadas en el conflicto poseen un arsenal de armas o de medios de destrucción de una potencia destructiva equivalente. La situación es tan compleja que incluso en el caso de que se considerare el equilibrio de fuerza sólo por el potencial destructor de las armas, su valoración sería casi imposible de realizar debido a la complejidad y variedad de los actuales sistemas de armas.

El equilibrio de fuerzas, o mejor todavía el equilibrio de poder, busca como fin último conseguir la seguridad y esta tiene connotaciones objetivas y subjetivas, racionales y emocionales, pero también es un concepto relativo pues, si la seguridad significa la capacidad de salir de un conflicto incólume, ello dependerá de la posibilidad de destrucción del adversario y del grado de invulnerabilidad propio frente a esa potencia destructiva. En efecto, la seguridad de una parte depende de la seguridad de la otra. Sólo cuando la otra parte se sienta casi tan segura como la otra, existen razones suficientes para sentirse seguro.

En términos racionales disponer de una seguridad lo más alta y lo más igualitaria posible frente a otros asegura un sistema estable. Y, por el contrario, cuando dos actores tienen un grado de seguridad dispar, el bando inseguro puede tratar de aumentar su nivel de seguridad incrementando bien su propia invulnerabilidad o bien la inseguridad del adversario, por medio del desarrollo de la capacidad ofensiva propia. Este proceso provoca lo que el autor define como "carrera por la seguridad", que es más conocido como carrera de armamentos. Esa carrera de armamentos puede estar enraizada más en factores irracionales, perceptivos y emocionales que en razones objetivas.

Por todo ello, según Galtung, alcanzar el equilibrio de fuerzas no asegura la paz, pero es que además:

Buscar el equilibrio de fuerzas, aun el equilibrio aproximado, es buscar una entidad que, como el unicornio, puede ser imaginada pero no definida operacionalmente, sólo se define hallando empíricamente, a través de una guerra, si existe un empate o si una parte demuestra ser superior a la otra. Pero una guerra invalida la hipótesis del equilibrio de fuerzas. Demasiada insistencia en el equilibrio del poder en todas sus dimensiones sólo conducirá a la búsqueda interminable de un equilibrio que, como el arco iris, se aleja más y más a medida que uno avanza hacia él.

El equilibrio de fuerzas, aunque pudo ser un concepto útil en el pasado, actualmente está ampliamente sobrepasado porque los fundamentos en que se sustentaba han variado, especialmente a partir de la aparición del arma nuclear. Si bien el equilibrio de fuerzas, en tiempos preteritos, buscaba la disuasión por medio de la disposición de unos sistemas defensivos, en la guerra fría la disuasión se buscaba por medio de la represalia y la destrucción masiva. La irracionalidad de tal argumento invalida la credibilidad del equilibrio de fuerzas.

En resumen, Galtung considera que no se puede hablar de equilibrio de fuerzas en el sentido de hallar un punto o relación estable mientras las armas sean ofensivas y nucleares. En un mundo en el que sólo haya armas defensivas, ya no surge el problema del equilibrio de fuerzas, en el sentido de algún tipo de equiparación con el otro lado.

La seguridad será más factible cuando no se busque por medio del equilibrio de poder sino en una "seguridad común" en donde:

- Ambos bandos tengan una seguridad absoluta tan elevada como sea posible
- Ambos bandos tengan una seguridad relativa tan igual como sea posible
- Ambos bandos cooperen para conseguir una seguridad tan igual y elevada como sea posible

En definitiva, la seguridad y el equilibrio de poder son factibles, pero solamente si se elimina la capacidad ofensiva de los actores en escena.

EL DESARME

La experiencia, señala este autor noruego, demuestra que el resultado de toda carrera armamentista se acerca más a la detonación que al

lamento, de ahí proviene el tercer enfoque, la noción de desarme, que significa llegar a un punto a partir del cual, en lugar de reforzar la potencia destructiva, se trata de debilitarla. El desarme no sólo ayuda a impedir la guerra, sino también, una vez que surgió ésta, a la resolución del conflicto y la reconciliación entre las partes. El asunto clave es cómo hacerlo, pues, según Galtung, los fundamentos, o si se quiere las condiciones que se han asumido para conseguir el desarme, son los principales obstáculos para que se lleve a cabo tal proceso.

En general, existe un gran vacío sobre la teoría general del desarme que sirva de inspiración a la práctica del mismo. Sin embargo, el estudio que el propio escritor hace sobre los elementos conceptuales, estructurales y operativos de los procesos de desarme constituye un verdadero punto de referencia para las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, así como para los Estados cuando se reúnen en torno a una mesa para promover el desarme. En las Conferencias el verdadero problema del escaso éxito de las negociaciones de desarme está en las reglas básicas bajo las que se desarrollan, que generalmente se orientan a que el desarme sea *equilibrado, mutuo y controlado*.

El primer concepto, el equilibrio, al igual que se señaló cuando se mencionó el de fuerzas, es prácticamente imposible de definir. Aunque teóricamente puede ser factible, su traducción en la práctica supone una verdadera losa para los negociadores del desarme. Los esfuerzos por solucionar este problema mediante la fragmentación en tipos de sistemas de armas “estratégicas”, “de teatro” y “convencionales”, no son una solución al mismo.

En el desarme equilibrado no entra la noción de grado de invulnerabilidad en sus diferentes dimensiones, tales como física, psicológica, cultural, social, política, económica o ecológica. En términos generales, destaca Galtung, cuanto más moderna y desarrollada está una sociedad, más vulnerable parece ser y da la impresión de que cuanto más vulnerable es, más procura compensar ese hecho incrementando su fuerza ofensiva. Sin embargo, es muy difícil imaginar a los negociadores en una conferencia de paz pidiendo mayores niveles de armas propias para compensar la invulnerabilidad de una población propia frente al otro bando o, por el contrario, a que éste inste a la otra parte a reducir su vulnerabilidad.

En definitiva, esta confusión práctica de lo que es realmente equilibrio estimula el fraude por una y otra parte en las negociaciones.

El segundo obstáculo para avanzar en el desarme es la mutualidad. Este concepto significa una acción sincrónica por parte de los gobiernos o alianzas para deshacerse del armamento. Por tanto, la mutualidad excluye la decisión unilateral de una de las partes de desarmarse, pues, anteponer mutualidad significa hacerlo juntos. Como resultado de esto, el principio de mutualidad puede servir como excusa para no embarcarse nunca en una acción unilateral aunque sea insignificante, gradual y paso a paso.

La mutualidad invita a la comparación de los perfiles de fuerza y la comparación invita al armamento. Bajo el lema "mutuo y equilibrado", Johan Galtung piensa que se incita a una carrera armamentista que tilda de "cuantitativa". En efecto, la complejidad y disparidad de los sistemas de armas hace que la negociación sólo pueda lograrse examinando sistema por sistema de dos maneras: reduciendo los desniveles para eliminar los excesos, y eliminando los déficits, lo que se llama generalmente "ponerse a la par". Lo primero conduciría al desarme, lo segundo, obviamente, a armarse más, sobre todo si las partes convienen en converger en un punto situado por encima de su nivel presente de fuerza destructiva. El resultado neto de todo esto sería una carrera armamentista cuantitativa al centrar la atención más en los déficits que en los excesos.

La mutualidad actúa sobre la base de aquello sobre lo que los Gobiernos están de acuerdo y esto puede bloquear la discusión de factores cruciales en los procesos de desarme. Galtung, en toda su obra, concede una gran importancia, a las estructuras en el camino hacia la paz. Como se señaló al principio de este trabajo, aquí vuelve a destacar que el proceso de eliminación de las armas es la punta del iceberg. Si se quieren reducir las armas entre las partes que participan en la negociación, para alcanzar una mayor seguridad, no hay que limitarse sólo al aspecto cuantitativo y cualitativo de las mismas, sino también hay que buscar transformar las condiciones en las cuales las armas son consideradas como la respuesta a las situaciones de inseguridad o a la solución de conflictos.

Normalmente, según su punto de vista, el principio de mutualidad se limita a tratar aspectos técnicos y se deja de debatir la búsqueda de acuerdos sobre las estructuras que producen las condiciones que facilitan la carrera de armamentos. Si en el desarme no se llega a sus últimas consecuencias, en cualquier momento el rearme es posible y es más fácil, afirma el autor, esto último que armarse por primera vez porque el camino ya ha sido trillado.

El tercer elemento de esta triada es el concepto de control. Galtung considera que no existen los medios necesarios, ni técnicos ni humanos, para ejercer un verdadero control del desarme una vez que se han firmado los correspondientes acuerdos o tratados. El intento de controlar mutuamente el proceso de desarme, por el contrario, estimula el engaño. Las medidas de control son para el autor más eficaces como estímulo que como impedimento.

Además, en el deseo de controlar los procesos de desarme, se estimula el crecimiento de una burocracia del desarme, nacional e internacional, con intereses creados para que el sistema se perpetúe por encima de otra consideración.

Este pensador expresa su escepticismo sobre el desarme, no porque en las conferencias no se lleguen ocasionalmente a algún tipo de acuerdos, sino por el hecho que dichos acuerdos, una vez firmados, sean seriamente violados. Esta desconfianza la fundamenta en que los diferentes acuerdos sobre control de armamento desde 1925 hasta 1979 han sido sistemáticamente incumplidos uno tras otro.

Ante este escenario tan sombrío que dibujó Galtung, la pregunta clave es si el desarme es posible en términos reales. Él mismo afirma que el proceso de desarme es posible, pero ello requiere ciertas condiciones. La primera es que no debe existir como prerrequisito "mutuo y equilibrado", pues de antemano hace que dicho proceso sea imposible o al menos altamente improbable. Por otro lado, para que el desarme consiga su objetivo, la paz o al menos la prevención de la guerra, no es ni necesario ni suficiente el desarme total.

Que no es suficiente es fácilmente comprobable, ya que no está basado en la estabilidad. Aunque los niveles de armamento llegaran a ser muy bajos entre los bandos, ¿qué impediría que volviesen a rearmarse nuevamente? La única forma de evitar el proceso de rearme sería la existencia de un mecanismo de control y detección. La institución, a escala internacional, encargada de ello debería ser una organización supranacional que tuviera el monopolio del poder último. Tal institución sería capaz de desarmar a cualquier otra y mantener en tal estado, como ocurre en el interior de los propios Estados.

Sin embargo, el problema es que no existe hoy día en el mundo una institución de ese tipo y si una superpotencia intenta arrogarse tal posición, las otras lo rechazarán. Por tanto, incluso aunque el desarme tuviera

lugar, el rearme sería una posibilidad bastante real. Y, entonces, como señala Galtung:

Es mucho más fácil rearmar que sólo armar: es como caminar por senderos trillados, que nos permiten avanzar más puestos que varios de los problemas pueden ser mejor previstos y se ha adquirido ya una cierta experiencia.

No obstante, aún más significativo es el argumento de que no es del todo necesaria una abolición total de todos los medios de destrucción. Dicho argumento está basado en la idea de que los niveles de invulnerabilidad han de ser tenidos en cuenta. Podría argumentarse que basta con desarmar hasta el punto donde el nivel de invulnerabilidad de un bando se equilibrara con el poder destructivo del otro. El problema de este planteamiento es que ya presupone la posibilidad de una guerra, que las armas ya han sido experimentadas sobre la ocultación, fortificación, dispersión y otras capacidades del otro bando y que se han demostrado poco destructivas.

La razón por la que el desarme total no es necesario, reside no en la relación con la invulnerabilidad, sino en la distinción entre armas ofensivas y defensivas de destrucción masiva, más general aún entre armas ofensivas o defensivas. El llegar en un nivel de desarme hasta un grado cero, no es necesario. Con llegar al nivel de abolición de las armas ofensivas sería suficiente, manteniendo sólo las defensivas con determinadas condiciones de alcance y poder destructivo.

Si se ha dicho que preestablecer, en las mesas de negociaciones sobre desarme, las condiciones de "equilibrado y mutuo" es sinónimo de fracaso, la alternativa que ofrece Galtung para salvar tal obstáculo, con respecto al "equilibrado", es fijar unos porcentajes de reducción del nivel de destrucción, incluso cuando el punto de partida esté desequilibrado y al final del proceso permanezca igual, pero en cambio la capacidad de destrucción habrá disminuido.

En el desarme no hay que buscar el multilateralismo para que éste tenga lugar. Pero de esta conclusión no se deduce que el unilateralismo lo haga, si es que se toma el "unilateralismo" en el sentido de que uno de los bandos se desarma completamente (ni armas defensivas ni ofensivas). Más bien Galtung aboga por una tercera vía basada en el transarmamento antes que en el desarme y en el unilateralismo mutuo antes que en el simple multilateralismo o unilateralismo. El "transarmamento" quiere decir la transformación de las armas ofensivas en armas defensivas. El proceso

de transformación de armas ofensivas en defensivas, señala la voluntad de un bando de no ser una amenaza para el otro, y, por otro lado, la voluntad de no debilitar la seguridad propia. Ello permite tomar unilateralmente esta decisión y sembrar la semilla para que el otro bando siga el mismo camino. Con esto tendríamos un proceso que puede ser iniciado por un solo país, sin un procedimiento previo y pesado de conferencias de resultado inciertos.

En conclusión, Galtung quiere transmitir el mensaje siguiente:

Lo que es realmente peligroso para prevenir la confrontación armada es la capacidad ofensiva no la defensiva; que la meta es la seguridad, no la abolición total de las armas y que la seguridad ha de convertirse en una seguridad común.

Por eso el esfuerzo del desarme debe ir dirigido hacia las armas ofensivas tanto de destrucción masiva como las convencionales.

POLÍTICAS ALTERNATIVAS DE SEGURIDAD

El último elemento de los cuatro, que Galtung consideraba indispensable para crear un camino de paz o al menos para prevenir la guerra durante el periodo bipolar, es lo que denominaba “políticas alternativas de seguridad”. Una vez más hay que insistir que la aportación que hace el autor en una determinada situación internacional, el bipolarismo, constituye un verdadero cuerpo de teorías sobre la paz y la seguridad y por tanto, muchos de los contenidos vertidos por el autor son principios que han servido y todavía sirven de referencia a otras teorías e incluso a políticas de paz, seguridad y defensa, tanto en el ámbito internacional como nacional.

El objetivo de la defensa es la seguridad, y la idea que está detrás de la seguridad, señala este autor, es la de mantener a la sociedad a la que se pertenece lo más intacta posible, aun si sobreviniera una guerra. Lo que Galtung plantea en esta cuarta dimensión para luego, desde su punto de vista, formular las posibles soluciones, es decir, qué formas de defensa son posibles practicar sin que se dé lugar a la inseguridad en el otro bando y, consecuentemente, dispare una carrera de la seguridad, que a su vez origine una carrera armamentista en la búsqueda del equilibrio de fuerzas y finalmente desencadene un estallido de violencia.

Es evidente, como ya se apuntó anteriormente, que lo ideal para evitar esta escalada de inseguridad es el disponer de una seguridad común entre las partes, pero también es cierto que eso sólo es posible entre Estados que comparten al menos un conjunto de valores e intereses. Cuando esto no es posible, es muy difícil poner en común la seguridad, porque falta el ingrediente fundamental, la confianza. Otra solución, también apuntada, es la supresión del elemento militar de la defensa por medio de un desarme total, pero también Galtung demostró que tampoco era una opción estable y que el rearme podría provocar una situación de mayor inestabilidad que la existente en la etapa anterior al mismo y además, los ciudadanos no admitirían este arriesgado camino.

Finalmente, la otra opción consiste en no disminuir el grado de seguridad de las sociedades representadas por sus correspondientes Estados y, a su vez, que el dispositivo de defensa adoptado a tal fin no se sintiera como una amenaza a los posibles adversarios, sino más bien ejerciera un efecto de disuasión ante un posible ataque al territorio propio. Para conseguir esto Galtung propone cuatro vías dentro de las políticas alternativas de seguridad, no excluyentes y sincrónicas con la resolución de conflictos, el equilibrio de fuerzas y el desarme: el transarmamento, el no-alineamiento, la fortaleza interna y la utilidad externa.

El transarmamento

Johan Galtung, en esencia, lo que propone es llegar a una seguridad que se base en una mezcla adecuada de medios puramente defensivos y de invulnerabilidad. Las armas ofensivas son disonantes para prevenir la guerra porque:

1) se las ve como una amenaza por más pacíficas que puedan ser sus motivaciones, simplemente debido a su potencial capacidad destructiva, y 2) invitan al ataque preventivo y a la represalia...

La “defensa defensiva” es el dispositivo que mejor se adapta para que los Estados tengan un adecuado nivel de seguridad sin llegar a provocar a los otros. Esta formulación está compuesta de tres variables: la defensa convencional, la paramilitar y la no-militar.

La primera, la defensa convencional, se traduce en términos de pequeñas unidades de alta movilidad y limitado radio de acción, en tierra, mar y aire. Para compensar el alcance limitado, tendrían que estar adecuada-

mente dispersas por todo el territorio nacional, pero debido a esa misma limitación, sus funciones serían especialmente locales o regionales únicamente. Las armas deberían ser muy eficaces, guiadas con precisión, dotadas de considerable poder destructivo pero con una zona de impacto limitado con objeto de producir los mínimos daños colaterales.

La defensa paramilitar, la segunda variable, que se encamina a ser más local que la defensa convencional, tiende a incrustarse en el medio humano y natural circundante y operaría menos en descubierto. Según el autor este tipo de defensa ha demostrado ser la forma de reacción más eficaz ante un ataque, ya sea que ese ataque asuma la forma de violencia directa a cargo de fuerzas militares, o la de la violencia estructural dentro y/o entre los países.

La última variable es la defensa no-militar. Este tipo de defensa operaría también sobre el supuesto de unidades reducidas, locales y autónomas, y dispersas, o sea, con la misma estructura que para la defensa militar y paramilitar.

La defensa no militar tiene no sólo implicaciones de defensa territorial, sino también de defensa social, en el sentido que todas las organizaciones y asociaciones de un país encuentren su propia manera de resistir un ataque, mediante la ausencia de producción de bienes y servicios para el enemigo, etc.

La defensa defensiva ofrece para el autor más ventajas que desventajas frente a la tenencia de armas ofensivas. La principal ventaja, por encima de cualquier otra consideración, es que no es provocativa, puesto que no puede emplearse en un ataque y, por lo tanto, no debe conducir a ninguna carrera de armamento.

También hace posible para las partes implicadas tener un nivel de seguridad alto y al mismo tiempo relativamente igual. Además, les es posible cooperar. Estaría en el interés de cualquier de los bandos hacer que el otro se sintiera seguro, lo que significa que podría incluso haber entre los potenciales adversarios un intercambio de técnicas de defensa defensiva. Esto le lleva a pensar a Galtung que serviría como marco para la construcción de una seguridad común.

Finalmente, además de todo lo dicho, este tipo de dispositivo debería poseer un alto valor disuasorio, tomando la disuasión no en el sentido de la represalia, sino en el sentido de ser capaz de impedir un ataque.

Johan Galtung diseña un proceso para que esto sea posible mediante una combinación de desarme y transarmamento, consistente en tratar de lograr el desarme en armas ofensivas mediante la transformación de éstas en armas defensivas. El autor añade como esperanza de futuro:

Con el tiempo esto podría evolucionar, si cabe albergar cierto optimismo en estos tiempos agitados, hacia la defensa no-militar, que es el modo de hacer frente a los conflictos en las sociedades civilizadas, con huelgas, un poco de desobediencia civil, mecanismos de resolución de conflicto, etc.

La seguridad, termina diciendo el autor, no sobreviene automáticamente, tiene que haber alguna clase de defensa junto con otras políticas. Concretamente, las tres restantes dentro de las políticas alternativas de seguridad: no-alineamiento, fortaleza interna y utilidad para el exterior.

No-alineamiento

La posición de un Estado con respecto al contexto internacional, en términos de derechos y obligaciones en relación con el ejercicio de la fuerza, es importante para saber el grado de seguridad. El punto de vista que defiende Galtung es que una mayor desvinculación, en un mundo bipolar, de las superpotencias es un camino para aumentar la seguridad, no solamente de los países, o el país, desvinculados, sino del sistema entero. Lo importante no es si se pertenece o no a una alianza, sino el grado de dependencia de la correspondiente gran superpotencia que dirige esa alianza. Es más, Galtung considera positivo las alianzas defensivas pero siempre que dichas organizaciones se desacoplen de las superpotencias.

La mejor posición que puede adoptar un Estado respecto a las superpotencias y las alianzas dominadas por ellas es el no-alineamiento pues, eso significa exactamente no ser miembro de ninguna alianza, con los correspondientes derechos y deberes militares que tal pertenencia implica de una manera relativamente automática, por imposición de la superpotencia, o por consenso de la alianza, o por un voto mayoritario. Un país no-alineado puede, de todos modos, intercambiar servicios militares con la superpotencia, o con una alianza, pero sobre una base *ad hoc* y de acuerdo con sus propios deseos.

La idea que subyace detrás de estas propuestas de Galtung es que las grandes potencias son siempre ofensivas y por tanto, la participación, o si

se quiere, el acoplamiento de un país respecto a una superpotencia implica la utilización de ésta para sus propios intereses que, desde la dimensión militar, puede implicar la utilización de sus bases por parte de la superpotencia, la disposición a aceptar la ejecución de tareas nucleares en y desde el país, y la subordinación de las fuerzas nacionales bajo el mando de la superpotencia. Por eso, la desvinculación gradual de los Estados respecto de las superpotencias es una forma de construir seguridad.

Las alianzas defensivas cuando no están dominadas por las grandes potencias, las consideran positivas para la seguridad. Primero, porque constituye un ámbito multilateral para el debate de todas estas cuestiones de seguridad. Segundo, porque en la medida en que la seguridad es una preocupación legítima para cualquier país, la defensa lo es también. Un foro multilateral de países relativamente coincidentes para debatir estas preocupaciones y entrar en esquemas de cooperación surge naturalmente.

Para Galtung el sistema de seguridad colectiva de Occidente hasta ahora es no sólo provocativo e inestable, sino que es demasiado fácilmente combinable con la planificación atacante. La pregunta que queda abierta es si la construcción de una política de seguridad y defensa común en el seno de la Unión Europea cumple los requisitos de dispositivo multinacional defensivo no provocativo.

La fortaleza interna

La defensa, como medio para alcanzar la seguridad, no sólo comprende el aspecto militar, sino también el modo de organización interna de la sociedad y la forma en que se comporta en sus relaciones externas.

La tesis de Galtung es que cuanto mayor sea la fortaleza interna de una sociedad mayor será la seguridad total resultante. En un mundo en el que la globalización va ganando espacio, el autor defiende la autodependencia de los Estados como la llave maestra para solventar el problema de la generación de fortaleza a través de los recursos propios. La autodependencia no significa autarquía, sino, primero, el logro de la independencia mediante la utilización de los recursos propios, y segundo, interdependencia para resolver, mediante el intercambio, los problemas que no puedan atenderse normalmente con recursos nacionales o locales, pero sobre una base de equidad. Independiente e interdependiente, pero no dependiente de otros; esa es la clave de la autodependencia.

La manera de conseguir esa fortaleza interna es por medio de poseer un mayor nivel de autodependencia económica, ecológica, política, cultural, y de forjar sociedades más fuertes, menos pobladas de contradicciones y esto, según el autor, se puede lograr mediante procesos de descentralización, de autodependencia local, de esfuerzo por resolver con éxito los conflictos dentro de los países. Galtung resume todo ello diciendo:

En última instancia la fortaleza interna consiste en crear una sociedad en la que todos sus ciudadanos sientan que vale la pena vivir.

Utilidad para el exterior

Una forma de eliminar los conflictos es aumentar la cooperación entre los Estados implicados en diferentes dimensiones. La cooperación crea un entramado de relaciones entre las partes que hace crecer la mutua confianza, por eso, la cooperación incrementa la seguridad y es la mejor disuasión para evitar futuras confrontaciones entre los socios.

Normalmente la cooperación se construye en porciones que va desde los asuntos menos trascendentes a los más sensibles. El proceso de construcción de la Unión Europea es un claro ejemplo de cómo viejos adversarios hoy son socios a través de la cooperación.

Aunque el autor señala cinco condiciones para aumentar la cooperación entre el Este y el Oeste durante la guerra fría, dichas condiciones pueden aplicarse en cualquier relación donde subsiste el conflicto. La primera es que exista simetría, o sea, un cierto grado de igualdad entre los participantes; segunda, tiene que haber homología, o sea, cierto grado de similitud estructural entre ellos; tercera, tiene que haber una simbiosis, en el sentido que la cooperación sea realmente importante para ambas partes; cuarto, tiene que haber un elemento de institucionalización a nivel supranacional; y quinta, tiene que haber entropía, en el sentido de que la cooperación debe tener lugar en toda clase de ámbitos y estar bien distribuida.

Finalmente, el Estado en cuestión tiene que encontrar cómo hacer creíble que es útil a otros si se le permite vivir en paz y libertad, sin ser tocado por la fuerza o la amenaza de la fuerza y, asimismo, que esta utilidad sufrirá una merma considerable si el país es atacado.

CONCLUSIONES

En este trabajo se ha esbozado el pensamiento del noruego Johan Galtung en relación con la prevención y resolución de conflictos dentro de los estudios que lleva a cabo sobre la paz. Aunque matemático en sus comienzos, hoy Galtung es uno de los científicos sociales más importantes en el campo de los estudios modernos de la paz y también de la seguridad.

Las tesis y los postulados a lo largo de la obra de este escritor y pensador han sido punto de referencia de diferentes organizaciones no gubernamentales a las que concede un importante protagonismo en la resolución de los conflictos y en la búsqueda de la paz. Sin embargo, Galtung quiere que sus tesis, postulados y aportaciones estén desgajadas de ideologías o visiones partidistas. Su objetivo es conseguir, a través del método científico, una base teórica a los estudios de la paz en su más amplio sentido.

Después del análisis de su obra se pueden destacar dos elementos nucleares del pensamiento de Galtung. Por un lado, el conflicto no se puede desterrar de las relaciones internacionales, al igual que no se puede hacerlo de las relaciones sociales, pero tampoco se debe asumir que la violencia en general, y la guerra como una manifestación de la misma, es consustancial al ser humano y al conflicto. Por tanto, se debe evitar recurrir a la fuerza generadora de violencia como forma de solventar las incompatibilidades entre las partes implicadas en el conflicto.

El mejor y más eficaz instrumento para que esto no ocurra es la prevención de los conflictos y de la violencia. Si los mecanismos e instituciones responsables de ello fracasan nos arriesgamos a que la violencia explote. Galtung afirma de manera contundente que la aparición de la violencia es siempre señal de fracaso humano y social. Los conflictos hay que atajarlos antes que den lugar a la violencia. Después los traumas y las secuelas que dejan las confrontaciones hacen más difícil su curación. El método que propone para alcanzar tal fin es el trascendente, es decir, manejar los conflictos para su resolución con empatía, no violencia y creatividad.

La prevención y en su caso la resolución de los conflictos, tanto antes como después de la violencia, no hay que limitarlas a los aspectos visibles, por debajo de ellos se extienden en ocasiones unas culturas y estructuras sociales que son las verdaderas causantes de la violencia.

Estudiar y analizar tanto las culturas como las estructuras de la sociedad para saber si son el origen de la violencia y, en caso afirmativo, reemplazarlas por otras de paz, son claves en el pensamiento de Galtung.

Por otro lado, Galtung considera que el camino hacia la paz sólo es posible si los Estados se sienten seguros unos respecto de los otros, pero la seguridad no sobreviene automáticamente, tiene que haber alguna clase de defensa. Conjugar un sistema que proporcione una seguridad lo más alta posible a los diferentes actores y al mismo tiempo que no sea provocativa, es el reto que el autor trata de afrontar. Las palabras claves de sus postulados son: coraje, defensa defensiva y transarmamento.

Coraje por parte de los Estados y de las organizaciones internacionales para reconsiderar los métodos, medios e instrumentos que hasta ahora emplean para conseguir la seguridad y la paz como la resolución de conflictos, el equilibrio de fuerzas y el desarme. Aunque para Galtung todos ellos son cruciales a la hora de evitar la guerra y forjar la paz, precisan de un enfoque y planteamiento diferentes al concebido hasta ahora por los Estados. El autor no sólo analiza los puntos débiles y las contradicciones de todos esos instrumentos y métodos, sino que también aporta sus ideas para corregir errores y proporcionar soluciones en el futuro.

La defensa defensiva es el dispositivo que reúne todas las condiciones exigidas, es decir, alto grado de seguridad y nula amenaza para el otro bando. Pero eso exige un proceso de transformación de las armas ofensivas a defensivas. El método para hacerlo es el transarmamento ayudado por el desarme.

Finalmente, todas las políticas que se dirigen a prevenir la guerra y a robustecer la paz son bienvenidas, pero sólo son realmente efectivas cuando trabajan de forma sincrónica y no de manera aislada.

Sobre la obra de Galtung se puede estar de acuerdo o discrepar, pero lo que nadie puede negar es que es uno de los contemporáneos que mayor esfuerzo ha hecho por sistematizar los estudios sobre la paz y la seguridad, por eso, se le reconoce como uno de los fundadores de los estudios modernos sobre la paz.

CAPÍTULO QUINTO

NOAM CHOMSKY. DESCUBRIENDO EL LADO OCULTO DE LOS CONFLICTOS

NOAM CHOMSKY. DESCUBRIENDO EL LADO OCULTO DE LOS CONFLICTOS

Por JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO

Noam Chomsky se doctoró en lingüística en la Universidad de Pennsylvania en 1.955 y en la actualidad es profesor de esta especialidad en el Departamento de Lingüística y Filosofía del Instituto de Tecnología de Massachusetts. Ha escrito numerosas obras sobre lingüística, filosofía, historia de las ideas y sobre política internacional contemporánea. Entre sus trabajos lingüísticos destacan "*Aspectos de la teoría de la sintaxis*" (1976), "*Lingüística cartesiana*" (1984) y "*El lenguaje y el entendimiento*" (1984), y en el ámbito de la política internacional: "*La segunda guerra fría*" (1984), "*La quinta libertad*" (1988), "*Los guardianes de la libertad*" (1990, 1995), "*El miedo a la democracia*" (1992), "*El nuevo orden mundial (y el viejo)*" (1996) y "*El beneficio es lo que cuenta*" (1999).

Es propio que Noam Chomsky sea la figura intelectual que encabece en el mundo de hoy la batalla por la democracia y contra el neoliberalismo (1). En la década de 1960 fue en Estados Unidos un destacado crítico de

(1) El neoliberalismo, conflicto abierto y camuflado de la sociedad moderna, es la política que define el paradigma económico de nuestro tiempo: se trata de las políticas y los procedimientos mediante los que se permite que un número relativamente pequeño de intereses privados controle todo lo posible la vida social con objeto de maximizar sus beneficios particulares. El neoliberalismo funciona mejor dentro de la democracia formal con elecciones, pero con la población alejada de la información y del acceso a los foros públicos necesarios para participar significativamente en la toma de decisiones.

la guerra de Vietnam y, en un sentido más amplio, se convirtió tal vez en el analista más incisivo “de los procedimientos con que la política estadounidense minaba la democracia, aplastaba los derechos humanos y promovía los intereses de las minorías acaudaladas”.

Chomsky ha hecho mucho por revitalizar la comprensión de los requisitos sociales de la democracia, partiendo tanto de los antiguos griegos como de los principales pensadores de las revoluciones democráticas de los siglos XVII y XVIII. Durante los años de su prolija producción literaria podría catalogarse su pensamiento de anarquista o, quizá dicho con mayor precisión, de socialista libertario, habiendo sido por principios un coherente crítico y adversario demócrata de los estados y los partidos comunistas y leninistas.

En realidad, la mayor contribución de Chomsky tal vez sea su insistencia en la inclinación fundamentalmente democrática de los pueblos del mundo y en el potencial revolucionario implícito en tales impulsos. Este autor se apresura a señalar que el activismo político organizado es el responsable del grado de democracia que tenemos hoy, del sufragio universal de los adultos, de los derechos de la mujer, de los sindicatos, de los derechos civiles y de las libertades de que disfrutamos. Como dice Chomsky,

Si uno actúa como si no hubiera posibilidades de cambiar a mejor, garantiza que no habrá cambio a mejor. Nosotros hemos de escoger, usted ha de escoger, su decisión es importante.

INTRODUCCIÓN

Querámoslo o no, el mundo actual es heredero del orden internacional que emerge de la Segunda Guerra Mundial. Esta afirmación no sólo es aplicable a las realidades geopolíticas y económicas sino también a las concepciones ideológicas y culturales que han imperado en nuestra “aldea global” durante estas cinco últimas décadas.

Con el final de la Segunda Guerra Mundial y muy especialmente con el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima, la forma de los conflictos ha cambiado considerablemente. Clausewitz enunció en su día que la guerra es la continuación de la política mediante otros medios. Esta frase, en sus orígenes, era cierta, era válida, expresaba un principio básico de la evolución de las crisis entre las naciones. La guerra, los conflictos armados, no sólo son armas y soldados, sino también conflictos entre

potencias en los que una parte intenta obligar a la otra a hacer o aceptar algo que ella no quiere, un “algo” cuya percepción puede ser radicalmente distinta, tal y como afirma Noam Chomsky:

Hay que evaluar con precaución las doctrinas que dimanen del discurso intelectual, con cuidadosa atención a los argumentos, a los hechos y a las lecciones de la historia pasada y presente. Tiene poco sentido preguntarse qué está bien para distintos países, como si estos fueran entidades con intereses y valores comunes. Lo que tal vez esté bien para los habitantes de Estados Unidos, con sus incomparables ventajas, podría estar mal para otras poblaciones con muchas menos posibilidades de elegir. No obstante, es razonable prever que lo que esté bien para la población sólo por remotísima casualidad corresponderá a los planes de los “principales arquitectos” de la política. Y que ahora sigue habiendo las mismas razones que las que ha habido siempre para no permitir que conformen el mundo según sus intereses.

Dado que los conflictos nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz. La sociedad internacional ha sido, desde aquel lejano en el tiempo y cercano en la memoria 1945, un objeto en constante evolución. Esto se ha llevado a cabo, en lo relativo al tratamiento de los enfrentamientos y divergencias políticas, a través de la utilización de medios autoritarios que se corresponden con las condiciones de la época. De ahí que la llamada guerra fría no era otra cosa que la Tercera Guerra Mundial.

En la actualidad tenemos otra vez conflictos que recuerdan poderosamente a una guerra. La gente se expresa en su propia lengua. También hoy, como antes, se esgrimen nuevas armas. En este sentido, se tiene poco en cuenta una técnica relativamente moderna: la invasión sin armas. Habitualmente, aunque los motivos que hacen estallar las disputas intra o internacionales se encubren con los términos, siempre presentes en el discurso diplomático, de los intereses nacionales y de la seguridad, se descubre que las amenazas contra la seguridad son inventadas —y una vez inventadas para otros fines, en ocasiones, creídas—, para inducir a un público reacio a aceptar aventuras en el extranjero o a una costosa intervención en la economía interna. Los factores que han condicionado típicamente la política en el período de la posguerra son la necesidad de imponer o mantener un sistema global que sea útil al poder del Estado y a los intereses estrechamente vinculados de los amos de la

economía privada, y la de asegurar su viabilidad por medio de la subvención pública y de un mercado garantizado por el Estado (2).

Los acontecimientos de la última década han dado nuevo relieve —y en ciertos casos, mayor virulencia— a viejos contenciosos que subsistían camuflados a la sombra de la confrontación entre Este y Oeste. Estos litigios, que se conocen como “guerras de baja intensidad”, tienen su origen en la exclusión, la pobreza extrema, la marginación y las rivalidades étnicas o religiosas. Las amenazas a la seguridad proceden ahora mayormente de la pobreza, la asimétrica distribución de recursos, la exclusión, la ignorancia dogmática, las emigraciones masivas y las injusticias sociales que generan reacciones de rechazo.

Es erróneo pretender que muchos de los conflictos que sacuden la Tierra se deben a odios atávicos y que, por lo tanto, son imposibles de prevenir. Las generaciones venideras necesitan de nuestra labor en la prevención y resolución de conflictos y por ello nuestra actuación debería basarse en que:

Los derechos de las generaciones venideras dependen del cumplimiento de los deberes de las generaciones presentes, de nuestra capacidad de mirar hacia delante, de tener en cuenta a nuestros hijos y sus descendientes. La medida en que puedan ejercer sus derechos reflejará nuestra textura moral e intelectual. Una conocida frase afirma que la diferencia entre los gobernantes y los estadistas está en que unos piensan en las próximas elecciones y otros en las próximas generaciones (3).

NUEVO ORDEN, NUEVOS CONFLICTOS

Para hacer un buen papel, una amenaza ha de ser grave o, al menos, ha de ser descrita como tal. La defensa contra la amenaza debe engendrar el adecuado espíritu marcial entre la población, la cual debe dar a sus

(2) De este modo trata el tema de la utilización particular y partidista de la seguridad nacional Noam Chomsky en su libro “*Deterring Democracy*” (El miedo a la democracia) donde afirma que esta pauta ha sido habitual durante la postguerra y, de hecho, ilustra irregularidades mucho más generales del arte de gobernar y de las estructuras ideológicas que lo acompañan.

(3) Federico Mayor Zaragoza, director general de la UNESCO desde 1987 hasta épocas recientes, hace esta reflexión en su obra “*Los nudos gordianos*”, publicada por Galaxia Gutenberg en 1999.

gobernantes vía libre para aplicar políticas fundadas en otros motivos y debe tolerar la erosión de las libertades civiles, un beneficio secundario de particular importancia para los reaccionarios partidarios del Estado que se disfrazan de conservadores. Por otro lado, dado que el objetivo es desviar la atención del poder y de sus operaciones, una amenaza para nuestros días debería ser lejana: el "otro" debería ser muy distinto de "nosotros" o, por lo menos, lo que se nos ha enseñado a aspirar a ser. Asimismo, los objetivos establecidos deberían ser lo suficientemente débiles como para atacarlos sin coste; también ayuda que el color no sea el correcto. En pocas palabras, la amenaza más probable debería situarse en el Tercer Mundo o los barrios pobres de nuestro propio país. La guerra contra la amenaza debería estar también destinada a ganarse, como precedente para futuras operaciones.

Con el final de la guerra fría se pidió de diversas formas un nuevo orden mundial. La primera de dichas peticiones procede de los trabajos de una instancia no gubernamental, la Comisión Sur, presidida por Julius Nyerere y compuesta por destacados economistas, planificadores gubernamentales, dirigentes religiosos y otras personalidades del Tercer Mundo. Esto fue realizado en un estudio fechado en 1990 (4). Tras estudiar el miserable estado de los dominios occidentales tradicionales, la Comisión solicitó un nuevo "orden mundial" que respondiese a las "necesidades de justicia, equidad y democracia del Sur en el contexto de la sociedad global", pese a que su análisis no daba muchos márgenes a la esperanza.

La caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 puede considerarse como el final simbólico de una era en la que sobre los principales asuntos mundiales se proyectaba irremisiblemente la siniestra sombra de la guerra fría, con su amenaza de destrucción nuclear; no obstante, el doctor Chomsky piensa que:

El llamado nuevo orden mundial es como el viejo con otro disfraz; sus reglas básicas siguen siendo las mismas: los débiles están sometidos a la fuerza de la ley, mientras los poderosos se sirven de la ley de la fuerza; se imponen a los pobres principios de la "racionalidad económica", mientras los ricos se aprovechan del poder y de la intervención del Estado.

(4) "The Challenge To The South", Informe de la Comisión Sur, Oxford, 1990.

Sin embargo, algo sí ha cambiado, ya que sin la engorrosa necesidad de tener que aportar pruebas o argumentos convincentes, los apologetas de ambos bandos podían explicar sin el menor reparo que las acciones en el extranjero, por deplorables que fuesen, se llevaban a cabo por razones de “seguridad nacional” y en respuesta a la amenaza de la cruel y terrible superpotencia enemiga. Los nuevos conflictos generados en el mundo tienen unas características peculiares que demandan la acción solidaria de una fuerza externa, normalmente multinacional; no obstante, el principio fundamental operativo, en el entorno de los países más poderosos, fue elegantemente expuesto por la Secretaria Albright, cuando disertó en el Consejo de Seguridad de la ONU sobre la poca disposición a aceptar las exigencias norteamericanas respecto a Irak: “Estados Unidos se conducirá ante los demás multilateralmente cuando podamos y unilateralmente cuando debamos, no reconociendo ninguna coacción externa en un terreno considerado vital para los intereses nacionales”, según había determinado Estados Unidos. Pero este tipo de actuaciones han de constreñirse al estrecho ámbito de la jurisdicción supranacional porque, según nos hace llegar Chomsky:

Existen límites a lo que un país soberano puede hacer para ayudar a otro, aún cuando ese país tenga las mejores intenciones.

Otros a su vez cuestionan este parecer ya que, en su opinión, “es injusto privar a la humanidad doliente de nuestra necesariamente benévola atención” (palabras enunciadas en la última reunión cumbre de la Asamblea General de la ONU por la Secretaria de Estado estadounidense anteriormente citada).

Una de las características peculiares aludidas es que los nuevos conflictos se producen más bien dentro de los Estados, por motivos de excisiones, diferencias étnicas o religiosas. Estas situaciones generan más violencia y crueldad que los interestatales. Los nuevos conflictos crean situaciones que no se habían visto desde las operaciones del Congo de los años 60. En estos conflictos participan no sólo ejércitos regulares, sino guerrillas con frentes de combate indefinidos, en los que los civiles son las principales víctimas y los principales objetivos, lo que ha producido el extraordinario incremento del número de refugiados. También es verdad que no son solamente los ejércitos incontrolados los causantes de estas fechorías, sino que los propios civiles se extralimitan en venganzas crueles como ha estado pasando en la antigua Yugoslavia.

Ya, tras la Segunda Guerra Mundial, los cambios en la geopolítica se hacían significativos. Conforme Europa y Japón se recuperaban de la

devastación de la guerra, el orden mundial pasó a tener forma tripolar. Estados Unidos ha retenido el papel dominante, aunque surgen nuevos desafíos, entre los que se cuenta la competencia de Europa y Extremo Oriente en América del Sur. Los cambios más importantes ocurrieron hace veinticinco años, cuando la administración Nixon desmanteló el sistema económico mundial de la posguerra, en el cual Estados Unidos era de hecho el banquero del mundo, papel que no pudo retener en adelante.

En los nuevos escenarios en que se forjan los conflictos actuales las organizaciones humanitarias, que han ido acaparando cada día mayor protagonismo, procuran prestar socorro a las víctimas civiles de la guerra, pero se encuentran que las partes en pugna dificultan y tratan de impedir su labor.

Las atrocidades y situaciones dramáticas que se producen en el mundo son actualmente mostradas por los medios de comunicación y levantan un sentimiento de solidaridad para lo cual el instrumento del que dispone la comunidad internacional es, a través de Naciones Unidas, generar una Fuerza Multinacional de Paz que permita ayudar a los necesitados y crear las condiciones necesarias, incluso con el uso de la fuerza, para resolver el conflicto. La información y el conocimiento de los conflictos cambian la percepción de los mismos y ello provoca que:

En un mundo de naciones estado, la arena pública es fundamentalmente la política, en varios niveles. La democracia funciona en tanto en cuanto los individuos participan de forma significativa en la cuestión pública, a la vez que se ocupan de sus propios asuntos, individual y colectivamente, sin ser ilegítimamente interferidos por las concentraciones de poder. El funcionamiento de la democracia presupone una relativa igualdad de acceso a las fuentes —materiales, informativas y demás—, una perogrullada tan antigua como Aristóteles (5).

Según el pensamiento del autor estudiado, este es un buen momento para repensar las confrontaciones entre Oriente y Occidente, el Norte y el Sur, para preguntarse cómo se relacionan estas divisiones del orden global, así como para considerar las consecuencias probables del final de la guerra fría y otros cambios acaecidos en el mundo durante los últimos años. Una vez más, el panorama convencional es que, durante la mayor parte del siglo y ciertamente desde 1945, el conflicto Oriente-Occidente

(5) CHOMSKY, NOAM. "El beneficio es lo que cuenta". Ed. Crítica. Barcelona, 1999.

ha sentado el marco básico de los asuntos internacionales y de las políticas internas: militar, económica e ideológica.

El nuevo orden mundial existe porque uno anterior, ¿antiguo?, fue pergeñado por los estrategas de la vida social; ciñéndose al que se pudiera considerar el último siglo de la seguridad que nació, según George Kennan, uno de los principales artífices del mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial y también respetado historiador, al mismo tiempo que la guerra fría, con la disolución de la Asamblea Constituyente por parte de los bolcheviques en enero de 1918, se ha argumentado convincentemente que el siglo XX se ha caracterizado por tres avances de la mayor importancia política: el crecimiento de la democracia, el crecimiento del poder empresarial y el crecimiento de la propaganda empresarial como medio para proteger su poder frente a la democracia.

Los desequilibrios de nuestra época amenazan no sólo el ritmo de desarrollo y la solidez de las instituciones, sino la supervivencia misma de la especie humana. Las disparidades actuales constituyen una auténtica amenaza para la paz y la concordia, y crean una brecha, cada día más ancha, entre la minoría que disfruta de los beneficios del progreso y la inmensa mayoría de los habitantes del planeta, para los cuales el bienestar es un espejismo muy lejano.

Las futuras generaciones se enfrentarán, según Noam Chomsky, a problemas bastante distintos en escala y complejidad de cualquiera de los surgidos con anterioridad. La posible destrucción de un entorno físico capaz de sostener la vida humana en condiciones similares a las actuales es uno de los más dramáticos, juntamente con la creciente amenaza de las armas de destrucción masiva y los continuos conflictos entre adversarios con una capacidad para causar terribles daños cada vez mayores. No es tan obvio que estos problemas tengan una solución. Que la exaltación de la codicia hasta convertirla en el más alto valor humano no es la respuesta es bastante evidente.

Lo fue para todo el mundo pero, principalmente, para las élites norteamericanas, la relajación de las tensiones de la guerra fría fue una bendición a medias. Ciertamente, la debilitación del elemento disuasor soviético facilita el recurso de los Estados Unidos a la violencia y la coacción en el Tercer Mundo (6), y el colapso del sistema soviético prepara el

(6) Según Noam Chomsky, en un artículo publicado con el título de "*Un progresivo colonialismo*", se puede seguir pensando en el Tercer Mundo en los términos empleados en la

terreno para la integración de gran parte de la Europa del este y Europa central en los dominios que han de complementar a las economías industriales de Occidente.

De los artículos de nuestro autor se puede deducir que a lo largo de esta era se han producido muchos cambios significativos, algunos de los cuales ya se han comentado. Uno de los cambios cruciales se produjo con la Segunda Guerra Mundial: por primera vez un único estado tenía una riqueza y un poder tan abrumadores que sus planificadores podían diseñar y ejecutar, de manera realista, una visión global. Al final de la guerra, los Estados Unidos poseían casi la mitad de la riqueza del mundo y eran la mayor potencia militar, disfrutando de una seguridad sin precedentes; no tenían ningún enemigo cerca, dominaban los océanos y las regiones más ricas y desarrolladas allende los mares, y controlaban las principales reservas mundiales de energía y otros recursos cruciales. Durante mucho tiempo los Estados Unidos han sido la potencia industrial más importante del mundo. La guerra infligió graves daños a todos los demás, mientras que, en los Estados Unidos, el único país que no quedó devastado por la guerra, la producción se disparó llegando prácticamente a cuadruplicarse. El Tercer Mundo ha ido sumergiéndose, desde aquel entonces, más y más en la pobreza y la desesperación, mientras que el "Primer Mundo" ha quedado constituido por un único estado.

Los analistas y asesores políticos señalan a menudo una distinción entre "nuestras necesidades" y "nuestros deseos", dicotomía difícil, por lo que, ciertamente, está cobrando forma un nuevo orden mundial marcado por la difusión del poder en los dominios de los Estados Unidos y el hundimiento del imperio ruso y de la tiranía inherente al mismo. Estos hechos convierten a los Estados Unidos en la fuerza militar abrumadoramente dominante y ofrecen a los tres centros de poder económico (EE.UU., Europa y Japón) la atractiva perspectiva de incorporar al antiguo sistema soviético a sus territorios en el Tercer Mundo, que todavía deben ser controlados, en ocasiones por la fuerza.

Para finalizar, en cuanto al nuevo orden mundial se parece demasiado al viejo, aunque con un nuevo disfraz. Se producen fenómenos importan-

primera planificación del período posterior a la Segunda Guerra Mundial: como la región que ha de cumplir su principal función como fuente de materias primas y como mercado para las sociedades industriales occidentales. Un elemento que se perpetuó como fuente de conflicto internacional fue el hecho de que el imperio soviético no cumpliera su función en la "forma requerida".

tes, especialmente la creciente internacionalización de la economía con todas sus consecuencias, incluyendo el agudizamiento de las diferencias de clase a escala global y la extensión de este sistema a los antiguos dominios soviéticos. Pero no hay cambios sustanciales, ni se necesitan “nuevos paradigmas” para entender lo que está sucediendo. Las reglas básicas del orden mundial son como han sido siempre: el imperio de la ley para el débil, el de la fuerza para el fuerte; los principios de racionalidad económica para los débiles, el poder y la intervención del estado para los fuertes. Al igual que en el pasado, el privilegio y el poder no se someten voluntariamente al control popular o a la disciplina del mercado, y por tanto, procuran debilitar la verdadera democracia y ajustar los principios del mercado a sus necesidades específicas. La cultura de la respetabilidad sigue desempeñando su papel tradicional: rehacer la historia pasada y presente según los intereses del poder, exaltar los altos principios que nos impulsan, a nosotros y a nuestros dirigentes, y disimular los desperfectos de la historia clasificándolos de buenas intenciones equivocadas, de crueles disyuntivas ante las que nos coloca algún enemigo perverso o cualquier otra de las categorías que tan bien conocen las personas convenientemente educadas. Quienes no estén dispuestos a aceptar este papel, también tienen un papel tradicional a desempeñar: desafiar y desenmascarar la autoridad ilegítima y trabajar codo con codo para debilitarla y ampliar el alcance de la libertad y la justicia.

Ambas tendencias coexisten, como han hecho casi siempre. La que prevalezca determinará si habrá un mundo en el cual una persona decente querría vivir.

LA DEMOCRACIA Y LAS IDEAS SOBRE LA PAZ.

Es quizá el tema de la incidencia de la evolución democrática en la generación de nuevos conflictos y su percepción particular de Noam Chomsky lo que hace que este asunto haya generado multitud de artículos del autor y una filosofía propia emergente que ha creado escuela. Según este pensamiento:

El espectro de opiniones abarca desde aquellos que mantienen que todo va bien si se gana, hasta los espíritus más sensibles que consideran que los ríos de “sangre y miseria” sólo merecen la pena si algo sale a flote: la “democracia”. Esto revela, con mayor claridad si cabe, las pautas éticas del nuevo orden mundial y el significado de democracia implícito en él.

Hay una serie de tendencias y cuestiones comunes y su identificación es un paso necesario para las políticas de prevención de conflictos que resultan actualmente imprescindibles.

Según el autor una sociedad democrática decente debe basarse en el principio del “consentimiento de los gobernados”. Esta idea ha ganado general aceptación, pero es cuestionada al mismo tiempo por ser demasiado fuerte y demasiado débil. Demasiado fuerte porque sugiere que la gente debe ser gobernada y controlada. Demasiado débil, porque incluso los gobernantes más brutales necesitan en alguna medida el “consentimiento de los gobernados”, y por regla general lo consiguen, no sólo mediante la fuerza. Hay una serie de doctrinas que se han elaborado para imponer las modernas formas de democracia política. La observación de que la manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones establecidos de las masas es un componente importante de la sociedad democrática está continuamente en el pensamiento que Chomsky critica como neoliberal. Para llevar adelante esta tarea esencial, las minorías inteligentes deben utilizar la propaganda constante y sistemáticamente, porque sólo éstas comprenden los procesos mentales y las pautas sociales de las masas, y pueden mover los hilos que controlan la opinión pública. Por lo tanto, nuestra sociedad ha consentido en permitir que la libre competencia se organice mediante el liderazgo y la propaganda, otro caso de “consentimiento sin consentimiento”.

En contra de lo que tenían Tocqueville y otros pensadores del siglo XIX, la democracia no ha edificado un imperio de la mediocridad que impide el desarrollo de las formas más elevadas de la ciencia y del arte. Podría afirmarse que se ha llevado a cabo el proceso opuesto. La vitalidad y la capacidad de adoptar nuevas ideas, de desarrollar una insurgente imaginación, de la sociedad democrática han resultado ser muy superiores a lo que imaginaron sus primeros críticos.

Es previsible que en las sociedades del tercer milenio, el poder esté cada vez más disperso en el cuerpo social. Todos los grandes problemas de nuestro tiempo —desde el deterioro medioambiental a la violencia urbana, pasando por la drogadicción, la explosión demográfica o la amenaza de los fanatismos religiosos o políticos— se manifiestan en una escala local, municipal, y su solución exige iniciativas en este contexto. Mientras continúe la situación actual, la democracia corre grave peligro, pues persistirá la tentación de sacrificar las libertades políticas al espejismo del crecimiento económico acelerado. De la seguridad máxima y la

libertad mínima o nula de los regímenes dictatoriales, se corre el riesgo de pasar a la máxima libertad y la seguridad mínima o nula que conocen actualmente muchos países occidentales.

La tarea de dar voz y voto en los asuntos públicos a esa mayoría silenciosa ("consentidora") es un reto de primer orden para la cultura de paz a la que se debe aspirar a forjar. Sólo mediante la participación efectiva y cotidiana se conseguirá hacer frente a la fragilidad de las democracias formales, de los andamiajes y recursos ornamentales que, aun logrando a veces una excelente apariencia, esconden mecanismos de poder autoritarios. Sólo la participación responsable de ciudadanos debidamente informados y educados puede garantizar un porvenir de libertad y equidad a las generaciones venideras.

Para comprender cómo se ha concebido la organización mundial, hay que considerar que los pueblos y sus dirigentes, incluso cuando han sido elegidos democráticamente, no han modificado la filosofía de la política exterior que había sido de los príncipes y los reyes; que la reflexión política reformadora o revolucionaria no ha puesto en cuestión esta filosofía; que son los gobiernos, y particularmente los de las grandes potencias, los que han puesto en marcha las ideas de construcción de la paz, teniendo como motivo principal el mantenimiento del orden establecido y accesoriamente, la necesidad de contestar a una opinión pública cansada de la guerra; en suma, en estas condiciones, las recetas que se han utilizado para establecer la paz no podían ser demasiado válidas.

La creciente insatisfacción del mundo subdesarrollado, según el pensamiento de nuestro autor, a causa de la diferencia entre las naciones ricas y las naciones pobres, creará un fértil terreno de cultivo para las insurgencias. Tales insurgencias tienen el potencial para poner en peligro la estabilidad regional y los accesos a los recursos económicos y militares esenciales. Esta situación se hará más crítica a medida que las naciones más ricas y sus aliados, así como sus potenciales adversarios, se vuelvan cada vez más dependientes respecto de dichos recursos estratégicos. Para tener estabilidad en estas regiones, mantener acceso a sus recursos, proteger a los ciudadanos desplazados en el extranjero, defender las instalaciones vitales y disuadir los conflictos, se debe mantener en la estructura de las fuerzas armadas de las grandes potencias una capacidad de proyección del poder militar creíble, con la flexibilidad para responder al conflicto en todo el espectro de la violencia en todo el globo.

Resulta sencillo destruir las justificaciones acostumbradas: promover

la democracia y la seguridad nacional. Algunos de los que emprenden esta tarea llegan, por lo tanto, a la conclusión de que la intervención “nunca ha tenido sentido, ni siquiera en el apogeo de la guerra fría”, y ciertamente no lo tiene ahora, de modo que se pueden dar por terminadas las mortíferas guerras que el mundo está promoviendo.

Ningún pensador político, hasta el momento, se ha esforzado en analizar las causas profundas de las guerras. Las grandes corrientes del pensamiento, que dan muestras, no obstante, y sobre muchos temas de un gran valor intelectual, y que van a proponer a los pueblos a la vez sistemas explicativos y nuevas perspectivas para la solución de los problemas políticos y sociales, van a ser incapaces de tratar seriamente los asuntos de la guerra y de la paz. Mientras que el problema fundamental es el del nacimiento y la profundización de las identidades colectivas en el marco de los estados-nación los pensadores políticos no llegan ni a analizarlo ni siquiera a considerarlo.

Dentro de un estrecho margen, las políticas emanadas para la construcción de la paz expresan necesidades a cubrir del sector institucional. Las políticas de las naciones grandes han sido coherentes durante un largo tiempo porque las instituciones dominantes son estables, sujetas a muy pocos desafíos internos y —en el pasado— relativamente inmunes a las presiones externas a causa de la riqueza y el poder único de las grandes potencias. La política y la ideología están enormemente limitadas por el consenso de la comunidad empresarial. Por lo que respecta a los temas críticos existe un debate táctico dentro de la opinión pública dominante, pero las cuestiones de principio raramente salen a la luz.

CONFLICTIVIDAD EN UN MUNDO SIN FRONTERAS. INFORMACIÓN Y GLOBALIZACIÓN

La importancia de controlar la opinión pública se ha reconocido cada vez con mayor claridad a medida que las luchas populares han logrado ampliar el terreno de juego democrático, dando así lugar a la aparición de lo que las elites llaman la “crisis de la democracia”, lo que ocurre cuando poblaciones normalmente pasivas y apáticas se organizan y buscan entrar en la arena política para perseguir sus intereses y reivindicaciones, con lo que amenazan la estabilidad del orden. Esto trae a la cabeza una de las grandes preocupaciones de Madison, quien en 1792 advirtió que en el incipiente estado capitalista que se estaba formando en EE.UU. se estaba

sustituyendo el motivo de servir al público por el de los intereses privados, lo que conducía a un auténtico dominio de unos pocos bajo la aparente libertad de los más.

Sin embargo, y de forma indirecta, se está provocando el que un gobierno popular sin información popular, o sin los medios para conseguirla, no es más que el prólogo a una farsa o a una tragedia; o tal vez ambas cosas.

El tema de los medios de información es muy debatido; los medios de comunicación de masas creen que es posible mostrar en directo los acontecimientos, y especialmente la guerra, porque es lo que pide el público. El sistema mediático olvida, sin embargo, que las guerras no se muestran, sólo se muestra lo que es de interés para el bando que, o está ganando, o saca “ganancias” de la transmisión. En la representación de los conflictos y de la guerra, especialmente con el medio audiovisual, hay un hito marcado en 1982, año de la guerra de las Malvinas, que es el primer conflicto de envergadura en el que está involucrado un país desarrollado después de Vietnam. Esta guerra se convierte en la primera sin imágenes. Los británicos pusieron a punto un modelo de cobertura de la guerra que hace que sólo se muestre lo autorizado por el Estado Mayor del Ejército. Se autoriza a un grupo de periodistas seleccionados a contemplar sólo determinados aspectos del conflicto, no tienen libertad para informar de lo que quieran. La comunicación militar domina a la información periodística, pero sin embargo, esta única información es la que va a tomar como basamento el público a quien va dirigida para formar su opinión (que en ningún momento reconocerá “dirigida e impuesta”); en el pensamiento de Noam Chomsky queda reflejado este hecho como:

Las guerras y demás crisis pueden lograr que la gente piense e incluso se organice, y el poder privado recurre regularmente al Estado para contener tales amenazas para su monopolio del escenario político y de la hegemonía cultural...La evaluación de los receptores puede recordar un comentario realizado por uno de los personajes más significativos de la Norteamérica del siglo XX, el pacifista radical A.J. Muste, quien decía que después de una guerra, el problema es el vencedor; piensa que acaba de demostrar que la guerra y la violencia valen la pena, ¿quién va a darle ahora una lección?

Cuando se produce la guerra del Golfo los únicos que no saben cómo funcionan los ejércitos en guerra siguen siendo los periodistas, que siguen prometiéndonos la guerra en directo. Se produce con el conflicto del Golfo

un desconcierto general en todo el sistema mediático, acostumbrado hasta entonces a revelar situaciones oscuras y desconocidas. El control militar vuelve una vez más a someter a la información: la información interesada sustituye al intento de desenmascarar esos mismos intereses. El sistema de comunicación a las masas se transforma en un sistema de eco.

El héroe periodista capaz de resolver entuertos (Superman es uno de los periodistas más famosos) es una tradición democrática que llega a consolidarse con el caso Watergate. ¿Qué ha pasado entonces para que los ciudadanos de las democracias occidentales piensen ahora que los trabajadores de la información ya no cumplen esa función de control de los poderes y que sufren el mismo grado de degradación de otras instituciones? El clima social de actuación de las instituciones democráticas afecta hoy con especial intensidad a la prensa porque para muchos ciudadanos las clases política y mediática ya no están aisladas sino que se funden en un híbrido mediático-político que hace que no exista la posibilidad de recurrir al cuarto poder al estar éste implicado en los mismos asuntos. Cuando hoy, tras la guerra del Golfo, nos preguntamos el porqué de las grandes mentiras que nos son introducidas a través de los “media”, hemos de respondernos que el sistema mediático tomó por primera vez, en este conflicto, una senda que le hará imposible asumir su papel de aliado cívico de los ciudadanos.

Vivimos inmersos en una telaraña infinita de engaños, muchas veces autoengaños, de la que sin embargo nos podemos librar con un pequeño esfuerzo. Si así lo hacemos, veremos un mundo bastante diferente al que nos presentan a través de un sistema ideológico de notable efectividad, un mundo mucho más espantoso y, a menudo, espeluznante que el que cualquier imagen o sonido nos pudiera presentar. También se puede aprender que nuestras propias acciones o nuestra aquiescencia pasiva contribuyen sustancialmente a la miseria y a la opresión, y tal vez a la destrucción global definitiva (7).

Hay, sin embargo, en lo referente a los avances tecnológicos que nos han dotado de esta información sobre los conflictos “en vivo”, un aspecto esperanzador. Tenemos la suerte de vivir en una sociedad no sólo rica y poderosa —y, por lo tanto, como cualquier estudiante de historia podría suponer, peligrosa y destructiva—, sino también relativamente libre y

(7) CHOMSKY, NOAM: “La quinta libertad” Ed. Crítica. Traducción castellana, 1988.

abierta, quizá más que ninguna otra cosa, aunque esta circunstancia puede cambiar si los “reaccionarios que han pervertido el término “conservador” triunfan en su afán de disminuir las libertades civiles, fortalecer el poder del Estado y sustraerlo al escrutinio público”, en palabras de Chomsky. Muchos conflictos no pueden ser analizados y evaluados con precisión debido a la falta de transparencia motivada por los necesarios (aunque a veces se dude) “filtros” gubernamentales.

La lucha por la libertad de expresión es un caso interesante —y un caso crucial—, puesto que forma parte del núcleo de toda una serie de libertades y derechos. Una pregunta fundamental de la era moderna es cuándo puede actuar el Estado para prohibir el contenido de las comunicaciones, si es que puede hacerlo; eso provoca el fundamento de que la población haya de encontrar respuestas a los orígenes de las crisis y al estallido de los conflictos en fuentes cada vez más privadas. Cuando empiezan a revelarse los verdaderos hechos que han sido expuestos a lo largo de la duración de los conflictos la prensa se traumatiza profundamente. Todos los medios de información, sin excepciones, han cometido errores.

¿SEGURIDAD COLECTIVA O INSEGURIDADES PARCIALES? LA TECNOLOGÍA Y LA PAZ

“El Estado es la autoridad, la dominación y el poder organizados de las clases poseedoras sobre las masas, la negación más flagrante, más única y más completa de la humanidad. Quebranta la solidaridad universal de todos los hombres sobre la Tierra y hace que algunos de ellos se unan sólo con el fin de destruir, conquistar y esclavizar a todos los restantes. La flagrante negación de la humanidad que constituye la esencia misma del Estado es, desde su punto de vista, su deber supremo y su mayor virtud. De este modo, ultrajar, oprimir, despojar, saquear, asesinar, maltratar o esclavizar al prójimo es considerado habitualmente un crimen. En cambio, en la vida pública, desde el punto de vista de la defensa de los “parciales intereses nacionales”, todo esto se transforma en deber y en virtud cuando se hace para mayor gloria del Estado, para la conservación o extensión de su poderío” (8). ¡Es un punto de vista!

(8) Declaración de Mikhail Bakunin con ocasión del simposium internacional “*Hacia una cultura de paz*”, auspiciado por la UNESCO.

En un mundo en que los acontecimientos se suceden cada vez con mayor rapidez, ningún motivo de explosión de conflictos puede ser descartado: definido como global, nuestro mundo se presenta como un sistema cuya fiabilidad en todos y cada uno de sus elementos debe ser tan amplia que el fallo de uno cualquiera de los mismos puede llegar a desbordar el equilibrio y la seguridad de toda la "aldea". El momento de la falta de seguridad parcial ha llegado en apenas quince años sin haber sido capaces de programar su nacimiento y su desarrollo. De ahora en adelante, cualquier aspecto sobre el funcionamiento de nuestro planeta debe ser considerado desde el punto de vista de la seguridad global.

La "aldea global" es sólo una. Tras la caída del Muro y la explosión de las nuevas ideologías, con el devenir de las tecnologías de la comunicación, ningún país, ninguna colectividad puede abstraerse de los eventos que aparecen en la comunidad global, creando una red enorme cuya fuerza es función de su eslabón más débil. Esta interdependencia es hoy ampliamente reconocida y formulada. El tiempo de las inseguridades parciales tolerables por las naciones se está quedando atrás; el de la seguridad global ha comenzado. La aceleración de la asimetría distributiva, la precariedad de medios de que dispone la justicia para evitar los delitos y para castigarlos, la corrupción, el incumplimiento de los programas electorales, la carencia de principios morales, la abusiva alusión a los derechos humanos por quienes luego a menudo los vulneran, acarrear enormes desilusiones y propician la indiferencia y hasta la hostilidad hacia los poderes públicos. Estas situaciones no sólo provocan la reacción de los menos favorecidos, sino también de quienes viven en la frontera del consumismo, desorientados y sin ideales.

La impugnación de los modelos ya expuestos en todos los foros de debate internacionales es indispensable para dar paso a la imaginación, única capaz de descubrir caminos inéditos y explorar nuevas modalidades de acción, aunque al principio resulten impopulares. En esta incursión por la imaginación tiene mucho que decir la tecnología y sus avances:

Uno de los signos más esperanzadores, a mi juicio, es la creciente preocupación entre los estudiantes por el problema de la utilización de los resultados de la investigación. Son pocos hoy los que estarían de acuerdo con la apreciación de que se debe dar confianza a nuestros desarrollos sociales en el sentido de que darán la mejor utilización posible a los avances tecnológicos, y no se debe disuadir por razonamientos relativos a las consecuencias y a los costes.

La cuestión de los usos de la tecnología es multifacética. Implica a la vez juicios históricos y políticos muy complejos y cuestiones técnicas.

El enorme impacto del desarrollo científico y tecnológico sobre el ser humano y el medio natural constituye sin duda uno de los rasgos definitorios del siglo que ahora termina y entraña, al mismo tiempo, un considerable potencial de amenazas y de soluciones, sobre las cuales la comunidad internacional exige información y asesoramiento. La rapidez con que los descubrimientos se suceden y la creciente diversificación de sus aplicaciones suscitan interrogantes para los que no siempre se pueden hallar respuestas satisfactorias. Los científicos se preguntan sobre la finalidad y el sentido de su actividad; los dirigentes políticos se preocupan por las consecuencias prácticas del desarrollo y sus decisiones dependen cada vez más del consejo de los expertos. El margen de reflexión que las tendencias y acontecimientos actuales dejan a unos y otros parece estrecharse con el paso del tiempo.

En este planeta, día a día más concentrado, más pequeño, reina una profunda injusticia: el 20% de sus habitantes cuentan con el 80% de las fuentes de riqueza y no se plantean, en absoluto, compartirlo. Esta injusticia es hoy la primera causa de inseguridad. En efecto, la miseria es fuente de numerosos fracasos sociales: éxodo rural, migraciones masivas, urbanismo desenfrenado, frustración, violencia, intolerancia, corrupción, etc., que desestabilizan el conjunto de la economía mundial. Reparar la injusticia, acometer la resolución de la asimetría Norte-Sur favoreciendo el reparto de las riquezas y el desarrollo creíble y duradero de los países pobres es el primer objetivo de una humanidad que ha de ser consciente de su obligada solidaridad así como de sus responsabilidades éticas.

Si la humanidad ha sido capaz de llegar a la Luna y construir centrales nucleares, ordenadores y redes de fibra óptica, pero asiste impotente al espectáculo de la degradación y la muerte cotidianas de millares de seres humanos, es porque nuestros valores y objetivos han tenido hasta ahora una jerarquía equivocada. Nuestra sociedad ha estado condicionada por el predominio de la cultura bélica (criticada, pero necesaria hoy por hoy). Ahora que la guerra fría ha terminado y que el impulso hacia la democracia constituye una garantía adicional de paz en el ámbito internacional, se puede comprobar que no estamos preparados para hacer frente a los peligros que, nuevos, surgen en cualquier parte del mundo y que amenazan el futuro de la civilización.

Para ser auténtico y perdurable, el desarrollo debe perseguirse desde un marco de trabajo moral y político que otorgue a cada persona el sentido de su dignidad y los medios de preservarlo: la democracia. Es, en efecto, el respeto de los principios democráticos lo que permite a los ciudadanos el participar en la vida colectiva, influir sobre las decisiones que les son de interés y sentirse parte activa en el desarrollo de la sociedad en la que viven. Pero, desgraciadamente, la globalización y la participación del elemento constitutivo y esencial de la misma, el ser humano, están enfrentados aunque pueden imbricarse en un ambiente de conocimiento, consentimiento y comprensión mutua.

En la fase de transición, tanto nacional como internacional, que caracteriza hoy a todas las naciones indistintamente, el acento debe ponerse sobre la cooperación multilateral para la que el sistema de las Naciones Unidas representa la suprema expresión. La globalización a la cual asistimos no niega la existencia de las especificidades nacionales, que deben ser concebidas y percibidas como la expresión de un pluralismo democrático que enriquece a cada persona dado que es un factor de dinamismo y de empuje. Es la fuerza de las peculiaridades nacionales la que ha provocado el recrudecimiento de la confrontación ideológica Este-Oeste.

Si el desarrollo es asumido por las poblaciones del mundo confiadas en sus propias fuerzas y convencidas del apoyo solidario de los demás, si la democracia funciona, en justo equilibrio con el carácter y las tradiciones de cada cultura, entonces la paz tendrá que venir a través de una serie de cambios que habrán de tomar sus bases sobre un mundo perfectamente reconciliado. De este modo, la paz, el desarrollo y la democracia son los tres vértices que cierran un triángulo interactivo, que es también un círculo segmentado; las sinergias que se requiere se formen serán irresistibles e invulnerables. Para la consecución de este deseo, aún falta reunir la masa crítica necesaria a escala mundial. No se impondrá ningún modelo a los pueblos soberanos. Ninguna categoría social será ni privilegiada ni sacrificada. Todas las sociedades, y todos los componentes de cada sociedad, deben conjuntar sus esfuerzos en la preservación de su futuro común.

EL MUNDO DE FIN DE SIGLO

Una gran mayoría de la humanidad es pobre. Incluso para la mayor porción de esa mayoría, el concepto de pobreza no pasa de ser un eufe-

mismo bien intencionado (9). Entre estos que sobreviven en el límite de las condiciones humanas de resistencia, cualquier mínima eventualidad supone la muerte por decenas de miles. Situaciones que en las áreas desarrolladas no pasarían de ser una relativa emergencia clínica o una estadística meteorológica, se convierten en catástrofes históricas para pueblos que todavía dependen en absoluto del cielo y la tierra como agarraderos vitales.

A finales del siglo XX las riquezas y bendiciones terrestres son disfrutadas en más del 60% por tan sólo el 15% de las personas. Sin temor a exagerar, se puede afirmar que escasamente uno de cada cuatro seres humanos cuenta con las oportunidades y condiciones adecuadas para proveer su propio progreso y el de su especie. Pero muy a menudo este mundo presenta una estampa más favorable que la que corresponde a su auténtica realidad porque esa porción menor de la humanidad que se mal-reparte con avaricia lo que a todos corresponde, es también la que suministra y controla la imaginería de la distorsión informativa. Por eso, aunque la generalidad de los hombres pertenece de hecho a una cultura de la pobreza, son el discurso y el arte de la satisfacción los que prevalecen en la totalidad de los mensajes educativos, y los que pretenden dar el tono a este mundo nuestro.

Es la visión y presión de ese no mundo (el mal conocido como Tercer Mundo) la que ha inspirado durante los años que han transcurrido desde la última guerra, algunos intentos agónicos diseñados para desviar el patético camino de la historia por derroteros más igualitarios.

Los años sesenta fueron la década del desarrollo y la fe ciega en el progreso. La distensión internacional, la consolidación de la paz en el viejo continente, el asentamiento de su integración económica, las esperanzas de cambios en América Latina, la renovación católica, el ciclo obrero, la moda de los marginados, el ascenso social de la mujer, las independencias africanas, la conquista del espacio, el aumento general del bienestar. Los setenta, en cambio, iban a suponer la apertura de una alternativa diferente. Primero la crisis de los valores tradicionales, de las reglas políticas y sociales; luego la acidez de la depresión económica, la desazón gene-

(9) Según un informe emitido en 1999 por la Iglesia y la Fundación de Emergencia Social del Estado, la mitad de la población vive en la "pobreza" (lo que significa que sólo dispone de la mitad de la renta necesaria para satisfacer sus "necesidades básicas"), y otro tercio se encuentra en situación de "extrema pobreza" (inferior a la mitad de la renta del nivel de "pobreza").

ral, la incertidumbre o el desconcierto se impusieron al feliz recuerdo de la década anterior. Es cierto que la humanidad siguió avanzando en la conquista de su entorno espacial o que recuperaron la libertad las últimas dictaduras europeas, pero fueron más espectaculares los avances de la pobreza, el desempleo, la drogadicción...Una desafortunada competencia industrial y una inflación incontrolable, que devoraba las ilusiones de avance y ahorro, caracterizará el desenvolvimiento de la población mundial en las últimas dos décadas.

Sin embargo, no habría de ser el odio ni el pánico, ni siquiera la droga o la violencia el elemento más generalizado y característico de la respuesta social a la crisis. El fenómeno más extendido y de peores consecuencias ha sido la reactivación del egoísmo individual y colectivo. Las nuevas cohortes generacionales han tenido que aprender en su propio desamparo a ocuparse sólo de sí mismas. Mientras se conmemoraba el 40 aniversario de la promulgación de los derechos humanos, se denunciaba su infracción en la mayoría de los países firmantes de la declaración. Entre ellos algunos de los que más se jactan por sus avances democráticos (10). La desasistida explosión demográfica del Tercer Mundo convive con el envejecimiento narcisista de las naciones ricas. La destrucción de alimentos y riquezas, con el hambre en África o la miseria en Asia o Latinoamérica.

No ha sido desdeñable en la prevención y resolución de conflictos la insistencia y extensión de los movimientos pacifistas y antinucleares consolidados desde los años setenta. Manifestaciones y protestas en las principales capitales del mundo, y sobre todo en la victimaria Europa, denunciaron durante la primera mitad de los dos últimos decenios las posiciones agresivas e imperialistas de los bloques mundiales.

(10) Noam Chomsky, en su permanente crítica a la actuación de los EE.UU. con el resto de los estados soberanos, nos muestra un ejemplo fehaciente de esta "vulneración encubierta": "Durante la campaña presidencial Clinton condenó amargamente las inhumanas políticas de Bush. Pero cuando llegó al poder en enero de 1993 las empeoró aún más, reforzando el bloqueo para impedir la afluencia de refugiados que huían de Haití, una grave violación del derecho internacional, comparable con la prohibición del tráfico aéreo procedente de los Estados Unidos decretada por Libia. Durante la conferencia sobre Derechos Humanos celebrada en Viena en junio de 1993, en medio de la postura occidental prácticamente unánime a la hora de alabar la santidad de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la administración Clinton demostró su respeto por las disposiciones relativas al derecho de asilo (artículo 14) al interceptar un barco de vela con ochenta y siete haitianos hacinados a bordo, devolviéndoles a la cárcel del terror y tortura en la que están encerrados". Del libro *"El nuevo orden mundial (y el viejo)"*.

CONCLUSIONES

En el estudio y análisis de la prevención y resolución de conflictos, en la detección de las posibles situaciones que favorecen el nacimiento de las crisis:

nos encontramos una vez más con que la “ingeniería histórica” ha sido muy útil para contener la percepción de acontecimientos de crucial importancia dentro de un molde que sirve a los intereses del poder y los privilegios, otro ejemplo más de cómo actúan los mecanismos de una cultura intelectual disciplinada en una sociedad muy libre. A menos que estas pautas de control se desmonten de alguna forma, las esperanzas de paz y justicia no son muy halagüeñas.

El “triángulo interactivo” que forman la paz, la democracia y el desarrollo, enunciado anteriormente, sólo es efectivo cuando tiene como eje la educación y por motivación profunda la solidaridad y el sentimiento de justicia. Sólo hay una urgencia: compartir.

Los puntos clave en este entorno de pensamiento son ampliamente conocidos: la exclusión y la discriminación, con pretextos étnicos, culturales o ideológicos; la miseria urbana y la decadencia de las zonas rurales; las emigraciones masivas; el despilfarro de los recursos del planeta y el deterioro del medio ambiente; las nuevas pandemias como el sida y las antiguas que cobran renovada virulencia, como la tuberculosis o el paludismo; el tráfico de armas, de drogas y de dinero negro; la guerra y la violación de los derechos humanos y la inercia, la inercia que hace que todavía se use la fuerza sin contemplaciones, sin desacelerar la máquina de la guerra. Es cierto que la complejidad del mundo actual no permite formular soluciones sencillas para todos estos problemas.

Si las perspectivas internacionales en estos años de fin de siglo y fin de milenio siguen su curso, no es difícil aventurar que al término de la presente centuria la humanidad tenga algunos elementos consistentes con los que hacer un balance más positivo de su segunda mitad. Desterrados los jinetes apocalípticos de una parte del planeta, relegada la experiencia atroz de las guerras mundiales al recuerdo de la generación que nos abandona lentamente y creciendo con fuerza las voces exigentes de una paz general, es de confiar que las desesperantes diferencias que enfrentan entre sí a pueblos y clases sociales puedan ser enfocadas con más racionalidad y menos estrechez de miras.

El mundo de fin del segundo milenio no debe renunciar a perfeccionarse en el camino que le han señalado en los últimos cincuenta años tantos de sus líderes y protagonistas. Sin despegarnos un instante de la cruda realidad y sin caer en el espejismo del progreso ilimitado, se cree necesario no obstante subrayar las posibilidades de avance que la humanidad de fin de siglo acaricia con los dedos.

Los grandes de la Tierra (EE.UU., Federación Rusa, Japón, Unión Europea...) tienen ante sí la responsabilidad histórica, tantas veces malograda antes, de encauzar las alternativas reales de un mundo mejor, sin padecimientos ni diferencias; de evitar el sufrimiento ajeno y el propio envilecimiento. Los políticos y dirigentes del Primer Mundo no pueden permanecer por más tiempo impávidos y cóncavos, reclusos en la coartada de sus problemas domésticos cuando el hambre y la incultura siguen siendo el azote de grandes masas humanas y cuando la muerte de miles de niños por inanición es el tópico más monstruoso de nuestra era y llama con desesperación a la puerta de todas las conciencias sensibles.

Si la guerra es evitable, sólo puede serlo a través de una voluntad política de transformación tal que haga innecesarias las revoluciones cruentas, y que convierta las conferencias y cumbres inoperantes en acuerdos coactivos de solidaridad. Es acuciante, por tanto, antes de entrar en el siglo próximo, la promoción de un gran cambio político y moral que coloque en primer plano los valores de la razón y la generosidad, desautorizando y persiguiendo los abusos de los más dotados. Un giro radical que deje fuera de nuestro código los individualismos, las desidias y el desprecio por la suerte que puedan correr aquellos que no están al alcance de nuestra miope visión de la historia presente. Una revolución ética que ponga de moda y legalice la paz y la igualdad, por encima de las razones de Estado, de los intereses nacionales o de los egoísmos de clase; que proscriba y expulse de la sociedad a los que se opongan a ellas. Esta transformación que está exigida desde el fondo común del pensamiento humano racional, lo mismo en Buda que en Cristo, en Smith o Carlos Marx, puede todavía salvar la situación si sabemos aprovechar las oportunidades que nos quedan, mientras llega el siglo XXI.

Una mirada a quienes celebran el final de un conflicto y se benefician de él, y a quienes quedan sumidos en el dolor y el sufrimiento, muchas veces nos dice algo sobre los verdaderos vencedores y derrotados, e incluso en torno a qué giraba el conflicto. Las guerras raramente son un asunto simple, en el que un antagonista (un

estado-nación) se enfrenta a otro. Siempre tiene múltiples dimensiones, y la condición invariablemente resulta relevante: los intereses de los artífices de la política suelen diferir de los intereses de la población general.

Quizá para terminar podríamos añadir las palabras que el respetado jefe de la delegación palestina, Haidar Abdel Shafi, pronunció con motivo de una charla en Belén el 22 de julio de 1993, palabras cuya extrapolación a la prevención y resolución de conflictos nos debe dejar con un pensamiento claro de cómo comenzar la difícil tarea de conseguir un mundo más seguro, más libre, más justo y más humano: No vale la pena discutir sobre las negociaciones. “La cuestión fundamental es transformar nuestra sociedad”. Todo lo demás es intrascendente... Debemos decidir entre nosotros cómo y utilizar todos nuestros recursos y todas nuestras fuerzas para “desarrollar nuestra dirección colectiva y las instituciones democráticas que lograrán nuestros objetivos y nos guiarán en el futuro”... Para nosotros lo importante es que nos ocupemos de nuestra situación interna: organizar nuestra sociedad y corregir aquellos aspectos negativos que han causado su sufrimiento durante generaciones y que son la causa principal de nuestras derrotas.

CAPÍTULO SEXTO

**HENRY A. KISSINGER. EL ORDEN ESTABLE,
GARANTÍA DE PAZ**

HENRY A. KISSINGER. EL ORDEN ESTABLE, GARANTÍA DE PAZ

Por JOSÉ ROMERO SERRANO

SOBRE KISSINGER

Henry A. Kissinger nació el 27 de mayo de 1923 en Fürth, una pequeña localidad en el sur de Alemania. De origen judío, perteneciente a la clase media alemana, se vio obligado a emigrar a los EE.UU. en 1938 ante la fuerte presión antisemita de la Alemania nazi. Sin duda, hay que valorar esta agónica vivencia de su juventud para señalar un factor clave en la personalidad de nuestro autor: su rechazo categórico ante el desorden, la revolución y la implantación de ideologías totalizantes (1).

Instalado en Nueva York, cursó estudios en la Escuela Superior y en 1943 se incorporó al Ejército estadounidense, volviendo a Alemania con la 84 División como intérprete de su general.

Ingresó en Harvard en 1946 y se graduó en Ciencias Políticas. En ningún momento abandonó su tradición europea, y a las lecturas de Hegel, Metternich y Bismarck sumó su tesis de licenciatura: "*The meaning of History: Reflections on Spengler, Toynbee and Kant*". En esta línea, publicó su tesis doctoral: "*A world Restored: Castlereagh, Metternich and the Restoration of peace, 1812-1822*".

(1) Resulta notorio el paralelismo existencial con uno de sus personajes preferidos: Metternich (1773-1859); Éste refugiado de la Revolución Francesa.

Trabajó posteriormente en el Seminario Internacional de Harvard y en el Consejo de Relaciones Exteriores, lo que posibilitó darse a conocer en el ámbito de las Relaciones Internacionales y acometer la publicación de un nuevo libro "*Nuclear Weapons and Foreign Policy*" (1957). Se incorporó seguidamente a la Fundación Hermanos Rockefeller para volver a la Universidad de Harvard y obtener la cátedra de Ciencias Políticas en 1962.

A mediados de los años 60 realizó su primera misión en el Sureste Asiático, estableciendo una línea de contactos secretos entre Washington y Hanoi. Este va a ser otro de los rasgos profesionales distintivos de H.A.K., el convencimiento sobre la utilidad de los canales diplomáticos secretos y clandestinos.

A finales de los 60 dio el salto efectivo a la política. Entró a formar parte del equipo de Nixon como asesor sobre política de seguridad y tuvo también continuidad en el gobierno de Gerald Ford. Ejerció como Secretario de Estado entre septiembre de 1973 y enero de 1977.

Finalizado su paso por la política activa regresó al mundo de la docencia (Colegio Georgetown), y realizó trabajos para el Centro de Estrategia y Estudios Internacionales de Washington.

A partir de 1982, iniciará una tercera faceta de su vida profesional como director de la asesoría "Kissinger Associates, Inc." que facilita informes a entidades empresariales. Incluso se le relaciona con otros proyectos (*China Ventures*) de inversiones de alto riesgo en la República Popular China. Esta faceta de empresario la compagina con la de consultor en asuntos internacionales, con la publicación de artículos de opinión relacionados con la situación mundial y la política exterior norteamericana.

En suma, distinguimos en H.A.K. tres etapas bien diferenciadas correspondientes con su principal actividad:

- 1.º La de académico. Pertenece a su período de formación en Harvard en relaciones internacionales y sus primeros trabajos como teórico de la disuasión nuclear, apostando por un concepto de Guerra Nuclear Limitada, presentando diferentes matices con el transcurso del tiempo.
- 2.º La de político. Uniendo su destino al de los presidentes Nixon y Ford. Es aquí donde despliega sus cualidades más brillantes como geopolítico y perfecto conocedor de las relaciones internacionales, siempre desde un prisma realista. En la faceta de diplomático, se le

atribuyen rotundos fracasos (Vietnam y una increíble falta de tacto con asuntos de Europa).

3.º La de empresario. Forma a mediados de los 80 la “Kissinger Associates”, un lobby que actúa en operaciones de alto riesgo (preferiblemente en China).

En esta última etapa trata, mediante sus dos últimas obras “*Diplomacy*” (1994) y “*Years of Renewal*” (1999), de justificar sus acciones al frente de la diplomacia americana durante la década de los 70.

Quizá nadie como el historiador británico Michael Howard ha sabido reflejar el carácter polifacético de H.A.K. (2):

De hecho había dos Kissinger. Uno era el diplomático, inmensamente inteligente, trabajador, bien informado, de gran agudeza intuitiva y con una capacidad casi misteriosa para ponerse a la altura de su interlocutor.

Pero a este encantador y paciente negociador se asociaba el Kissinger demiurgo; el intelectual que creía que no se podía llevar a cabo la política internacional sin un concepto global envolvente, sin una gran estrategia, y que todo podía y debía ser moldeado según un vasto designio.

Es en el encadenamiento descrito donde Kissinger incrusta su prolífica obra. Básicamente presenta tres campos de estudio:

Sobre la diplomacia y la historia de las Relaciones Internacionales (RRII): los ya citados “*A world restored*” (3) (1964), y “*Diplomacy*” (4) (1994).

Sobre política exterior en el campo de la confrontación bipolar: “*Nuclear Weapons and Foreign Policy*” (1957) y “*The necessity for choice*” (1962).

Finalmente, en lo referente a sus escritos de memorias presenta los tres libros definitivos: “*White House Years*” (1979), “*Years of Upheaval*” (1982) y “*Years of Renewal*” (1999).

(2) Howard, Michael. “*Las causas de las guerras y otros ensayos*”. Ed. Ejército. Madrid, 1987.

(3) Este libro está indicado como uno de los “*Significat books of the last 75 years*” por la revista Foreign Affairs.

(4) Una recensión de este libro se encuentra en el Cuaderno de Estrategia número 99 del IEEE.

Todo ello completado con un número muy elevado de artículos publicados en revistas especializadas y comentarios realizados en periódicos de todo el mundo.

En cualquier caso, se aprecia en la obra del autor un gusto y una dedicación prioritaria por la historia, por la necesidad del conocimiento, por la reflexión meditada y por la acción sustentada en experiencias anteriores análogas.

El citado Howard, al respecto, dice de H.A.K. que es “historiador antes que estadista”. El mismo Kissinger, fiel a su convicción por el estudio y el conocimiento de los estudios internacionales, arremete contra los congresistas norteamericanos actuales por su “profunda ignorancia en los asuntos internacionales”.

KISSINGER Y LA ESCUELA REALISTA

En la recensión que realiza la revista *Foreign Affairs* sobre el libro “*A world restored*” señala:

Este libro de forma brillante argumenta que la paz internacional se garantizó mejor a través de la distribución de poder, que moderó las ambiciones de los fuertes, que mediante la ley o las organizaciones internacionales.

H.A.K. se alinea claramente con la “Escuela de Realismo Político”, en la que ha pasado a constituir un clásico junto a sus partidarios más representativos: Maquiavelo, Niebuhr, Morgenthau o Kennan. Según esta escuela, los Estados, principales actores en las Relaciones Internacionales (RRII), se comportan de forma semejante tratando de aumentar continuamente su poder. El poder forma el elemento central de la política internacional, y el equilibrio de poder se nos muestra “*como la técnica más efectiva para el mantenimiento de un cierto orden en un sistema internacional por esencia competitivo y conflictivo*” (5).

Este sistema, que concibe el conflicto como un elemento consustancial en la vida de los pueblos, nos representa el mundo como “*una mesa de bolas de billar*” (6). Es un mundo anárquico dominado por el interés

(5) DEL ARENAL, CELESTINO: “*Introducción a las Relaciones Internacionales*”. Editorial Tecnos, S.A., Madrid, 1994.

(6) BARBÉ, ESTHER: “*Relaciones Internacionales*”. Editorial Tecnos, S.A., Madrid, 1985.

nacional, donde la seguridad ocupa un lugar prioritario. Las relaciones entre Estados se nos presentan como una lucha de todos contra todos, lo que a su vez y de forma paradójica, provoca un comportamiento prudente y una racionalización de las acciones. Estas cortapisas, la necesidad de salvaguardar los elementos constitutivos del Estado, estimula una política de objetivos limitados y una moderación en las conductas internacionales. La diplomacia, en este contexto, es la herramienta clave para garantizar un sistema estable.

En este punto es necesario comprender que la paz, en sí, no es el objetivo principal de un Estado, sino el orden internacional estable amparado en un equilibrio de fuerzas. Se trata, evidentemente, de impedir el dominio, la hegemonía del estado más feroz y poderoso.

El sistema de equilibrio de poder no implica que se vayan a impedir las crisis o incluso las guerras. Cuando funciona bien, limita tanto la habilidad de los Estados para dominar otros como el alcance de los conflictos. Su objetivo no es tanto la paz como la estabilidad y la moderación.

En el fondo, subyace en toda esta teoría “*un pesimismo antropológico. El hombre es considerado como pecador, deseoso siempre de acrecentar su poder, al mismo tiempo que se afirma que la naturaleza humana no es innatamente perfectible*” (Del Arenal, 1984, p.103).

Quedan así esbozados los ingredientes básicos de esta escuela: El carácter hobbessiano de la naturaleza humana, las relaciones conflictivas entre los Estados, la búsqueda del interés nacional identificado con la seguridad del Estado, la amoralidad intrínseca de la acción política, el orden estable a través del equilibrio del poder, la diplomacia como herramienta básica de la política internacional y la paz como resultado de razonables y medidas ambiciones en un sistema casi mecánico de equilibrios entre Estados.

Es aquí donde Kissinger realza el valor del estadista: “*la política exterior de una nación refleja inevitablemente una amalgama de convicciones por parte de sus líderes y las presiones de su entorno*”. Este punto, que desarrollaremos más adelante, nos indica la capital importancia que tienen los líderes, en su pensamiento, como sujetos protagonistas de las RRII.

En definitiva, la lucha tiene un carácter inmanente a la naturaleza del hombre y la guerra se comporta como un fenómeno inevitable en la rela-

ción conflictiva de los Estados. La paz, por otro lado, es la consecuencia de un orden internacional estable, que aunque no satisface a todos sí mantiene el umbral del conflicto más allá de las aspiraciones razonables de los Estados que consideran aceptable ese orden internacional.

Robert Kaplan, en un interesante ensayo (7), afirma que para nuestro autor, "el desorden es peor que la injusticia" evidenciando la aversión de H.A.K. por las consecuencias revolucionarias.

Según este razonamiento, para Kissinger, la política internacional admite dos modelos. El sistema estable y el sistema revolucionario.

El primero es el resultado no de la búsqueda de la paz, sino de la legitimidad generalmente aceptada. Implica un acuerdo, un consenso de las principales potencias acerca de la naturaleza de los conflictos y de los métodos de resolución.

El segundo es consecuencia del fracaso del primero. Existe una potencia que considera opresivo el orden instituido o cree ilegítimo su fundamento. Esta potencia colisionará con el resto para derrumbar el orden establecido.

En el primer modelo, la diplomacia jugará un papel central y las guerras, de naturaleza limitada, estarán justificadas para el mantenimiento del orden consensuado.

En el segundo modelo, la diplomacia cederá protagonismo a la guerra revolucionaria.

En estos últimos párrafos, acerca del líder y las potencias principales, apreciamos en H.A.K. un enfoque elitista de las RRII, tanto en lo que respecta al individuo como a los Estados protagonistas del orden internacional.

LA HISTORIA Y LA GEOPOLÍTICA, INSTRUMENTOS DE LAS RRII.

El objetivo de Kissinger va a ser alcanzar un orden estable que evite, en consecuencia, la irrupción de conflictos no calculados. Existe, como vemos en el fondo, una idea determinista sobre las RRII. Podemos conformar un orden deseado sostenido por las principales potencias y si no

(7) Kaplan, Robert D. "La anarquía que viene". Ediciones B, S.A. Barcelona, 2000.

evitar, al menos limitar, los conflictos entre los estados constitutivos del orden internacional.

La consecución de este orden no va a ser el resultado de la implantación del derecho, ni a través de un organismo ni acuerdo supranacional, ni por una concepción utópica de la paz basada en la bondad del hombre. El orden estable es el resultado de una política calculada, de un proyecto, de un plan a largo plazo basado en el consenso de las naciones principales o del equilibrio de poder de estos estados dominantes. La paz, la prevención de conflictos, es una consecuencia práctica de la aproximación geopolítica, razonable y moderada, a los asuntos internacionales. De esta interpretación surge su aversión hacia las ideologías, que plantean conflictos absolutos a través de un objetivo irrenunciable: la victoria total. Tal ha sido la preocupación principal de Kissinger de fundamentar sobre bases razonables y no ideológicas las relaciones con la ex-URSS.

El segundo elemento característico de H.A.K. es su recurso a la Historia como medio para interpretar las RRll. (8) y para idear soluciones idóneas examinando situaciones pasadas análogas. Es habitual encontrar pasajes en sus libros citando que una situación es similar a tal otra; por ejemplo el final de la Guerra Fría al Período Entreguerras.

En su descripción, de forma magistral recogida en "Diplomacy" (1994), la Historia aparece con ciertos ritmos. A un ciclo revolucionario, violento, le sobreviene un periodo forjado en un orden nuevo. Westfalia (1648), Versalles (1918), Yalta (1945) son los predecesores del Nuevo Orden Mundial (NOM) que se está construyendo en la actualidad, una vez finalizada la Guerra Fría.

Sin embargo, por estos planteamientos, el Dr. Kissinger ha sido muy criticado. Se le acusa fundamentalmente de trasladar a nuestra época un modelo del s. XIX. La diplomacia clásica europea, basada en un modelo refinado de equilibrio de poder, ya no es válida en la actualidad, y mucho menos con unos EE.UU. dominantes a los que repugna hablar de "políticas de poder". Los EE.UU., con una decidida vocación de modelar el mundo según un sistema de valores que entienden universales, rechaza cualquier planteamiento pragmático basado exclusivamente en sus intereses nacionales. El idealismo norteamericano, ya sea de forma pasiva

(8) En la tradición anglosajona, el estudio de la Historia tiene un enfoque crítico y pragmático, diferente del enfoque empírico sureuropeo.

como una antorcha que ilumina el mundo o de forma activa mediante el compromiso, está muy lejos de las posturas conservadoras.

La otra vertiente crítica se cifra en su abusivo enfoque geopolítico. Un titular periodístico lo cifraba así: “Malos tiempos para la geopolítica”, y es que, según esta posición, hablar en la actualidad de equilibrios, de actuar de forma selectiva según los propios intereses, de rivalidades geopolíticas por el control de áreas estratégicas, de mantener regímenes estables pero antidemocráticos para controlar países claves, está pasado de moda. En suma, parece ignorar los elementos de cambio convencido de la validez de las constantes históricas.

En cualquier caso, la firma de H.A.K., por otra parte Premio Nobel de la Paz en 1973 y de la Medalla Presidencial de la Libertad en 1977, es un referente obligado en el campo de los Estudios Internacionales y una de las personalidades con más carisma del s. XX.

LAS EDADES DE KISSINGER

H.A.K. puede ser considerado como un hombre histórico, de largo recorrido. Un hombre maduro, reposado y sereno. Este Kissinger histórico puede ser contemplado en tres etapas diferentes, atendiendo a sus trabajos de investigación, pues tal es la forma en que se nos aparece al estudiar sus obras: La del sistema europeo de “equilibrio de poder” (1814-1945), donde media la vacuna idealista norteamericana a partir de 1917. La etapa de la Guerra Fría, dominada por la dialéctica nuclear y la rivalidad ideológica. Y una tercera, la “nueva era”, como el intento de consolidar un NOM fruto de la finalización de la Guerra Fría y caracterizado por el liderazgo americano al inicio del nuevo milenio.

Para cada una de las etapas se examinará el orden establecido y el fundamento en que se sustenta, el conflicto tipo, la concepción de la guerra y los medios para la prevención y resolución de conflictos.

El Concierto Europeo

La primera etapa, que se puede recoger con el nombre de “el concierto europeo”, se inicia con el diseño europeo del canciller austríaco Metternich que, una vez finalizada las guerras napoleónicas, lo extenderá hasta la Europa de Bismarck y Napoleón III y se prolongará hasta la 1ª Guerra

Mundial (GM). Versalles se considera un armisticio, un periodo transitorio entre las dos GM,s.

La denominación “concierto de las potencias” parece muy indicada, pues hace alusión a una política concertada entre las potencias principales. El sistema Metternich se sustentaba en la legitimidad de los gobiernos tradicionales, en un sistema de valores compartidos, en el consenso y una limitación autoimpuesta de las ambiciones de los Estados. En ese momento, a principios del s. XIX, Francia, Austria, Rusia, Inglaterra y Prusia formaban los pivotes de ese orden europeo.

El sistema fue dinamitado por Napoleón III con la intención de romper la cohesión de la Cuádruple Alianza y permitir un mayor protagonismo de Francia. La revolución social de 1848 y la Guerra de Crimea de 1854 constituyen los acontecimientos que desmontaron el sistema de Metternich. Se inaugura así un sistema más ambicioso, en el que el consenso y los valores compartidos serán reemplazados por la política de poder (*realpolitik*) con un estado hegemónico, la nueva Alemania. Las tensiones de ese periodo desembocarán en la 1ª GM y el consiguiente intento de establecer otro orden nuevo (similar al de Viena, 1815): la Sociedad de Naciones (SDN). Es el pretendido triunfo del *wilsonianismo*, la armonía internacional y la preeminencia de la moral; es el triunfo de la democracia y la autodeterminación de los pueblos, la seguridad colectiva y el desarme; es el triunfo sobre la guerra, que se califica como coyuntural y pasajera; es el triunfo, en definitiva, de la nueva disciplina de las RRII que nacen precisamente para erradicar el azote de la guerra.

En efecto, si en los primeros años del s. XIX se entendía que el orden internacional era consecuencia de un equilibrio al margen del campo de la moral; si se estaba convencido que la prioridad pasaba por el orden social tradicional, la garantía de las alianzas y la validez de los criterios geopolíticos para la resolución de los problemas importantes, acordados mediante los congresos europeos; si la guerra limitada era un medio racional para dirimir diferencias o reprimir sublevaciones; si, en definitiva, la diplomacia era la garantía fundamental de la paz, con aportaciones tangibles de seguridad, al entender que la guerra se gobernaba según causas estructurales; si todos estos conceptos formaban el trazado del campo internacional del s. XIX, con el cambio de siglo serán sustituidos por otros opuestos. Al finalizar la 1ª G.M., mediante el sistema de la SDN, el *casus belli* ya no iba a ser el acto agresivo, meditado con un propósito concreto no alcanzable mediante el juego diplomático o la persuasión del poder

militar, sino la transgresión de una norma jurídica moralmente vinculante por parte de cualquier país.

En suma, el viejo sistema de alianzas concebía la guerra como respuesta a un ataque. En el nuevo sistema de seguridad colectiva se interpretaba la violación jurídica como el *casus belli*.

Sin embargo, el verdadero problema consistía en saber con qué instrumento se debía dotar a la seguridad colectiva para hacerla eficaz. En la práctica, las violaciones al nuevo sistema, que nunca fue refrendado por su principal valedor, los EEUU, no fueron más allá de una declaración de condena formal (pensemos en la ocupación de Abisinia por Italia o de Manchuria por el Japón). H.A.K. se refiere a aquellas fechas, y en general a todo sistema con pretensión de convertirse en "seguridad colectiva global", como los "días inocentes". En la realidad, según su opinión, los estados buscan formas sólidas y tangibles para alcanzar un grado confortable de seguridad.

En síntesis, los dos órdenes establecidos se fundamentaban sobre criterios opuestos. El primero (Concierto de las potencias) sobre el equilibrio de poder, con esa mutación del principio rector pasando del consenso a la política de poder. El segundo (la SDN), sustentado en los ideales de democracia, autodeterminación y seguridad colectiva. En el primero, el conflicto tipo es la Guerra de Crimea (1854), guerra limitada en espacio y objetivos con la finalidad de corregir las ambiciones geopolíticas zaristas inaceptables para el resto de las potencias. En el segundo, una 2ªGM generalizada y totalizante, reflejo de ideales y concepciones políticas de carácter absoluto. La concepción de la guerra es, asimismo, diametralmente opuesta. Mientras que el primer modelo la asume como un elemento normal del comercio internacional (en la idea de Clausewitz); el segundo la identifica como el fenómeno a erradicar a toda costa, el objetivo esencial de las RRII. Precisamente, con este segundo enfoque se deberán desarrollar soluciones imaginativas y diversas para la prevención de los conflictos; cosa que en el primer modelo se le encomendaba a la diplomacia casi con exclusividad.

Así, en el proceso de consolidación de la paz y como instrumentos de la seguridad colectiva, se articulan diferentes iniciativas. En el transcurso entre las dos GM,s se ensayan diversos modos: Un reconocimiento explícito de las fronteras en litigio (Espíritu de Locarno, 1925); una renuncia a la guerra como instrumento de la política internacional (Pacto Briand-Kellog, 1928); una declaración de neutralidad entre Estados poderosos

con sistemas diferentes (Pacto de Neutralidad germano-soviético de 1926) y una confianza unilateral en el desarme como fuente de paz (Declaración del Primer Ministro laborista MacDonald sobre desarme como prioridad principal, 1924):

Sólo el desarme puede evitar otra guerra.

(Philip Noel-Baker, asesor principal del Primer Ministro).

Kissinger se muestra crítico con estas iniciativas. Al referirse al Espíritu de Locarno cita:

El Pacto de Locarno fue celebrado con un gran alivio como si fuera el nacimiento de un nuevo orden mundial.

Sin embargo, "no pacificaría Europa, sino que señalaría los campos de batalla futuros".

De la misma forma, al evaluar el Pacto Briand-Kellog lo valora como "Una oferta que resultó ser tan irresistible como sin sentido", ya que incluso fue ratificada por la práctica totalidad de los países, incluyendo a Alemania, Japón e Italia que diez años después la dinamitarían.

El pacto de neutralidad germano soviético lo interpreta como una simbiosis de la seguridad colectiva de la SDN con la tradicional diplomacia europea del s. XIX. En su opinión, no deja de ser una alianza de oportunidad entre dos países en situación vulnerable.

Por último, se muestra atónito sobre posiciones unilaterales de desarme, cuando la otra parte utiliza una política de apaciguamiento para luego rearmarse.

En el fondo, es el sistema de seguridad colectiva el que de una manera intuitiva hace una diferenciación entre buenos y malos, entre amigo-enemigo (esta distinción es el fundamento de lo político en la idea de Carl Schmitt) que de una manera magistral reflejan dos vocablos sajones: "peaceloving nations" y "warlike nations"; naciones amantes de la paz (para evitar vocablos incorrectos como "civilizadas", con una carga colonial) frente a "naciones enraizadas en la guerra".

Kissinger se muestra más partidario de un mundo en que los Estados se muevan por políticas de interés nacional y no busquen en los ideales el referente de su conducta internacional. En un párrafo de su libro "Diplomacy" nos indica su pensamiento sobre la complejidad de la política y trasluce con claridad cual es el modelo que él entiende más próximo a la realidad.

El así llamado Concierto de Europa implicaba que las naciones que eran competitivas en un nivel establecerían acuerdos mediante el consenso sobre asuntos que afectarían a la estabilidad general.

Y es que la complejidad de los asuntos internacionales hace variables los comportamientos en política internacional, oscilando entre la conflictividad y la cooperación. Con lucidez afirma:

En un momento dado, "las intenciones alemanas eran esencialmente irrelevantes, lo que importaba eran sus capacidades".

Este pensamiento, traído de un episodio de primeros de siglo, fue recuperado hace tres años por el entonces primer ministro ruso Primakov en vísperas de la ampliación de la OTAN. Lo que importa, dijo, no son las intenciones actuales de la OTAN, sino sus capacidades militares; las intenciones varían, las capacidades permanecen.

Las capacidades en relación con la fuerza es una preocupación que recoge Kissinger en varios pasajes de sus escritos. Haciendo un paralelismo con la geopolítica, así como ésta tiende a ocupar los espacios vacíos y las grandes potencias a elevarse a una posición de predominio, los grandes ejércitos en armas tienden de forma natural a ser utilizados. La posibilidad del reclutamiento obligatorio universal unido a las capacidades tecnológicas, de transporte y destrucción, hace que sea viable la utilización masiva de los medios y la guerra general.

Geopolítica y guerra; intenciones y capacidades; planteamientos imposibles que acaban sorprendiéndonos:

En efecto, algunos pensadores europeos sostenían que un periódico derramamiento de sangre era catártico; ingenua hipótesis que fue destruida brutalmente por la Primera Guerra Mundial.

Realmente, este planteamiento pone en cuestión el carácter cíclico de la historia y si los logros alcanzados por una civilización o un período histórico son irreversibles.

Cuando el desenlace de la Segunda Guerra Mundial era evidente, se sintió la necesidad de sentar los términos de la paz. La paz, de nuevo, debería ser el resultado de un esfuerzo de seguridad colectiva sostenido por los principales aliados de la guerra. Este esfuerzo, forjado desde la Carta del Atlántico de 1941 (Roosevelt-Churchill) donde se materializaron los cimientos de una nueva seguridad colectiva, fue continuado por las Conferencias de Casablanca (1943), que exigía la rendición incondicional

de Alemania, Teherán (1943), con la exigencia de la desmilitarización total de Alemania, Yalta (1945), con la creación de la ONU y la entrada de la URSS en guerra contra el Japón y Postdam (1945), donde se debía decidir el futuro de Alemania y sus aliados. En su conjunto, constituía un intento de diseñar una estrategia de salida para la guerra, durante la guerra.

En este caso se pensó en un “Ejército de ocupación”, como una herramienta para imponer un nuevo sistema social en los países vencidos. En la práctica, pensemos en el Japón y Alemania hasta mediados de los 50, resultó un modo efectivo de consolidar la paz y prevenir la guerra.

Este es el esquema general con el que entramos en su segunda etapa: la Guerra Fría.

La Guerra Fría

Siguiendo la línea de trabajo marcada, se trata de analizar los fundamentos del Nuevo Orden Mundial (NOM) a la finalización de la 2ª GM, el conflicto tipo, la concepción de la guerra y los instrumentos para su prevención y resolución, en la idea que para el Dr. Kissinger los acontecimientos históricos son por definición experiencias aprovechables para el futuro (es el concepto de lo “historiable”).

El NOM, el segundo intento propiamente dicho en este siglo, va más allá de una declaración de principios al modo de los Catorce Puntos de Wilson. Se perfila como la creación de una superestructura por encima de los Estados con una finalidad reguladora de los principales asuntos mundiales. Sin embargo, esta vez no se vuelve a caer en la tentación idealista desprovista de un mecanismo de efectividad.

La nueva organización creada, las Naciones Unidas, que fundamenta sus misiones en la Carta de San Francisco (1945), combina en aras a la eficacia el espíritu idealista y el mecanismo realista. En la Organización se funde la Asamblea General, foro de representación de todos los pueblos, y el Consejo de Seguridad, grupo rector que rige en definitiva las grandes decisiones (9).

(9) Se nos presenta como la materialización de la idea de Roosevelt de los “Cuatro policías”.

La ONU, creada con el explícito propósito de "eliminar el flagelo de la guerra", será oscurecida por un fenómeno de mayor envergadura: la Guerra Fría.

El enfrentamiento bipolar va a ser, sin duda, el elemento característico del nuevo entorno internacional. Una paz concreta como resultado de la división del mundo en dos esferas de influencia, de las que en 1955 se desprenderá un tercer espacio caracterizado por la descolonización y la neutralidad, que sería denominado Tercer Mundo.

El deseo del presidente Roosevelt, que recoge Kissinger como:

La Paz debería ser preservada por un sistema de seguridad colectiva sostenido por los aliados de la guerra actuando concertadamente y sustentada por la buena voluntad y la vigilancia mutua.

No será posible. La paz será el resultado de una política calculada de interés nacional en un entorno de "antagonismo geopolítico incompleto" (Freedman) en el cual las grandes potencias conocerán los límites, mutuamente aceptados, de sus actuaciones.

El NOM resultó, de esta manera, un producto mutado de un sistema de seguridad colectiva que solamente de forma marginal ha funcionado. El NOM estaba sustentado, en la práctica, en un sistema de bloques militares enfrentados.

En sustancia, la situación será el resultado de dos grandes concepciones: La "política de contención" norteamericana frente a la "inevitabilidad de la guerra" formulada por la doctrina marxista.

La guerra, una vez convenida la imposibilidad de una guerra total, absoluta o espasmódica, filtró sus formas a través de la guerra revolucionaria (ideológica o de descolonización) y los conflictos limitados (guerras árabe-israelíes al caso) mediatizados por las grandes potencias (conocidas también como "guerra de representantes"). La dialéctica nuclear alcanzaba su punto más álgido en las crisis entre las grandes potencias. Las más representativas, que se dieron de forma simultánea, fueron las de Suez-Hungría (1956) y la crisis de Cuba-Berlín (1962) ("crisis de los misiles"). En esta última, la consecuencia más importante fue que ante situaciones de enfrentamiento de alta intensidad psicológica se mantenían las pautas racionales de comportamiento entre los contendientes.

Los instrumentos principales para la prevención y resolución de los conflictos volvieron a desplegar una amplia gama de recursos. Debemos tener

presente que fue en este momento, más concretamente la década de los 70, cuando nuestro autor entró con plenitud en el campo de la política, de la acción por excelencia, convirtiéndose en uno de los hombres más influyentes del mundo. En esa década, convergieron en el campo de la política los acuerdos de desarme, la distensión, las negociaciones directas, la diplomacia secreta, la disuasión nuclear, la paridad estratégica, el movimiento pacifista y el acuerdo más importante sobre la paz y la seguridad en Europa.

Kissinger, consciente de esta complejidad, introdujo el concepto de "linkage" o interrelación entre acontecimientos. Esta aproximación a los asuntos internacionales resulta clave en su pensamiento:

El papel del hombre de estado es identificar la relación cuando ésta existe, en otras palabras, crear una red de incentivos y castigos que produzcan el resultado más favorable.

El desarme y las medidas de control y limitación de armamentos, fueron concebidos por Kissinger como una serie de medidas tendentes a reducir riesgos específicos, en concreto, el ataque por sorpresa.

Existía una desconfianza en las doctrinas estratégicas basadas en el arma nuclear, ya que las experiencias operacionales con las citadas armas eran prácticamente nulas. Por consiguiente, superados los conceptos de "Represalias Masivas" y "Respuesta Flexible" había que tender hacia una forma suavizada de esta última conocida como "suficiencia estratégica". Se trataba de mantener los medios suficientes para garantizar la situación de estabilidad.

En un sentido militar más estricto, significa fuerza suficiente para infligir un nivel de daño a un agresor potencial suficiente para disuadirle de atacar...En un sentido político más amplio, lo suficiente significa el mantenimiento de las fuerzas adecuadas para evitar que nosotros y nuestros aliados podamos ser coaccionados.

En realidad, las diferentes formulaciones estratégicas en los EE.UU., y que la OTAN adoptó como suyas, estaban basadas en el concepto de la disuasión nuclear, por naturaleza con un amplio margen de ambigüedad. La definición nunca fue clara ni precisa, porque no podía serlo. Kissinger participó activamente en las referidas formulaciones (10), apostando

(10) Un trabajo reciente que analiza estas aportaciones se encuentra en una Monografía de la 92 Promoción de E.M. titulada: "El pensamiento estratégico de Henry A. Kissinger (EEM 1995) siendo sus autores los comandantes Izquierdo, Montilla, Pardos y Rodríguez Gil.

siempre por un uso útil de la disuasión nuclear. Ha sido considerado como uno de los entusiastas de la guerra nuclear limitada poniendo en duda el valor político de las armas nucleares extra. Según esta línea de pensamiento, llegó a comentar:

¿Qué es, en nombre de Dios, la superioridad estratégica? ¿Cuál es su significado, política, militar y operativamente a estos niveles de cifras? ¿Qué hacemos con esto? (11).

Su enfoque posibilista se plasmaba en un concepto de guerra nuclear limitada creíble y que aportara una gama convincente de opciones. Aun así, sus planteamientos fueron muy variables y su verdadera obsesión estaba en hacer comprensible la relación entre política de disuasión, capacidad militar y preparación psicológica.

En el conjunto de estos instrumentos para la acción política de seguridad, un postulado aparece con claridad en las prioridades de H.A.K.: la primacía de la diplomacia sobre los demás elementos. La diplomacia representa un estadio superior respecto a la estrategia, a los acuerdos de desarme, a los procesos propios de distensión.

La diplomacia, que para teóricos como Del Arenal no supera el paradigma del Estado o para pensadores como Aron no presenta una distinción efectiva con la estrategia, aparece para Kissinger como el florete del tirador de esgrima. Es, como fue en el s. XIX, el instrumento principal de los asuntos internacionales.

El concepto de distensión o "detente" fue articulado por la administración Nixon como "cooperación en lo posible". Se trataba de una concepción a mitad de camino entre una opción de confrontación y otra de conciliación.

La idea era enfatizar aquellas áreas en donde la cooperación era posible, y usar la cooperación para suavizar y modificar la posición soviética en las áreas en las que estábamos en desacuerdo.

Desde su visión realista todavía hoy mantiene aquel enfoque:

Detente era uno de los aspectos de la estrategia global. Fue diseñada para controlar una relación entendida como de enfrentamiento, no para construir un nirvana donde todas las tensiones hubieran desaparecido (12).

(11) Citado por Feedman, "La evolución de la estrategia nuclear". MD, Madrid, 1992.

(12) H.A.K. "Between One old left and the new right", Foreign Affairs. May/June 1999, Vol. 78 n.º 3

En su último libro de memorias, "Years of Upheaval", comenta cómo los soviéticos, aprovechando la aparente debilidad política norteamericana de principios de los 70, utilizaron este entorno de distensión para proyectarse más allá de sus posibilidades (África, Centroamérica). Sin embargo, con una economía rondando el 40% de la de EEUU era como jugar una partida de ajedrez con una o dos fichas de menos; a la larga, si no se cometen errores, acaba perdiéndose irremediablemente.

Las negociaciones directas, con una vocación de buena voluntad, fueron ensayadas por el presidente Kennedy a principios de los 60.

Él creía que se podía poner fin al conflicto soviético-americano de una vez por todas a través de negociaciones directas.

La negociación, argumenta Kissinger, presentaba dos visiones opuestas. Por un lado, los liberales consideraban la negociación un fin en sí mismo, independiente de su contenido. Su misma práctica favorecía una "relajación de la atmósfera" que facilitaba el progreso en todos los campos de cooperación. Los conservadores, al contrario, sostenían que la negociación podía debilitar la disposición vigilante del país. Kissinger proponía una tercera vía:

Estábamos preparados para un periodo de intensa negociación, pero no queríamos dejar a nuestros adversarios elegir la agenda o las condiciones. Creíamos que la Unión Soviética era más vulnerable que el Mundo Libre durante un periodo prolongado de paz y que era muy probable que se vieran obligados a realizar cambios fundamentales como resultado de la misma.

Otros intentos de similar naturaleza, aunque con otras finalidades no tan ambiciosas como las de Kennedy, fueron acometidos por Nixon con China y por De Gaulle con Rusia.

El primer caso es una aplicación concreta de la aproximación "Linkage".

"Apostamos por una estrategia de mover ficha en un amplio frente", y como resultado, la URSS tuvo que replegarse de sus aventuras geopolíticas debido a nuestra apertura hacia China; liberamos la presión sobre Berlín por el apoyo hacia la política de Ostpolitik; atacamos militarmente Hanoi sin que ellos movieran ficha; eliminamos su presencia en el Cercano Oriente y congelamos su producción de misiles sin afectar nuestros programas. "Linkage había prevalecido".

La diplomacia secreta, o más certeramente la apertura de canales no oficiales cuando las relaciones normales están interrumpidas, es uno de

los medios con los que H.A.K. parece encontrarse más cómodo. En definitiva, implica que las relaciones políticas, en cualquiera de sus formas, son prioritarias y de carácter permanente, consustanciales a la naturaleza de los estados. Por ejemplo, durante el período más duro de la Guerra Fría, los EEUU mantuvieron un canal de relación confidencial con China a través de Varsovia.

La disuasión nuclear es una manera de influir en la política de otros estados mediante la amenaza. Aunque en un mundo bipolar sienta las bases del equilibrio estratégico (paridad), en un mundo más abierto, de relaciones más complejas, su importancia disminuye y sólo se le relaciona con las situaciones extremas, límite, de seguridad nacional.

El pacifismo es un fenómeno complejo que guarda relación con otros conceptos como militarismo, belicismo y humanismo. Como herramienta para la prevención y la resolución de los conflictos se muestra dudosa. Kissinger tuvo que enfrentarse a una muy dura etapa de presión pacifista y constituyó una de las restricciones de la estrategia de Nixon al compaginar este movimiento con la firme determinación en la victoria final.

Próximo a este concepto figura la neutralidad, como un acto deliberado de política nacional. Durante la Guerra Fría la neutralidad suponía transferir las decisiones de política exterior a un país protector, situación por la cual el país neutral se veía arrastrado por las decisiones de este último.

El intento, y a la vez el logro, más importante para conseguir un acuerdo general sobre la seguridad en Europa fue el que culminó con el Acta de Helsinki en 1975. Este acuerdo ha sido analizado por Kissinger como un intento soviético de desligar a los EEUU de sus socios europeos, debilitando consecuentemente la OTAN. De esta manera, en la visión del autor, la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa fue un episodio más de la confrontación Este-Oeste, en la idea ya expresada de preparar las bases de la negociación según los postulados propios. Es así como al aludir al tercer "cesto" sobre los derechos humanos, los países de la Europa Central encontraron un foro de lucha irresistible para la URSS.

En definitiva, la idea de Kissinger responde a ese dualismo americano difícil de compaginar. Por un lado, es un hombre de su tiempo, que entiende vivir un período concreto de lucha en un mundo enfrentado, y que utiliza los medios y procedimientos explicados para mantener en

equilibrio un orden internacional, pero sin renunciar a obtener ventajas en la confrontación. En el fondo de su pensamiento tiene la idea de una victoria final que limita, sin embargo, en alcance. No pone en peligro el orden para conseguirla. Por otra parte, acepta el idealismo americano como un factor irrenunciable, con su visión universalista, de compromiso global. El carácter excepcional de los EEUU queda recogido en sus palabras:

Nací en Europa y llegué a ser secretario de Estado del país que me dio asilo, una aspiración impensable en cualquier otra parte del mundo (13).

Aunque argumenta que si el idealismo no está moderado por un tamiz de interés nacional hace de ello una fuerza errática que se agota por sobreextensión.

La "nueva Era"

El tercer momento es el final de la Guerra Fría y el empeño por establecer por tercera vez en este siglo, un nuevo orden mundial. En un artículo publicado en Política Exterior ("Un nuevo orden internacional" Vol.IV, nº17, 1990) decía:

Nos hallamos en un período histórico extraordinario. Resulta sorprendente que de manera simultánea hayan florecido tantos factores de política internacional, lo que probablemente se produzca tan sólo una vez cada cien años. Ahora existe una oportunidad y la necesidad de construir un nuevo orden internacional.

Kissinger se muestra eufórico, "nuestra nación ha sido tanto más eficaz cuanto mayor era el peligro al que tenía que enfrentarse". Sin embargo, reconoce que la situación ha mutado y que el mundo se ha fraccionado en diversos centros de poder. A partir de ahora, se trata de construir un sistema de equilibrio concertado, lo que exige un grado mayor de responsabilidad compartida. Y el autor insiste sobremanera en una de sus constantes en el pensamiento:

Los temas importantes deben ser abordados sobre una base de continuidad.

(13) H.A.K. "Para salvar la Alianza". Política Exterior 1987, Núm. 4.

H.A.K. vuelve sobre una de sus ideas. El mundo de hoy es muy similar a aquél del s. XIX. En esta ocasión será el presidente Bush el encargado de proporcionar el giro estratégico:

Tenemos la visión de una nueva asociación de naciones...basada en la consulta, la cooperación y la acción colectiva, especialmente a través de organizaciones internacionales y regionales. Una asociación unida por principios y por las reglas de derecho y apoyada por un reparto equitativo de los costos y los compromisos. Una asociación cuyas metas sean intensificar la democracia, aumentar la prosperidad, fortalecer la paz y reducir las armas.

Este pretendía ser el fundamento, compartido por las NNUU y el resto de las potencias, del NOM.

A la “doctrina de contención” le debería sustituir una de “aplicación de la democracia”.

Materialmente, quedaba constituido por un orden multipolar en el que los centros de poder quedarían constituidos por los EE.UU., la Unión Europea, Rusia, China, Japón y tal vez la India.

Kissinger, con su particular visión psicoanalítica, les da un calificativo singular: China la emergente, EE.UU. las más poderosa, Europa la que debe fortalecer su unidad, Rusia el gigante tambaleante y Japón rica y tímida a la vez.

La visión geopolítica venía representada por tres grandes áreas continentales: Asia, los EE.UU. y Europa. El riesgo estratégico vendría definido por el dominio, por parte de una sola potencia, de las dos esferas principales eurasiáticas.

Los EE.UU. debían ser conscientes de que ya no podían ejercer un dominio basado en la hegemonía anterior, en el poder, sino un liderazgo construido sobre el consenso. Su papel, en el mundo internacional, se había vuelto más complejo.

Este liderazgo, que podría ser definido como su necesaria participación en la resolución de los asuntos importantes al nivel mundial, debe seguir unos principios de actuación que deducimos de lo que el autor expone en el último capítulo de su libro “*Diplomacia*”:

1. Extender la democracia, como una de las aspiraciones más elevadas de los norteamericanos.

Esta política, que requiere una implicación continuada en los asuntos internacionales, necesita una definición clara de los intereses nacionales. Kissinger se apresura a explicar lo que él entiende por interés vital:

Un cambio en el entorno internacional que implique con probabilidad una disminución de la seguridad nacional.

2. Integrar a Rusia en el Sistema Internacional.

Colaborar en su desarrollo pero no incentivar su imperialismo tradicional.

3. Mantener la OTAN como la institución principal que une Europa y Norteamérica. Pocos autores han reflejado con igual precisión la diferencia entre una Alianza y un sistema de seguridad colectiva. H.A.K. comentaba en un artículo del diario EL PAÍS ("Aspectos inquietantes de la relación con el Gobierno de Rusia", 5-7-97).

Una Alianza define un territorio a defender y establece la maquinaria militar necesaria para resistir una agresión. Un sistema de seguridad colectiva no define ni el territorio a defender ni los medios para hacerlo; es un concepto judicial. La amenaza a la paz no se define. Las decisiones sobre la cuestión se toman tras consultas en las que participa la nación que ejerce la amenaza.

4. Ejercer el liderazgo en el Hemisferio Americano.

El objetivo final en el continente americano debe ser un área de libre comercio desde Alaska hasta el Cabo de Hornos.

5. Por último, fortalecer los intereses norteamericanos en el Pacífico.

Debido a que las naciones de Asia no se sienten comunidad, la capacidad de los EE.UU. para configurar los acontecimientos debe basarse en relaciones bilaterales. Además, "se precisará una presencia militar importante en el NE asiático (Japón y Corea)". La clave en el Pacífico debería basarse en un equilibrio en las relaciones Japón, China y los EE.UU. para no dar una idea de dominio. "Curiosamente, la firmeza de la relación americano-japonesa será el reverso de la relación chino-americana".

Respecto a la guerra, Kissinger identifica tres tipos de estados inestables capaces de generar conflictividad en el nuevo orden mundial: los estados aparecidos tras la desintegración de estados plurinacionales (Yugoslavia o la URSS); estados postcoloniales, en los que el ejército

viene a ser normalmente la única institución “nacional” y, finalmente, los estados de tamaño continental (India, China), con graves problemas de minorías y donde las diferencias entre política exterior y asuntos internos es muy tenue.

En consecuencia, H.A.K. parece estar en la línea que “las democracias no luchan entre sí” y la conflictividad se ciñe a esos “anillos marginales” en los que hay que actuar con prudencia, con un conocimiento profundo de la situación y valorando ineludiblemente los propios intereses nacionales.

A lo largo de esta última década de los 90, nuestro pensador ha permanecido atento a los conflictos principales y ha formulado análisis sobre los mismos, normalmente valorando la actuación de la administración americana.

En la Guerra del Golfo (1991) que podemos considerar como conflicto tipo de este periodo, siempre abogó por una solución firme, que no menoscabara el prestigio de los EE.UU. en el mundo. Aplaudió la rapidez con que se deshizo el entuerto de Somalia. Ha considerado adecuada la acción sobre Bosnia y Kosovo, pero advierte del peligro de empantanarse en despliegues prolongados sin encontrar una salida final.

Es una región de odios apasionados, en la que contamos con pocos intereses estratégicos.

En cuanto a los instrumentos para la prevención y resolución de los conflictos se muestra optimista, pues según él estamos ante una situación más próxima a la del s. XIX que a la de la Guerra Fría. Confía en la diplomacia y el funcionamiento de las Alianzas. Cree firmemente en la OTAN como recurso para la seguridad occidental y se mostró partidario de la ampliación al Este, aunque no de la admisión de Rusia.

La calidad de miembro de Rusia diluiría la Alianza hasta el punto de la irrelevancia.

Porque Rusia está en, pero no es de Europa; bordea Asia, Asia Central y Oriente Próximo, y persigue unos objetivos a lo largo de esas fronteras que son difíciles de reconciliar con los de la OTAN.

Se muestra especialmente cauteloso con el entusiasmo por la “nueva era de diplomacia humanitaria”. Se plantea en qué lugares se puede aplicar y mantener el mismo grado de perseverancia entre diplomacia y estrategia que la demostrada en Kosovo, y concluye:

La demostración de lo que pueden lograr las democracias cuando se les provoca nos será de gran utilidad en los años venideros. Pero el legado definitivo de Kosovo dependerá de si la jugada final de nuestra diplomacia está a la altura de nuestro despliegue de poder.

H.A.K., en definitiva, seguirá fiel a su concepción realista y a la necesidad de tener un plan.

La aplicación de la democracia como alternativa de la política de contención, ¿qué significa exactamente? ¿a quién deberíamos apoyar? ¿Con qué medios? ¿Durante qué periodo de tiempo y con qué riesgo? Si no se puede responder a esas preguntas, nuestra política corre el riesgo de parecer moralmente entrometida e impotente.

Volveremos sobre ello en la conclusión.

Finalmente, y sin menoscabo de una cooperación decidida en el marco de una seguridad global, siguen vigentes para la paz las medidas de cooperación, distensión y desarme, diplomacia y conferencias sobre seguridad en Europa, ensayados durante la Guerra Fría.

EL PAPEL DE LAS ELITES

Las elites juegan un papel clave en las RRII. Son los líderes los verdaderos artífices de la política internacional, los que en definitiva modelan el entorno y adoptan las decisiones. H.A.K. les da a estos personajes un carácter casi épico.

Todos los grandes líderes viajan en soledad. Su singularidad se debe al don de discernir unos desafíos que no son todavía evidentes para sus contemporáneos.

En otro párrafo añade:

En cada gran líder hay inevitablemente un elemento de astucia que a veces simplifica los objetivos y en ocasiones la magnitud de la tarea. Pero la prueba última será ver si encarna la verdad de los valores de su sociedad y la esencia de sus desafíos.

Está convencido del hecho providencial de disponer en los momentos decisivos del hombre adecuado. De igual manera, los encuentros personales entre los líderes suponen los hitos estelares en las RRII.

Celestino del Arenal ha realizado un estudio sobre la tipología de los líderes e identifica tres tipos básicos: el estadista, el conquistador y el profeta (14).

El estadista es del tipo burocrático-pragmático, un tipo de líder habitual en los EEUU. Su habilidad se basa en la capacidad de discernir lo importante de lo accesorio y ser resolutivo.

El conquistador es el líder ideológico, que apuesta con fuerza por un objetivo irrenunciable. Se aproxima al modelo de líder soviético.

El profeta es el de corte carismático-revolucionario, animado por una idea-fuerza sencilla y de fácil comprensión. Es un líder característico del Tercer Mundo.

Kissinger, en este aspecto, se alinea también con otros pensadores que consideran fundamental el papel del líder. Conocemos, por ejemplo a través de estos Cuadernos de Estrategia a analistas como Luttwak, que realza en la confrontación geo-económica de los países occidentales a esa elite tecnócrata-científica que ha desplazado a la aristócrata-militar del s. XIX, propia de la geopolítica. Otros, como N. Bobbio confiere un role principal al filósofo. Bobbio nos facilita la interpretación del mundo a través de sugestivas metáforas, tales como la mosca en la botella, el pez en la red o el hombre en el laberinto (15), situándose el filósofo en un plano externo para la comprensión del fenómeno y la administración del consejo.

Uno de los rasgos distintivos de H.A.K. es la capacidad de psicoanálisis y de cómo en muy pocas palabras describe certeramente a sus personajes. A modo de ejemplo, referiremos los siguientes:

- A Hitler lo describe como demagogo y ególatra. *“Como jefe de gobierno, actuó más por instinto que mediante el análisis”*.
- A Stalin lo ve como un hombre de “nervios de acero” y un maestro en la práctica de la Realpolitik. De él extrae una cita:
Esta guerra (2ª G.M.) no es como las del pasado; el que ocupa un territorio también le impone su propio sistema social. Cada cual impone su propio sistema hasta donde llega su ejército. No puede ser de otra manera.

(14) Sobre el libro de H.A.K. *“American Foreign Policy. Three Essays”*, NY, 1969.

(15) Bobbio, N. *“Autobiografía”*. Taurus, Madrid, 1998.

- A Roosevelt lo cataloga como “Un líder entusiasta que aprovechaba su simpatía para mantener su reserva; fue una combinación ambigua de manipulador político y visionario”.
- A Churchill lo consideraba como la quintaesencia del líder en la guerra; A Wilson como el profeta iluminado; Reagan, como un hombre de ideas básicas pero de gran carisma, el hombre necesario para ese momento de recuperación de la confianza; Theodore Roosevelt como un sofisticado analista del equilibrio de poder; Nixon como el hombre con mejor preparación en RRll; Adenauer como la figura reposada de la diplomacia europea y De Gaulle como el hombre que ponía por encima de todas las cosas la autonomía francesa.

En suma, Kissinger está convencido del papel prioritario del líder por encima de otras muchas consideraciones, y de la efectividad de las relaciones interpersonales. A este respecto, R. Holbrooke comenta la anécdota de que cuando alguien del Departamento de Estado le decía a Kissinger que debía consultar algún asunto con Europa, él respondía: “¿Y cuál es el teléfono de Europa?” (16).

CONSIDERACIONES FINALES

En este último apartado deberíamos concretar las aportaciones de Kissinger sobre diez puntos de reflexión finales.

H.A.K. es ante todo un geopolítico, un hombre que no puede desprenderse de su herencia alemana, que interpreta las RRll mediante fuerzas y vectores.

Asimismo, es un pensador profundo que recurre a la Historia como un instrumento para interpretar las situaciones complejas de la política internacional y extraer conclusiones útiles para el presente.

Es sobre esta base histórica donde sustenta una de sus reflexiones más interesantes: los matices. “Una política exterior eficaz exige dominar no sólo los conceptos, sino también los matices a la hora de ejecutarlos” y realmente “sólo unos pocos están capacitados para aportar matices adicionales al sistema”.

(16) Citado por HOLBROOKE, R. “*Para acabar una guerra*”. Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

En la Tribuna del diario ABC (18-2-2000) decía:

Los preceptos morales son absolutos y no dejan margen para la evolución histórica. Pero la política exterior trata de matices y procesos, no de puntos terminantes. Los mitos de las relaciones públicas, o lo que es peor, los espejismos, no pueden servir de sustituto.

La preocupación fundamental de nuestro autor está en el orden internacional estable (17). La paz surge en la práctica como un subproducto, una consecuencia del mismo. De los tres tipos de paz que R. Aron recoge, ya sea equilibrio, hegemonía o Imperio, Kissinger parece situarse más próximo al primero, aunque reconoce la posición privilegiada de los EE.UU en el entorno internacional.

El final del milenio coincide con el momento en que la supremacía estadounidense se convierte en el predominio. Jamás había conseguido un país una influencia comparable a escala mundial y en tantos campos de interés.

Esa influencia lleva a Estados Unidos a ejercer de baluarte de la estabilidad.

Este liderazgo americano impone un equilibrio entre el interés nacional y los ideales. Kissinger se muestra preocupado ante las oscilaciones entre implicaciones excesivas y posibles abdicaciones. Apuesta por considerar el interés nacional en el mundo del que los EE.UU. no puede retirarse ni tampoco dominar completamente.

Su visión del mundo, alineado con la escuela realista, es de naturaleza conflictiva. Por lo tanto, todas las actuaciones exteriores deben estar tocadas de un sentido político. De entre todas las herramientas de que se dispone para mantener un orden estable y por consiguiente la conflictividad en el umbral más bajo posible, sobresale la diplomacia.

La diplomacia es el arte de relacionar a los Estados entre sí por el consentimiento antes que por el ejercicio de la fuerza, por la presentación de un campo de acción que concilie las aspiraciones particulares con un consenso general.

Y quienes la practican se encuadran en la elite política. Diríamos los verdaderos protagonistas de las RRll.

(17) Este enfoque es compartido por otros politólogos como S. Huntington.

El líder, ese individuo sobresaliente, debe estar orientado con claridad por un determinado "diseño estratégico".

Una potencia hegemónica incapaz de definir un concepto general falla en lo que es su principal aportación posible al orden internacional.

Debido a que los EE.UU. se han quedado sin un enemigo ideológico o estratégico predominante, corre el peligro de caer en cierta "desorientación". Se necesita "generar un marco adecuado para tomar las riendas del nuevo orden internacional".

En suma, es necesario tener un plan, una guía, una teoría operativa, una disciplina que proporcione continuidad y sentido a la acción política.

La política exterior no conoce mesetas de estabilidad e incluso el mayor de los logros lleva a un declive si no constituye el cimiento de un nuevo avance.

Y es aquí donde encaja su concepto de "Linkeage". Es necesario actuar con una visión de conjunto, "no con una serie de decisiones aparentemente no relacionadas tomadas en gran medida como respuestas a crisis específicas".

Estos diez conceptos mencionados: geopolítica, historia, matices en las RRLL., orden internacional estable, equilibrio entre ideales e interés nacional, mundo conflictivo, la diplomacia, la elite, el diseño estratégico y el "Linkeage", pretenden servir de esqueleto al pensamiento de H.A.K.

En definitiva, el enfoque al que somete la "Prevención y Resolución de Conflictos" es uno de corte pragmático, utilitarista, en cierta forma mecanicista (equilibrio de potencias, "linkage"), desde un prisma geopolítico (de componente histórico) y realista. El conflicto en este entorno no deja de ser un medio útil para preservar los intereses nacionales. La prevención de los conflictos está ligada a la habilidad diplomática (incluida las actividades secretas) y la resolución de los mismos debe atender a factores como el compromiso aliado, la repercusión en la situación de conjunto, la lealtad a los ideales, el propio interés nacional (con cálculos de tiempos, medios, riesgos y beneficios) y la posible utilización de medios alternativos para lograr los mismos fines (diplomáticos, económicos), sin olvidar el catálogo de incentivos y penalizaciones que tan buen resultado le ha proporcionado.

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL CONFLICTO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

EL CONFLICTO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

Por JOSÉ ENRIQUE FOJÓN LAGOA

"Polemos panton men pater esti"
(*El conflicto es el origen de todo*)

Heráclito

*"No podemos anticipar hoy lo que sólo
sabremos mañana"*

Karl Popper

INTRODUCCIÓN

La palabra conflicto se viene empleando, cada vez más, para referirse a situaciones que, hasta ahora, entraban dentro de lo denominado guerra. Este hecho no sólo es debido a las connotaciones jurídicas que restringen el ámbito de este último vocablo, sino a que el conflicto se refiere a una situación más compleja, menos limitada y en la que participan nuevos protagonistas. El concepto de guerra, acotado por la Carta de las Naciones Unidas, se considera, por muchos tratadistas que, en la época presente, es insuficiente para describir una realidad más amplia que, empleando la metáfora, se puede decir que da cobijo a las calamidades representadas por los cuatro jinetes del Apocalipsis. La guerra es una de las modalidades del conflicto. En el contexto del trabajo, cuando se haga referencia al conflicto se entenderá como el conflicto violento.

A lo que se ha venido a denominar prevención de conflictos se dedican esfuerzos e imaginación por parte de personalidades e instituciones de todo el mundo, aunque, las soluciones aportadas se formulan, pre-

ponderantemente, desde un punto de vista occidental. La controversia ya surge al tratar de analizar la realidad susceptible de provocar el conflicto que hay que prevenir. La determinación de su naturaleza y causas, presupuestos necesarios para inferir soluciones, son, en gran medida, consecuencia de las percepciones del analizador que, necesariamente, vendrán condicionadas por sus vivencias, tanto culturales como de otra índole. Por lo tanto, es más que probable que la visión de los distintos aspectos de una determinada situación sea diferente si el enfoque proviene, por citar algunos, de Amnistía Internacional, del Gobierno de un país del África Central, del Banco Mundial o de la Unión Europea. La percepción del conflicto se presenta como una de sus partes.

LA NATURALEZA DEL CONFLICTO

En los últimos siglos, el estado ha sido el actor principal de los asuntos internacionales y, como tal, protagonista de esa forma de relación internacional conocida como guerra. Tradicionalmente, los estados han buscado con su actividad la mayor acumulación de poder y en ello han basado sus mutuas relaciones. En el mundo posterior a la Postguerra Fría, es donde más se ha evidenciado el protagonismo de los nuevos sujetos que han ido apareciendo en la esfera internacional, que son los que ponen en cuestión el protagonismo principal del estado y con ello, entre otros aspectos, su monopolio sobre el ejercicio de la violencia. El perceptible declive de la institución estatal, puesto constantemente de manifiesto por numerosos tratadistas, está provocando un cambio en el enfoque de la génesis, desarrollo y solución de los conflictos, afectando profundamente a las referencias que se venían utilizando en los estudios sobre seguridad.

El estado moderno es una creación política relativamente reciente y resultado del desarrollo de un proceso cultural. De concepción europea, originalmente su extensión fue muy limitada. En el siglo XX, la exportación de las instituciones estatales a territorios “liberados” por la recesión de los imperios, la descolonización, condujo a la creación de lo que algunos tratadistas han denominado “estados accidentales” y otros “estados frustrados”, aquellos que sin base histórica o cultural, sus estructuras, en muchos de ellos, se han desmoronado mediante la aplicación de la violencia interna. En tiempos más recientes, la súbita desaparición del imperio soviético ha sido la causa de la fragmentación de su territorio, con la consiguiente creación de nuevos estados habilitados para llenar el vacío consiguiente.

Es más que probable que la implantación del estado en ambientes culturales donde su actuación no ha sido capaz de ajustarse a las expectativas de los ciudadanos, la falta de capacidad para imponer las leyes, junto con las consecuencias del fenómeno de la globalización, hayan propiciado la creación de entes post-estatales que compiten en poder con los estados y que se personalizan en diversas formas, desde imperios criminales a organizaciones no-gubernamentales de carácter humanitario, empresas multinacionales de amplia implantación o conglomerados mediáticos que determinan la información que debe difundirse. A su vez, en muchos de los casos, el colapso de los estados ha provocado la aparición de entes subnacionales, adoptando, en algunas ocasiones, estructuras que se consideraban históricamente superadas, tales como grupos tribales u otros colectivos de base religiosa o de preferencias culturales, que pretenden trasladar sus causas, desde una perspectiva de política interna, a un nivel de atención internacional, como modo de acción para alcanzar sus fines.

En el marco estratégico ha irrumpido con gran fuerza lo que se conoce por "globalización". Si por ello se entiende el proceso mediante el que cierto hecho o circunstancia se extiende activamente por todo el mundo, estamos ante un acontecimiento que no es nuevo. A lo largo de la historia, el fenómeno se ha venido repitiendo empleando diferentes vehículos para su difusión tales como conquistas militares, comercio, religión, etc. Lo que es novedoso en esta ocasión histórica, es la enorme dinámica con que los avances tecnológicos han dotado al proceso, posibilitando amplias y aceleradas mutaciones en aspectos sociales, culturales, económicos, políticos y militares, en una dimensión hasta hace poco tiempo difícil de imaginar. Este fenómeno está alterando, sustancial e imprevisiblemente, las estructuras tradicionales de ejercicio del poder, ya que han aparecido nuevos elementos que constituyen otras tantas fuentes de poder político, provocado, a su vez, una mutación en los modos y maneras de ejercerlo.

Las consecuencias de la globalización constituyen un buen punto de referencia para el análisis de los elementos que se presentan como relevantes en la presente circunstancia histórica. Socialmente se están imponiendo, en el ámbito internacional, estructuras de contacto en, prácticamente, cada campo de la actividad humana, que junto con la acción de los medios de comunicación diseminan por todo el planeta, sin atenerse a ningún tipo de norma tradicional, elementos de contraste que sirven de puntos de referencia para crear expectativas sociales a la que una gran

parte de los gobiernos no pueden hacer frente, a la vez que determinan modelos de comportamiento que son exponentes de rápidas y profundas alteraciones en los hábitos culturales. Esta pretendida uniformidad cultural y de propósitos, lo que el canadiense Marshall McLuhan una vez denominó "aldea global", se ha convertido en un conglomerado de "aldeas globales" cada una con sus prejuicios pueblerinos, pero conscientes de las desigualdades globales. Una de las consecuencias de ese cúmulo de circunstancias es el constante y progresivo debilitamiento del vínculo que une al ciudadano con el estado.

La mayoría de las pautas de comportamiento así difundidas, y ampliamente imitadas, corresponden a modelos culturales occidentales, por lo tanto, procedentes de ambientes económicamente prósperos. Al tratar de implantar estos estereotipos en zonas menos desarrolladas, y diferentes culturalmente, despiertan o exacerbaban el sentimiento de pobreza y atraso en unas regiones en las que, tradicionalmente, han imperado otros tipos de relaciones sociales. Todo ello provoca dinámicas, hasta ahora desconocidas, que propician situaciones favorables para el conflicto. En uno de los extremos de la reacción a esta "intrusión" se encuentra la sumisión a lo nuevo, el cambio, y en el otro, la reacción airada y xenófoba contra todo lo que provenga de fuera mediante la exacerbación de "lo propio".

En el ámbito económico, en términos de comercio, la globalización produce el mismo efecto de interrelación a escala mundial pero provocando una mayor desigualdad en el reparto de la riqueza. La consecuencia es que un selecto grupo de estados, no sólo acaparan la mayor parte de aquella, sino que, precisamente por eso, también disponen, casi en exclusiva, de las potencialidades para preparar a sus poblaciones para el futuro. Estas circunstancias se desarrollan en un momento de fuerte crecimiento demográfico mundial, principalmente en zonas de lo que antes se denominaba segundo y tercer mundos, lo que agrava el déficit de productos básicos, mientras que, como consecuencia del cambio tecnológico, se produce un exceso en la oferta de mano de obra para la industria. Las desigualdades entre diferentes zonas del planeta se incrementan, a la vez que la integración globalizadora de la economía constituye otro de los factores que coadyuvan a aumentar la pérdida de poder de los estados.

La escasez de recursos y el aumento de la población constituyen unas de las causas principales del conflicto del futuro, tanto entre estados o grupos de otra índole. En este ambiente, bienes tradicionalmente consi-

derados como libres cambiarán su naturaleza, el agua se añadirá al petróleo como recurso económico básico. El incremento de la población, en países o zonas poco desarrolladas, tiene una incidencia directa en el aumento de la urbanización, en la medida que las estructuras agrarias tradicionales se muestran incapaces de absorber el número de habitantes. Al no poder asimilar las ciudades el exceso de demanda laboral, se generan masas desempleadas, propiciando la quiebra de los valores y de las estructuras sociales tradicionales, encubándose el ambiente propicio para la aparición de brotes de violencia incontrolada junto con fuertes aumentos de la presión migratoria.

Entre los efectos más llamativos de la globalización está el incremento del poder que ha adquirido el dinero. Debido a la gran atención que los medios de comunicación dedican a las finanzas, la percepción pública es que el poder del dinero ha llegado a ser más real que el militar o el diplomático pero que, a diferencia de estos, su control escapa, en gran medida, a los gobiernos. Tanto estos, como las instituciones monetarias todavía disponen de parcelas de poder para ejercer influencia en las finanzas internacionales, pero, en la mayoría de los casos, son personas, o empresas privadas, quienes toman las decisiones últimas en un mercado ampliamente globalizado, ejerciendo el verdadero poder que proporciona el dinero.

Otro de los cambios menos difundidos entre la opinión pública, pero de enorme importancia por sus consecuencias, reside en lo que Van Creveld (1) ha denominado la transformación de la guerra. Entre los estudiosos del tema se extiende la opinión de que, a pesar de, o precisamente por los enormes avances tecnológicos, las guerras generalizadas, de las dimensiones conocidas en la primera mitad del siglo XX, no va a volver a producirse. La existencia de una única superpotencia parece que favorece la pujanza de nuevos ámbitos de ejercicio de la violencia, en muchos casos intra o transnacionales, por lo tanto sin enfrentamiento entre estados, constituyendo una muestra más de la progresiva pérdida del monopolio de la violencia por parte de estos. El auge de las modalidades de acción violenta enmarcadas en el ámbito del denominado conflicto de baja intensidad se identifica como uno de los elementos determinantes de la "transformación". En este escenario es donde se va haciendo cada vez menos clara la distinción entre el soldado y el combatiente y donde la

(1) VAN CREVELD, MARTIN: *"The Transformation of War"*. (The Free Press NY 1991).

población civil se va convirtiendo en el objeto directo de la violencia. Todo ello, argumentan varios tratadistas, quiebra la tríada fundamental clausewitziana entre gobierno, milicia y población, base del protagonismo estatal que, hasta ahora y, durante más de dos siglos ha presidido el ejercicio de la guerra en términos considerados como “civilizados”. Por todo ello, Lind (2) y otros analistas preconizan que estamos entrando en la “cuarta generación de la guerra”.

De todo lo anterior, con fines expositivos y desde una concepción práctica, podría representarse la actual estructura del poder como un conjunto de capas, en una de ellas, la correspondiente al poder militar estaría polarizada por una sola potencia que es la que tiene la capacidad de poner en práctica estrategias de dimensión global: los Estados Unidos. Este país junto con Europa y Japón ocuparía otro segmento multipolar de naturaleza económica, acaparando los dos tercios de la producción y comercio mundiales. El tercer segmento de poder vendría a representar lo transnacional, lo “sin fronteras”, donde el protagonismo de los estados es más difuso, es el reino de la convivencia de lo lícito con lo ilícito, lo virtuoso con lo perverso, el pacifismo con el genocidio. No obstante, entre los elementos de la estructura de poder se introducen nuevos y sutiles elementos que sólo podrán valorarse desde una perspectiva idealista.

Para el análisis de una situación que se nos ha venido encima muy rápidamente se necesitan con urgencia referencias válidas. Los años que han transcurrido desde la ruptura del orden imperante durante la Guerra Fría, que en términos históricos es muy poco tiempo, parecen que no han sido suficientes para borrar el aturdimiento provocado por la llegada del “nuevo orden mundial”. El cambio de una situación de confrontación de ideologías, en forma de bloques militares y sistemas económicos, a otra basada en una relación entre culturas o entre estereotipos de comportamiento, en un mundo de globalización de la economía y la comunicación, junto con el cambio de los elementos del poder político, agentes y forma de ejercerlo, son consideraciones que pueden acotar el espacio que proporcione pistas sobre los factores que deben ser objeto de estudio para encontrar un soporte donde anclar las concepciones de seguridad.

Si la revolución de la información, que está en pleno desarrollo, va a provocar consecuencias de dimensiones parecidas a lo que, en siglos

(2) S. LIND, WILLIAM; F. SCHMITT, JOHN y I. WILSON, GARY. “*The Changing Face of War. Into the Fourth Generation*”. (Marine Corps Gazette. Octubre 1989).

precedentes, supusieron las revoluciones francesa e industrial, sólo el tiempo lo dirá. En cualquier caso, no se debe perder de referencia que el desarrollo del futuro vendrá determinado por lo impredecible e incontrolable de la actividad humana, al ser el hombre el principal actor de la historia, esclavo del destino y juguete del azar. Las relaciones humanas seguirán presididas por la incertidumbre y no habrá que abandonar las lecciones de la historia como referencias para el futuro.

COMO SE HA ENFOCADO HASTA AHORA EL CONFLICTO. EL IMPERIO DEL REALISMO CLÁSICO

La identificación del estado como el actor preeminente del orden internacional ha simplificado mucho las cosas a la hora de estudiar los asuntos relacionados con la seguridad y, por lo tanto, con el conflicto. Esto llevó a la adopción de una metodología, acuñada por Robert Keohane (3) como "Realismo Clásico", que asumía la racionalidad de la conducta de los estados en la búsqueda del poder, lo que se traducía en acciones previsibles y, para ello, los medios que empleaban eran, principalmente, la diplomacia y la capacidad militar. El paradigma del "interés nacional", como aquel concebido en términos geopolíticos, cuya defensa debía determinar las relaciones con los otros estados, era la panacea considerada como referencia fundamental de la política exterior, porque la protección del interés constituía el camino para la obtención y mantenimiento del poder y actuaba de factor de cohesión entre los ciudadanos y el estado. Se actuaba con certeza sobre las bases del juego: los agentes, la estructura del poder y la forma de ejercerlo.

Debido a la necesidad de maximizar el pragmatismo para evitar errores que desencadenasen un holocausto nuclear, el ambiente estratégico posterior a la Segunda Guerra Mundial restringió cualquier veleidad idealista, dejando poco margen a la creación y potenciación de estímulos de índole ética, intelectual o cultural, que pudiesen alterar el "statu quo". De esta forma, las teorías de seguridad se revistieron con los atributos de una disciplina científica, con la consiguiente formulación teórica y capacidad de predicción. Pero el imperio de la disuasión no anulaba todas las dinámicas que propiciaban el mero paso del tiempo, los avances científicos y los propios acontecimientos.

(3) KEOHANE, ROBERT. *"Neo-realism and its critics"* (New York, Columbia University Press 1986).

La culminación de la descolonización, no trajo como consecuencia un mejor reparto mundial de la riqueza, emergiendo, de esta manera, un nuevo factor de ámbito global que podía ser, y fue, objeto de la confrontación ideológica que sustentaba la bipolaridad. Para el socialismo, el estancamiento económico del Tercer Mundo, el "subdesarrollo", era la consecuencia directa del auge del capitalismo. Se empezaba a conformar una situación que irrumpía en la pugna entre el este y el oeste desencadenando otra entre pobres y ricos. El informe Brandt, de 1983, asumía la seguridad económica como un componente de la seguridad mundial, proponiendo medidas tendentes a la redistribución global de la riqueza. El enfoque económico ha servido de fundamento para el enunciado de lo que se conoce como "violencia estructural", término acuñado por Michel Ullman (4), que ha pasado a ser considerada como una de las causas del conflicto y, por lo tanto, una variable a tener en cuenta en cualquier concepción de la seguridad.

A medida que el equilibrio de poder entre los bloques de la Guerra Fría dejó de ser la principal característica de la estrategia, aparecieron otros tipos de elementos, menos mensurables y concretos que, progresivamente, fueron tornando insuficiente el andamiaje del "realismo" como estructura para el análisis de una realidad mucho más compleja y dinámica. El impacto de estos elementos en el ámbito estratégico fue considerable y sus consecuencias poco controlables. Parte del vacío así creado, iba a llenarse, una vez más, con componentes de índole económica.

Una de las opciones que tomó fuerza, y que se venía desarrollando desde la crisis del petróleo de principio de los años setenta, era la consideración de la escasez, y la consiguiente protección de los recursos naturales esenciales para el desarrollo humano, como un factor de seguridad. Cuando se intentó introducir en el "paquete" otros aspectos tales como la conservación de las selvas tropicales, los fondos marinos y las especies en extinción, surgió la controversia entre estudiosos y tratadistas, sobre si las consideraciones medioambientales debían considerarse, o excluirse, del ámbito de la seguridad. Pero el asunto entró a formar parte del juego político y tomó fuerza. Se estaba potenciando la circunstancia que nutrió la causa medioambiental o ecologista, que, dada su naturaleza, se convirtió en un movimiento que no conocía fronteras.

(4) ULLMAN, RICHARD. "Redefining Security". (International Security, 1983).

La introducción del reparto global de la riqueza y de las consideraciones medioambientales en las concepciones de seguridad, también ha contribuido a degradar la hegemonía estatal en este ámbito. Por primera vez en estos postulados se preconizaban elementos para configurar una estrategia en donde no necesariamente tenía que existir “enemigo”, pues la violencia estructural y las presiones ecologistas sólo anuncian riesgos sin identificar agentes. En todo caso el “enemigo” sería una determinada forma de comportamiento, como el capitalismo o el desarrollismo salvaje. Todas estas circunstancias no acababan de invalidar, totalmente, la vigencia del Realismo Clásico, aunque las influencias que sobre el concepto de seguridad han tenido el reparto global de la riqueza, la protección del medio ambiente o los derechos del “ciudadano del mundo”, estaban preparando el terreno para un profundo cambio.

La simbiosis, en un estado-imperio, entre un gigante militar y un enano en lo económico, como fue definida la Unión Soviética, fue uno de los gérmenes que provocaron su desaparición y, al mismo tiempo, determinó el languidecimiento de la construcción intelectual de la teoría de la disuasión, donde el Realismo Clásico se encontraba comfortablemente instalado. La teoría fue incapaz de predecir un cambio de la magnitud de la fulminante desaparición de un imperio. Las causas que provocaron el cataclismo son profundas pero las fuerzas que lo derribaron son más conocidas. La distensión militar creó el espacio necesario para la acción de los idealismos y el empleo de unos estandartes hasta entonces considerados políticamente casi inocuos, como eran las protestas medioambientales o sindicales que abrieron la puerta a las “revoluciones de terciopelo”, catalizando el proceso de cambio para un régimen insostenible.

Han sido los hechos, no el debate entre estudiosos y tratadistas, ni la aparición de una nueva teoría, lo que ha provocado el “descrédito” del Realismo Clásico. El fallo de predicción sobre el fin de la bipolaridad hay que buscarlo en los fundamentos de una teoría que se mostró incapaz de actuar en un progresivo vacío de rasgos mensurables que iba llenándose con elementos tradicionalmente despreciados por el realismo: los históricos y culturales. Se había actuado rechazando la tradición clásica del pensamiento político fundamentada en la filosofía, la historia de los acontecimientos y de las ideas desde Aristóteles a Maquiavelo, desde Marx a Aron. La adopción de un conductismo a ultranza y la introducción de modelos matemáticos culminó en la racionalización de la estrategia y la política que no era otra cosa que el reflejo de una época presidida por la

soberbia científica en detrimento de lo humanístico. En este punto se hacía necesario la gestión de la incertidumbre con creatividad.

LA BÚSQUEDA DE REFERENCIAS

El vacío conceptual sobre seguridad que siguió al fin de la confrontación bipolar era consecuencia tanto de la sorpresa, producto de un fallo de predicción, como de la carencia de referencias intelectuales útiles, y sólidas. El vacío estratégico era producto de la ausencia de confrontación. Sin antagonistas no hay estrategia.

La reacción más notoria a esta situación vino del mundo académico americano mediante un intento de construcción de un nuevo realismo que diese una explicación a lo que, hasta ese momento, no tenía respuesta. Francis Fukuyama (5), aprovechando el desprestigio provocado por el fracaso del marxismo, intentó liquidar drásticamente el problema proclamando el triunfo del capitalismo y declarando al sistema democrático occidental liberal como la definitiva forma de gobierno para la humanidad, se había llegado al fin de la historia. Pero una avalancha de graves hechos, en forma de genocidio, guerra, hambrunas, etc., se encargaron de proporcionar munición a los detractores de la teoría del “último hombre”.

Las críticas no tardaron en llegar y el autor se defendía asegurando que “lo que yo sugería que había llegado a su fin no era la sucesión de acontecimientos, incluso de grandes y graves acontecimientos, sino la “historia”, es decir, la historia entendida como un proceso único, evolutivo, coherente”. Declara que ha tomado este pensamiento “prestado” a Hegel y Marx que creían que la evolución de la sociedad tenía un fin, al alcanzar una forma de convivencia que colmase sus anhelos más profundos.

Fukuyama se recrea en el cientificismo al afirmar que “la lógica de la ciencia natural moderna parece dictar una evolución universal en dirección al capitalismo”. La democracia liberal sería el sistema para la época postindustrial, teniendo la información y la innovación como sus características esenciales, y el único sistema capaz de evitar los conflictos armados al proporcionar el marco idóneo para la realización personal del ser

(5) FUKUYAMA, FRANCIS. *“The end of History and the last man”*. (The Free Press NY 1992).

humano. En pocas palabras, Fukuyama cree que el mejor antídoto para prevenir los conflictos es la implantación universal de los principios de la democracia liberal.

Quizás uno de las descalificaciones más radicales de la teoría de Fukuyama provenga de Robert D. Kaplan (6) cuando, desde un análisis descarnadamente realista de la realidad social del planeta, acuciado por problemas demográficos y medioambientales, afirma que “Estamos entrando en un mundo dividido en dos. Parte del globo está habitada por el “Ultimo Hombre” de Hegel y Fukuyama, bien alimentado y mimado por la tecnología. La otra parte, la mayor, está habitada por el “Primer Hombre” de Hobbes condenado a una vida “pobre, asquerosa, brutal y corta”.

Desde otro punto de vista se iba a intentar configurar el mundo mediante el cambio de los protagonistas de la confrontación, se entraba en el tan difundido “choque de civilizaciones” de Huntington (7). El profesor de Harvard reacciona contra lo que considera insuficiencia conceptual de lo que él define como los cuatro grandes paradigmas que, al término de la Guerra Fría, se divulgaron para intentar explicar la situación mundial. En aras de un nuevo racionalismo emprende la búsqueda de un modelo paracientífico capaz de: permitir el ordenamiento de la realidad y la formulación de generalizaciones sobre ella, comprender las relaciones causales entre fenómenos, prever y predecir los acontecimientos, distinguir lo importante de los accesorio e indicar la línea de acción para llegar al objetivo.

La visión de un mundo armónico, basado en elementos comunes de convivencia, es el primero de los cuatro paradigmas más difundidos para explicar el “nuevo orden mundial” y que Huntington lo considera insuficiente por estar demasiado alejados de la realidad. Las teorías como la expuesta por Fukuyama las considera, pura y simplemente, una alucinación. “El momento de euforia al final de la Guerra Fría produjo un espejismo de armonía que pronto se reveló como justamente eso, un espejismo”, percepción que con anterioridad, ya se había dado al final de la Primera y Segunda Guerras Mundiales. El antídoto de la euforia lo señala gráficamente poniendo de manifiesto que en los cinco años siguientes al fin de la Unión Soviética, la palabra genocidio se oyó más veces que “en cinco años cualquiera de la Guerra Fría”.

(6) KAPLAN, ROBERT D. “*The Coming Anarchy*” (The Atlantic Monthly. Febrero 1994).

(7) HUNTINGTON, SAMUEL P. “*The Clash of Civilizations*”. (Foreign Affairs. Summer 1993).

El segundo de los paradigmas lo denomina “dos mundos: nosotros y ellos”. Huntington recuerda que, al igual que al final de los grandes conflictos se tiende a la contemplación de un mundo único, “la tendencia a pensar partiendo de la existencia de dos mundos es recurrente a lo largo de la historia humana”. Los binomios más utilizados han sido: Oriente y Occidente, ricos y pobres (norte y sur) y la más reciente de “zonas de paz” y “zonas de desorden”. En este sentido, pone de manifiesto que la referencia a Oriente, no quiere decir que se haga sobre algo homogéneo, sino a un conglomerado heterogéneo. Considera que el mundo del presente es lo suficientemente complicado como para pretender explicarlo mediante una división en dos partes. La proposición es descalificada por simplista.

“148 Estados, más o menos”. Con este titular se enuncia el tercer paradigma, donde se plasma la visión del Realismo Clásico y la constante búsqueda de poder por parte de los estados. Huntington identifica limitaciones de la teoría, afirmando que los estados definen sus intereses basándose en consideraciones que no son exclusivamente la búsqueda del poder. El enfoque ante las amenazas y la percepción del mundo desde la óptica cultural, son factores que también conforman la definición de los intereses nacionales. Admite que los estados seguirán siendo “los actores básicos de los asuntos mundiales”, pero sufrirán una progresiva pérdida de soberanía en beneficio de instituciones internacionales. En este punto, el autor del “Choque de Civilizaciones” admite el “final gradual del estado de perfiles netos”, tal como es reconocido desde el tratado de Westfalia, y predice el nacimiento de un orden internacional, bastante semejante al medieval, donde la complejidad vendrá determinada por la interacción de múltiples y diferentes protagonistas. En forma de queja plasma su visión del deterioro del concepto del interés nacional desde el punto de vista estadounidense al afirmar que “sin un firme sentido de identidad nacional, los americanos han llegado a ser incapaces de definir sus intereses nacionales y, como consecuencia, son los intereses comerciales subnacionales y los intereses étnicos no nacionales y transnacionales los que dominan la política internacional”.

El cuarto de los paradigmas lo denomina “puro caos”. Se preconiza que la anarquía internacional es consecuencia directa del progresivo debilitamiento del poder de los estados y de la proliferación de los denominados “estados frustados” (failing states). En este ámbito aparecen una larga lista de problemas como: la quiebra de la autoridad gubernamental, los conflictos tribales o étnicos, las mafias internacionales, los refugiados, las

migraciones, el terrorismo... Se admite que la proposición contiene una buena descripción de lo que acontece en la realidad, pero que sus limitaciones provienen de su extremado pragmatismo, aún mayor que el del realismo de los estados. El modelo es tachado de insuficiente por no aportar un marco que permita ordenar la realidad y efectuar predicciones válidas.

Para paliar la insuficiencia de cada uno de los cuatro paradigmas Huntington propone un marco mensurable, desde una perspectiva global que incluya a siete u ocho civilizaciones para, de esta manera, poder interpretar los acontecimientos mundiales. Partiendo de la definición de civilización como "el agrupamiento cultural humano más elevado y el más amplio nivel de identidad cultural que tienen las personas, si dejamos aparte lo que distingue a los humanos de las otras especies", establece cuatro conceptos básicos que son, en realidad una adaptación de cada uno de los paradigmas. En primer lugar establece que en el mundo existen dinámicas que generan fuerzas opuestas de "afirmación cultural y conciencia civilizadora". La segunda característica recoge la división del mundo en dos grandes partes, una estaría ocupada por Occidente, la civilización dominante hasta ahora, y la otra por todas las demás civilizaciones. Como tercer aspecto admite que los estados seguirán siendo los principales actores en el orden internacional, pero "sus intereses, asociaciones, y conflictos están cada vez más configurados por factores culturales y civilizados". En el cuarto y último rasgo se pone de manifiesto el actual carácter anárquico del mundo, fruto de lo cual son los conflictos civiles y étnicos que caracterizan la situación actual, pero la mayor amenaza a la paz provendrá de un conflicto bélico entre estados, o grupo de ellos, procedentes de civilizaciones diferentes. Esta situación es el escalón final de la evolución del conflicto en este siglo que empezó siendo algo entre estados, para más tarde convertirse en una pugna ideológica y acabar en un antagonismo entre culturas. Resumen su proposición en que "la próxima guerra mundial, si la hay, será una guerra entre civilizaciones".

Las tesis de Huntington, aunque aparentemente más exitosa que la del "último hombre", ha recibido descalificaciones muy serias. Una de los argumentos más contundentes contra la tesis del "choque de civilizaciones" es que, según Owen Harris, trataría de "trasladar a civilizaciones y culturas desde la periferia de la política internacional hasta el mismísimo centro del escenario histórico mundial", suplantando a sujetos políticos concretos, como estados, instituciones e individuos, por entidades culturales, no imputables políticamente. De esta manera impone un fatalismo

histórico, ya que una guerra entre civilizaciones no tendría fin, no existiría posibilidad de acuerdo y sólo se solucionaría con la aniquilación de uno de los bandos en conflicto. Entrando en el terreno de las motivaciones, se le reprocha a Huntington que haya tratado de extrapolar a escala global “el choque de civilizaciones en los Estados Unidos” que, según su percepción, supone para este país el fenómeno del “multiculturalismo”, también denominado lo “políticamente correcto”, que se ha puesto de manifiesto principalmente en las universidades americanas y que se percibe en muchos sectores como un elemento que puede llegar a erosionar la identidad nacional norteamericana mediante la potenciación del sentimiento de pertenencia a otras entidades como grupos étnicos, sexo, clase, etc.

Pasando por encima de cualquier colisión entre civilizaciones, conflictos entre estados y demás “desgracias históricas”, una potente corriente de pensamiento y acción, la que preconiza una sociedad global, trata de implantar su “corrección política” y para ello emplea robustos postulados de un idealismo práctico como elementos del poder político, difundiendo los mediante la utilización de estereotipos. En la parte final del siglo XX, uno de los factores que más influencia ha tenido, y sigue teniendo, en la configuración de los estudios de seguridad y en el tratamiento del conflicto, es el desarrollo del concepto de los “derechos humanos”. La visión de una sociedad global, sustentada en el armazón ético constituido por esos derechos, es una tendencia pujante. El jurista y filósofo Philip Allot asegura que una de las condiciones previas para alcanzar seguridad, o ausencia de conflictos, es conseguir en la humanidad, un sentimiento generalizado de pertenencia a la sociedad global, con lo que se construyan los cimientos para la justificación del concepto de “ciudadano del mundo”. Defiende este autor la tesis de que la carencia de ese sentimiento es lo que genera en la sociedad internacional “hipertrofias” que, para llenar el vacío espiritual consiguiente, provocan, por parte de sus miembros, emisiones incontroladas de energía salvaje, lo que se traduce en acontecimientos tales como guerras, alianzas, imperios económicos, etc.

En esta misma línea, otros tratadistas argumentan que la anarquía internacional sólo puede controlarse mediante la continua búsqueda de normas de carácter general, o lo que es lo mismo, la globalización del derecho. En palabras de Keane (9), la finalidad sería la creación de “esferas públicas de

(8) ALLOT, PHILIP. “*Eunomia: new order for a new world*”. Oxford University Press 1990.

(9) Keane, John. “*Reflections on violence*” (Cambridge: Polity Press. 1990).

controversia” donde el ejercicio despótico del poder sea controlado por los ciudadanos de forma no violenta, a la vez que, por este procedimiento, se descalifica al autoritarismo tanto como norma de comportamiento o como fundamento de cualquier teoría. Desde esta postura se promueve el cambio de la configuración actual de la sociedad internacional, preconizando que sea el individuo quien ocupe su centro y no los estados e identificando al nacionalismo como una patología de la sociedad global. Este enfoque deja sin contenidos las concepciones tradicionales de la seguridad y se sustenta en un vacío al que la misma teoría novedosa priva de contenido al no proponer sustituto para el estado, pero que resulta altamente atractiva para las mentes que, preponderantemente, desde ambientes confortables, laboran en pos de un ideal universal de paz.

Todo lo anterior nos indica que se va imponiendo, en los estudios de seguridad y de los conflictos, una progresiva incorporación de los aspectos históricos y culturales, así como otros de índole idealista, que rompen la hegemonía de la abstracción, la sistematización y la predicción positivista. La falta de una robusta base intelectual para la estructuración teórica de la época presente es lo que ha potenciado la utilización de estereotipos como pauta de comportamiento político y estratégico que, además, constituyen un buen instrumento de acción para los, hasta ahora, considerados como débiles. La actual capacidad de difusión de la información potencia el impacto de estos estereotipos debido al poder de sugestión que la mayoría poseen, convirtiéndolos en un instrumento para ejercicio del poder. Baste como ejemplo de su impacto, la superior aceptación de los estudios sobre la paz sobre la guerra, cuando ambos tratan la misma realidad. El reto queda planteado en si los estudios sobre seguridad deben enfocarse sobre una base realista o idealista.

Parecen que no son muy optimistas las perspectivas de los que preconizaban el tratamiento de los temas de política y de seguridad desde una metodología estrictamente científica pues, si desde esta opción no se ha sido capaz de predecir un fenómeno de tal envergadura como la desaparición de la bipolaridad estratégica, la necesidad de cambio en el enfoque parece evidente. Las dinámicas del mundo de hoy han acelerado la necesidad de contar con una nueva base intelectual para el análisis de los conflictos y para la búsqueda de un armazón con la suficiente solidez intelectual que permita su estudio y la concepción de soluciones válidas. La contumacia de los hechos parece confirmar que aún no hemos alcanzado, como anunció Fukuyama, el fin de la historia, más bien, como asegura Van Creveld, estamos asistiendo a un punto de inflexión en su devenir.

UNA TEORÍA PARA LA PREVENCIÓN DE CONFLICTOS VIOLENTOS

Como ejemplo de modelo integral para la prevención de conflictos, se puede tomar el programa patrocinado, en 1997, por la Comisión Carnegie (10). Es importante el análisis de este documento porque presenta una visión de la realidad mundial, unas pautas de actuación y unos modos de solución, muy correctos desde el punto de vista político que, como es fácil de colegir, no han sido ajenos a las soluciones que se han pretendido alcanzar en algunos de los conflictos más llamativos que han tenido lugar recientemente.

Estamos ante una solución patrocinada por una institución privada, cuyos componentes son en su gran mayoría americanos, con vocación de que sus postulados sirvan de guía, no sólo a líderes y gobiernos, sino también a todos aquellos actores que considera relevantes en la esfera internacional: "países democráticos, las Naciones Unidas, las organizaciones regionales, la comunidad de los negocios, la comunidad científica mundial, las instituciones educacionales y religiosas, los medios de comunicación y las organizaciones no gubernamentales (ONG,s)". Se asegura que la constitución de un sistema internacional de prevención de los conflictos sólo será posible si se cuenta con la participación activa de todos esos elementos y que la finalidad de ese sistema es la implantación de "una manera de pensar que llegue a ser generalizada en muchas instituciones y en la conciencia pública".

Desde un punto de vista doctrinal estamos ante una proposición que enfoca la realidad bajo el prisma de la sociedad global de Ullman, con unos retazos de pragmatismo impuestos por los hechos. La pluralidad de agentes con poder político y la existencia de una sociedad sin fronteras que comparte valores comunes, son los fundamentos en los que basa sus postulados. Aunque se admiten incertidumbres en la acción, se actúa con seguridad epistemológica, se pisa el terreno del idealismo práctico preconizando una nueva cultura universal donde el hombre sea el epicentro pero, a su vez, constantemente se recurre al estado como unidad básica donde se deben crear las condiciones para que el conflicto no llegue a producirse, pero admitiendo que puede ejercitarse la "acción de injerencia" si estas condiciones no llegan a ponerse en práctica. Todo ello asumiendo, aunque no se pone de manifiesto, que el segmento de sociedad internacional que lidera el proceso, que coincide con lo más próspero de

(10) COMISIÓN CARNEGIE. *"La prevención de conflictos violentos. Resumen Ejecutivo del Informe final Diciembre de 1997"*. (Carnegie Corporation of New York).

lo que conocemos como mundo occidental, va a disfrutar de esa privilegiada posición indefinidamente y que en su seno no se van a producir convulsiones, ni de tipo político ni económico, pues los valores que la sustentan, y que supuestamente son la causa de su primacía, son los correctos y, por lo tanto, deberán prevalecer a escala global. Se actúa como si se conociese el camino para llegar al fin de la historia.

El diagnóstico de la Comisión se resume en que los conflictos violentos no son sólo consecuencia de la conducta de los estados sino que, en el mundo posterior a la Guerra Fría, los conflictos dentro de los estados son más numerosos que los interestatales. Parece que se da por sentado que el estado es la causa primaria del problema, ¿habrá que superarlos? Basándose en ello se establece que los conflictos no son inevitables, que la necesidad de prevención es cada vez más apremiante y que es posible impedir los conflictos en curso. Según la Comisión, al estado hay que añadir un nuevo agente patógeno para la conflictividad “la combinación fatal de una tensión social severa y un liderazgo distintivamente fanático y rencoroso”. Como no podía ser de otra forma, se niega a Huntington, no se admite la confrontación inevitable de civilizaciones, pues su determinismo negaría los fundamentos de la sociedad global. Siguiendo el dictum de Clausewitz, se admite que la guerra y la violencia son el resultado de decisiones políticas y que, para evitar tales desgracias, la solución es actuar sobre la manera de tomar las decisiones políticas, de tal modo, que se anule la fuente provocadora de la violencia.

La Comisión identifica tres objetivos generales para la acción preventiva que, por su aparente ingenuidad, pertenecen al reino de lo obvio: evitar la aparición del conflicto, controlar la extensión de los existentes e impedir que reaparezca la violencia en los que lleguen a controlarse. El primero toma la forma de una serie de medidas profilácticas, entre las que se incluirán la existencia de estados con gobiernos representativos donde se imponga el imperio de la ley, oportunidades económicas para todos, seguridad social generalizada, protección de derechos humanos y sociedades civiles robustas. Estos estados se vincularían entre sí para crear un “entorno de apoyo”.

Las barreras para evitar que los conflictos existentes se extiendan se formarán con instrumentos políticos, económicos y, como último recurso, militares. Se impedirán los suministros de armas a los contendientes, a la vez que se llevarán a cabo extensivas acciones humanitarias. Una vez controlado el conflicto, se propicia la creación de un “entorno de seguri-

dad y protección” apoyado en el despliegue de fuerzas de seguridad y la progresiva implantación de instituciones políticas y administrativas.

Se enuncian como principios en los que deben basarse las estrategias preventivas: la reacción temprana a los indicios de problemas, el enfoque equilibrado y amplio para aliviar las presiones que desencadena el conflicto violento y, por último, un esfuerzo prolongado para resolver las causas primarias más importantes de violencia. Desde un punto de vista teórico, la proposición es inatacable, pero las dificultades de orden práctico podrían empezar al buscar la respuesta adecuada a la pregunta de quien es el agente encargado de articular en la práctica las medidas.

Pasando de los principios a las acciones, se diseñan dos amplias estrategias, una para la Prevención Estructural y otra para la denominada Operacional. La estrategia para abordar las causas de los conflictos violentos, la Prevención Estructural, se fundamenta en tres necesidades básicas que se considera deben satisfacerse en la sociedad para evitar que se genere el conflicto: la seguridad, el bienestar y la justicia.

Mediante la seguridad se pretende crear las condiciones básicas de prosperidad. El informe de la Comisión identifica tres “fuentes básicas de inseguridad”: la amenaza de las armas de destrucción masiva, la posibilidad de un conflicto militar convencional y otras fuentes de “violencia interna” como el terrorismo, el crimen organizado, la insurrección y los regímenes represivos.

El enfoque para el control de las armas de destrucción masiva no es muy diferente de los esfuerzos que se vienen realizando para restringir su producción, despliegue, pruebas y proliferación. En cuanto a las armas convencionales se reconoce que son el instrumento con que se libran los actuales conflictos, a la vez que se admite la dificultad de alcanzar un acuerdo para su control y, por lo tanto, los esfuerzos deben orientarse hacia la restricción del comercio de este tipo de armas, a la vez que, a modo de denuncia, se identifican a los cinco miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas más Alemania, como los países que acaparan el 90% del mercado mundial de armamentos. La desaparición de los bloques y la reducción generalizada de fuerzas convencionales es celebrada como una forma de disminuir el riesgo de enfrentamiento entre estados. Dado que esta reducción ha tenido lugar en el entorno de los países democráticos, no parece que, por coherencia con el fondo del informe, este aspecto suponga un avance sustancial para la seguridad global que se preconiza.

Más controvertido puede resultar el enunciado y contenido de la tercera fuente primaria de inseguridad; la violencia interna. Por interna debe entenderse que su desarrollo se efectúa dentro del estado, pero tanto el terrorismo, como el crimen organizado o las insurrecciones son fenómenos que, cada vez más, acrecientan su carácter transnacional. Por lo tanto, las soluciones que la Comisión propugna, desde dentro de los estados, basadas en leyes justas, métodos policiales transparentes, sistema judicial imparcial y un sistema penal justo y “prudente”, no dejan de ser, cuanto menos, imprecisas. No obstante, el documento admite la dificultad de poner en práctica estas medidas y da por sentado que sólo es posible su consecución mediante la puesta en práctica de procesos democráticos. Entre los agentes que se identifican como colaboradores en el mantenimiento de la seguridad interna de los estados se encuentran “los grupos del sector privado que operan a escala internacional”. La reiterada referencia al sector privado en diferentes partes del documento no deja de ser significativa.

La Comisión entiende por bienestar no sólo la satisfacción de las necesidades vitales, sino la creación de las condiciones que permitan el aumento del nivel de vida y la redistribución de la riqueza, identificando este último aspecto como un instrumento para evitar conflictos. La mejora del bienestar se debe enfocar desde un punto de vista multifacético que incluya la movilización y el desarrollo de las capacidades humanas, la ampliación y diversificación de la base económica, la eliminación de barreras que impidan la igualdad de oportunidades y la apertura para que los países participen en la economía mundial”. Todo un diagnóstico para desactivar la “violencia estructural” de Ullman.

La justicia, la tercera de las necesidades básicas de la prevención estructural, es predicada tanto en el nivel estatal como en el internacional. En este último ámbito se incluyen los derechos humanos, la legislación humanitaria y alternativas no violentas para la resolución de controversias. En el ámbito interno se promueven los valores democráticos y el establecimiento de instituciones representativas. Se preconiza la puesta en práctica de mecanismos de reconciliación para una vez que haya desaparecido el régimen totalitario o a la finalización de un conflicto civil, estableciendo tres mecanismos para enjuiciar a los culpables de conductas delictivas durante la situación anterior: el empleo “agresivo y visible” del sistema judicial existente, la constitución de una comisión especial para “la verdad y la reconciliación” y la actuación de los tribunales internacionales. De estas medidas hay que destacar dos de ellas, una la natu-

raleza de la comisión especial y la obligatoriedad de sus conclusiones y la otra la extensión de la jurisdicción de los tribunales internacionales, a aquellos países que no hayan ratificado sus postulados.

El Informe denomina Prevención Operacional a la que hay que poner en práctica cuando se está ante la inminencia de una crisis. La inminencia viene determinada por una serie de indicios tales como “el abuso generalizado de los derechos humanos, una opresión política cada vez más brutal, la incitación (¿) por parte de los medios de comunicación, la acumulación de armas y, a veces, una ola de matanzas organizadas”. A grandes rasgos, la estrategia propuesta se basa en “el derecho de injerencia” mediante la intervención temprana con cuatro elementos que coadyuvarán al éxito. El primero, es contar con un liderazgo eficaz que puede ser ejercido por un estado, institución o persona “idóneos” para que sirva como “punto focal” en la acumulación y aplicación de la ayuda internacional.

Como segundo elemento se establece la articulación de una “respuesta político militar global”, admitiendo que “las respuestas preventivas deben procurar, no sólo reducir el potencial para la violencia, sino que deben crearse, además, las condiciones básicas para propiciar la moderación y hacer posible un control político responsable”. Esta elaborada descripción, junto con el enunciado de la posibilidad del empleo de “medios asertivos”, es la forma de reconocer la posibilidad del empleo de la fuerza militar, en aquellas ocasiones que fuese necesario.

La necesidad de recursos económicos y en “especie” es el elemento de esta estrategia que permite la actuación de las organizaciones no gubernamentales y del sector privado, enfatizando que “los servicios y recursos” de estos protagonistas son “vitales para el esfuerzo general y deben ser integrados sistemáticamente”.

El cuarto elemento es la transición a la toma de control por parte de la nación donde se ha efectuado la intervención. Con ello se reconoce que cualquier actuación internacional en una crisis debe incluir la devolución de la autoridad a dirigentes del país. La Comisión considera que la “responsabilidad primaria de evitar la reaparición de la violencia, una vez que se haya logrado la paz, corresponde al pueblo y a sus líderes legítimos”. Los hechos han puesto de manifiesto la dificultad para determinar la “legitimidad” de los dirigentes como queda demostrado en las sucesivas elecciones en Bosnia y el rechazo, por los representantes de la comunidad internacional, de algunos de los líderes elegidos. También se admite

la imposibilidad de mantener indefinidamente en el escenario de la crisis la presencia de fuerzas de otros países, pero no se fijan los criterios para acabar con esta "indefinición", ya que la prolongación en el tiempo "sine die" de las fuerzas de paz, en el escenario del conflicto, supone la admisión del fracaso de la "prevención".

Algunas de las pautas de este modelo de prevención y resolución de conflictos han sido utilizadas en recientes conflictos como Bosnia o Kosovo y sus resultados no pueden considerarse decisivos. Para estas dos situaciones, la opinión más generalizada es que, en el mejor de los casos, sólo a largo plazo, la situación de conflicto podrá evolucionar a otra de ausencia de confrontación. También se ha puesto de manifiesto que el modelo es sólo aplicable en aquellas zonas donde la "injerencia" es posible en términos estratégicos y siempre sobre estados aislados. Así, la probabilidad de aplicar el modelo a situaciones, por ejemplo, como la de Chechenia, hay que convenir que es más bien baja.

Una de las críticas más provocativas a postulados como los expuestos por la Comisión Carnegie es la formulada por Edward Luttwak (11) que, desde una perspectiva que podía definirse como ultrarrealista, admite la guerra como, lo que siempre se ha percibido que era, un medio de solución de conflictos, siempre y cuando se permita que llegue a su fin y que, consecuentemente, se declare un vencedor o los adversarios queden exhaustos.

Señala Luttwak que durante la Guerra Fría era justificable que las grandes potencias interviniesen para detener, o controlar, los conflictos entre pequeñas potencias para evitar que la situación pudiese escapar al control y, de esta forma, poder escalar a una confrontación entre bloques. La situación después de la Guerra Fría es muy diferente y "los ceses al fuego y armisticios son impuestos a las pequeñas potencias de manera multilateral, no para evitar un enfrentamiento entre bloques, sino, esencialmente, por motivos desinteresados y frívolos, tales como el impacto en la opinión pública de las imágenes de guerra en la televisión". De esta forma, alude al denominado "efecto CNN" como uno de los detonantes que ha provocado intervenciones como las de Estados Unidos en Somalia o los bombardeos de la OTAN en Bosnia.

(11) LUTTWAK, EDWARD. "Give War a Chance". (Foreign Affairs. Summer 1999).

A continuación califica a las acciones de ayuda humanitaria en la guerra como “las más desinteresadas y las más destructivas”, porque posibilitan la prolongación de la situación de conflicto indefinidamente, poniendo como ejemplo paradigmático la actuación de las Naciones Unidas al final de la guerra árabe-israelí de 1948, que con el establecimiento y sostenimiento de campos de refugiados, nutrió, durante décadas, una “nación de refugiados” que se convirtió en un vivero permanente de combatientes palestinos, no porque los mantuviese materialmente, sino porque posibilitaba la pervivencia del resentimiento y del odio. Como contrapunto a esta situación, expone Luttwak lo que sucedió en Europa al final de la Segunda Guerra Mundial. Las espartanas condiciones de los campos de desplazados sirvieron como un incentivo para su abandono y para el inicio de la búsqueda de mejores condiciones de vida, circunstancias que “ayudaron a la dispersión de grupos revanchistas” y a la superación de las heridas producidas por el conflicto.

Luttwak también contradice a la Comisión Carnegie en cuanto a los actores del proceso. Considera que “la proliferación competitiva” de ONGs tampoco colabora a la solución del conflicto. Partiendo del hecho que la actividad de las ONGs, como cualquier otra institución, tiende a su propia pervivencia, identifica como su primera prioridad la consecución de donativos, o subvenciones, mediante el desarrollo de sus actividades en situaciones prolongadas de “alta visibilidad” informativa, como son los campos de refugiados en las regiones menos desarrolladas del globo. Por pequeña que sea la ayuda que presten, mejoran las condiciones normales de vida de muchos de los refugiados, manteniendo unidas a las facciones en lucha. Se sirve de ejemplos como el de Rwanda para ilustrar su teoría. Luttwak cree que la intervención humanitaria ha empeorado las posibilidades de una solución estable al problema, al propiciar el mantenimiento de la nación Hutu.

Llevando su teoría a otras situaciones, predice que la intervención internacional en los Balcanes tendrá como efecto la perpetuación del resentimiento entre los pueblos de la zona y se estará muy lejos de crear las condiciones para una paz estable. Como resumen de su tesis, cree el estratega americano que “las elites políticas deben resistir el impulso emocional de intervenir en “las guerras de otros”, no por indiferencia al sufrimiento humano, sino porque deben buscarse soluciones que faciliten la llegada de la paz”. La visión de Luttwak es provocativa y parece como si su finalidad, apoyada en los hechos, fuese la de denunciar la gran carga de voluntarismo de soluciones como las propugnadas por la Comisión Carnegie.

LA CLASE DE GUERRA QUE VIENE

La historia demuestra que los grandes cambios sociales han influido decisivamente en la forma social de relación en forma de enfrentamiento violento conocida como guerra. La transición en curso, desde la sociedad consecuencia de la revolución industrial a la que resultará de la revolución de la información, nos anuncia otro cambio en los modos de hacer la guerra cuyo alcance intentamos inferir.

Lind, Schmitt y Wilson (12), aventuraron una visión prospectiva de cómo podrá evolucionar el arte bélico hacia un estado que denominan la “cuarta generación de la guerra”. Identifican las tres generaciones anteriores como aquellas basadas, respectivamente, en el empleo masivo de hombres, del fuego y de la maniobra. En la actualidad se estaría entrando en la cuarta época que, a pesar de los enormes avances tecnológicos, se basará fundamentalmente en la fuerza de las ideas. Se concretaría en un complejo enfrentamiento que abarcaría todos los aspectos de la actividad humana: política, cultural, social, económica y militar, empleando profusamente los medios de comunicación social y las redes informáticas para difundir sus mensajes.

Cuenta Kaplan (13) que cuando preguntó en el Pentágono que como sería la guerra en el siglo XXI, la respuesta más frecuente que recibió fue “lea a Van Creveld”. A principio de los noventa, este profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, en su obra “La Transformación de la Guerra” (14), anunciaba importantes cambios en los motivos por los que se hace la guerra, los actores que participan en ella, la finalidad que persigue y los modos que se emplean. Parte del hecho que el paradigma que ha presidido la guerra moderna, en la que estados-naciones se ven abocados al conflicto bélico por razones de estado, empleando organizaciones militares permanentes para enfrentarse a otras parecidas, donde sus componentes adquieren el status de combatientes, con las poblaciones apoyándoles, pero separadas de ellos, en definitiva, lo que se conoce como la “trinidad clausewitziana” de pueblo, ejercito y gobierno, ha sido, históricamente, una excepción.

Recuerda que a lo largo de los tiempos, la guerra ha sido practicada por familias, clanes, tribus, ciudades, órdenes religiosas e incluso por

(12) LIND y otros. Obra citada anteriormente en (2).

(13) KAPLAN, ROBERT D. Obra citada anteriormente en (6).

(14) VAN CREVELD, MARTIN. Obra citada anteriormente en (1).

empresas, como la Compañía Británica Oriental de la India. Los motivos por los que se iba a la guerra también han sido diversos: tierras de cultivo, mujeres, botín, esclavos, puridad de la raza y un largo etcétera. Normalmente se había venido empleando la población, en forma de milicia, como el instrumento para hacer la guerra. La razón de estado como causa de guerra y las grandes burocracias militares como medio para llevarla a cabo, son rasgos de la modernidad que se han desarrollado parejos con el auge del estado.

Van Creveld une el declive histórico del estado con el cambio de la guerra y augura que la posmodernidad tendrá rasgos muy parecidos a lo existente antes del advenimiento de la modernidad, una vuelta al enfrentamiento fuera de la trinidad, pues es con esa forma de guerra con la que, actualmente, se obtienen resultados positivos. En contra de lo sostenido por una fuerte corriente de opinión que considera que episodios bélicos como los del Golfo o Serbia (Kosovo) abren una nueva forma de guerra basada en el imperio de la tecnología, Van Creveld considera estos acontecimientos como meros anacronismos, pues con el empleo de la fuerza militar no se obtuvieron resultados decisivos. Otra cosa muy distinta es como se han desarrollado los conflictos en Vietnam, Somalia, los Balcanes, incluido el de Kosovo o la "entifada" palestina, donde una de las partes en conflicto sí alcanzó sus objetivos políticos. En la opinión de estos autores, estas situaciones recrean la semblanza de cómo puede ser la forma del conflicto del futuro.

Desde otro punto de vista, John Arquilla y David Ronfeldt (15) aportan una visión fundamentada en que la Revolución de la Información afectará a la forma en como las sociedades llevarán a cabo el conflicto y como sus aparatos militares harán la guerra. Distinguen entre lo que denominan "net-war", una forma total de conflicto entre sociedades en el ámbito de las "ideas", que tendrá lugar, en parte, mediante el intercambio de mensajes por procedimientos informáticos, cuyo blanco es la opinión pública, y la "ciberguerra" que será la forma de actuación en el plano militar.

Aunque su concepción de la guerra es futurista, lo que denominan ciberguerra, que dominaría la parte alta y media del conflicto, es algo muy parecido a lo que Lind identifica como "tercera generación", pero con un

(15) ARQUILLA, JOHN y RONFELDT, DAVID. "Cyberwar is Coming". (Comparative Strategy Noviembre 93).

considerable aumento en la letalidad de las acciones como consecuencia de los avances tecnológicos tanto en la capacidad de detección, la precisión en el ataque y el poder de destrucción. Esta visión se identifica con lo que, desde ciertos estamentos del Pentágono, se denomina *Revolution in Military Affairs* (RMA) que es, en esencia, la búsqueda de la victoria mediante la consecución de la superioridad tecnológica en el campo de batalla. Tendencia que coincide con la “tercera ola” preconizada por Alvin y Heidi Toffler (16), al reconocer que en el siglo XXI, el mundo occidental practicará un estilo de guerra basado en la alta tecnología, a lo que culturalmente ha sido proclive desde el Renacimiento, aunque reconocen la amenaza que suponen las acciones de baja intensidad y la dificultad para hacerles frente.

Lo que puede considerarse verdaderamente innovativo de la teoría de Arquilla y Ronfeldt es su concepción de lo que denominan “netwar”. Es la parte del conflicto a alto nivel entre sociedades, basado en la información, que tiene como finalidad alterar, dañar o modificar los valores y la visión del mundo de la población contra la que se actúa. La “netwar” puede fijar como blanco tanto una sociedad en su conjunto, como su clase dirigente o a ambas. Se emplean toda clase de medios para llevar el mensaje a la audiencia blanco, tales como campañas de propaganda, subversión política y cultural, infiltración en redes informáticas y bases de datos y esfuerzos para promover movimientos disidentes, entre otros.

Puede resumirse que la visión más compartida del conflicto del futuro, es que será consecuencia del desarrollo de la evolución social, política y económica. La voluntad de los que toman las decisiones en el nivel político, seguirá siendo el principal objetivo estratégico de las acciones de las partes en conflicto, la gran novedad es que ese efecto no se conseguirá, como hasta ahora, únicamente mediante la superioridad en el campo de batalla. La preponderancia en el empleo de los medios de difusión de la información con el fin de hacer llegar los mensajes a los dirigentes adversarios, será decisiva para obtener la finalidad.

En el plano táctico es muy probable que nos encontremos con un ambiente dominado por acciones de baja intensidad junto con rasgos de guerra convencional, enmarcadas en un ambiente de gran intensidad en el empleo de los medios de prensa que provoque la atracción de la aten-

(16) TOFFLER, ALVIN y HEIDI. *War and Antiwar* (Little Brown and Co. 1993).

ción general, implicando los ámbitos político, económico, social y militar, con una mezcla de actores estatales, internacionales, transnacionales y subnacionales.

A MODO DE RESUMEN

En un mundo donde las comunicaciones permitirán una interacción constante entre sus habitantes, las circunstancias que con más probabilidad incidirán en la configuración de futuros conflictos habrá que buscarlas en tensiones demográficas, problemas medioambientales y en la escasez de recursos básicos, estos factores podrán servir de fermento para constituir el vehículo de confrontación en forma de antagonismos étnicos o interculturales, guerras civiles o actos de violencia a cargo de organizaciones criminales, a medida que el estado vaya perdiendo los contornos que lo caracterizaron durante la mayor parte del siglo XX.

Según Popper “el curso de la historia humana está fuertemente influido por el crecimiento de los conocimientos humanos” (17). Lo que nos reserve el futuro es incierto y esa incertidumbre vendrá acrecentada por el vertiginoso desarrollo de los conocimientos científicos que tendrá una influencia decisiva en los cambios políticos, económicos y sociales que afectarán a la sociedad mundial y constituirán el germen de cualquier conflicto del futuro. El hombre, lo que haga con su libertad, estará en la base de lo que sea el mundo del siglo XXI. Los grandes males que han sido el azote del siglo XX fueron producto del comportamiento humano, del reto al orden ético mediante la implantación del relativismo moral y de la soberbia del conocimiento.

Han existido momentos en la historia cuando se ha vivido un clima de gran optimismo en el futuro. De un somero estudio de los acontecimientos se puede apuntar dos de las principales causas de lo efímero del optimismo de la primera década del siglo XX: el desconocimiento de donde residía el poder y en la impredecibilidad e incontrolabilidad de los asuntos políticos y económicos. Más tarde, en la época de optimismo tecnológico de los años 30 un expatriado austríaco, que llegó a ser Führer del III Reich, previno: “a las multitudes que ahora predicán que estamos entrando en una época de paz, sólo puedo decir: mis queridos com-

(17) POPPER, KARL R. “*La miseria del Historicismismo*” (Alianza Taurus 1961).

pañeros, habéis mal interpretado el horóscopo de la época, no señala paz, sino guerra como nunca antes tuvo lugar” (18). La humanidad no debe volver a caer en errores semejantes.

(18) KNOX, MACGREGOR. *“What History Can Tell Us About the New Strategic Enviroment* (Mershon american Defense Annual 1995-96. Williamson Murray Washington, DC. Brassey,s 1996).

COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

- Coordinador:** D. MIGUEL ALONSO BAQUER
*General de Brigada de Infantería (DEM). 2.ª Reserva.
Doctor en Filosofía y Letras (Historia y Geografía).
Secretario Permanente del Instituto Español de Estudios
Estratégicos (1986-1997).
Actualmente es Asesor para Estudios Históricos en el IEEE.*
- Secretario:** D. LUIS DORRONZORO MANZANO
Coronel del Cuerpo General de las Armas (DEM) (Reserva).
- Vocales:**
- D. FRANCISCO JAVIER FRANCO SUANZES
*Capitán de Fragata del Cuerpo General.
Diplomado en Guerra Naval.*
- D. JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO
*Teniente Coronel del Cuerpo General del Ejército del Aire (DEM).
Diplomado en Geodesia Militar.
Ingeniero Superior en Geodesia y Cartografía-*
- D. VICENTE HUESO GARCÍA
*Teniente Coronel del Cuerpo General del Ejército del Aire (DEM).
Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración y en
Sociología.*
- D. JOSÉ LUIS CALVO ALBERO
*Comandante del Cuerpo General de las Armas (DEM).
Profesor de Estrategia de la Escuela de Guerra del Ejército.*
- D. JOSÉ MARÍA ROMERO SERRANO
*Comandante del Cuerpo General de las Armas (DEM).
Profesor titular de Estrategia de la Escuela de Guerra del Ejército.*
- D. JOSÉ ENRIQUE FOJÓN LAGOA
*Coronel del Cuerpo de Infantería de Marina (G).
Licenciado en Derecho.*

INDICE

	<i>Página</i>
SUMARIO	7
EL LUGAR DEL CONFLICTO, DEL PODER Y DE LA ACCIÓN EN LAS SOCIEDADES OCCIDENTALES	9
Clase, elite y función militar	16
Escuela dialéctica	17
Escuela elitista	18
Escuela funcionalista	19
Sociología del conflicto	21
Sociología del poder	23
Sociología de la acción	24
<i>Capítulo I</i>	
ERNST JÜNGER. EL HOMBRE Y LA GUERRA	27
Introducción	29
El marco de su pensamiento	32
El primer Jünger. La épica surgiendo del horror	37
Madurez. La paz como fruto de la guerra	41
Renacimiento. El estado mundial	48
Recapitulación	52

Capítulo II

GASTON BOUTHOU. LA GUERRA COMO FUNCIÓN SOCIAL. . .	55
La Polemología	58
La guerra.	62
Los factores de impulsión belígena	64
— El factor económico	65
— El factor demográfico	69
— El factor psicológico	75
El impulso belicoso	80
Las causas de la guerra.	83
En busca de la paz	86

Capítulo III

NORBERTO BOBBIO. LA MARCHA HACIA LA IDEA DE PAZ. . . .	93
La paz a través del derecho.	98
La presencia de un "tercero"	102
El futuro de la humanidad	105
El problema de la guerra termonuclear.	110
El tercero ausente	113
Elogio de la templanza.	117
Derecha e izquierda	119

Capítulo IV

JOHAN GALTUNG. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS CONFLICTOS POR MEDIOS PACÍFICOS	123
Introducción.	126
Teoría y práctica del conflicto.	128
Las raíces de la violencia	129
Paz y violencia.	131
El ciclo de vida de un conflicto	133
— Antes de la violencia	134
— Durante la violencia	137
— Después del conflicto	139
Caminos hacia la paz.	142
Resolución de conflictos	143
El equilibrio de fuerzas.	144
El desarme	147

Políticas alternativas de seguridad	152
— El transarmamento	153
— No-alineamiento	155
— La fortaleza interna	156
— Utilidad para el exterior	157
Conclusiones	158

Capítulo V

NOAM CHOMSKY. DESCUBRIENDO EL LADO OCULTO DE LOS CONFLICTOS	161
---	-----

Introducción	164
Nuevo orden, nuevos conflictos	166
La democracia y las ideas sobre la paz	172
Conflictividad en un mundo sin fronteras. Información y globalización	175
¿Seguridad colectiva o inseguridades parciales? la tecnología y la paz	178
El mundo de fin de siglo	181
Conclusiones	184

Capítulo VI

HENRY A. KISSINGER. EL ORDEN ESTABLE, GARANTÍA DE PAZ	187
---	-----

Sobre Kissinger	189
Kissinger y la escuela realista	192
La historia y la geopolítica, instrumentos de las RRII	194
Las edades de Kissinger	196
— El concierto europeo	196
— La Guerra Fría	201
— La “Nueva Era”	207
El papel de las elites	211
Consideraciones finales	213

Capítulo VII

EL CONFLICTO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI	217
---	-----

Introducción	219
La naturaleza del conflicto	220
Como se ha enfocado hasta ahora el conflicto. El imperio del realismo clásico	225

La búsqueda de referencias.....	228
Una teoría para la prevención de conflictos violentos.....	234
La clase de guerra que viene.....	241
A modo de resumen	244
COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO	247
ÍNDICE	249

CUADERNOS DE ESTRATEGIA

- | Nº | TÍTULO |
|-----|--|
| *01 | La industria alimentaria civil como administradora de las FAS y su capacidad de defensa estratégica. |
| 02 | La ingeniería militar de España ante el reto de la investigación y el desarrollo en la Defensa Nacional. |
| 03 | La industria española de interés para la defensa ante la entrada en vigor del Acta Única. |
| *04 | Túnez: su realidad y su influencia en el entorno internacional. |
| *05 | La Unión Europea Occidental (UEO) (1955-1988). |
| 06 | Estrategia regional en el Mediterráneo Occidental. |
| 07 | Los transportes en la raya de Portugal. |
| *08 | Estado actual y evaluación económica del triángulo España-Portugal-Marruecos. |
| 09 | <i>Perestroika</i> y nacionalismos periféricos en la Unión Soviética. |
| 10 | El escenario espacial en la batalla del año 2000 (I). |
| 11 | La gestión de los programas de tecnologías avanzadas. |
| 12 | El escenario espacial en la batalla del año 2000 (II). |
| *13 | Cobertura de la demanda tecnológica derivada de las necesidades de la Defensa Nacional. |
| *14 | Ideas y tendencias en la economía internacional y española. |
| 15 | Identidad y solidaridad nacional. |
| *16 | Implicaciones económicas del Acta Única 1992. |
| 17 | Investigación de fenómenos belígenos: Método analítico factorial. |
| *18 | Las telecomunicaciones en Europa, en la década de los años 90. |
| 19 | La profesión militar desde la perspectiva social y ética. |
| 20 | El equilibrio de fuerzas en el espacio sur europeo y mediterráneo. |
| 21 | Efectos económicos de la unificación alemana y sus implicaciones estratégicas. |

Nº

TÍTULO

- *22 La política española de armamento ante la nueva situación internacional.
- *23 Estrategia finisecular española: México y Centroamérica.
- 24 La Ley Reguladora del Régimen del Personal Militar Profesional (cuatro cuestiones concretas).
- *25 Consecuencias de la reducción de los arsenales militares negociados en Viena, 1989. Amenaza no compartida.
- 26 Estrategia en el área iberoamericana del Atlántico Sur.
- *27 El espacio económico europeo. Fin de la guerra fría.
- *28 Sistemas ofensivos y defensivos del espacio (I).
- *29 Sugerencias a la Ley de Ordenación de las Telecomunicaciones (LOT).
- 30 La configuración de Europa en el umbral del siglo XXI.
- 31 Estudio de "inteligencia operacional".
- 32 Cambios y evolución de los hábitos alimenticios de la población española.
- *33 Repercusiones en la estrategia naval española de aceptarse las propuestas del Este en la CSBM, dentro del proceso de la CSCE.
- *34 La energía y el medio ambiente.
- *35 Influencia de las economías de los países mediterráneos del norte de África en sus respectivas políticas de defensa.
- *36 La evolución de la seguridad europea en la década de los 90.
- *37 Análisis crítico de una bibliografía básica de sociología militar en España. 1980-1990.
- 38 Recensiones de diversos libros de autores españoles, editados entre 1980-1990, relacionados con temas de las Fuerzas Armadas.
- 39 Las fronteras del Mundo Hispánico.
- *40 Los transportes y la barrera pirenaica.
- *41 Estructura tecnológica e industrial de defensa, ante la evolución estratégica del fin del siglo XX.

Nº

TÍTULO

- 42 Las expectativas de la I+D de Defensa en el nuevo marco estratégico.
- *43 Costes de un ejército profesional de reclutamiento voluntario. Estudio sobre el Ejército profesional del Reino Unido y (III).
- 44 Sistemas ofensivos y defensivos del espacio (II).
- *45 Desequilibrios militares en el Mediterráneo Occidental.
- *46 Seguimiento comparativo del presupuesto de gastos en la década 1982-1991 y su relación con el de Defensa.
- 47 Factores de riesgo en el área mediterránea.
- *48 Las Fuerzas Armadas en los procesos iberoamericanos de cambio democrático (1980-1990).
- 49 Factores de la estructura de seguridad europea.
- *50 Algunos aspectos del régimen jurídico-económico de las FAS.
- 51 Los transportes combinados.
- 52 Presente y futuro de la Conciencia Nacional.
- 53 Las corrientes fundamentalistas en el Magreb y su influencia en la política de defensa.
- 54 Evolución y cambio del este europeo.
- 55 Iberoamérica desde su propio sur (La extensión del Acuerdo de Libre Comercio a Sudamérica).
- *56 La función de las Fuerzas Armadas ante el panorama internacional de conflictos.
- 57 Simulación en las Fuerzas Armadas españolas, presente y futuro.
- *58 La sociedad y la Defensa Civil.
- *59 Aportación de España en las Cumbres Iberoamericanas: Guadalajara 1991-Madrid 1992.
- 60 Presente y futuro de la política de armamentos y la I+D en España.
- 61 El Consejo de Seguridad y la crisis de los países del Este.
- *62 La economía de la defensa ante las vicisitudes actuales de las economías autonómicas.

Nº

TÍTULO

- 63 Los grandes maestros de la estrategia nuclear y espacial.
- *64 Gasto militar y crecimiento económico. Aproximación al caso español.
- 65 El futuro de la Comunidad Iberoamericana después del V Centenario.
- *66 Los estudios estratégicos en España.
- *67 Tecnologías de doble uso en la industria de la defensa.
- *68 Aportación sociológica de la sociedad española a la Defensa Nacional.
- *69 Análisis factorial de las causas que originan conflictos bélicos.
- *70 Las conversaciones internacionales Norte-Sur sobre los problemas del Mediterráneo Occidental.
- *71 Integración de la red ferroviaria de la península Ibérica en el resto de la red europea.
- *72 El equilibrio aeronaval en el área mediterránea. Zonas de irradiación de poder.
- *73 Evolución del conflicto de Bosnia (1992-1993).
- 74 El entorno internacional de la Comunidad Iberoamericana.
- 75 Gasto militar e industrialización.
- 76 Obtención de los medios de defensa ante el entorno cambiante.
- *77 La Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) de la Unión Europea (UE).
- 78 La red de carreteras en la península Ibérica, conexión con el resto de Europa mediante un sistema integrado de transportes.
- *79 El derecho de intervención en los conflictos.
- 80 Dependencias y vulnerabilidades de la economía española: su relación con la Defensa Nacional.
- 81 La cooperación europea en las empresas de interés de la defensa.
- *82 Los *cascos azules* en el conflicto de la ex Yugoslavia.
- 83 El sistema nacional de transportes en el escenario europeo al inicio del siglo XXI.
- 84 El embargo y el bloqueo como formas de actuación de la comunidad internacional en los conflictos.

- 85 La Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) para Europa en el marco del Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares (TNP).
- 86 Estrategia y futuro: la paz y seguridad en la Comunidad Iberoamericana.
- 87 Sistema de información para la gestión de los transportes.
- 88 El mar en la defensa económica de España.
- 89 Fuerzas Armadas y Sociedad Civil. Conflicto de valores.
- *90 Participación española en las fuerzas multinacionales.
- *91 Ceuta y Melilla en las relaciones de España y Marruecos.
- 92 Balance de las Primeras Cumbres Iberoamericanas.
- 93 La cooperación Hispano-Franco-Italiana en el marco de la PESC.
- 94 Consideraciones sobre los estatutos de las Fuerzas Armadas en actividades internacionales.
- 95 La unión económica y monetaria: sus implicaciones.
- 96 Panorama estratégico 1997/98.
- 97 Las nuevas españas del 98.
- 98 Profesionalización de las Fuerzas Armadas: los problemas sociales.
- 99 Las ideas estratégicas para el inicio del tercer milenio.
- 100 Panorama estratégico 1998/99.
- 100 1998/99 Strategic Panorama.
- 101 La seguridad europea y Rusia.
- 102 La recuperación de la memoria histórica: el nuevo modelo de democracia en Iberoamérica y España al cabo del siglo XX.
- 103 La economía de los países del norte de África: potencialidades y debilidades en el momento actual.
- 104 La profesionalización de las Fuerzas Armadas.
- 105 Claves del pensamiento para la construcción de Europa.
- 106 Magreb: percepción española de la estabilidad en el Mediterráneo, prospectiva hacia el 2010.

Nº

TÍTULO

107 Panorama estratégico 1999/2000

107-1999/2000 Strategic Panorama.

108 Hacia un nuevo orden de seguridad en Europa.

109 Iberoamérica, análisis prospectivo de las políticas de defensa en curso.

110 El concepto estratégico de la OTAN: un punto de vista español.

*Agotado. Disponible en las bibliotecas especializadas y en el Centro de Documentación del Ministerio de Defensa.



MINISTERIO
DE DEFENSA



SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
CENTRO DE PUBLICACIONES



9 788478 237920

Colección Cuadernos de Estrategia